MIGUEL ÁNGEL SANTAMARINA

LA HORA DE LOS MONSTRUOS



La hora de los monstruos

Miguel Ángel Santamarina

Quien lucha contra monstruos debe procurar no convertirse en un monstruo en el proceso.

FRIEDRICH NIETZSCHE

Miércoles, 17 de octubre de 2012

Lucía volvió a detenerse en la Gran Vía por cuarta vez en apenas cincuenta metros. La firme decisión que había guiado sus pasos hasta hacía un momento se había evaporado. Ahora le asaltaban las dudas, y los remordimientos empezaban a cuestionar la intrépida resolución de esa mañana. Huir es más complicado de lo que parece.

Allí estaba, parada en medio de una de las grandes avenidas de Madrid, insignificante, con una maleta en cada mano, vestida con la austeridad que marcaba el difícil viaje que acababa de emprender —unas playeras desgastadas, unos vaqueros de hacía un par de temporadas, un jersey negro de cuello vuelto y una gabardina beis descolorida—, sin maquillar y con su rubia melena recogida en una escueta coleta. Dos lagrimones recorrían su rostro, y los mocos amenazaban con asomar por su chata nariz.

Por fin reemprendió su camino con la determinación que la había abandonado poco antes. Y ya no paró hasta que llegó al interior de la boca del metro.

En el intercambiador de Avenida de América comprobó que el autobús para Burgos no salía hasta una hora más tarde. Así que decidió pasarla en algún bar donde poder tomar algo reconfortante. Prefirió salir a alguno de los establecimientos situados fuera de la estación. No dedicó demasiado tiempo a la elección del local. Cualquiera servía para pasar sus últimos minutos en Madrid por una

buena temporada. Lo que ella no sabía todavía era cómo iban a cambiar las cosas cuando regresara a la capital.

Esa mañana, presa de la rabia, mientras preparaba la fuga —seleccionando qué prendas salvar de la quema, decidiendo qué cosas eran realmente necesarias para su nueva vida y reuniendo toda la documentación de valor necesaria para empezar en otro lugar—, pensaba una y otra vez en la cara de estupor de Javier cuando regresase a casa y se diese cuenta de su ausencia. Ahora, sentada en aquella mesa, ese mismo sentimiento volvió a azuzarla.

En esas estaba cuando se dio cuenta de que llevaba desde las once sin probar bocado. Fue hasta la barra y eligió por almuerzo un pincho de tortilla de un grosor que se le antojó desproporcionado. De nuevo en su silla, justo en el momento en que se llevaba a la boca el primer trozo, descubrió que su mesa se encontraba enfrente de la pantalla de televisión. Lo que vio le hizo soltar con estrépito el tenedor contra el plato. Allí estaban ellos: Mario y Bruno. Su imagen aparecía en un primer plano. Debajo de sus fotos, un titular: «Sigue la búsqueda de los jóvenes desaparecidos en Ciudad Real». Una voz en off informaba de los escasos avances en el caso.

—Que se jodan —dijo Lucía lo suficientemente alto como para que se dieran la vuelta, asustados, el camarero y los clientes de las mesas cercanas.

—Perdone, señorita, ¿qué ha dicho? —le inquirió el barman, entre enfadado y estupefacto por lo que acababa de oír.

—Que se jodan —repitió Lucía, aún más alto, sin mirarle a la cara, liberando toda la rabia que llevaba acumulada los últimos meses.

Miércoles, 17 de octubre de 2012

El regidor paseaba nervioso por el estudio. Nada parecía estar a su gusto. Tampoco le agradaban los protagonistas del programa de hoy: los familiares de los dos chicos desaparecidos.

Les habían explicado varias veces cómo sería la entrevista, detallado de forma pormenorizada las posibles preguntas y orientado sobre las respuestas más adecuadas. Aun así, ni el regidor ni Lisandro las tenían todas consigo. El infalible olfato del presentador estrella de la telebasura le avisaba de que algo iba a pasar esa noche que no estaba escrito en el guion. Al principio, el realizador de *Directo para ti* pensaba que lo que le desasosegaba tanto era la manifiesta tensión entre los padres de Mario, quienes, como suele ocurrir en estos casos inexplicables en los que necesitamos encontrar un culpable, se acusaban mutuamente de haber propiciado la terrible situación que estaban viviendo.

Pero quien, en realidad, le preocupaba en esos momentos era la madre de Bruno. La cantidad de ansiolíticos y calmantes que había consumido esa mujer en los últimos días podría haber tumbado a un rinoceronte, pero en ella las sustancias narcóticas parecían haber provocado el efecto contrario. Rosa era una auténtica bomba de relojería que podía explotar en cualquier momento durante la retransmisión, con resultados inesperados.

A Lisandro esa amenaza le angustiaba porque era algo que se salía del plan trazado con tiralíneas. No concebía realizar uno de sus famosos y aclamados especiales sin una exhaustiva planificación

hasta el último detalle. Pero, por otro lado, también le excitaba la posibilidad de tener que reconducir con éxito una situación fuera de control, como la que prometía provocar esa mujer henchida de química y dolor.

Algo en su interior le decía que *Buscando a Bruno y Mario* podía ser uno de los grandes éxitos de su vida profesional. El programa por el que sería recordado, para bien o para mal.

Quedaban menos de veinte minutos para entrar en antena. Todos estaban ya maquillados y preparados en los lugares que iban a ocupar en la escena. El regidor repasaba por última vez el orden de las intervenciones e intentaba transmitir a los familiares la confianza que a él le faltaba.

Lisandro observaba desde su esquina a los protagonistas del programa.

Allí estaban todos, nerviosos y angustiados a partes iguales:

Luis, el padre de Mario, serio y con gesto circunspecto, de quien se notaba que no estaba cómodo en su papel.

Carmen, exmujer de Luis y madre de Mario, había sido la cara visible de las dos familias desde el principio. Siempre había dado la impresión de sentirse a gusto delante de las cámaras. Había reclamado en todo momento, con cada gesto, con cada frase, su papel de portavoz.

Sandra, hija de Luis y Carmen, hermana de Mario y siempre cerca de su madre, era una preadolescente que aparentaba más edad de la que en realidad tenía. Con ella quedaba cubierta una cuota importante de público, el juvenil, que vería en ella alguien con quien sentirse identificado.

Fernando, el padre de Bruno, taciturno y esquivo con los periodistas, empezaba a cuestionar el liderazgo de Carmen, presionado por sus hermanos y cuñadas, aunque él prefería evitar la confrontación entre las dos familias.

Y Rosa, la mujer de Fernando y madre de Bruno, la conveniencia de cuya asistencia esa noche había sido objeto de debate hasta el último momento.

—Dos minutos para estar en directo. —El regidor recorría frenético el estudio repitiendo la consigna.

Lisandro se aclaró la garganta, comprobó de nuevo el impecable nudo de su corbata y se dirigió parsimonioso hacia el lugar reservado para él. El juego comenzaba.

—Buenas noches. No queríamos estar este miércoles en antena, pero el destino nos ha traído hasta aquí. Un destino que ha destrozado a dos familias que esta noche nos van a relatar los terribles momentos que están viviendo. Insisto: este es el programa que nunca nos habría gustado hacer, pero que estamos convencidos de que debíamos hacer.

Lisandro hablaba tranquilo y decidido, marcando los tiempos y recreándose en las pausas, sabedor de estar siendo observado desde millones de hogares españoles.

—Hoy es nuestra obligación dar todo nuestro cariño, el de todos los seguidores del programa *Directo para ti*, el de todos los españoles, a dos familias que están pasando por unos momentos durísimos. Ellos son, como todos ustedes ya saben, los familiares de Mario y Bruno. Los dos chicos que desaparecieron el 15 de agosto de este 2012, y de quienes hoy, dos meses después, seguimos sin saber su paradero.

»Nuestra intención es que nuestros televidentes conozcan de primera mano cómo son estas personas y de qué forma están viviendo este drama.

»Este, y no otro, ha sido el objetivo de este programa especial. Lo digo por aquellos que siempre quieren ver problemas donde no los hay. —Mientras hablaba, Lisandro se había acercado a las sillas que ocupaban las familias, se había situado detrás de la madre de Mario y había posado ambas manos sobre sus hombros—. Estamos esta noche con el corazón en la mano para transmitirles a estas personas que tanto están sufriendo nuestra más sincera solidaridad.

»Ahora es el momento de concederles a ellos todo el protagonismo, pero antes daremos paso a la publicidad. Después les contaremos todos los detalles de este terrible caso de desaparición: la historia de Mario y Bruno, dos jóvenes que salieron a celebrar el cumpleaños de uno de ellos, y de los que no se sabe nada desde el pasado 15 de agosto.

Durante los diez minutos de publicidad, Lisandro tomó asiento y repasó cuidadosamente las preguntas en su tarjetero. Lanzaba miradas tranquilizadoras a los familiares e intercambiaba las últimas impresiones con sus dos colaboradoras de confianza. Esther Campillo tenía como gran activo su capacidad para empatizar con los que sufren, cualidad que la convertía en indispensable esa noche. En el otro extremo, dando la réplica, estaba Concha Arnedo: implacable, capaz de sembrar la cizaña entre las personas mejor avenidas de este mundo. Ella sería la encargada de mostrar el punto de disensión y añadir la provocación necesaria para que se hablase durante horas del programa en las redes sociales.

Ya fuera en Twitter, Facebook, la cafetería de la esquina o la oficina, Meneses sabía muy bien de qué le gustaba a la gente hablar: de lo que habían visto en la televisión. Y, concretamente, de la peor televisión. Cuanto más sórdida y escabrosa, más comentarios y más conversaciones. Da igual la condición social o el nivel cultural de las personas; todas, incluso las más dignas, que se escandalizan y piden airadamente la supresión de su programa, forman parte del juego y también, aunque lo nieguen, de la audiencia de *Directo para ti*. Como solía argumentar Lisandro cuando lo atacaban por su forma de hacer televisión: «Todos conocemos la audiencia de los documentales de La 2 y las de mis programas; la gente no quiere dormirse frente al televisor». La gente ama las vísceras, y Meneses hacía alta cocina con ellas.

Se acababa el tiempo y enseguida estarían de nuevo en el aire. Lisandro guiñó un ojo a Concha y a Esther. Era el momento del vídeo en el que se contaba la historia con todo el dramatismo necesario para preparar el camino a lo que vendría después. Lisandro había insistido en utilizar el *Adagio para cuerdas* de Barber; «la música del desastre», como le gustaba llamarla. La pieza musical más triste de la historia.

Esos diez minutos resumían quince días de intenso trabajo para elaborar un documento diseñado con el fin de impactar en la audiencia gracias a los artificios y ardides que el equipo del programa tan bien sabía manejar. Cuando acabase su emisión, el terreno estaría abonado para su intervención y las entrevistas a los familiares.

El presentador esperó callado durante medio minuto confiriendo mayor solemnidad, si eso era posible, al intenso momento vivido.

Aguantó la mirada clavada en la cámara sin pestañear y entonces retomó su discurso:

—Esta es la historia de Mario y Bruno, la triste historia de dos adolescentes que desaparecieron una noche de verano sembrando así el dolor entre sus familias. Desde entonces, seguimos sin ninguna pista clara que pueda aclararnos qué ha sido de ellos. Lo que en un principio parecía una travesura que podía habérseles ido de las manos, una historia de dos jóvenes que abandonan su hogar en busca de una aventura, se ha convertido en una horrible pesadilla, con muchas posibles hipótesis, pero ninguna fidedigna hoy en día.

Lisandro paladeaba cada una de las sílabas.

—Es el momento de dar la palabra a los verdaderos protagonistas de esta historia, los familiares de los dos chicos. Unas personas que llevan demasiadas semanas sufriendo y padeciendo la ausencia de sus seres queridos. Gente humilde que lucha con todas sus fuerzas por encontrarlos. Y créanme que lo están haciendo con un empeño y una entereza como pocas veces he visto en todos mis años de profesión. Para ellos va este fuerte aplauso.

»A lo largo de mi carrera me he enfrentado a muchos momentos difíciles, me ha tocado hablar y conversar con personas que han sufrido, pero nunca como hoy me he sentido tan emocionado y conmovido como por la historia de Bruno y Mario, por vuestro sufrimiento. Buenas noches a todos. Lo primero que quiero expresar es mi solidaridad con vosotros, la de todo el equipo y también la de los españoles que nos están viendo en este momento…

Antes de que el presentador terminara la frase, Rosa, la madre de Bruno, dio el primer aviso emitiendo un quejido entrecortado que

hizo parar brevemente a Meneses.

—Nuestro público tiene que entender lo difícil que es la situación para estas familias y que habrá momentos en los que la emoción nos obligue a detenernos para que puedan controlar todo el sufrimiento que llevan dentro. Como les decía, hablaremos con todos ellos, pero será Carmen, la madre de Mario, la persona que ha intervenido en las últimas semanas como su representante, la primera en emitir su testimonio.

»Buenas noches, Carmen.

—Buenas noches —respondió la madre de Mario.

—Sabemos que no ha sido fácil venir al programa. Somos muy conscientes de lo duro y lo complicado de vuestra situación.

—Solo tenemos palabras de agradecimiento por la atención que nos habéis prestado y por traernos hoy aquí.

—Carmen, no hace falta que os guardéis nada. Todos sabemos el infierno que estáis viviendo y comprendemos que necesitéis tiempo para contarnos vuestra historia. Ya son más de dos meses desde que vuestros hijos desaparecieron sin dejar rastro, desde aquel fatídico 15 de agosto en el que descubriste que Mario no estaba en su habitación, que tu hijo no había vuelto a casa aquella noche. ¿Qué fue lo primero que pensaste al comprobar que él no estaba en el piso? —preguntó Lisandro.

—Al principio, me imaginé que la juerga se habría alargado más de lo previsto. Iban a celebrar su cumpleaños y ya se sabe cómo son los chicos ahora y lo tarde que llegan a casa. Además, era verano y festivo. Pero había algo en mi pecho, algo dentro de mí que me decía que… que algo iba mal… Eran ya las once de la mañana y habíamos quedado para comer con su hermana y su padre. Mario

había sido el primero en insistir en esa comida de cumpleaños con todos nosotros. Desde que mi marido y yo nos separamos no habíamos vuelto a estar todos juntos. La tarde anterior, él parecía muy animado con ello y también con ir a celebrarlo con sus amigos. Las semanas previas parecía no tener demasiado interés, pero la víspera estaba especialmente contento de quedar con ellos.

—Una vez que compruebas que no ha llegado todavía y que solo faltan unas horas para que se presenten su padre y su hermana, ¿qué haces? Un momento en el que, como nos comentas, un sentimiento de angustia te dice que algo no va bien, en el que ese sexto sentido de las madres te alerta de que hay algo que no encaja. ¿Cuál es tu reacción entonces, Carmen?

—Llamar, llamarle al móvil. Pero no me lo coge.

—Me imagino, Carmen, que, como cualquier chico de su edad, Mario nunca saldría de fiesta sin él.

—No, claro que no. Él siempre lo lleva encima y si llega tarde o pasa cualquier cosa, me avisa. Yo siempre le digo que para esas llamadas siempre hay dinero; para las otras bobadas de internet y esas cosas no, pero para tener saldo para llamarme él sabe que sí.

—Le llamas, pero no hay respuesta. ¿Cuál fue tu siguiente paso?

—Seguí intentándolo, pero me salía todo el tiempo un mensaje diciendo que estaba apagado. Cada vez estaba más nerviosa, sabía que algo malo podía estar pasando. Después de intentarlo muchas veces, decidí hablar con los padres de Bruno para ver si él había dormido en casa y si sabía algo de Mario. Me cogió el teléfono Rosa y me dijo que su hijo tampoco había vuelto.

—Sé que es difícil intentar ponerme en tu lugar, pero me imagino que es entonces cuando de verdad ya no es solo la intuición de una

madre: en ese momento tomas conciencia de que algo malo puede haberles pasado. Empieza entonces una historia que compartís las dos familias, un duro trago que os ha unido en la búsqueda de vuestros seres queridos.

»Tomémonos ahora un momento de respiro, vayamos a publicidad y, a la vuelta, seguiremos conociendo cómo fue ese trágico día en el que descubristeis que vuestros hijos habían desaparecido —dijo Lisandro, intentando temporizar la emoción del momento.

Después de los anuncios, la cámara volvió a mostrar un primer plano de Lisandro, quien pausadamente retomó el hilo de la narración:

—Carmen y Rosa averiguan tras su conversación que ninguno de los dos chicos ha vuelto a casa. La madre de Mario, lejos de tranquilizarse con este descubrimiento y en vez de pensar que los dos muchachos han prolongado la noche más allá de lo recomendable, comienza a vislumbrar que algo no va bien. ¿No es así, Carmen? ¿Qué piensas cuando cuelgas el teléfono? —preguntó Lisandro volviendo la cabeza hacia la madre de Mario.

—Que algo malo había ocurrido —Carmen tuvo que parar durante unos segundos con un gesto de dolor contenido, tratando de retener las lágrimas que empezaban a correr por su rostro—, que algo malo había pasado para que no hubiesen vuelto. Como te decía antes, Mario siempre me avisa si llega más tarde y siempre me contesta al teléfono. Yo… —La voz volvió a entrecortársele.

—Continúa, Carmen, tómate el tiempo que necesites.

—Tuve entonces el presentimiento de que nunca iba a volver a ver a mi niño.

La mujer comenzó entonces a llorar de forma desconsolada, mientras la madre de Bruno acompañaba los sollozos de su compañera gritando de forma agónica:

—¿Dónde está mi Bruno?

El dramatismo de la situación era demasiado, incluso para Lisandro, y la tornaba por momentos en algo entre lo grotesco y lo paródico. El presentador retomó el pulso del programa dirigiéndose primero al público y luego a un nuevo interlocutor: el padre de Mario, Luis.

—Seguimos escuchando estos testimonios cruciales de los familiares de Mario y Bruno. Agradezco sobre todo a estas dos madres su coraje para estar hoy aquí. Todos nosotros entendemos perfectamente estos momentos de flaqueza al relatarnos su sufrimiento. Mientras Carmen toma aire y consigue recuperarse, vamos a pasar a hablar con Luis, el padre de Mario. Hola, Luis, muchas gracias por estar aquí con nosotros.

—Gracias a vosotros por preocuparos y ayudarnos a buscar a nuestros hijos.

—Recapitulemos: ese día tú ibas a ir a comer a casa de Carmen, al que había sido tu hogar hasta la separación, con tu hija Sandra, que había dormido en tu piso la noche anterior, para celebrar el cumpleaños de tu hijo mayor. Para ti era un momento de alegría, imagino, después de lo que supone un divorcio, volver a estar todos juntos de nuevo. En un segundo, toda esa emoción se desvanece cuando Carmen te informa de la desaparición de Mario. ¿Cómo fue ese momento? ¿Qué sentiste al enterarte de la noticia?

—Como ha dicho Carmen, Mario siempre ha sido muy responsable; incluso cuando iba a volver más tarde de lo pactado,

procuraba avisarnos con un mensaje o una llamada de teléfono. Lo primero que siento al enterarme es incredulidad, por lo que acabo de comentarte y también porque era su cumpleaños. Llevaba varios días insistiendo en que comiéramos todos juntos. El domingo anterior me había llamado y me había pedido que viniese. Las cosas no iban demasiado bien después de la separación, pero le dije que me lo pensaría por él y por su hermana.

—Y al final decidiste asistir a la celebración.

—Sí. Hasta me dijo que iba a comprar una botella de mi vino preferido para celebrar sus dieciséis años y que había encargado una tarta. —Una tibia sonrisa asomó por su rostro—. En la pastelería nos dijeron que había quedado con ellos en que se pasaría a eso de las doce a recogerla. Eran muchas las cosas que no cuadraban y por eso desde un principio pensamos que no se trataba de una chiquillada —dijo mientras un serio rictus volvía a apoderarse de su cara.

—¿Cuándo acudís a la policía?

—Esa misma tarde. Volvimos a llamar a Rosa y a Fernando, y al no tener ellos tampoco noticias de Bruno, acordamos ir juntos a la comisaría.

—Me imagino que la policía, como en todos los casos de desaparición de menores, os tranquilizaría comentando que muy posiblemente fuera una juerga que no habían sabido terminar o, como tú decías, simplemente una chiquillada.

—Sí. Claro… Pero ¿puedo decir una cosa? Quiero agradecer en nombre de todos nosotros —Fernando y Rosa asentían con la cabeza — el comportamiento de los policías y guardias civiles que han

trabajado en el caso. En un principio nos dijeron que esperásemos, que, seguramente, sería cuestión de horas que los chicos volvieran.

—¿En qué momento la policía cambia de opinión y os comunica que hay que pensar en otras posibilidades para explicar su desaparición?

—Durante el fin de semana; el viernes estuvieron en casa otra vez, aunque nos habían interrogado a todos el día anterior, para volver a preguntarnos las mismas cosas: la ropa que llevaban, si tenían problemas en el instituto o en casa, si tomaban drogas…

—Desgraciadamente, la situación se ha alargado ya dos meses. Durante este tiempo, ¿cuántas posibles vías de investigación se han seguido, cuántas pistas que creías verdaderas han sido descartadas?

—Muchas. Hemos pensado y nos han comentado diversas posibilidades, pero de momento ninguna ha acabado en nada. Nos han llamado desde Canadá, Portugal, Benidorm y Lugo. Ha habido cientos de llamadas diciendo que los habían visto en Vallecas, Valladolid y Lisboa, pero seguimos igual que al principio.

Justo en el mismo momento en que el padre de Mario terminaba de articular su última palabra, un aullido agónico recorrió el improvisado plató de televisión y heló el alma de los que allí estaban y las de aquellos que seguían el programa por televisión.

—Queremos que vuelvan, queremos que vuelvan.

Ese era el estremecedor grito que salía del pecho de Rosa mientras se desplomaba al suelo entre los fallidos intentos de su marido por evitarlo. Un primer plano recogió la dramática escena hasta que Lisandro se volvió a su cámara para solicitar la publicidad. La escena era perfecta para ese primer especial, pero no había que seguir tentando a la suerte.

Después de quince minutos de anuncios publicitarios y múltiples avances de los próximos programas de la cadena, el especial sobre la desaparición de los dos chicos regresó a los televisores de los más de diez millones de españoles que lo estaban siguiendo en directo. Aunque tras el cuarto de hora pasado había un invitado menos: la madre de Bruno, a la que había evacuado el personal del programa, que había actuado de improvisado equipo de urgencias.

Lisandro respiraba aliviado con la pérdida de tan incómoda invitada y, a la vez, satisfecho por la gran expectación que, suponía, habría generado su intervención entre la audiencia. La frase «Queremos que vuelvan» resonaba con fuerza en su cabeza.

De vuelta a la realidad, era el momento de ceder el protagonismo a sus colaboradoras, sin perder de vista la posibilidad de nuevas intervenciones de Carmen, ya recuperada, y también de Luis, quien le había sorprendido por su soltura ante las cámaras.

—Como han podido comprobar desde sus casas, la emoción y la tensión que hoy se está viviendo aquí nos está superando a todos. Ha sido imposible que Rosa siguiera con nosotros esta noche. Todos deseamos que se recupere pronto del ataque de nervios que ha sufrido. Conforme vayamos conociendo más noticias sobre su estado de salud, se las iremos comunicando.

Lisandro exhibió su mejor sonrisa y se dirigió a los sillones, donde le esperaban sentadas Esther Campillo y Concha Arnedo.

—No es necesario que les presente a estas dos mujeres que están hoy aquí para ayudarnos a esclarecer las dudas en torno a este misterioso caso y que van a intentar arrojar algo de luz sobre este escabroso asunto que nos ocupa.

—Buenas, Esther, ¿cómo estás? ¿Qué novedades nos puedes aportar esta noche?

—Hola, Lisandro. Antes que nada, quisiera mandar un gran mensaje de apoyo a estas dos familias que tanto están sufriendo.

—¿Qué puedes contarnos de estas personas con las que has convivido en las últimas semanas? Les recordamos a nuestros seguidores que, desde finales del mes pasado, Esther Campillo ha tenido relación directa con ambas familias, por lo que ha compartido su dolor y ha podido elaborar el estupendo reportaje con el que hemos arrancado esta noche.

—Muchas gracias, Lisandro. Como acabas de decir, han sido muchas horas las que hemos pasado juntos y, aunque me hubiese gustado que las circunstancias fueran otras, ha sido todo un privilegio poder conocerlos a todos ellos y comprobar su tenacidad para que el caso no quedara en la sombra y consiguiese llegar a los hogares de toda España y, por fin, se empezasen a realizar los esfuerzos necesarios para encontrar a Bruno y a Mario.

—Hemos escuchado esta noche palabras de agradecimiento para las fuerzas policiales, pero veo que tú tienes una visión muy distinta de cómo se ha organizado la búsqueda y los activos empleados en ella.

—Cuando en dos meses no hay una sola pista verdadera, cuando después de casi sesenta días de su desaparición no hay una línea de investigación definida, eso quiere decir que alguien está fallando. Para eso estamos nosotros aquí, para hablar sin el sesgo emocional que tienen estas personas que tanto están sufriendo.

—¿Qué ha fallado entonces en la investigación?

—Pues, básicamente, todo. La desidia del principio, el error inicial al afirmar en todo momento que se trataba de una chiquillada: todo esto hizo que se pasara el mes de agosto sin hacer nada. Todos sabemos que las primeras horas y los primeros días en un suceso de desaparición son fundamentales, sobre todo cuando existe la fundada sospecha de un secuestro.

—Perdona que te interrumpa, Esther. Lo que estás diciendo es muy fuerte, y más aún delante de sus familias; ¿pueden entonces Bruno y Mario haber sido víctimas de un secuestro?

—Sí —contestó categórica Esther Campillo mirando a la cámara, con un monosílabo eterno y rotundo que provocó el silencio más gélido en el plató y en el salón de todos los telespectadores.

—Esa es una afirmación muy dura. ¿En qué te basas para llegar a esa conclusión?

—No es una teoría mía, ni de la redacción del programa. Fuentes policiales nos han confirmado que, desde hace una semana, esa es la tesis que cobra más fuerza en estos momentos. Podemos afirmar, Lisandro, que la investigación toma otra dimensión desde el momento en que se anuncia el programa especial de esta noche.

—¿Qué pistas se están siguiendo? ¿Quién o quiénes pueden ser los secuestradores de los dos adolescentes?

—Como te puedes imaginar, desde que se anunció este especial, todavía hay más cautela en las comunicaciones de la policía. No obstante, nuestros reporteros han conseguido averiguar que todos los esfuerzos se centrarían en localizar un misterioso Hyundai rojo que aparece detrás de los chicos en la última foto que subieron a la red social Tuenti. Y es que, según hemos podido saber, habría varios testigos que afirman haber visto subir a Bruno y a Mario en ese

coche. Ninguno ha podido facilitar el número de matrícula, que tampoco es visible en la imagen que te comentaba.

—¿Sería entonces esa la última vez que se les vio antes de su desaparición?

—Sí. Hasta ahora, todos los testimonios recogidos apuntaban a que los habían visto andando por la carretera, de regreso a Ciudad Real. Pero, según las últimas informaciones, los dos jóvenes se habrían subido a ese Hyundai a la salida de la discoteca.

—La intensidad de este programa está haciéndonos pasar momentos muy difíciles, como pueden percibir en los rostros de nuestros invitados. Luis —se dirigió Lisandro al padre de Mario con un teatral giro de cabeza—, ¿estabais al tanto de esta noticia?

—No —contestó el hombre, perplejo por las novedades que había oído—. No teníamos ni idea.

—Esperanzados por el vuelco que da la investigación con estas revelaciones y conscientes de que por fin podemos estar llegando a algo, me gustaría dar paso a nuestra última invitada, nuestra colaboradora Concha Arnedo. Llegamos a un momento duro, y vamos a hablar de cosas que pueden incomodar y molestar a las familias, pero es necesario que sepamos quiénes son Bruno y Mario, y en esta ardua labor nos va a ayudar Concha. Hola, Concha. Bienvenida.

—Muchas gracias, Lisandro —contestó Concha.

Su cara regordeta lucía una espléndida sonrisa, encantada con el sucio rol que le iba a tocar encarnar.

—Hasta ahora hemos conocido a los dos chicos, Bruno y Mario, por boca de sus familiares. Pero ¿cómo son en realidad? ¿A qué se

dedican? ¿Hay algo oscuro que no sepamos de ellos y que pueda tener alguna relación con su desaparición?

—Lo que sabemos de ellos es lo mismo que nos han contado: que son dos adolescentes como cualesquiera de su edad, amantes de los coches y el fútbol, y no muy buenos estudiantes. Aunque, en el caso de Mario, eso parecía estar cambiando y, por lo que nos ha comentado una amiga muy especial, tenía intención de cursar una carrera universitaria. Este es un punto que había causado bastante malestar entre ellos. Bruno había dejado ya los estudios de forma casi oficial para dedicarse a otros asuntos, y Mario no estaba dispuesto a seguir el mismo camino.

—¿De qué se trata, Concha?

—De asuntos… —Concha dudó durante unos instantes antes de soltar la bomba—, asuntos de drogas. Bruno había sido fichado en dos ocasiones por posesión y, por lo que he podido averiguar, la policía municipal le estaba siguiendo la pista al estar relacionado con la venta de hachís, pastillas y cristal en el instituto en el que estudiaba hasta hace un par de meses.

—Sé que esta revelación está siendo especialmente dura para Fernando, quien ha visto cómo su mujer ha tenido que abandonar el programa visiblemente traumatizada, pero debo formularle esta pregunta: Fernando, ¿sabías algo de esas actividades en las que estaba involucrado vuestro hijo?

—Sospechábamos que andaba metido en algo malo. Desde que yo perdí el trabajo —comentó lastimoso Fernando, como queriendo excusarse por haberse quedado en el paro y haberse convertido en la causa de los líos en que su hijo andaba metido—, todo ha ido de mal en peor. La policía nos dijo lo de las drogas, pero Rosa… Rosa

no quería oír nada al respecto y en casa nunca hablábamos de ello. Alguno de los antiguos compañeros de la fábrica me había advertido de los nuevos amigos de Bruno. Mala gente. Por eso, cuando vi a Mario en casa hace una semana, me puse muy contento, pues hacía mucho que no los veía juntos. Mario siempre fue un gran chico.

Las lágrimas empezaron a surcar el ajado rostro de Fernando. Lisandro hizo gestos al realizador para que aguantara un poco más el plano. Todo estaba saliendo a pedir de boca. Solo quedaba el epílogo para despedir el programa.

—Concha, ¿puede haber tenido algo que ver la droga en la desaparición de Bruno y Mario?

—Como ha comentado mi compañera Esther, la pista del Hyundai rojo es la más sólida, y sí, la policía piensa que puede tener relación con el tráfico de drogas.

Uno a uno, fueron desfilando por la pantalla los rostros cariacontecidos de los familiares de los chicos. Lo que se preveía una melodramática jornada de apoyo a su sufrimiento se había convertido en una inesperada crónica negra de la vida privada de los muchachos, que ante muchos ojos habían pasado ahora de inocentes víctimas a culpables de delitos pendientes de aclarar.

El cenit emocional ya no podía dar más de sí y, convencido de ello, Lisandro decidió cerrar ese primer programa, emplazando a los desconcertados familiares, colaboradores y espectadores al programa especial que se emitiría en siete días, no sin antes recordar que el viernes también habría una interesante entrevista en *Directo para ti de los viernes* y animando al público a que dejara sus comentarios en las redes sociales.

Viernes, 19 de octubre de 2012

Lucía comprobaba con hastío cómo el famoso *hashtag* había vuelto a conseguir ser *trending topic* en apenas diez minutos. Después de haberlo sido el jueves durante todo el día, hoy lo había logrado de nuevo gracias a un retuit de un influyente presentador de televisión, amigo de Lisandro, y que, al olor de la sangre, estaba moviendo hilos para llevar a los familiares a su cadena. La diferencia con respecto a lo que había pasado el miércoles por la noche es que ahora empezaban a publicarse los primeros comentarios negativos asociados al #QueremosQueVuelvan y, cómo no, las primeras bromas macabras.

Las múltiples intervenciones de los padres de Mario en las diferentes televisiones en apenas cuarenta y ocho horas, y el exceso de atención en los medios de comunicación, tanto analógicos como digitales, aparte de las redes sociales, habían desgastado la autenticidad del estremecedor testimonio de los familiares de los chicos desaparecidos en el programa de Lisandro Meneses. La mala fama del argentino en Twitter había legitimado la crítica de varios gurús y también los chistes de dudoso gusto publicados a través de varios perfiles anónimos. No era la primera vez que esto sucedía y, por desgracia, pensaba Lucía, no sería la última. Había ocurrido en el pasado con casos similares, como el de Marta del Castillo o los niños de Córdoba; la historia de Mario y Bruno no iba a ser una excepción.

Lucía cogió su café con leche y se llevó la taza a los labios sin reparar hasta ese momento en que habían pasado más de treinta

minutos desde que se lo habían servido.

Lucía pensaba: «¿Se habrá dado cuenta Javier de que me he marchado?».

No había sido una decisión fácil. Pero aquella relación no daba más de sí. Casi quince años. Toda su juventud y el principio de su adultez, compartidos con una persona a la que había querido con locura, y que ahora solo le parecía un extraño. Estaba tan enfadada que le costaba rescatar los buenos momentos —que habían sido muchos— y solo le venían a la cabeza las peores imágenes: las discusiones, los gritos, las desapariciones, los vacíos, la frustración; sobre todo la frustración. Javier estaba desdibujado: su pareja se había convertido en la caricatura de esos últimos meses.

Ella sabía que la obsesión con el caso de los muchachos desaparecidos era solo la gota que colmaba el vaso, que se había estado llenando durante el último año, a lo largo del cual sus pequeñas diferencias se habían ido convirtiendo en insalvables. Por eso mismo, se avergonzaba tanto de su reacción en la cafetería el día que había dejado Madrid. El camarero no daba crédito a sus palabras y a la señora de la mesa de al lado casi le había dado un infarto. ¡Cómo había podido ser tan bruta!, se preguntaba. ¿Qué culpa tenían esos pobres chicos? ¿Y si los habían secuestrado? ¿Y si estaban… muertos? Que Javier hubiese hecho de su desaparición el motor de su vida durante esos dos últimos meses no era la explicación a su huida. Ese portazo a tres lustros de convivencia tenía unos cimientos demasiado sólidos, Mario y Bruno solo habían sido el detonante, la espoleta que había hecho saltar todo su mundo por los aires.

Cambiar Madrid por Burgos de momento no había surtido ningún efecto cauterizador. Lucía quería empezar a poner las cosas en su sitio, reconstruir su mapa personal, pero para ello no esperaba demasiado de su familia.

Unas noches en el antiguo piso familiar, el lugar donde había vivido su infancia y malgastado su adolescencia, le habían servido para darse cuenta de que allí no era bien recibida —a la tradicional hostilidad de su cuñada tenía que añadir la hiriente indiferencia de su hermano y el desafecto de sus sobrinos— y que si quería seguir en Burgos más días, debía retomar la idea inicial de buscarse otro sitio donde llorar sus penas y aclarar su futuro.

Lucía abrió la página de elmundo.es para descubrir cuatro noticias que hacían referencia al ya manido «Queremos que vuelvan»: una declaración del ministro de Justicia asegurando que iban a hacer todo lo posible por encontrarlos; el anuncio del nuevo programa especial de Lisandro Meneses el próximo miércoles; una llamada a la participación en un chat en directo con la madre de Mario, y un resumen de lo ocurrido en Twitter con el *hashtag* en las últimas horas. Lucía se preguntaba si había alguien a quien de verdad le importara dónde estaban esos chicos y qué había pasado con ellos. Todavía recordaba cuando llamaron del periódico a Javier para que fuera a Ciudad Real a cubrir el caso. Ni siquiera entonces había sido noticia. Parecía que solo le importaba a su pareja. Javier no se resignó a la indiferencia, y cada día la sorprendía con una nueva pista, una teoría diferente, otro posible reportaje. Y quizá, como le repetía cada noche desde que volviera de Ciudad Real, de todo aquello se podría escribir un libro.

Apurado su segundo café con leche, cambió de página web y abrió la del periódico de Javier. Las mismas noticias bajo otro enfoque diferente, la misma basura presentada de una forma más digna. Lucía repasaba desconcertada los artículos y comprobaba que ninguno de ellos llevara la firma de Javier Redondo. Quizá hubiera salido desesperado en su búsqueda, abandonando su trabajo, pensaba; pero enseguida se dio cuenta de lo estúpido de su planteamiento; seguramente estaba preparando un especial para ese fin de semana del caso que había protagonizado su vida en los últimos tiempos, y también la suya.

Pensó en una excusa para no ir a comer a casa de su hermano y, mientras, buscó en internet un lugar donde alojarse a partir del fin de semana. Todavía quedaban trámites de la herencia por resolver: el futuro de la empresa familiar que su hermano dirigía y de la que ella seguía siendo administradora a partes iguales; amén de discutir qué hacer con la propiedad más ansiada por su cuñada, el apartamento de Laredo.

Burgos había cambiado mucho en los últimos años, pero las nuevas infraestructuras, el insulso edificio que alojaba el interesante Museo de la Evolución, la inmensa colección de estatuas de bronce y las calles peatonalizadas no habían podido borrarle a esta ciudad su aire de capital de provincias. De repente descubrió que eso que antes tanto había aborrecido podía convertirse ahora en un gran atractivo para ella.

Llamó a su hermano y le anunció que al final hoy no podría comer con ellos. Su hermano le respondió con voz seria que Silvia ya le había preparado un plato y colgó esbozando un tibio «hasta luego». Ella sabía que su hermano no estaba molesto porque ella no fuera a

almorzar con ellos, el problema era que tendría que volver a escuchar por enésima vez los reproches de su mujer dirigidos a Lucía y su funesto regreso al hogar. Ella, por su parte, disfrutaba pensando en la reacción de su cuñada cuando les comentase que no sabía si quería vender su parte en Muebles Gutiérrez y que necesitaba algo más de tiempo para ver qué hacer con sus participaciones en la empresa.

Lucía solo había echado una ojeada rápida a los papeles que le había dado su hermano. Pero había visto lo suficiente para comprobar la precaria situación de la empresa familiar. También había constatado que Carlos no podía hacer frente a la idea de comprarle su parte en la sociedad y el 50 por ciento del chalet de la playa. Vistos los números (los del próximo balance serían incluso peores, por lo que intuía), lo que su hermano debía hacer era sanear la empresa, vender propiedades e intentar enfrentarse al nuevo escenario económico sin las ínfulas de su esposa.

Decidió gastar un poco más de tiempo en el café buscando en YouTube el episodio del programa de Meneses; hacía mucho tiempo que no veía *Directo para ti* y le resultaba muy extraño el formato tan particular de ese programa especial, pero al oír la inconfundible voz de Lisandro se dio cuenta de que era igual que siempre: sentimentalismo de saldo aderezado con un lenguaje pedante. Aun así, no pudo apartar la mirada de la pantalla durante la hora siguiente, atraída por el delirante y circense espectáculo que había cocinado el presentador estrella de la televisión privada.

Lucía enfiló El Espolón en dirección a la Plaza Mayor en busca de un lugar donde reponer las fuerzas que iba a necesitar para preparar su nueva aventura. Mientras caminaba, se cercioró de que no tenía

ninguna llamada en el móvil; tampoco había mensajes, y el WhatsApp estaba vacío. Un escueto sándwich mixto, un grasiento pincho de gamba rebozada y una cerveza sin alcohol podían ser suficientes para hacer acopio de la energía necesaria para buscar un nuevo hogar.

Se ajustó los cascos, abrió Spotify en el móvil y puso la canción de Dolorean que le había acompañado esos últimos días. Al James tenía razón: ella no iba a ganar. *You Can't Win* volvía a sonar a todo volumen en su cabeza. Como un mantra, en modo repetición, aquel tema conseguía ser refugio y tormenta.

Madrugada del viernes 19 de octubre de 2012 al sábado 20 de octubre de 2012

Era más de medianoche y Javier Redondo seguía con los ojos fijos en la pantalla del ordenador, enrojecidos después de más de diez horas buscando en internet. Solo se había permitido dos breves descansos: uno para ir al baño y estirar brevemente las piernas; el otro para aprovisionarse en su desangelado frigorífico: una cerveza marca Día, unos quesitos caducados y una copa Dalky habían sido su frugal botín para la cena de esa noche.

Javier tenía la sensación de que había llegado, por fin, a un sitio importante. Los últimos descubrimientos le habían puesto sobre la pista de algo muy gordo, quizá demasiado gordo para él. Desde hacía unos días estaba convencido de que aquello no se trataba tan solo de la desaparición de unos niños, había algo más y él estaba decidido a descubrir qué era.

Ingeridas las calorías necesarias para continuar, comenzó a repasar sus últimos avances.

Javier se repetía una y otra vez que había pasado algo por alto: había algún detalle que estaba ahí delante y que él no conseguía ver. Había una pieza que no terminaba de encajar en el puzle. Desde la primera vez que viajó hasta Ciudad Real, el fin de semana después de la desaparición de Mario y Bruno, tuvo la certeza de que algo terrible les había pasado a los chicos. Volvió otra vez sobre aquella imagen. Para él era difícil de explicar, pero había algo que le parecía inquietante y que no conseguía descubrir en esa última foto de los

dos jóvenes sonriendo abrazados: era idéntica a los miles de imágenes de adolescentes de fiesta que se suben cada sábado en Tuenti, pero a la vez distinta en algún detalle que él no había logrado descifrar.

En los pocos meses transcurridos desde su desaparición, los avances en la investigación policial no habían sido muchos y, hasta ese mismo sábado, tampoco en la suya. Solo la tozudez de la familia, de la madre de Mario principalmente, había hecho posible que el caso no hubiera caído en el olvido y que ahora comenzase a tener un eco mediático nacional, cuando casi hasta el día de hoy se había reducido a la sección de local de la prensa. La aparición del miércoles pasado en el programa de Lisandro Meneses había dado sentido a los esfuerzos de la madre para seguir manteniendo viva la historia. Ahora, el caso ya no era una simple columna en la sección de local, sino que se había convertido en primera plana, justo una semana después de que Javier hubiera recibido la notificación de despido. Pero, de momento, aquel no era argumento suficiente para que dejara de buscar a Bruno y a Mario, dondequiera que estuvieran.

Javier sabía que si no hubiera cogido aquella llamada el miércoles, ahora todo sería muy distinto. Ese día estaba decidido a parar, dejar el caso y confesarle a Lucía que ya no tenía trabajo; que, desde hacía varios días, formaba parte de los casi seis millones de españoles que, desesperados, engrosaban las filas del paro en ese fatídico 2012. Sin embargo, cuando le sonó el móvil, Javier supo en ese mismo instante que esa conversación iba a cambiar muchas

cosas. Diez minutos antes, Javier había entrado en la habitación dispuesto a contarle la verdad y, también, a pedir perdón.

—Sé que estos últimos meses no han sido los mejores, y por ello quiero agradecerte que me hayas ayudado y hayas tenido paciencia —le dijo Javier.

—¿Me hablas a mí? Pensé que te habías olvidado de que existía —le respondió Lucía con gesto serio mientras terminaba de apilar su ropa encima de la cama.

—Entiendo que estés enfadada. Ya sabes cómo soy…

—¿Que cómo eres? —le interrumpió gritando Lucía—. A ver, dime cómo eres porque yo ya no me acuerdo; solo sé que no tienes nada que ver con la persona con la que comencé una relación de pareja hace ya quince años.

—Lucía…

—Ni Lucía ni hostias. Llevas dos meses sin dirigirme la palabra, viviendo solo para tu trabajo, obsesionado con esos críos de los cojones que seguramente están reventándose a porros en Ámsterdam o pegándose la gran juerga en Benidorm, pero yo, yo a ti te importo una puta mierda, eso es lo que te importo. Y no es solo por cómo te estás comportando los dos últimos meses. Esto viene de atrás, del último año, o puede que de los dos últimos, o quizá de siempre. Llevo muchos días preguntándome qué cojones hago contigo. ¿Por qué decidí compartir mi vida con alguien que lo único que quiere es estar solo?

Las lágrimas de Lucía corrían por el rostro a borbotones. Los aspavientos que realizaba con los brazos mientras descargaba su ira contra su pareja contrastaban con el mutismo de Javier, inmóvil a los pies de la cama.

—Tengo algo importante que decirte —comentó un apocado Javier.

—Yo también tenía muchas cosas que decirte y no me has querido escuchar —le gritó enfurecida Lucía mientras terminaba de recoger sus cosas.

—En serio, Lucía, es importante.

Justo en el mismo momento en el que se disponía a comunicarle la noticia, la estridente sintonía de su teléfono anunciaba la llamada que cambiaría sus vidas para siempre. Las de los dos.

Javier dudó por unos instantes si debía responder, pero su instinto y su alma de periodista no le permitieron pulsar el botón de rechazar. Al aceptar la comunicación, sabía que estaba abriendo una herida entre los dos que difícilmente iba a cicatrizar. Javier se dirigió cohibido al cuarto de baño para contestar a su interlocutor, el inspector Gómez, de la UDEV, la Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta. El mismo que se había despedido de él en varias ocasiones con cajas destempladas le llamaba ahora porque tenía cierta información que podía serle de utilidad. A él tampoco le contó que ya no estaba en nómina del periódico: decidió guardarse ese dato para sí mismo. Javier descolgó en el mismo momento en el que sonaba el atronador portazo con el que Lucía decía adiós a su vida en común.

—Creo que hay alguien que te puede ayudar con lo de los chicos esos —le dijo el inspector Gómez, para después permanecer en silencio unos largos segundos—. Pero esto es algo no oficial, ¿me entiendes? Tu hombre se llama Severino, ha trabajado con nosotros muchos años y su especialidad eran las desapariciones. Ahora está retirado. Yo nunca te he puesto en contacto con él. ¿Lo has entendido? —preguntó el inspector con tono inquisitorio.

—Sí, claro, lo he entendido —contestó Javier con tono dubitativo; todavía no se había repuesto del desencuentro de hacía unos minutos con Lucía.

—Yo te doy su teléfono y si eso te sirve de algo, estupendo, pero recuerda que tienes que informarme de cualquier nueva averiguación que hagas. A mí antes que a nadie, ¿entendido?

—Sí, ya le he dicho antes que le había entendido —respondió ahora Javier, visiblemente molesto con tanta pregunta intimidatoria.

—No te enfades. Solo quiero que tengas muy claro cómo actuar.

Javier apuntó el teléfono del tal Severino y se despidió del inspector. Dudó entre salir en busca de Lucía o teclear el número de teléfono de su nueva fuente de información. Después de una breve espera, optó por la segunda opción.

—¿Severino?

—Sí. Soy yo. ¿Quién llama?

—Javier Redondo. Soy periodista. Llamo de parte del inspector Gómez.

—¡Ah, sí! Ya sé quién eres, hijo.

—¿Podemos hablar?

—Sí. Pero estas cosas es mejor hacerlas en persona.

Era hora de irse a la cama, aunque Javier dudaba sobre qué hacer. Era la madrugada del sábado al domingo y seguro que cerca de su casa había algún bar abierto donde tomar un café bien cargado y quizá un gin-tonic, también bien cargado. La gasolina necesaria para poder seguir y no tener que pensar en dormir hasta bien entrada la mañana. Lo que había hablado con Severino por teléfono el

mediodía del sábado le había abierto nuevas vías de investigación. La charla del miércoles pasado había sido un mero formulismo, una simple toma de contacto, pero lo del pasado mediodía había sido una revelación en toda regla. En ese momento seguía acumulando toda la información que podía encontrar en internet para cuando volviera a hablar con el policía jubilado ese mismo domingo, aunque esta vez en persona. Había muchas preguntas que quería hacerle.

Por fin se decidió a bajar a la cafetería de la esquina, después de apurar el último Ducados que le quedaba. Se mojó la cara en el lavabo y descubrió que no le gustaba demasiado lo que veía en el espejo, pero siguió adelante con el plan.

Cuando estaba ya fuera de su piso, dándole vueltas a la llave en la cerradura, abrió de nuevo y volvió rápido sobre sus pasos para ir a la mesita de la entrada donde, al salir, le parecía haber visto un papel escrito a mano, ¡escrito con la letra de Lucía! ¡¿Cómo había podido ser tan imbécil?! ¡Cómo podían haber pasado más de tres días sin darse cuenta siquiera de que ella ya no estaba en el apartamento y de que le había escrito algo! El papel se le cayó de las manos, y él se quedó en el suelo arrodillado, llorando, mientras fijaba la mirada desolado en la escueta nota, que decía:

«Adiós, Javier. No me llames, por favor».

Lo primero que pensó fue en hacer lo contrario de lo que Lucía le había pedido en ese papel: es decir, llamarla por teléfono, pero cuando estaba a punto de pulsar el teclado de su móvil, se dio cuenta de que era muy tarde: las dos de la mañana.

Después de pasar varios minutos en el suelo de la entrada de la casa gimoteando y maldiciendo, decidió ponerse en pie y dirigirse a su destino inicial. El café podía esperar, pero el gin-tonic, no. Se

guardó la nota en la cazadora y bajó con paso decidido al pub que estaba a dos manzanas de su casa. Al final no fueron uno ni dos los cubatas que necesitó Javier para tomar conciencia de su situación.

Cuando la camarera le estaba sirviendo su quinta copa a la vez que le señalaba su reloj, el cual, si Javier no andaba equivocado, marcaba ya las seis de la mañana, se dio cuenta de lo patético que resultaba todo. Sin embargo, aún fueron necesarios varios empujones y unas cuantas amenazas para que Javier se acercara a la puerta del bar. Lo siguiente que recordaba eran los gritos del personal de limpieza del ayuntamiento, que le recriminaban que estuviera durmiendo entre los contenedores de basura. Con dificultad, dirigió sus pasos al primer banco que consiguió divisar entre la neblina que en su cabeza habían formado el final de la borrachera y el comienzo de la resaca.

Después de varias cabezadas, Javier consiguió espabilar el sueño y empezar a encadenar varias decisiones sensatas. Entró en la primera cafetería que vio abierta para tomar dos cafés bien cargados y devorar un bocadillo de jamón; necesitaba estar preparado para la cita de ese mediodía y tenía poco tiempo. Así que aceleró el paso, se dio una ducha de veinte minutos, ingirió una buena dosis de paracetamol con varios litros de agua y se vistió. Estaba listo. Ahora, Severino era la prioridad.

Sábado, 11 de agosto de 2012

Mario miraba a Bruno con desdén. Al principio del verano, su presencia le molestaba, le enojaba cualquier comentario suyo, cualquier cosa que hacía o proponía le importunaba. Ahora era peor, mucho peor: el enfado se había tornado en indiferencia. Estar con Bruno era un trámite que tenía que soportar, más irritante aún que las comidas con su madre y su hermana, que las reuniones familiares en casa de la abuela o las aburridas clases de recuperación de Matemáticas. Bueno, al menos las clases ya no eran un problema. Desde que había empezado a hablar con Susana, superada la chifladura por Verónica, Mario había conseguido encontrar a alguien que le gustaba de verdad, una chica con quien poder empezar una relación de verdad.

Llevaba semanas dándole vueltas a aquello, pero la decisión ya estaba tomada: lo suyo con Bruno había terminado. Después de mucho meditarlo, Mario por fin había reunido las fuerzas suficientes para decírselo. Habían pasado toda su corta vida juntos desde la guardería. Lo habían compartido todo, lo bueno y lo malo, incluso alguna novia. Se sentaban juntos en el colegio y hasta ese año lo habían hecho también en el instituto. «Uña y carne, son uña y carne», eso decían siempre de ellos. Los dos amigos inseparables. Sí. Pero las cosas estaban cambiando. Ya no eran los dos chicos que pasaban las horas muertas jugando en el solar de al lado de la casa de Bruno. Tampoco el terreno era el mismo: allí se levantaba ahora un edificio de viviendas y, en los bajos, un Mercadona sustituía al

campo de fútbol, de tierra y guijarros, donde Mario y Bruno habían vivido algunos de los mejores momentos de su infancia.

En un principio, pensó en sincerarse con él ese mismo fin de semana, pero al final alargó el plazo hasta el siguiente jueves, tras su cumpleaños; el día después de celebrar sus dieciséis años hablaría con Bruno y le contaría que quería estar con otras personas, que las cosas ya no eran como antes y que los dos lo sabían. Un discurso más propio de unos novios malavenidos que de unos viejos camaradas. Pero el caso era que Mario no se encontraba a gusto con la gente que frecuentaba Bruno. Chucky y los demás no eran la clase de compañías con las que él quería pasar el rato. Sobre todo con el misterioso rumano con el que Bruno andaba ese mes de agosto.

El verano, desde luego, no estaba siendo lo que ambos habían previsto. Los dos se habían quedado sin vacaciones. La separación de sus padres había significado también el fin de los meses de sol y playa en el apartamento de Santa Pola para Mario. Como si de una sociedad mercantil se tratase, sus progenitores habían decidido liquidar todo su patrimonio, excepto el piso donde vivía con su madre y su hermana, y repartirse los dividendos de diecisiete años de vida en común. Lo de Bruno, como él decía siempre que se presentaba la ocasión para poder presumir de sus miserias, era peor: tenía que seguir aguantando a su padre en casa y, encima, durante más tiempo cada día desde que el ERE se transformó en un paro indefinido del que difícilmente parecía que podría escapar. Desde que se encontraba desempleado, su padre había aumentado su mutismo hasta el punto de que ya ni siquiera practicaba su afición favorita: cantar los goles del Real Madrid; esa había sido antes la

máxima demostración de efusividad que se permitía, y que ahora también había perdido. El padre de Bruno se limitaba a pasar las horas muertas en el sillón, leyendo por la mañana las revistas que tomaba prestadas de la biblioteca municipal y viendo estúpidos programas de televisión por la tarde. Su madre, como siempre, dedicaba su jornada diaria a prepararles abundantes platos de comida que nunca podían terminar, a limpiar ceniceros de plata que nunca se ensuciaban y a tener a punto la ropa de su marido, incluso ahora que su única ocupación era ir a la casa de la cultura y comprar el pan.

Ni para Mario ni para Bruno estaba siendo una buena época, pero lejos de unirles una situación similar, cada vez se encontraban más distanciados. Últimamente, ni siquiera coincidían en las piscinas. Bruno seguía yendo a las municipales, como todos los veranos, aunque ahora andaba con su nuevo grupo de amistades, dedicado en cuerpo y alma a intimidar y asustar al resto de los bañistas que por allí pululaban; pero hacía varias semanas que Mario cogía el metro para acudir a la piscina comunitaria de la urbanización de su tío Miguel. Allí leía algún libro —su nueva afición—, escuchaba música, observaba a chicos que nunca serían sus amigos y miraba a chicas que nunca serían sus novias.

Su único punto de encuentro era la casa de Mario, donde Bruno solía presentarse de forma inesperada, aunque ya no estuviese invitado. Esto era algo que le molestaba especialmente. Mario había llegado a insinuar a su madre que si él no estaba, no tenía que invitarle a subir, a lo que ella le respondía que eso era cosa de su hermana, quien era la que se encargaba de dejarle entrar en el piso.

Bruno daba por hecho que aquella noche saldrían juntos, y Mario no sabía qué excusa poner: llevaba tres fines de semana sin aparecer por los bares del centro. Hasta ahora había podido quedarse a dormir en casa del hermano de su madre, su tío Miguel, pero hoy daba una cena para sus amigos y Mario no podía pasar allí la noche. No tenía la menor gana de ponerse hasta arriba para acabar luego con un globo inmenso en alguna discoteca; ya le tocaría ese plan en cuatro días.

Parecía mentira que hacía solo un año hubiesen vivido uno de sus veranos más intensos. Se recorrieron todas las fiestas de los pueblos, los que estaban cerca y los que no; pasaron juntos las vacaciones en el chalet de la costa; abrían y cerraban las piscinas; cenaban juntos, cada noche uno en casa de la familia del otro. El punto final a la semana lo ponían el domingo con interminables partidas de PlayStation hasta el amanecer.

Había un recuerdo que le asaltaba especialmente esos días y que, pese al desapego que ahora sentía, le producía cierta nostalgia: cuando se fugaron para ir a un concierto al Palacio de los Deportes de Madrid. Tocaba una de sus bandas favoritas, Foo Fighters, y su plan era intentar colarse, pero tuvieron que conformarse con quedarse al lado de las puertas de acceso gracias a uno de los guardias de seguridad, que se apiadó de ellos.

Allí estuvieron más de dos horas —poniendo la oreja para intentar escuchar algo— hasta que su ángel de la guarda, en un descuido de sus compañeros, les dejó entrar para que pudieran escuchar los bises. Corrieron como locos hasta la zona de pista, desde donde pudieron escuchar a Dave Grohl entonar las estrofas de *This Is a Call*

y *Everlong*. Se volvieron locos; fueron los quince minutos más mágicos de sus vidas.

Lo que pasó después no fue tan mágico. La bronca fue descomunal. El plan parecía perfecto: habían dicho que se iban a quedar a dormir en casa de su tío Miguel. Después del fin del concierto tenían que coger el último tren a Ciudad Real y, tras llegar, hacer tiempo hasta que abrieran la piscina. Pero Mario y Bruno no contaban con que Carmen, la madre de Mario, iba a llamar a su hermano para invitarle a comer el domingo. Así que pronto se descubrió todo el pastel. Sandra lo sabía todo, pero estuvo callada hasta que no tuvo más remedio que contar la verdad. Cuando sus padres llamaron a la policía, le entró el miedo y confesó.

Durante los siguientes meses, Bruno y Mario recordaron su aventura, transformando y deformando a su gusto lo vivido. El relato cambió: no habían estado un cuarto de hora dentro del Palacio de los Deportes, sino las casi tres horas que duró el show de los Foo. El segurata desapareció de la narración y ahora lo que había ocurrido es que, gracias a una arriesgada operación, más propia de los Navy Seals que de dos muchachos imberbes, habían conseguido entrar en el recinto para llegar a ver parte de la actuación de los teloneros y el concierto enterito de los Foo Fighters. Ese fue su tema de conversación favorito hasta la pasada primavera. Cuando todo empezó a cambiar.

Al final decidió no afrontar el problema directamente. Quedó con Bruno después de cenar —prefería no tener que discutir con él— y preparó un plan alternativo. Llamó a Susana, su compañera de las

clases de recuperación, a la que había invitado varias veces a quedar.

—Hola, Susana, eh…, soy yo, Mario.

—Ya sé que eres tú, idiota, tengo tu teléfono grabado en el móvil. —Susana se rio de esa forma que a Mario tanto le gustaba.

—Claro —se disculpó él—, perdona, estoy un poco atontado, me he quedado dormido en la piscina y todavía no me he recuperado. Creo que me ha sentado mal tanto sol en la cabeza.

—Pues ya es hora de que te despiertes, que es casi de noche —le respondió Susana.

—Te llamaba porque… esta noche mis amigos van a ir a un sitio que a mí no me apetece mucho y, no sé, como me habías comentado de quedar alguna vez en la finca esa que tenéis tú y tus colegas… Pero si no puedes o así, tampoco pasa nada, lo dejamos para otra vez.

—Claro que puedes venir, tonto, me hace mucha ilusión. Además, tengo un montón de amigas que presentarte, siempre me preguntan por mi misterioso compañero de clase de Matemáticas.

—Pues se van a llevar una desilusión —le dijo Mario.

—No lo creo —replicó ella con voz decidida.

—¿Cómo quedamos entonces? —le preguntó él.

—¿A qué hora vas a venir?

—Cuando tú me digas.

—Pues nos vemos entonces en el parque donde nos despedimos el otro día, el que está cerca del hospital a las diez de la noche.

—¿Tengo que llevar algo?

—No, nada. Ya lo hemos comprado todo. Por cierto, ¿no tenías hoy la fiesta de tu cumpleaños?

—No, mi cumpleaños es el miércoles, el 15 de agosto, y lo celebraré el martes por la noche —respondió Mario.

—Bueno, pues hoy lo celebras conmigo; con nosotros, quiero decir.

—Estupendo. Nos vemos.

—Un beso.

Otoño de 2010

Hassan seguía tirado en el suelo del descampado. Tiritaba de frío, dolorido por las múltiples heridas que tenía en el cuerpo y furioso consigo mismo por haberse dejado engañar de aquella manera.

Por lo menos tenía unos cuantos billetes en el bolsillo. Muchos menos de los que le habían prometido, pero suficientes para coger un autobús hasta Bruselas. Si algo tenía claro era que nunca iba a volver por esos malditos invernaderos.

—¡Que le den por culo a este pueblo de plástico! —gritó en voz alta, aunque sabía que nadie le podía oír.

Quién se lo iba a decir doce horas antes, cuando se paseaba ufano por aquel mismo lugar mientras esperaba que le pasasen a buscar para la macabra ceremonia en la que iba a participar.

Intentaba recordar ahora todas las vejaciones a las que le habían sometido. Su cuerpo se las enumeraba una por una, pero la vergüenza que sentía le impedía admitir que todo aquello había sucedido de verdad: puñetazos, patadas, violaciones, barras de hierro…

En cuanto Hassan había subido al coche, le pincharon en el brazo. Intentó forcejear, pero enseguida se vio atrapado en un denso sueño del que solo despertó para sentir el horror en sus carnes. Allí estaba él: el monstruo. Pegándole una y otra vez con la fusta en el pecho, en la cara, en los genitales. Violándole una y otra vez con todos aquellos terribles objetos.

Le suministraron más drogas para que pudiese aguantar. A partir de ahí, todo era una nebulosa, pero tenía grabada a fuego la cara de su verdugo en la memoria: sus pequeños ojos azules, aquel rostro ensangrentado, su fino bigote negro, aquella risa mientras le castigaba. Los otros no habían sido mejores, pero no tan crueles como él.

Hassan intentó incorporarse, pero falló en el intento. Las heridas eran peores de lo que le habían parecido en un principio. No podía ir a un hospital por no tener papeles y tampoco quería acercarse hasta el invernadero a pedir ayuda en esas condiciones. La única salida era acercarse hasta el solar que la semana pasada ocupaban varios muchachos senegaleses. Quizá ellos le ayudarían sin hacer demasiadas preguntas.

Lloró de rabia y de dolor. Vomitó sangre. Y en ese momento juró que algún día conseguiría averiguar quién era el demonio que le había hecho eso para vengarse de él. Por Alá que lo haría.

Domingo, 21 de octubre de 2012

Habían quedado a las dos de la tarde. Severino vivía ahora en una residencia donde la comida era a la una y media, y luego salía a tomarse un desahogo a un bar cercano. Un pequeño respiro para olvidar su nueva situación, a la que tanto le estaba costando acostumbrarse. Según le explicó más tarde el expolicía, su profesión solo le había permitido un par de relaciones más o menos formales, pero de poco recorrido. Un hermano en Cuenca, también soltero, al que no había visto en los últimos diez años era el único familiar que tenía con vida. Severino estaba solo, jubilado y con demasiado tiempo libre.

La enfermedad solo estaba en sus comienzos, como le había contado en la conversación que habían tenido el día antes por teléfono, pero en breve se convertiría en un impedimento lo bastante importante para poder continuar viviendo solo en su viejo apartamento. El miedo a perderse un día, el pánico que le producía la idea de que lo encontraran tirado en el suelo exudando putrefacción meses después de haber muerto, le había hecho tomarse en serio la idea de vivir en una residencia. De esta forma se enteraría del momento en que su situación empezase a volverse irreversible y tomaría sus propias medidas.

Pese a que Javier había llegado unos minutos antes de la hora indicada a la cafetería, Severino estaba ya sentado a una mesa, la del fondo del establecimiento, al lado de un ropero donde se amontonaban a diario las raídas pellizas de los jubilados que allí

acudían a jugar sus partidas de mus y tute. Hoy sus habituales moradores no estaban en sus mesas y se habían visto sustituidos por parejas, familias y grupos de amigos.

Severino era al natural exactamente como se había descrito a sí mismo por teléfono: rechoncho, con el pelo canoso y un poblado bigote, también blanquecino, e iba vestido de domingo, tal como le había anticipado que iría: con traje y corbata, todo en azul marino. En cuanto Javier hizo ademán de saludarlo, Severino se levantó de su asiento y le hizo gestos para que se acercara hasta su bastión.

—¿Severino? —preguntó el periodista dubitativo.

—Ese mismo soy yo, hijo. Te imaginaba más delgado y alto. No tienes buena cara. Dame un abrazo y no te quedes ahí parado, siéntate y dime qué quieres tomar —comentó exultante el expolicía mientras hacía gestos con las manos a los camareros de la barra para que se acercaran y atendieran el pedido.

Aunque el bar estaba en el apogeo de la hora del vermut, uno de ellos salió velozmente, dejó a medio hacer sus tareas y se presentó a su lado, bandeja en mano, para atender a Severino.

—A ver, Carlos, mira a ver qué va a tomar mi amigo y a mí me traes otro carajillo, que una Farias no me dejáis pedir.

—Severino, qué más nos gustaría a nosotros que se fumase una y ciento una, que bien jodidos que estamos con el tema. ¿Qué va a tomar el joven?

—Un cortado —respondió un aturdido Javier ante tanta familiaridad.

—Pero pídete algo más, hombre. ¿No quieres alguna cosa de comer? Yo ya he hecho hasta la digestión, pero tú seguro que ni has

desayunado —comentó Severino entre las risas cómplices del camarero.

—Con el cortado es suficiente. Ya he comido algo de camino. Así está bien, gracias —aseguró Javier al camarero, que rápidamente se dirigió de nuevo hacia la barra a por la comanda.

—No te voy a insistir, pero si quieres cualquier cosa, no tienes nada más que decirlo. Ya ves que aquí me cuidan bien. En el centro ahora es imposible: con todos esos locales de franquicias en los que trabaja gente que no conoce la profesión y que vinieron a España pensando que se harían ricos en un año sin dar palo al agua. Aquí, en este barrio, las cosas siguen un poco como eran antes: buena gente que no da problemas, camareros españoles —le dijo en voz baja— y respeto al cliente habitual, como tiene que ser.

La brutal resaca y el exceso de verborrea de Severino estaban siendo una combinación letal para Javier.

—Perdona si me pongo pesado. Tú solo córtame y listo. Allí en la residencia no hablo mucho con los viejos y, cuando entro aquí, es como si me dieran cuerda. Pero vamos a lo nuestro, que es por lo que has venido. Te he contado alguna cosilla por teléfono, pero estos temas es mejor tratarlos en vivo y en directo, tú ya me entiendes.

—Claro, claro —respondió Javier mientras daba vueltas con la cucharilla a su cortado y sacaba la libreta para apuntar.

—Pues tú dirás, hijo, dispara. ¿Qué es lo que quieres saber?

—Como le comenté por teléfono…

—De tú, coño, tutéame, que no soy tan mayor —le interrumpió Severino.

—Como te comenté por teléfono…, estoy trabajando en la desaparición de los dos jóvenes de Ciudad Real. El inspector Gómez me habló de usted, digo, de ti —los dos rieron al mismo tiempo y, por primera vez desde que había entrado en el bar, Javier consiguió soltar un poco de presión—, y me dijo que quizá pudieras ayudarme, que habías trabajado en una unidad especializada en desapariciones durante muchos años y habías investigado varios casos de adolescentes.

—Sí, a eso mismo es a lo que me dediqué durante una buena parte de mi carrera: a investigar desapariciones. Te sorprendería, a ti y al resto de la gente, saber cuántas personas desaparecen, cuántas se van para no volver jamás. Personas con vidas aparentemente normales que un buen día se marchan sin decir siquiera adiós. Porque al final, hijo, gran parte de esos casos se acababan resolviendo así: el desaparecido no quería que lo encontraran, y si era mayor de edad y no había cometido ningún delito, poco podía hacerse. No les podíamos obligar a regresar a un lugar del que habían huido voluntariamente.

»Otra cosa —continuó el policía jubilado— era lo que sucedía con los menores de edad, pero al final la historia era la misma. Muchas denuncias se acababan retirando. Al final, por suerte, todo solía ser una falsa alarma: una noche de juerga que se les había ido de las manos; unos novios que buscaban un poco de intimidad; el temor a volver por miedo al posible castigo. Aunque también te encontrabas con historias de aúpa, muchachos que huían de familias terribles. En general, todos estos casos solo interesaban a los medios cuando había morbo. Ahora es más complicado ser cautelosos y reservados con el internet ese de las narices. Una chica no vuelve a cenar un

día a casa y, antes de ir a la policía, su familia y los amigos ya están liándola en las redes sociales. Son otros tiempos, Javier, otros tiempos. Pero tómate el café, que se te va a helar. ¿Seguro que no quieres algo de comer?

—No, seguro, así está muy bien —respondió Javier.

—Es que me da cosa ver a todo el mundo ahí en la barra comiendo gambas rebozadas a dos carrillos y que tú estés aquí de ayuno. Tú sabrás, pero buena cara no tienes. Comer algo no te vendría mal.

—No, así está bien, de verdad. —La sola idea de comer una ración de esos fritos grasientos que pululaban por las mesas vecinas le produjo náuseas—. Ayer, cuando hablamos, me comentó, perdón, me comentaste que habías trabajado en algunos casos parecidos a este.

—Sí, parecidos, bastante parecidos —contestó Severino bajando la voz mientras acercaba el dedo índice a los labios—. Eso es lo que te iba a contar. Como te decía, muchas de esas fugas se resuelven como unas meras chiquilladas. Pero hace unos años, poco antes de jubilarme, pasó algo.

Severino hizo una breve pausa que aprovechó para pedir otro carajillo.

—Hablemos de tus «chicos». La primera hipótesis, que sea una fuga voluntaria, ya está descartada. Han pasado demasiados días, meses incluso, como para que esto sea una chiquillada. En confianza, este caso no tiene buena pinta. Se aproxima la hora de los buitres. Desgraciadamente, de lo que te voy a hablar para lo único que te va a servir es para abrir una nueva vía que te lleve a la segunda hipótesis: una solución trágica del problema. Seamos

honestos: esto no va a tener un final feliz. Mucho me tendría yo que equivocar para ver en un plató de televisión a padres e hijos dándose besos y abrazos entre los aplausos del respetable.

»Hace veinte años, a comienzos de los noventa, tú serías pequeño, hubo un caso muy famoso que seguro que te sonará, el de unas chicas desaparecidas durante meses que luego aparecieron asesinadas. Sabes a cuál me refiero, ¿no? Para aplacar la alarma social generada, decidieron crear una división especial, encargada de investigar en exclusiva las desapariciones. En esos años hubo varios programas de televisión que crearon una psicosis con el tema. Así que, desde esa época y hasta que me jubilé, me tocó encargarme de averiguar el paradero de personas desaparecidas. La mayoría de ellas no eran nada mediáticas: gente a la que sus familiares no habían puesto demasiado celo en buscar o personas que no tenían a nadie que las reclamase. Historias sin resolver de gente que no le importaba a nadie. Al principio, casi todos eran indigentes, gente de la calle, luego emigrantes, y los últimos años, las dos cosas. Ese era el perfil de nuestros expedientes, con el que llenamos innumerables archivos, la gran mayoría sin resolver.

—Pero —interrumpió Javier— ¿qué tienen que ver Bruno y Mario con ellos? Los dos vivían con sus padres y son españoles.

—Las cosas normalmente no son lo que parecen. Hasta que no rascas, crees que son de una forma y luego resultan ser de la contraria. —Severino miró el reloj y le hizo un gesto a Javier señalando la esfera del mismo—. Lo siento, hijo, se me acaba la libertad vigilada. Tengo que volver a la residencia, es hora de mis medicinas y de mis ejercicios. Como se enteren de lo que me he tomado con el café, se puede liar muy gorda.

—Pero yo pensaba que tendríamos más tiempo.

—Hoy no puede ser, Javier. Pero dime cuándo quieres que nos veamos de nuevo. Te seguiré contando más cosas y quizá pueda darte alguna sorpresa. —Esto último se lo dijo en voz baja acercándole la boca al oído.

Sin darle tiempo a protestar, Severino salió del local. Javier aprovechó entonces para ordenar sus notas y ver si realmente había sacado algo en claro esa tarde.

Lunes, 22 de octubre de 2012

Qué difícil había sido dar el paso y qué contenta estaba por haberlo hecho. Lucía llevaba años soñando con aquel momento, con ese instante en que dejaría su casa de Burgos para ir a la universidad. Para ella estudiar no había sido un problema. Ni siquiera un esfuerzo. No había tenido que renunciar a nada, porque nada tenía. Ni amigos, ni fiestas ni novios. Solo las artes marciales rompían con sus rutinas. Era feliz entre derivadas y problemas de álgebra. Con sus cascos puestos, a todo volumen, para no escuchar lo que cada noche le tocaba oír en aquella casa.

Cuando llegó a Madrid, se convirtió en otra persona. No descuidó sus obligaciones, pero desde la primera noche que pasó sola sus prioridades fueron otras. Sus compañeras de piso la habían invitado a salir, pero les dijo que ya tenía planes. Mentir fue sencillo esa vez y lo sería también el resto de ese año. Lucía descubrió un mundo nuevo en el que podía salir de bares, sola, tomar unas cervezas y pasar una noche de sexo, sin ataduras, sin tener que responder ante nadie.

Poco a poco, los resultados de los exámenes fueron empeorando. Le daba pereza levantarse para ir a clase, comprar comida, limpiar su parte del piso; solo tenía ganas de salir, de descubrir un nuevo amante en la barra de un bar cualquiera o en los baños de una discoteca.

Con los suspensos llegaron las amenazas. Fue su madre la que se lo dijo, pero las palabras eran de su padre: «Si no apruebas todo, te

vuelves a Burgos». Lucía suspendió todas las asignaturas, pero no regresó a su ciudad. Cambió de carrera, a un grado medio, más accesible que Matemáticas. Necesitaba poder compaginar los estudios con su nuevo trabajo de camarera. Se mudó a un piso más barato, alejado del centro, a una habitación diminuta con olor a moho. Todo eso a Lucía le daba igual: seguía viva. Ese iba a ser su propósito. Ni siquiera quiso volver a Burgos en verano y en Navidades, por mucho que le insistió su hermano. Fue en Nochevieja cuando conoció a Javier. En cuanto le vio, supo que eso no iba a ser solo una noche de diversión, que ese muchacho desgarbado, que acababa de tirar media docena de cubatas al suelo con su chamarra, podía ser la persona con la que compartir el resto de su existencia.

Todo fue fácil con Javier al principio, cuando no había grandes preguntas y su relación se limitaba a pasarlo bien y no preocuparse demasiado por el futuro. Quizá es así como debía haber sido siempre. Su relación no se basaba en el sexo, una fuerte atracción o un amor desbocado; el pegamento fue la amistad. Lucía nunca se había sentido tan bien con una persona como con Javier. Por eso le dolía tanto ver cómo había saltado todo por los aires.

Pronto los hijos pasaron de ser un tema hipotético a uno real. Los dos habían conseguido pronto estabilidad en sus trabajos después de acabar la universidad. Lucía preparó unas oposiciones que sacó en un tiempo récord y con una gran nota que le permitió elegir destino. Javier sufrió más al principio: enganchó varias prácticas no remuneradas con un trabajo mal pagado en una emisora de radio. A los pocos meses logró entrar en plantilla de un periódico importante; no tenía un gran sueldo, pero sumando las dos nóminas y una inesperada herencia de una tía de Javier, tenían la vida resuelta

antes de cumplir los veintisiete. Comprarse un piso era el siguiente paso, una ley no escrita, pero que todos seguían a rajatabla. En la fase posterior estaban los niños. Javier rehuyó el tema cuanto pudo. De esa brecha ya no se recuperaron nunca.

Llevaban un año en crisis profunda. Y lo peor es que ninguno se atrevía a ponerle nombre a lo que pasaba. Javier prefería actuar como si no ocurriera nada, volcado en el trabajo, planeando unas nuevas vacaciones, aparentando que todo era como antes. Lucía buscaba la forma de plantear su ultimátum —si no hay hijos, no tiene sentido que sigamos juntos—, pero al final acababan dormidos viendo una serie en el sofá del salón.

Lucía estaba convencida de que debía de haber actuado de otra manera. Cuando empezó el insomnio, no tenía que haber ido al médico. Quizá un terapeuta habría adivinado al momento la causa del insomnio, las palpitaciones y los mareos. El camino fácil fue el más difícil. La paroxetina la distanció aún más de Javier, y también de sí misma.

Y entonces llegaron ellos a su vida. Recuerda perfectamente la llamada a Javier desde el periódico. Acababan de volver de las vacaciones. Aquellos quince días en Tailandia habían sido un infierno. Agosto es uno de los peores meses para ir al Sudeste Asiático. Lucía lo había mirado en Google, pero no quiso discutirlo con Javier. Él quiso hacer un viaje para aparentar normalidad y ella vio aquello como si fuera una última oportunidad. Discutieron todos los días, se dijeron cosas feas y se echaron en cara —sobre todo ella — todas las frustraciones acumuladas en años de convivencia. Pocos días antes del regreso, llegó la calma. Las playas de Tailandia eran la recompensa después de unos asfixiantes días por la selva, pero no

pudieron salir de la habitación del hotel de Phuket. Una gastroenteritis los unió como no lo había hecho ninguna otra cosa el último año. Cada uno tiritaba en su cama, compartían por turnos el baño y a ratos, cuando la colitis lo permitía, se daban la mano y se sonreían. Lucía soñó con un nuevo principio, pero todo se frustró con aquella llamada. Javier había prometido no obsesionarse con el trabajo y reservar tiempo para hablar de la pareja. Lucía, por su parte, aseguró que no volvería a enfadarse cuando algo le pareciera mal, que lo hablaría. Pero todos esos buenos propósitos se quedaron solo en eso: en propósitos. Desde que Javier empezó a investigar la desaparición de Bruno y Mario, también se evaporó del piso. Lucía no habló con él de ello, se limitó a poner mala cara, a estar siempre en silencio, esperando a que Javier se dignara a preguntarle qué le pasaba. Pero eso nunca ocurrió.

Domingo, 12 de agosto de 2012

Por tercera vez en apenas unos minutos, sonó la sintonía de su móvil. Como en las otras dos ocasiones anteriores, era Bruno. Le había enviado otros tantos wasaps («dnde sts?») a los que Mario no había respondido. Sabía que su amigo no descansaría hasta dar con él y decidió no aplazar más el encuentro, así que descolgó el teléfono.

—¿Qué quieres? —le preguntó Mario a Bruno.

—¿Por qué no me contestas a los wasaps? Me dices que no vas a salir y resulta que has estado por ahí de fiesta tú solito, cabronazo. ¿A quién te has estado tirando?

—¿Qué quieres? —volvió a preguntar Mario con tono hastiado.

—Saber dónde estás, cabronazo.

—De camino a casa —contestó Mario.

—Dime dónde estás y vamos a buscarte, cabronazo. La noche todavía no ha terminado.

—Lo primero, deja ya de llamarme cabronazo. Me voy directo a casa. Estoy roto.

—De eso nada. Tienes que contarme qué ha pasado esta noche. Tengo que saber el nombre de ese chochito que te has estado beneficiando. ¿Ha sido la guarra esa de las clases de Mates?

—Que te den —dijo Mario colgando a su amigo.

Su orgullo varonil le impedía enfadarse, más bien todo lo contrario. El que Bruno intuyera lo que había pasado con Susana le hacía sentirse bien. Nunca le habían gustado los chicos que se

pasaban horas hablando de los polvos que habían echado, pero en cierto modo ahora estaba disfrutando de la misma manera que lo hacían ellos. Había sido su primera vez. Y aunque este fuera un tema que no le agobiaba —o al menos eso creía él—, tenía la sensación de haberse quitado un gran peso de encima.

Cuando estaba a cien metros de su portal, la expresión de felicidad se le borró rápidamente del rostro. Tomar una cerveza con Bruno mientras aguantaba sus bromas le parecía incluso una buena idea, pero tener que hacerlo también con Chucky no le hacía ninguna gracia.

—Bueno, ya está aquí el gran hombre. A ver, ¿a qué huelen esos dedos?

—Déjame en paz, hostias —le dijo Mario a Bruno mientras se libraba de las manos de su amigo.

—Pero qué mala hostia, chico —dijo Chucky empujando a Mario.

Mario se revolvió furioso contra él. Después de un breve intercambio de golpes y amenazas, Bruno se puso en medio de los dos para calmarlos.

—¡Parecéis dos críos, coño, dejadlo ya! Y tú, estate tranquilito. Hemos venido a darte una sorpresa y nos recibes de esta forma. Toma. Fuma un poco y deja ya de joder la marrana.

—Te he dicho por teléfono que me iba a casa.

—No puedes irte a casa. Eso es imposible —le dijo Bruno, sujetándole por los hombros.

—Que me dejes, hostia. Y baja la voz, que todavía se va a enterar mi madre.

Aunque Mario lo intentaba, era imposible zafarse; Bruno era mucho más fuerte que él y lo tenía bien agarrado.

—Te voy a contar el plan y luego, si tienes cojones, te marchas a tu casa con mamá. Esto es lo que hay: tenemos una fiesta en un chalet de la urbanización con unas cuarenta personas, veinte de ellas tías, todas buenísimas, borrachas, drogadas y con ganas de follar; tenemos maría, speed, bombas y whisky del bueno. Y lo mejor de todo, un coche que corre de la hostia esperándonos a la vuelta de la esquina: un Hyundai rojo de ciento cuarenta caballos; ¡gas, gas, gas! ¿Qué me dices ahora? —preguntó Bruno soltando a su amigo.

—Le he dicho a mi madre que iba para casa.

—Pues la llamas y le dices que todavía tardarás un par de horas. Cuéntale cualquier historia. Solo son las ocho de la mañana.

»Ah, y nada de chorradas con los del coche. Esos no son como Chucky. Ya conoces cómo se las gasta Nicolae —le dijo Bruno a su amigo al oído—. A esos les dices lo que le has dicho a este y te matan de una hostia.

—¿Ahora te juntas con esos?

—Esos son mis nuevos socios. Gente importante que quiere conocerte. Les he hablado mucho de ti, así que no me dejes en mal lugar.

»Vamos, Chucky —le gritó Bruno al otro—. Y que rule ese porro que te estás haciendo. Fumad la pipa de la paz. Ya verás, Mario, qué material tenemos. ¿Amigos? —preguntó Bruno a sus dos colegas, quienes asintieron de mala gana.

Los tres caminaron abrazados por la acera, aunque más bien era Bruno quien agarraba a los otros dos como un árbitro de boxeo que no se fía de que en el momento que deje libres a los púgiles, estos se vuelvan a enzarzar en un combate de golpes bajos. En la

manzana de detrás de la casa de Mario divisaron el deportivo rojo. Fuera, apoyados en la carrocería, esperaban dos individuos con pinta de matones.

—Pon buena cara y nada de chulerías, Mario. Si esto sale bien, voy a empezar con grandes cosas. No lo estropees, hazlo por mí —le dijo en voz baja.

Si algo tenía claro Mario era que esos no eran la clase de tipos con los que se gastan bromas. A Nicolae lo reconoció enseguida. Su brazo era igual de grueso que su pierna, aunque más musculado. Sin embargo, Mario no tenía la menor intención de comprobar la fuerza de sus extremidades. El cráneo rapado, las gafas de policía plateadas y la camiseta ajustada que le esculpía los abdominales le conferían un aspecto realmente temible. Aunque lo que de verdad terminó por asustarle fue su voz, profunda y cavernosa, como la de una persona que tuviera veinte años más que su edad. Mario no dudaba de la veracidad de las historias que de él se contaban en el parque.

—Así que tú eres el amigo de Bruno —dijo Nicolae después de estar un rato en silencio. Le extendió la mano y se la estrechó con fuerza—. Los amigos de Bruno también lo son míos.

—Estupendo —musitó Mario, intentando no gritar del dolor que sentía después del brutal apretón.

—Estupendo… Joder, tenías razón, Bruno, tu amigo es gracioso de cojones. Estupendo, dice.

Los dos rumanos se pusieron a reír a carcajadas mientras entraban en el coche.

Como era de esperar, Nicolae salió derrapando, con la música a todo volumen y dejando olor a goma quemada en un kilómetro a la

redonda. El camino hasta el chalet donde tenía lugar la fiesta no fue demasiado agradable: apretujado entre Bruno y Chucky, anestesiado por el pestilente aliento de este último, y sordo por el house hortera que hacía vibrar los cristales del coche. Solo fueron diez minutos, pero a Mario le pareció toda una vida. Cuando salió del vehículo, una arcada le subió de golpe desde la boca del estómago e hizo lo que pudo para evitar vomitar, pero, pese a sus esfuerzos, el amargo sabor de la bilis y algunos restos de comida se le quedaron flotando en la boca. Volvió a tragárselos, con la confianza de que el aire fresco del exterior consiguiese tranquilizar a su barriga.

—¿Qué tal, Mario? ¿Estupendo? —le preguntó Nicolae mientras le cogía la cabeza con su poderoso antebrazo y le restregaba los nudillos por la coronilla.

De nuevo, otro chorro de bilis le recorrió el esófago. A duras penas pudo contenerse; vomitar encima de Nicolae no era la mejor idea del mundo, desde luego. Chucky lloraba de la risa.

Cuando por fin se vio liberado, le flojearon hasta las piernas. Intentó disimular lo mejor que pudo y se unió a los demás en las risas, como si todo aquello que estaba pasando fuera muy divertido. Desde luego, esa no era una situación en la que él quisiera verse envuelto, pero se sentía a gusto. Quizá fuera por la explosión de endorfinas que había sentido la noche anterior después de estar con Susana o por llevar veinticuatro horas sin dormir, haber ingerido bastante alcohol y fumado maría en el coche.

Mario se preguntaba cómo era posible que no se hubiese pasado por allí la policía. Llamaron a la puerta y los recibieron como si de Kanye West y toda su tropa se tratasen: abrazos, palmadas, apretones, casi hasta reverencias. Todos se levantaban a su paso

para saludarlos. El volumen de la música hacía difícil saber qué era lo que decían esos forzudos en camisetas de tirantes. Mario decidió que asentir y esbozar una ligera sonrisa era suficiente para comunicarse con ellos. Llegaron a la cocina, donde enseguida les prepararon unas rayas de cocaína que mojaron con largos tragos de whisky. A partir de la segunda ronda, todos los recuerdos de Mario flotaban en una nebulosa: el rumano que había ido de copiloto, del que no recordaba su nombre, contándole cómo le había cortado el cuello a un tipo en su país —por esa razón había tenido que marchar de allí—; las rayas kilométricas que se apilaban en la mesa de la cocina, del salón, del dormitorio…; la pelea con Chucky en la piscina; ni siquiera conseguía tener un recuerdo claro de la chica rubia de las bragas rojas. En solo doce horas había practicado sexo con dos chicas distintas o por lo menos eso creía, porque de la segunda vez poco conseguía recordar.

Afortunadamente, en un momento de lucidez, había decidido llamar a su madre antes de subir al coche de Nicolae. La había avisado de que volvería más tarde, y así fue. No apareció por el piso hasta las tres. De lo que no tenía ni el más mínimo recuerdo era de cómo había conseguido llegar hasta su casa. Por suerte, su hermana y su madre iban ese domingo a comer donde su tía, y así se ahorraron el triste espectáculo de verle aparecer en unas condiciones tan deplorables.

Se despertó a las siete de la tarde: las náuseas le hicieron ir a la carrera al baño. Agarrado al retrete, metió la cabeza dentro y vomitó hasta que no le quedó nada en el estómago. Al acabar, las manos le temblaban. Se mojó la cara para ver si se despejaba, pero fue en vano. Aturdido, intentó tomar conciencia de la situación.

Miró el reloj. No disponía de mucho tiempo para intentar solucionar sus problemas. Lo primero era saber de cuánto tiempo disponía. Telefoneó a su madre —al coger el móvil descubrió que tenía dos llamadas de ella, otras dos de Nicolae (¿cuándo le había dado su número al rumano?), cuatro de Susana y varios wasaps también de ella— y descubrió con alegría que se quedarían también a cenar en casa de sus familiares; eso le concedía como mínimo tres horas. Aliviado por las buenas noticias, se dirigió a su habitación; fuera hacía todavía mucho calor, pero era necesario ventilarla hasta que desapareciera el hedor atroz que la inundaba. La segunda parte del plan consistía en eliminar los rastros de la fiesta: su ropa estaba llena de una mezcla de alcohol, vómito, comida, sangre y algo que podía ser semen; esperaba que por lo menos fuera el suyo. Había que meter una colada en la lavadora, eso era fácil; lo difícil era ponerla a funcionar. En ese momento agradeció que su madre guardase todos los manuales de los electrodomésticos en una carpeta en el salón. Pese a seguir con el cerebro bastante espeso, consiguió arrancar aquella máquina del diablo, aunque su buena estrella se torció cuando descubrió a los quince minutos que el suelo de la cocina se había convertido en una piscina jabonosa. Había acertado con el programa, pero fallado con la cantidad de producto que debía meter en la cubeta.

Solventó como pudo el incidente, pero ese contratiempo le había retrasado. En ese momento se dio cuenta de que estaba exhausto. ¡Comer! Eso era lo siguiente que tenía que hacer. La suerte volvía a estar de su lado; en el frigorífico descubrió un táper con ensaladilla rusa y otro de macarrones, con un pósit en la tapa en el que ponía «Calentar». No fue necesario; devoró el contenido de ambos en

apenas cinco minutos. Empezaba a sentirse mejor. Eran las ocho y media. Había llegado el momento de hidratarse, ordenar la habitación y secar la ropa.

Una hora después, estaba sentado en la cocina, con un dolor de cabeza importante, pero contento por haber conseguido evitar el desastre. No le hubiera gustado que su madre y su hermana le viesen en aquellas circunstancias. Bastante se peleaban ya todos los días como para darle motivos para echarle una buena regañina, y esta vez con razón.

Era el momento de comer algo más y de hacer lo más importante: llamar a Susana. Fue entonces cuando tomó conciencia de su situación. Se había portado como un cerdo. Había sido un auténtico imbécil haciendo caso a Bruno. ¿De verdad que se había acostado con aquella chica en la fiesta? Marcó el número de Susana. Pensó que estaría enfadada por no haberle devuelto antes las llamadas o mandado siquiera un triste emoticono por WhatsApp.

—Hola, Morfeo. ¿Has despertado ya de tu letargo? —le preguntó divertida.

—Sí, siento no haberte contestado antes, pero me he pasado todo el día durmiendo. No sabía que era tan tarde. Además, me he quedado sin batería en el móvil y…

—Tranquilo, tranquilo, que no soy tu madre. Yo también me habría quedado todo el día en la cama, pero me ha tocado ir de comida campestre con toda la familia. Me han levantado a las doce y me quería morir. No me he podido echar ni una triste siesta. Estaban todos mis primos pequeños y me ha tocado hacer de canguro.

—Vaya planazo —dijo Mario, ahora más tranquilo después de comprobar que Susana no estaba enfadada.

—Pues sí. Pero ya estamos en casa y me voy derecha a la cama. No voy ni a cenar. Me estalla la cabeza y mañana hay que madrugar. Además —Susana hizo un breve silencio, después del cual le habló en un tono más bajo y muy cariñoso—, tengo muchas ganas de que sea lunes para verte.

—Yo… también —dijo Mario titubeante. Un sudor frío le recorrió el espinazo y le entraron ganas de llorar. Si realmente quería a Susana, ¿por qué se había comportado así? Justo en ese preciso momento se oyó la puerta de la entrada. Su familia estaba llegando a casa—. Tengo que dejarte. Acaba de llegar mi madre. Mañana nos vemos.

—Hasta mañana, Mario.

—Hasta mañana.

Intentó aguantar el tirón como pudo. Saludó a su hermana y a su madre, y se quedó hablando con ellas unos minutos en la cocina mientras recogía los restos de su cena. Un wasap le entró en el móvil cuando se dirigía a su habitación. Era de Susana. «Te quiero». «¿Qué debo contestarle?», se preguntó Mario, y se limitó a mandarle un emoticono. Al día siguiente hablarían; quizá debía contarle lo que había pasado esa mañana, pero ¿cómo?: «¿Sabes, Susana? Horas después de que perdiéramos la virginidad juntos, sí, ese momento que a ti te pareció tan mágico, me tiré a una golfa puesto de coca hasta las cejas, pero no te preocupes, casi ni me acuerdo de cómo fue».

Ahora estaba llorando de verdad. Volvió a sonar el pitido de un wasap y cogió el móvil pensando que sería Susana de nuevo, pero se equivocaba. Era Nicolae: «Baja. Estamos enfrente de tu casa». Mario se quedó helado. Unos segundos después le llegó otro: «Tu

hermanita está muy buena». Y luego un último: «Tienes que pedirle perdón al Chucky. Y saludar a tu amigo Esparza».

¿Cómo había conseguido Nicolae su número de teléfono? ¿Por qué se había peleado con Chucky? Y lo más importante: ¿qué hacía con ellos Esparza, el antiguo político y novio de Verónica, su amor platónico de la adolescencia, la reina del insti, convertida en la yonqui más hermosa y depravada del lumpen de Ciudad Real?

—Como tarde un poco más en bajar, voy a reventar a hostias a ese niñato. A ver si aprende de una vez —dijo amenazante Chucky sin parar de moverse de un lado a otro de la acera.

—Tranquilo, va a bajar y te va a pedir perdón —le tranquilizó Nicolae.

Chucky estaba fuera de sí. Daba patadas a todo lo que se encontraba a su paso.

Esparza se bajó del coche con cara de pocos amigos.

—Como no pares quieto, la hostia que te voy a dar se va a oír hasta en Rusia —dijo Esparza a Chucky.

El joven hizo amago de contestarle, pero Nicolae le disuadió con un movimiento de la cabeza.

El expolítico le cogió la barbilla con la mano al muchacho.

—¿Qué, me vas a decir algo? ¿Tantos cojones tenemos?

Esparza tenía los ojos fuera de las órbitas. Ni él mismo era capaz de saber la cantidad de cocaína que se metía al día. Ni tampoco el número de pastillas que se tomaba entre raya y raya.

Chucky sabía que podía derribarle de un solo golpe, pero también era consciente de que ese era un riesgo que no podía tomar. Nicolae

ya se lo había advertido: ese desecho humano era intocable si no querían tener problemas con Tony.

En ese momento, al joven camello se le ocurrió una mejor forma de exteriorizar su malhumor y conseguir escarmentar de verdad a Mario. Esparza le convenía más como aliado que como enemigo.

—Lo siento, tío. Ya sabes que yo no tengo ningún problema contigo. No me atrevería nunca a decirte nada. Es solo que estoy muy enfadado con el cabronazo ese de Mario. Me hierve la sangre cuando se mete conmigo, con Nicolae y, sobre todo cuando lo hace contigo, Jorge.

—¿Conmigo? Pero ¿qué ha dicho de mí ese *pringao*? Si ni siquiera le conozco. Solo lo he visto una vez en mi vida, esta mañana en el chalet. A su amigo sí, pero a ese… —Esparza se sentó en el capó del coche a la espera de que le contaran qué había pasado.

—Pues él sí que te conoce a ti.

—Cuenta, Chucky, que esto nos interesa, ¿a que sí, Esparza? —dijo Nicolae guiñándole un ojo a su amigo.

—Es por Verónica.

Esparza se levantó como un resorte en cuanto oyó mencionar el nombre de la chica. Agarró por el cuello al joven y le tiró al suelo.

—Tranquilo, Jorge, tranquilo. Deja al chaval —dijo Nicolae. El rumano solo necesitó una mano para separarlos, se llevó a Esparza en volandas y lo sentó encima del coche de nuevo—. Chucky es un buen amigo. Deja que cuente lo que sabe. Seguro que va a interesarnos a todos.

—El Mario este siempre ha sido un listo. Siempre está haciendo bromas de todos. Le gusta mucho reírse de Nicolae cuando no está

delante de él. Bruno es legal, pero este cabrón está todo el día tocando los huevos.

—¿Qué es lo que ha dicho de Verónica? —preguntó Esparza.

—En el instituto siempre iba detrás de ella. La perseguía por todos los lados. Y luego contaba unas historias… Que si se lo había montado con ella, que si de esta forma y de la otra; un bocazas, vamos.

—Eso es cierto, Jorge. Bruno es un buen chico, pero este Mario… necesita un buen escarmiento.

—Mirad. Por ahí viene el *pringao* ese —dijo Chucky señalando al final de la calle.

—Tranquilo, Jorge —dijo Nicolae, sujetando a Esparza—. Ahora no es momento para esto. Que le pida perdón al Chucky por lo de esta mañana y que se marche. Ya tendremos tiempo de ajustarle las cuentas.

Lunes, 22 de octubre de 2012

Por primera vez desde que había empezado a ir tras la pista de Bruno y Mario, Javier había conseguido dormir más de ocho horas seguidas. La resaca mal digerida, el cansancio acumulado y los acontecimientos de los últimos días habían hecho mella en él. Cuando llegó a casa eran más de las seis de la tarde, y las fuerzas solo le permitieron arrastrarse hasta el sillón. Encendió la televisión y se dejó caer en un profundo sueño de forma progresiva mientras lo acunaba la inane programación dominical.

A eso de las seis de la mañana, un fuerte y severo dolor de espalda le había despertado. Su cuerpo le recriminaba lo inadecuado de utilizar como cama ese vetusto mueble. La primera imagen que le vino a la mente fue la de Severino; la segunda, la de Lucía.

Respiró hondo mientras se acordaba de la que hasta hace poco había sido su compañera. Dejó pasar algunos instantes, durante los cuales las lágrimas acudieron a sus ojos, aunque no se atrevieron a salir. Pero la nostalgia enseguida dejó paso a lo que de verdad le preocupaba en esos momentos: que Severino le contara todo lo que sabía.

Se dio una buena ducha y trató de despejarse con una edificante dosis de codeína. Como comprobó a lo largo del día, no fue una gran idea hacerlo con el estómago vacío. Se vistió con la poca ropa limpia que le quedaba en los desiertos cajones —en parte por la improvisada mudanza de su ex y también porque la mayoría de su ajuar se encontraba apilado en una torre de mugre y suciedad en

una esquina del cuarto de baño— y decidió trazar un plan para dar un vuelco a su desordenada y caótica vida doméstica antes de bajar al bar de la esquina a desayunar.

Cuando lo hizo solo eran las diez y media. Decidió apostar por un pincho de tortilla de *txaka* acompañado de un humeante café con leche. Una buena elección para evitar la perforación de estómago que provocaba la ingesta de medicamentos en ayunas.

Salió fuera de la cafetería a fumarse un cigarro y aprovechó para llamar a Severino, concertar una cita y seguir tirando del hilo de Ariadna. Quedaron en verse el viernes en el mismo lugar del día anterior, esta vez por la mañana. Ahora tenía toda la jornada para preparar la nueva entrevista.

No quería estar en casa, así que decidió ir a la biblioteca. Poco antes de llegar sonó el teléfono. Miró la pantalla del móvil y no reconoció el número, pero en cuanto descolgó supo de quién se trataba:

—Hola, Javier.

—Hola, inspector.

—Veo que sabes quién soy. Eso está bien. Me gustan los chicos listos.

—Ya he hablado con Severino.

—Estoy al tanto. Por lo que sé, os estáis entendiendo muy bien. Pero no te llamaba por eso.

—Pues usted dirá, inspector.

—Como te he dicho, estoy al tanto de las cosas que te pasan, tanto las buenas como las malas, aunque, por lo que me cuentan, eres más de las últimas. Siento lo de tu novia y también lo de tu

trabajo; respecto a lo primero poco puedo hacer, pero con lo segundo a lo mejor te puedo echar una mano.

—¿Y a qué se debe este repentino interés por mí? —preguntó Javier con sorpresa—. Apenas nos conocemos y parece como si se viera en la obligación de solucionar todos mis problemas.

—No soy una persona altruista. Si te doy hoy es porque luego tú me lo podrás devolver mañana. El caso es que me he enterado de un trabajillo que puede venirte muy bien para ganarte un dinero y a mí también me interesa que seas tú el que lo haga.

—De momento, puedo pagar mis facturas —mintió Javier—. Además, lo del trabajo es algo temporal, hay posibilidades de que puedan readmitirme en breve, y con lo que me ha contado Severino, puedo escribir un reportaje muy interesante y venderlo como freelance para ganar más que cuando estaba en nómina.

—Tu periódico tiene los días contados, y lo sabes. Esto que te ofrezco es mejor: más dinero, mayor repercusión; ahora va a conocerte todo el mundo. La gente solo lee el periódico en el bar, y los pocos que se atreven con la prensa seria no se fijan siquiera en quién firma los artículos. Esto de lo que te hablo te va a llenar los bolsillos y te va a dar una fama que no lograrías de otra forma.

—¿Y cuál es ese magnífico trabajo entonces? —preguntó Javier intrigado.

—Se trata de la televisión, muchacho. Lo que de verdad importa en este país. El papel es cosa del pasado, ahora todo tiene que ser digital, inmediato, rápido. Pero, por encima de todo, está la tele. Si te fijas bien, todo empieza y termina ahí. Un minuto en el horario de máxima audiencia y serás una leyenda.

—Parece muy informado del estado de los medios de comunicación para ser un policía.

—Un buen policía debe estar siempre al tanto de lo que pasa en la calle, y las redes sociales son también parte de esa calle a la que hay que escuchar… y vigilar.

—A mí todas esas cosas me dan bastante igual. De hecho, esa fue una de las causas por las que me pusieron en la lista negra con el cambio de línea editorial. Ahora no basta con ser un buen periodista o escribir correctamente, debes tener muchos seguidores en Twitter, un blog y todas esas cosas que se le exigen a un reportero del siglo XXI —comentó Javier con rabia.

—Hay que adaptarse a los nuevos tiempos. El juego consiste en sobrevivir, y no puedes hacerlo continuamente con las mismas normas. Siempre me ha gustado la gente como tú, con ese punto de romanticismo. Pero, bueno, vamos a lo nuestro. Me imagino que conoces a Lisandro Meneses —afirmó el policía—. Como bien sabes, nos está haciendo papilla con su nuevo programa. Nos ha echado encima a la opinión pública y a los políticos. El ministro llama un día sí y otro también para saber cómo llevamos la investigación. Y lo peor es que cada día nos espera una nueva sorpresa. El asunto es el siguiente: Lisandro está buscando emociones fuertes para el programa y quiero ser yo el que se las dé: tú te encargarás de ello, te convertirás en su reportero estrella con la información que Severino va a darte. Pero lo más importante es que consigas avisarme antes de cada especial de los contenidos para poder neutralizar cualquier filtración; además, tendrás que averiguar quién le está pasando la información a ese bujarrón. Me refiero a lo de las drogas de Bruno y toda esa mierda que está piando la gorda esa,

Concha Nosequé. El negocio para ti es perfecto: cobrarás dos veces por el mismo trabajo, te llevarás la pasta del programa y un buen pico de nuestra parte si consigues servirme en bandeja de plata al informador de Lisandro. Hace tiempo que tengo ganas de echarle el guante. No es la primera vez que el marica ese larga información que solo puede haber salido de la comisaría general.

—¿Y si digo que no?

—Javier, hostias, estás nadando en la mierda y te estoy ofreciendo una tabla de salvación. Eres un chico listo, así que no desperdicies esta oportunidad —le dijo Gómez.

Javier se quedó en silencio durante un buen rato mientras el inspector esperaba al otro lado de la línea telefónica su respuesta. Era consciente de que no podía rechazar esa oportunidad que se le planteaba, pero, por otro lado, un sexto sentido le decía que algo olía a podrido en todo aquel asunto y que el paso que iba a dar le llevaba a un mundo del que sería difícil escapar sin pagar un alto precio. Las cartas estaban todas repartidas y, con su mano, la única forma de seguir jugando era aceptar el préstamo que la banca le estaba ofreciendo.

—¿De cuánto dinero estaríamos hablando?

—El que yo te daría es suficiente para un periodista en paro. Lo que suelte el programa lo hablas tú con el amigo Lisandro. Y recuerda: no verás un euro de mi parte hasta que no me entregues al chivato.

—Lo normal es saber cuánto te van a pagar cuando vas a hacer un trabajo.

—Nada de esto es normal. No se trata solo de la desaparición de dos chicos; aquí hay muchas más cosas en juego. En breve te

llamará el argentino. Gánate su confianza. No seas demasiado preguntón al principio, es importante que no sospeche y puedas convertirte en un colaborador válido para él.

—Pero ¿qué le cuento? —preguntó Javier desconcertado—. Hasta el viernes no veré a Severino y, de momento, solo me ha dibujado alguna pincelada, pero nada concreto.

—Eso mismo es lo que harás tú cuando hables con Lisandro. Muéstrale el caramelo. La persona que te ha recomendado le ha asegurado que tienes unos documentos en tu poder que pueden dar un enfoque diferente a la investigación. Olvídate de concretar nada en esta primera cita. Tú ya estás contratado, solo tienes que darle valor a lo que puedes llegar a contar. Severino te preparará después para tu primera intervención en el programa. Con lo que él sabe, estarás más que listo para convertirte en la nueva estrella de la televisión. Vas a cruzar el Mississippi, Javier.

Lunes, 13 de agosto de 2012

En cuanto los vio cruzar la carretera, Bruno supo que iba a tener problemas. La cara del más pequeño le sonaba de los bancos del parque. Solía estar con otros chicos mayores que él, y se pasaban toda la tarde esnifando pegamento y buscando pelea. Él siempre era el encargado de provocarla. No recordaba muy bien su nombre: Johnny, Dany; eso era, Dany, así era como le llamaban. El otro no sabía quién era.

No podía fallar. Nicolae observaba sentado en el banco al otro lado de la calle junto a Chucky. Bruno seguía a prueba, estaba a punto de dar el gran salto. Por eso era tan importante no cometer errores.

Se saludaron con un ligero choque de nudillos. Eran dos, pero estaba claro que sería Dany el que llevara la voz cantante.

—No he dicho que no lo pueda conseguir. Pero a ti de eso no te voy a vender, y menos aún aquí.

—¿Y qué tienes?

—Ya lo sabes. No me hagas perder el tiempo. Me estás tocando los cojones —le dijo Bruno con voz amenazante, mientras le apuntaba a la cara con la colilla del cigarro.

—¡Uh! Me das mucho miedo —le respondió Dany soltando una carcajada y chocando la mano con la de su amigo.

No tuvo tiempo para darse cuenta de cómo el puño de Bruno se estrellaba contra su rostro. Aturdido y sorprendido, tampoco adivinó el segundo golpe. El que le derribó.

—Déjalo ya —intervino Chucky, que se había acercado hasta donde estaban por orden de Nicolae—. ¡Que lo dejes, coño! —gritó, apartando a Bruno de un empujón; tuvo que emplearse a fondo para evitar que siguiese dándole patadas en la cabeza a Dany, que estaba en el suelo.

Bruno se quitó a Chucky de encima y se chupó la sangre de los nudillos.

—¿Y tú qué coño miras? ¡Aire! Y llévate a la maricona esa. Que todavía os mato a hostias a los dos.

El otro chico levantó no sin esfuerzo a su amigo y los dos salieron corriendo, temerosos de que Bruno intentase hacer cumplir su amenaza.

Bruno estaba exultante. Nicolae se levantó del banco y le hizo un gesto con la mano. Las cosas empezaban a marchar estupendamente. Seguro que pronto habría novedades.

Se abrazó con Chucky y encendió otro cigarro. Quedaba mucha tarde por delante. Pensó en ir a casa de Mario. Sí, eso es lo que haría: ir al piso de su amigo.

Martes, 23 de octubre de 2012

Una ligera pátina cristalina se extendía por la acera gracias a la fina lluvia que debía haber caído mientras el juez asistía a su cita matinal para oír misa. Refunfuñó ligeramente al comprobar que se había vuelto a olvidar el paraguas en casa, disgustado por la perspectiva de mojarse en el breve trayecto que separaba la iglesia del garaje donde guardaba su BMW. Se subió el cuello del abrigo, como si con esa absurda maniobra pudiese conseguir atenuar los efectos de las gotas, a cada rato más gruesas, que se disponían a explotar sobre su cabeza descubierta. Pese al enfado, no se olvidó de su ritual y se santiguó con firmeza, como hacía siempre al abandonar el templo. Intentó atusarse su fino bigote, pero inmediatamente descubrió que no estaba. Hacía ya un par de meses que se lo había afeitado, pero su mano seguía haciendo el gesto de forma automática. Eran más de veinte años juntos y se le hacía rara su ausencia. Ayer había sido un día horrible y parecía que hoy no iba a mejorar. Cerró los ojos fuertemente, con ademán de enfado, y estos se hicieron todavía más pequeños si eso era posible.

Hoy era martes y le tocaba desayunar con sus dos compañeros, Rodrigo y Rufino, como era habitual desde sus tiempos de la universidad.

Se sacudió el agua que se le había acumulado en las mangas y las solapas del abrigo, entró en el portal de su casa camino del ascensor, pulsó el -2 mientras volvía a dar vueltas en su cabeza a las noticias de los últimos días. Quizá ahí estuviera el origen de su

malhumor de esa mañana. ¿Hablaría abiertamente del tema con sus colegas o estos lo dejarían pasar, confiados en la fortaleza de su bula?

Media hora más tarde estaba sentado a la mesa que habían compartido juntos durante muchos almuerzos. Como siempre, él fue el primero en llegar.

El farragoso caso que estaba manejando en el juzgado tampoco ayudaba demasiado, y es que pese a que allí todos conocían su fama de hosco y huraño, la última semana su carácter había lucido más agrio que de costumbre. Varios minutos más tarde, Rodrigo y Rufino entraban por la puerta, bromeando y gesticulando.

—Se os ve muy contentos —afirmó Gonzalo sin mirarles directamente a los ojos, concentrado como estaba en cortar con precisión quirúrgica los trozos de beicon que poblaban su plato.

—Y a ti muy serio, Gonzalito —le respondió Rufino mientras se acercaba para darle una palmadita en la espalda, consciente de lo mucho que le desagradaba al juez el contacto físico.

Gonzalo respondió a la broma del político con un movimiento de cabeza en dirección al bufet. Ambos cogieron sus platos y se dirigieron en silencio a llenarlos de viandas.

—Y tráeme más beicon, Rufino —le dijo.

—Lo que usted ordene, señor juez. Hoy estás más cabreado que de costumbre. Pobrecitos a los que les toque recibir hoy tu divina autoridad.

—Sabes muy bien que esos de los que hablas son tus amigos del partido. Espero que tú no estés entre ellos —amenazó el juez, recordándole el caso que ahora tenía entre manos.

Ya de vuelta en la mesa, mientras Gonzalo atacaba con fruición la nueva remesa de panceta, el diputado se encaró con él de forma decidida:

—A ver, Gonzalito, no me toques los huevos. Aquí estamos todos a una. Los tres somos igual de culpables y de inocentes. No pretendas estar por encima de nosotros porque no cuela. Y respecto a lo de mis compañeros de partido, haz tu trabajo: mete a los camellos y a los chorizos en la cárcel y deja de joder a la poca gente honrada que queda en este país.

—Gente honrada, dices. Eso es muy discutible. Sabéis muy bien cómo realizo las instrucciones y que no me tiembla el pulso. Mucho protestar, pero da la sensación de que queréis que se haga una purga en vuestras filas y que otros se encarguen del trabajo sucio por vosotros.

—Chicos, chicos, que hemos venido a pasar un buen rato; dejad ya de joderme el desayuno —intervino Rodrigo, mostrándoles a ambos el bloody mary que sujetaba en la mano izquierda, el segundo del día, la medicina que le aportaba la clarividencia suficiente para terciar en aquella discusión cainita.

—Y tú, Rodrigo, acompaña la bebida con algo de comida. Que luego llegas a la hora de la comida hecho unos zorros —apostilló el juez devorando los últimos trozos de tocino que pululaban por su plato.

—Eso no te lo voy a tener en cuenta, Gonzalo, aunque creo que no venía a cuento. —Rodrigo cogió aire y cambió el semblante; ahora más serio, se dirigió con voz queda a ellos—: Volvamos a lo que nos importa, ¿qué tienen? Nada. Mañana habrá otra noticia y se

olvidarán de ellos. Siempre ha sido así. No hay nada que les relacione con nosotros. No tenemos razón para estar nerviosos.

El juez asintió con la cabeza dando su aquiescencia a lo dicho por el banquero.

—Bueno, cambiando de tercio, señores, ¿cuándo volvemos a ir de pesca? No me miréis con esa cara, que esta vez los salmones serán de coto legal.

—Yo lo veo complicado. Tengo a los medios de comunicación encima con los últimos escándalos y, por lo que sé, esto no es nada en comparación con lo que viene. En un par de meses se va a destapar una gorda que puede acabar con muchos de nosotros en la cárcel si no se maneja bien —advirtió el diputado—. Esto es una puta guerra civil, y aquí hay muchos y muchas presentando su candidatura a jefes; así es difícil. Menos mal que enfrente está quien está, que si no, ahora mismo estaba buscando empleo.

—No te quejes, Rufino. Yo sí que estoy jodido —dijo el banquero.

—Tampoco te puedes quejar mucho, Rodrigo. Os ha entrado dinero a mansalva. Seguro que algo rascas.

—Ahora ya no es como antes. Los buenos tiempos pasaron. Ahora cada céntimo debe estar justificado. Las putas fusiones están arrasando con todo. Hay mucha gente empeñada en tratar de sacar toda esa mierda a la luz y que alguien pague por ello. No me quiero imaginar todos los que acabarán en el banquillo de los acusados.

—El 2013 va a ser jodido para todos. Y el siguiente todavía será peor —aseguró Gonzalo.

—De eso no os quepa duda. Por cierto, por lo que me han contado, uno de los que puede acabar bien jodido es tu antiguo jefe, Rodrigo —comentó Rufino.

—Tiene toda la pinta. Le tienen ganas en el gobierno, en tu partido, en la oposición y en el propio banco. Muchos enemigos y sus pocos fieles se han evaporado. Se acabaron los tiempos de los cocidos. Ahora los callos se los va a tener que tragar él solito.

—Quizá no sea el único —dijo el juez.

—¿Queréis algo más de beber o de comer? —preguntó Rufino.

—Café y algo de dulce.

—Yo, otro bloody mary. Eso, si no le parece mal al juez.

Cuando Rufino regresó a la mesa, sorprendió a sus amigos en plena confidencia. Al verlo llegar, ambos callaron. Hacía tiempo que estaba convencido de que tramaban algo juntos.

—Podéis seguir con vuestros secretitos. Por mí no os cortéis.

—Era un tema personal, Rufino. Tanta conspiración en tu partido te está obsesionando.

—Le estaba pidiendo consejo a Gonzalo por un tema de familia —explicó el banquero.

—Entiendo. Me imagino que será algo personal que no quieres que se conozca.

—Algo así, Rufino —respondió Rodrigo pegando un gran trago a su bebida.

—¿Sabéis a quién vi el otro día en ese restaurante japonés que tanto te gusta, Rufino? A López Montero —comentó el juez cambiando de conversación.

—¿A Paquito?

—El mismo. Le han puesto en la calle.

—¿Dónde estaba? Era uno de los jefazos de una empresa sueca o algo así.

—De una de las grandes de Europa. Por lo que me comentó, debía de tener unas retribuciones en acciones suficientes para comprar todo este edificio. No recuerdo el nombre, era una empresa química o algo así.

—Pues le han dado boleta. Ya sabéis cómo es Paquito, va contando por ahí que fue él quien decidió marcharse. Pero por lo que me he enterado, le han echado y con una denuncia por apropiación indebida. Desvió fondos a sus cuentas. Y además lo debió de hacer de forma bastante chapucera, a su estilo.

—Qué jodido. Aquí no se libra nadie.

—El problema es lo que hablábamos antes, Rufino. Aquí ha habido mucho golfo, pero también mucho torpe.

—El otro día me preguntaba Ángela cuándo se pasaría todo esto. La pobre se piensa que vamos a volver a tener unos años como los anteriores. Es mi mujer y le tengo cariño, pero me dieron ganas de reírme en su puta cara. Joder, de verdad se piensa la gente que esto va a ser como antes. En unos años se pasará, como siempre, o diremos que se ha pasado, pero las minas seguirán allí, hasta la siguiente crisis. La gente creerá que ha superado el cáncer, pero la metástasis será más grande, más letal.

—Cuando te acostumbras a comer jamón ibérico todos los días, el día que te falta no lo entiendes. Es como si no tuvieras pan para comer. Lo has convertido en algo habitual. El banco, con las prejubilaciones, se ha llenado de jóvenes que se piensan que van a ganar lo mismo que sus predecesores. Alguno lo hará, no lo niego, pero la mayoría va a comer mierda hasta hartarse por cuatro duros. En el fondo me dan mucha pena todos esos chicos con dos carreras

y no sé cuántos másteres sirviendo pintas y *beans* en los pubs de Londres —explicó Rodrigo.

—Que se jodan y que trabajen. Como lo hicimos nosotros. Por muy mal que estén ahora, peor las hemos pasado nosotros. Bueno, tú no, Rodrigo, que vienes de familia bien. Pero en casa de Rufino y en la mía muchos días no había comida caliente para todos y llevamos el mismo abrigo durante toda la carrera. Ellos han vivido como príncipes; trabajar ahora un poco no les va a venir mal.

—Como bien dice el juez, en este país se ha vivido como Dios y ahora solo sabemos quejarnos como los desahuciados esos de los cojones, que están todo el día tocando los huevos en vuestras oficinas, Rodrigo. Aquí la gente no ha tenido cabeza. Se han pensado que eran ricos y actuaban como tales. ¿No querían pisos de cuarenta millones? Pues ahora que los paguen —afirmó Rufino.

—Ese es otro tema. Muchos de los contratos que hicieron aquí Rodrigo y sus colegas eran ilegales —aseguró el juez.

—¿Y qué debíamos haber hecho, no darles el crédito? —preguntó el banquero.

—Exacto. Engañarlos con contratos leoninos no era la solución. Lo único que buscabais era vuestro propio beneficio a toda costa —sentenció el juez.

—O sea, que ahora te has convertido en defensor de los desarrapados. Cualquier día te vemos de café con los jueces progresistas esos —dijo Rufino.

—No jodas, Rufino. Yo solo digo lo mismo que antes, que no se han hecho bien las cosas y ahora no hay Dios que pueda tapar eso. Tiempo al tiempo.

—Siento poner fin a esta entretenida discusión sobre lo divino y lo humano, pero me esperan en el banco —dijo Rodrigo, apurando su cóctel.

—También es mi hora de entrada —dijo el juez.

—Pues entonces nos vamos todos. Busco fecha para noviembre. Ya he hablado con nuestro hombre y algo nos va a poder conseguir, aunque no me promete que sea nada espectacular. Hay que ser cautelosos —explicó el banquero.

Invierno de 2011

De nuevo, aquel horrible grito en medio de la noche. Fátima tenía la impresión de que todo París se había estremecido con semejante alarido.

—Esto no puede seguir así, Mohamed. Tu primo no puede pasar una noche más aquí.

Los llantos de los niños interrumpieron el discurso de su mujer, que, enfadada, corrió a consolar a sus hijos. En el pasillo, la mujer se encontró con Hassan, al que apartó de un golpe. El joven se dirigía a la habitación del matrimonio a disculparse con su familiar.

—Lo siento. Yo…

—No es por mí, Hassan. Pero los niños y Fátima… Ella trabaja muchas horas y necesita dormir por las noches.

—Lo entiendo, Mohamed. Muchas gracias por tu hospitalidad.

Hassan todavía se quedó un rato sentado en la cama antes de preparar su maleta. Seguía jadeante. Y el sudor frío aún le recorría la espalda. En los últimos dos años no había habido una sola noche en la que aquellos terribles hombres no hubiesen venido a buscarle en sus sueños. Todas sus pesadillas estaban protagonizadas por aquel demonio de ojos diminutos, bigote fino y sonrisa malvada. Ni en Bélgica ni en Francia había conseguido escapar de ellos. Volver a España parecía la mejor opción, si no la única, por mucho que le angustiara enfrentarse a sus recuerdos. Aquí las pesadillas eran por la noche; allí serían también por el día. Debía aprender a mirar a los monstruos a la cara.

No había vuelta atrás. Hassan llamó a su amigo Omar. Con su ligero petate se dirigió hasta la estación de Bercy para ver cuál era la forma más barata de viajar hasta Murcia. Los mismos invernaderos, igual miseria, los miedos repetidos.

Martes, 23 de octubre de 2012

No lo había visto venir. El *dollyo-chagui* le había impactado en la cabeza con fuerza. Pero peor aún había sido el golpe de su hombro contra la lona. El maestro corrió veloz a levantarla del tatami. Lucía se disculpó por su torpeza. Aseguró que estaba perfectamente y continuó con el combate. El profesor la invitó a sentarse, pero ella insistió en seguir con la pelea.

Su contrincante estaba igual de aturdido que ella. Esperaba sin saber qué hacer ni qué decir. No aparentaba tener más de veinte años, pero poseía una fuerza considerable. Y aunque no era especialmente rápido, sí que lo era lo suficiente para tumbar de una patada a una vieja taekwondista fuera de forma.

A petición suya, siguieron otro asalto más. Esta vez decidió pasar al ataque, pero sin mucho éxito. Lo intentó a la desesperada con una patada alta de la que el muchacho se zafó con soltura, para luego lanzar una contra que impactó con violencia en el peto de Lucía. Durante unos segundos se quedó sin aire. Le aterró la idea de volver a ser el centro de atención de sus compañeros. Se incorporó como pudo y con su mejor sonrisa, a modo de disculpa, les dijo que ya había tenido suficiente por hoy. Y, realmente, había sido así.

Ya en los vestuarios, Lucía se miró en el espejo. En efecto, había recibido una buena paliza. Tenía la cara hinchada, pese a llevar el casco. Aunque lo peor de todo era el terrible dolor en el pecho. No veía el momento de echarse en el sofá de su casa.

Le sorprendió ver afuera al muchacho con el que había peleado. No estaba segura de si su nombre era Luis o Jorge. La esperaba para disculparse. Ese golpe fue el que más le había dolido. Le quitó hierro al asunto diciendo que ella también había dado palizas a compañeros mayores cuando tenía su edad. Sonrieron y se citaron para la siguiente clase.

Se despidió del maestro, que le dedicó su mejor sonrisa a modo de consuelo, y se encaminó a la salida. Atravesó el patio que separaba el gimnasio del bar lo más rápido que pudo, roja de vergüenza por lo ingenua que había sido de pensar que podía luchar con la rapidez y la destreza de hacía diez años.

Pese a todo, Lucía estaba contenta.

Y es que, con cada día que pasaba, se sentía más a gusto consigo misma y con la decisión que había tomado de volver a Burgos.

Los que no estaban tan contentos con su elección eran su hermano y su cuñada. Lucía era propietaria al 50 por ciento de la empresa familiar y, de repente, lo que era una sombra en la lejanía de la capital se había convertido en una amenaza muy cercana que los devoraba a cada segundo que pasaba.

Todavía seguía sin tener noticias de su ex.

La elección del piso había sido rápida. Lucía había seleccionado varios inmuebles en Idealista, pero antes de hacer ninguna llamada decidió acercarse hasta un portal donde había visto un cartel de SE ALQUILA. La vivienda estaba situada cerca de dos de las vías con más tráfico de la ciudad, pero la calle resultaba especialmente tranquila. El edificio daba a un pequeño patio poblado por entusiastas niños,

cuyos gritos afortunadamente no llegaban a la altura del último piso en el que se ubicaría su nuevo hogar.

Apuró el contenido de su segundo café con leche mientras seguía leyendo la *Rockdelux*. «Creo que la oscuridad está fuera, no dentro de nosotros», decía Steve Earle. «Pero, entonces, ¿quién o quiénes nos hacen cometer atrocidades? ¿Participar en guerras en las que se viola a mujeres y se mutila a niños? ¿Es acaso esa oscuridad un ente abstracto?», se preguntaba Lucía.

Demasiadas reflexiones profundas para una mañana de martes. Terminó la entrevista y además de la versión del cantante de la redención, y de la constatación de su odio acérrimo hacia Cormac McCarthy, le quedó grabada otra frase: «Aprendí que Dios existe, y que no está en mí». Lucía estaba convencida de que Dios tampoco habitaba en ella. Ella también buscaba redimirse; no era necesario estar enganchado a la heroína como Earle para sentirse así: vacía.

Ya era hora de recoger el desayuno y pensar en qué ocupar el resto del día. El miércoles estaba citada con una abogada para empezar a elaborar su plan de empresa, el mismo que tampoco les iba a gustar a su hermano y a su cuñada. A partir de entonces le iba a quedar poco tiempo para disfrutar de la forma en que lo había hecho esos días: no haciendo nada. Se sentó en el sofá y sonrió al recordar que uno de los primeros libros de McCarthy se titula *La oscuridad exterior*.

Lucía cogió su móvil y marcó el número de su hermano. Una llamada rápida para decirle que al día siguiente se pasaría por su casa para comentarle un asunto importante. Sin darle tiempo a reaccionar, posó su mano sobre el botón de colgar; acto seguido, desconectó el terminal. La imagen de la casa de su hermano, la de

sus padres, la suya en cierto modo, seguía siendo una fuente de recuerdos, de malos recuerdos principalmente.

En los últimos cinco años, solo había vuelto para presenciar las muertes de sus padres y asistir a sus entierros.

Viajar ahora a Burgos había supuesto muchas cosas para ella: romper con Javier, dejar atrás temporalmente un trabajo de funcionaria en Hacienda que no tenía más valor que el de proporcionarle una seguridad económica —algo que era muchísimo en la actual situación de crisis apocalíptica, pero que a ella ahora no le resultaba suficiente— y también enfrentarse por primera vez con la pérdida de sus padres de una forma adulta, intentar entender por qué no la quisieron de la forma que ella necesitaba, afrontar la idea de que su familia no era más que una relación circunstancial de consanguineidad, un concepto muy diferente del que ella entendía que debía ser. Ahora había llegado el momento de decidir cómo quería vivir el resto de sus días, con quién y si quería formar esa familia que tanto había anhelado en su infancia: una basada en el amor, la amistad, el cariño y la comprensión.

Martes, 23 de octubre de 2012

No sabía explicar por qué el inspector Gómez le seguía dando miedo tanto tiempo después. El principio de su relación no había sido bueno, pero a partir de ahí todo había ido rodado entre ellos. Sin embargo, había algo en aquel policía que le obligaba a estar en alerta. Su instinto de supervivencia le había salvado muchas veces de la muerte y no era cuestión de menospreciarlo ahora. Desde que era un adolescente que se ganaba el pan robando cobre en las afueras de Madrid, Tony había tenido claro que si no quería acabar en un hoyo como muchos de sus colegas, no podía confiar en nadie, y menos aún en un policía.

—¿Cómo estás, tío duro? —le dijo Gómez mientras tomaba asiento en la mesa del reservado.

—Bien. Ya sabes que aquí siempre tengo mucho trabajo.

—Ya me han dicho que ayer se lio una buena.

—Lo de siempre: mucho whisky, demasiada cocaína y poco juicio.

La discoteca estaba ahora impoluta, pero unas pocas horas antes parecía un campo de batalla. A pesar de que sus chicos se habían empleado a fondo, echar a la calle a aquella panda de exaltados de la zona vip había sido una tarea complicada. Cada vez era más difícil tener una noche tranquila. No era así ni en los peores tiempos de los porteros de la banda de los iraníes. Ahora, igual que a finales del siglo pasado, Tony vivía con la incertidumbre de cómo podía acabar la fiesta: quién iba a sacar un bate de béisbol, una navaja o algo peor. Además de la seguridad de su discoteca, gestionaba la de otras

cuatro salas de fiesta. Tony se hacía viejo y cada vez le gustaban menos los problemas. Su sueño de quitarse de en medio cuanto antes se estaba convirtiendo en una pesadilla, y Gómez tampoco ayudaba demasiado. Desde el principio tuvo claro que el tema de los dos adolescentes iba a terminar muy mal. Esta vez eran españoles y tenían familia; así que iba a haber una investigación de verdad. Antes no se hacía ninguna pregunta y ahora se lo cuestionaba todo.

—Vamos a lo nuestro.

—Tú me contarás, Gómez.

—Necesito que hables con Lisandro. Tiene que meter a un nuevo colaborador en su programa.

—¿Es que tengo pinta de productor de televisión?

Gómez se rio con la ocurrencia. La verdad es que Tony, con su camiseta sin mangas, sus tatuajes de presidiario, las gafas de espejo —que nunca le había visto quitarse— y esa melena rizada, solo podía ser lo que era: un chulo de discoteca de los ochenta.

—Esto es importante. Si lo manejamos bien, podemos tener la coartada perfecta. Este caso se está haciendo demasiado grande.

—Te lo advertí.

—¿Y qué quieres? ¿Una palmadita en la espalda como premio?

—¿Cómo se llama?

—Javier Redondo. Luego te paso sus datos. Tú arréglalo todo con el bujarrón. Necesito que esto salga perfecto.

El inspector se levantó y emprendió el camino de la calle. Unos pocos metros antes de la puerta, justo al lado de donde estaban situados los chicos de Tony, le dijo:

—Y contrólame al cabrón ese de Esparza. Tenemos que ver qué vamos a hacer con su chica. Vete dándole una vuelta a ese tema.

Seguro que se te ocurre algún plan creativo de los tuyos.

—De Esparza me encargo yo. No va a haber ningún problema con él.

Tony no se creía ni una sola de las palabras de esa última frase. Cada mañana al despertarse, desde aquel maldito día de agosto, se arrepentía de haber metido a Esparza en esto. Podía haber usado a Verónica sin decirle nada a él, pero ahora no se podía dar marcha atrás. Quién le iba a decir a Tony que el político más prometedor de Castilla-La Mancha iba a acabar metido a quinqui de medio pelo, enrollado con una yonqui con la palabra «muerta» escrita en la frente. Pero Tony era un sentimental, por mucho que se esforzara en parecer lo contrario.

Anotó en la libreta: «Llamar a Esparza». No podía quedar ningún cabo suelto. Tenía que intentar que durante las semanas siguientes tuviera algún momento de sobriedad para poder plantearle entonces lo que estaba pensando hacer con Verónica.

Cuando el inspector abandonó la discoteca, le vino a la cabeza el momento en que lo conoció. Tony estaba desesperado. Acababa de darle una paliza a un delincuente de poca monta. La cosa se le había ido de las manos y el tipo estaba a punto de palmarla. No sabía cómo arreglarlo y justo entonces llegó el madero, como caído del cielo. Era un Gómez sin canas ni entradas, igual de fino que ahora, y también el mismo cabrón que daba la impresión de que te iba a hacer un favor, cuando en realidad iba a ser al revés. Por dejar medio muerto a un ladronzuelo le hubieran caído solo unos años; por aceptar el trato de Gómez quedó encadenado a él de por vida.

No era momento para lamentarse de su muerto. Ahora tocaba recoger la basura, y ese era su trabajo; nadie lo hacía mejor que él.

Miércoles, 24 de octubre de 2012

Un éxito absoluto. Así había resumido el jefe de la cadena el programa especial. Los datos de audiencia eran incontestables. Lisandro había arrasado de nuevo y lo mejor de todo era que esa gallina todavía iba a dar muchos huevos de oro.

Pero, como siempre ocurría en esos casos, para Lisandro Meneses eso no era suficiente. Por cada artículo destacando el enorme dato de audiencia conseguido, había dos criticando al programa, cuatro entradas de un blog insultando a su presentador y cien comentarios exigiendo la retirada de su espacio. Acababa de terminar de leer un artículo con tantas faltas de ortografía como insultos. El escrito era obra de uno de esos aspirantes a pensadores digitales que pululan por la blogosfera, cuyo autor había conseguido su ansiado momento de gloria. Sí. El texto era una patraña mal escrita, y peor puntuada, pero su mensaje calaba, se expandía y compartía, y eso a Lisandro le hacía daño, mucho daño. Porque una persona como él no aceptaba las críticas en plural, pero tampoco en singular. El más mínimo reproche a su trabajo le podía causar una depresión que tardaba días en curar y que necesitaba de abundantes dosis de Prozac y varias botellas de chardonnay.

Decidió centrarse en su trabajo y dejar de lado la inquina. Eso hizo que la semana pasase muy deprisa. Habían sido unas jornadas maratonianas para dejar listo el segundo programa especial sobre la desaparición de Mario y Bruno. Esa noche intentaría relajar su protagonismo para derivar la atención a sus colaboradores: Esther

Campillo y Concha Arnedo, que ya habían intervenido en el del miércoles anterior, y otros dos de sus habituales de los viernes: Moncho Rivera, participante en varios realities y uno de los rostros más populares de la televisión en nuestro país, y Lolo Fuentes, periodista todoterreno, reconvertido con los años en investigador e instigador de las miserias del famoseo patrio, y cuyas adicciones le habían restado fiabilidad en los últimos tiempos, aunque Lisandro seguía confiando en él.

Un auténtico *dream team* de la prensa rosa, pese a que solo Lolo hubiera estudiado la carrera de periodista. Un equipo compacto y variado en matices que prometía mucho espectáculo. Al principio, a Lisandro le inquietaba la idea de que Mario y Bruno pudieran aparecer, vivos o muertos, demasiado pronto. Pero, tras la gran acogida de la semana pasada por parte de la audiencia, se había dado cuenta de que su nuevo serial tenía vida propia, independientemente del destino de aquellos adolescentes.

Esther se había encargado de conducir las casi tres horas de *Directo para ti* del viernes pasado. Los invitados y los temas que se trataron fueron los que se habían decidido días atrás: Juanita Corazón habló de los problemas con los herederos de su amiga fallecida, la también cantante de copla Salomé Calderón, quien, según Juanita, le había dejado en herencia todas sus joyas, extremo este que negaban tajantemente sus sobrinos. También estuvo en el plató Gisella, primera expulsada del reality estrella de la cadena, en plena actualidad por sus fotos desnuda y por sus afirmaciones de haberse acostado con tres jugadores del Real Madrid la misma noche y en la misma cama. Y, para terminar, un jugoso postre: Imanol Cáceres, el famoso cantante de los años ochenta y

protagonista de varias series de televisión, habló en directo de su homosexualidad y su adicción a las drogas. No hubo ni una sola palabra sobre Bruno y Mario hasta el final: un último minuto de vídeo enlatado, lacrimógeno y sensiblero, donde se anunciaba el segundo programa especial.

Esa era su gran noche. Lisandro estaba preparado para hacer algo grande.

—Si la semana pasada —empezó a contar después de su acostumbrado silencio de medio minuto— quisimos dar voz al sufrimiento de dos familias porque entendimos que debíamos hacerlo, hoy, visto el gran apoyo por parte de ustedes, nuestro público, y teniendo en cuenta el gran interés que han demostrado por esta historia, hemos decidido continuar, seguir llenando nuestro tiempo, el suyo, con los testimonios de estas personas que sufren. Con las nuevas pistas y las recientes vías de investigación, con toda la información que podamos recopilar para que este caso no quede en el olvido, porque no pararemos hasta que Bruno y Mario estén aquí, con nosotros, en este plató.

El público del estudio interrumpió su discurso con una salva de sonoros aplausos que el locutor trató de apaciguar teatralmente con su mano derecha levantada. El programa continuó dando paso a una pequeña película de diez minutos que relataba, de nuevo, el caso, seguida de un resumen de los mejores momentos de hacía siete días, cuyo punto final ponía el terrible grito de Rosa. Después de la publicidad (las marcas se habían dado de tortas por aparecer en el espacio, pese a las amenazas de la campaña iniciada en change.org

que pedía la supresión del programa y reclamaba el boicot de todas las marcas que se publicitasen en el mismo; lo que había ocurrido con otro programa de la cadena no tenía visos de repetirse de momento, el interés mediático era demasiado), Lisandro dio paso a sus colaboradores y se limitó a ejercer el papel de tibio moderador, interviniendo solo para apaciguar los arranques de ira de Moncho al rebatir las teorías de Concha.

El debate se inició con una explicación de Esther sobre la situación de las familias, haciendo hincapié en el delicado estado de salud de Rosa y la tensión que se respiraba entre los padres de Mario. En el turno de Concha, después de justificar la aparición del tema de las drogas en el final del primer especial por su interés informativo, la periodista siguió incidiendo en el carácter conflictivo de Bruno, aportando supuestos testimonios de compañeros de instituto a los que él había amenazado y llegando a afirmar su supuesta pertenencia a una banda juvenil que tenía atemorizados a los habitantes de los barrios periféricos del sur de Madrid. Enseguida saltó Moncho para criticar y rebatir las teorías de su enemiga más acérrima. No es que confiara en la inocencia de Bruno, pero él siempre opinaba lo contrario de lo que ella defendía.

—Como siempre, Concha, vuelves a meter la pata. Me parece mentira que esta señora pueda seguir saliendo en televisión.

—No voy a tolerar que el señor Rivera se meta conmigo en estos términos.

—Concha, es el turno de Moncho. Él tiene todo el derecho a hablar ahora. A ti nadie te ha interrumpido —intervino Lisandro.

—Muchas gracias. Como bien ha dicho Lisandro, yo no te he interrumpido a ti cuando has estado diciendo todas tus bobadas.

—Centrémonos en el debate, Moncho, y dejemos las diferencias personales a un lado.

—Parece mentira —prosiguió Rivera, obviando las advertencias del moderador— que puedas salir aquí para pintarnos el retrato de un muchacho de quince años como si fuera el mayor narcotraficante de este país. ¿Qué chaval de este país no fuma porros? Dejémonos de hipocresías y hablemos de lo importante: la desaparición de dos chicos y cómo encontrarlos.

Inmediatamente, Moncho se ganó una atronadora salva de aplausos del público presente. El circo romano disfrutaba con el enfrentamiento cuerpo a cuerpo de dos de sus mejores gladiadores.

—Yo no he hablado de fumar porros, como tú dices. He dado pruebas que lo relacionan con el tráfico de estupefacientes.

—Vamos a ver, ¡pero qué tráfico de estupefacientes, Concha! —gritó Moncho—. Cómo puedes ser tan ridícula. Pasar un poco de maría no te convierte en el rey de la droga. Tu problema es que eres una mojigata.

—Las drogas no son ningún juego. Es un tema muy serio y no voy a permitir que lo utilices para atacarme. Hay muchos padres viéndonos en este momento que están preocupados por este motivo.

—Tú sí que eres preocupante, Concha —dijo Moncho, vitoreado de nuevo por el público.

—Concha, ya. Deja hablar a Moncho. —Lisandro volvió a recobrar su papel de moderador.

—A ver si es verdad y esta señora me deja hablar de una vez. Lo que estoy tratando de explicar es que ninguno de estos dos chicos son los delincuentes que nos están intentando vender. No digo que

no hayan estado metidos en problemas. Yo no pongo la mano en el fuego por nadie. Pero esa no es la causa por la que esos chicos no han vuelto a sus casas.

—Lo que sí que hay que investigar es la labor de la policía, ellos son los verdaderos delincuentes. —Lolo Fuentes entró en escena.

Después de un montón de minutos callado, con el gesto ido, el polémico periodista intervenía para arremeter contra una de sus obsesiones: las fuerzas de seguridad.

Las dudas que le generaba la aparición en el especial de Lolo las había visto confirmadas con un par de frases. Era muy triste para Lisandro, que tanto le había admirado, ver en qué se había convertido el gran Lolo Fuentes: en un fantoche, consumido por los ansiolíticos y el alcohol, que acumulaba vídeos en YouTube con sus salidas de tono, especialmente durante el último año. A Fuentes lo habían despedido de los dos últimos programas en los que había participado por sus declaraciones, pero sobre todo por presentarse con un aspecto lamentable en las grabaciones. Ya solo Lisandro le daba cancha, aunque después de lo de hoy seguramente había perdido su último apoyo. Su grado de alcoholismo hacía difícil su participación en un programa en directo. Su carácter, ya de por sí complicado, había caído en la paranoia más radical y sus obsesiones se habían agudizado hasta el punto de haber afirmado recientemente que la CIA lo espiaba y que el gobierno español había autorizado un plan para realizar experimentos químicos con él.

Durante los siguientes diez minutos de programa se produjo una de esas situaciones tan «Lolo Fuentes». Desvaríos, aspavientos, gritos, acusaciones por doquier, una aparatosa caída… Un bochornoso espectáculo que, sin embargo, consiguió uno de los

picos de audiencia más altos de la emisión y que convirtió al periodista en *trending topic* mundial en Twitter.

Una vez que Fuentes fue invitado a salir del plató, el debate se reanudó con la presencia de la madre de Mario, Carmen. Fueron cuarenta minutos de fuego enemigo, y también amigo, sin tregua. No hubo ninguna pregunta amable; ni siquiera Lisandro terció para ayudar a una aturdida Carmen, que no entendía por qué la atacaban de esa forma. Tampoco Esther se convirtió esta vez en su aliada. Los tres colaboradores del especial se emplearon a fondo en sacar a relucir todos los trapos sucios de la familia de Mario, incidiendo de especial manera en las relaciones conyugales y el carácter conflictivo de su hijo a raíz del divorcio. Si a Bruno se le había estigmatizado con las drogas, ahora se retrataba a Mario como un joven problemático y violento, según se empeñaba en hacer ver Concha con cada una de sus palabras.

Pese a lo jugoso del programa, Lisandro ya había decidido que tendría que acometer algunos cambios si quería seguir sacándole partido al tema. Había que empezar a buscar nuevos alicientes para que el público no le traicionase por la nueva serie española de la competencia. Había que buscar un sustituto para Fuentes. Lisandro tomó por buena la recomendación que le había hecho Tony la noche anterior. Aunque ridículas, las teorías conspiratorias del tal Javier Redondo sonarían más elaboradas que las infantiles diatribas de Lolo contra los alienígenas, que, según él, habían abducido a Mario y a Bruno y querían hacer lo propio con él mismo.

Lo que le intrigaba era saber qué iba a ganar Tony con la aparición del periodista en el programa. El mundo de Tony era silencioso y

oscuro, y si quería salir bien parado, era mejor no hacer preguntas. Para seguir vivo es mejor dejar la curiosidad para los demás.

Jueves, 25 de octubre de 2012

«—Esta noche, en nuestro programa, tenemos a un invitado muy especial. El hombre que ha revolucionado la televisión de nuestro país en las últimas semanas, Javier Redondo. Un reputado periodista con una dilatada carrera en la prensa escrita que ahora se atreve también con la tele. Démosle un aplauso muy fuerte al protagonista de esta noche. ¿Cómo estás, Javier?

»—Bien, muy bien. No hacía falta todo este recibimiento.

»—¡¿Cómo que no?! Más aplausos para Javier Redondo, querido público.

»—No tengo nada que objetar, me encantan los aplausos.

»—Tenemos todos los que quieras, Javier… Bromas aparte, vamos a ponernos serios. ¿Eres consciente de la importancia de tus revelaciones?

»—Yo solo he hecho lo que debía: contar la verdad.

»—No seas modesto, Javier. Has hecho mucho más que eso. Gracias a tu excelente trabajo de investigación, la policía ha conseguido averiguar el paradero de Bruno y Mario».

Al intentar imitar los aplausos del público, a Javier se le cayó el peine dentro de la bañera. Se había quedado sin su improvisado micrófono. Metió la cabeza dentro del agua e intentó aguantar un minuto sin respirar, pero no pudo. Resopló y fue consciente de que los nervios seguían allí. No había forma de expulsarlos fuera.

En el trayecto entre su casa y la cafetería situada a solo doscientos metros del portal de su vivienda, miró hasta ocho veces su móvil con la esperanza de que sonase. Estaba nervioso como un colegial al que le van a confirmar que sí, que habrá una primera cita. Gómez le había pasado un mensaje diciéndole que Lisandro se pondría en contacto con él. Tuvo que esperar un poco hasta que recibió la ansiada llamada. Y es que aunque, en un principio, podía haber sonado frío y distante con el inspector, se moría de ganas por aparecer en un programa de televisión. Él siempre había dado la imagen de periodista serio. Sin embargo, la posibilidad de convertirse en alguien mediático le atraía de una forma de la que no era consciente hasta ese instante. Fue en el preciso momento en el que iba a introducirse el primer bocado de tortilla en la boca cuando su teléfono empezó a vibrar al ritmo de la descacharrante melodía que tenía como tono de llamada. Con los nervios, el móvil rodó por el suelo, pero con todo y con eso se las arregló para cogerlo antes del cuarto tono y contestar con voz entrecortada:

—Sí, soy Javier Redondo, ¿quién es? Eh… No le oigo. ¿Sí? ¿Quién es?

—Hola, Javier —respondió Lisandro al otro lado del teléfono.

—¿Sí? Hola, sí, soy Javier Redondo.

—Sí, ya sé que eres Javier Redondo, no dejas de repetirlo. ¿Me oyes bien? Soy Lisandro Meneses —le dijo el periodista divertido.

—Es que se me ha caído el teléfono y no sabía si se me oía bien. Soy Javier…; bueno, sí, ya sabe quién soy. Lo acaba de decir.

—No me hables de usted, no soy tan viejo como dicen por ahí.

—Disculpe, Lisandro; disculpa, quería decir. Tengo la manía de tratar a todo el mundo de usted —comentó Javier, invadido por un

torrente de nervios que le impedía articular las palabras de forma coherente y ordenada—. Pensarás que soy un poco idiota, pero es que llevo unos días muy complicados con la investigación y todo eso.

—Como sabes, estoy buscando a alguien para el programa. Quiero darle un punto de realismo con alguien como tú. Mis colaboradores solo saben chillarse entre sí. Necesito a alguien de verdad que transmita un poco de credibilidad a la audiencia.

Javier continuaba en silencio, atento a cada una de las palabras que llegaban del auricular de su móvil, pero incapaz de decir o preguntar nada.

—¿Sigues ahí, Javier? —preguntó, ahora preocupado, Lisandro.

—Sí, sí, estoy aquí, sigo aquí, estaba escuchando lo que estaba diciendo…, perdón, lo que estabas diciendo. Estoy muy interesado en aparecer en el programa, aunque todavía no sé qué es lo que tendría que hacer.

—Hacer no tendrías que hacer mucho, solo hablarnos de lo que has investigado y contarnos unos cuantos de esos secretos que solo tú sabes. Nosotros te ayudaremos, no te preocupes.

—Perfecto, me parece una propuesta muy interesante. Tengo bastantes cosas para enseñarte, aunque hasta mañana no podré tenerlo todo preparado.

—No te preocupes. Ahora te pasaré con mi secretaria, que te dará los detalles sobre las condiciones económicas y todo el tema del papeleo. No sé cuántos programas especiales más habrá, pero cuenta con tres como mínimo. Y si lo haces bien, siempre existe la posibilidad de aparecer en otros programas de la productora. Dime cuándo podemos vernos: ¿te gustaría que cenásemos el sábado juntos? Eso, si no tienes ningún compromiso, claro.

—No. Quiero decir que no tengo ningún compromiso. Puedo cenar el sábado y, además, así te llevo todos los papeles.

—No hace falta. Solo quiero que nos conozcamos, una primera toma de contacto conmigo y mis colaboradores para que vayas conociendo al equipo.

—Estupendo entonces, Lisandro. Pues pasado mañana nos vemos.

—Quedamos así, Javier. Y descansa. Te necesito fresco para la próxima semana. Te paso con mi secretaria.

—Vale. Muchas gracias por todo… ¿Sí? ¿Hay alguien ahí? —gritó Javier destrozándole el tímpano a su interlocutor.

—Un momento. Te paso con Clara. Adiós, Javier.

Lisandro colgó el teléfono maravillado con la clase de imbécil que le había recomendado Tony.

Javier se golpeaba con el móvil en la cabeza por lo estúpido que había sido. Pero la emoción por la cantidad de dinero que le iban a pagar paliaba la sensación de ridículo que le recorría todo el cuerpo. No podía creerse que por un solo programa de televisión fuese a ganar lo mismo que por tres meses de duro trabajo en el periódico.

Acabó con el pincho en tres bocados y pidió una caña de cerveza para celebrarlo. Si Lucía le viera así de nervioso, como si fuera a colaborar con alguno de esos monstruos del periodismo a los que tanto admiraba… Pero no, su excitación estaba motivada por compartir mesa y mantel con el príncipe de las cloacas, el rey de la telebasura nacional. Cómo se burlaría Lucía de él. Al imaginar su risa, se puso triste y le volvieron a entrar ganas de llamarla; quizá hoy fuese un buen momento.

Jueves, 25 de octubre de 2012

Jorge Esparza revisó su teléfono móvil: tenía más de diez llamadas de Tony. En realidad, no era él quien le reclamaba; Tony solo era la voz de su amo, el inspector Gómez. Pero sus prioridades esa mañana eran otras: conseguir dinero y que Verónica dejara de gritar de una vez. Lo primero era difícil, pero no imposible. A Esparza le quedaban pocos amigos a los que darles el sablazo. Tenía cuentas abiertas con todos los conocidos y con los que no lo eran también. Así que, por mucho que le jodiera, tenía que volver a intentarlo con su familia. Marcó el número de su padre, pero no hubo suerte.

—Me marcho a por pasta.

—¿Me vas a dejar sola? Si sales por esa puerta, no vuelvas. ¡Joder! Siempre estoy sola. —Verónica metió la cabeza debajo de la sábana y se puso a llorar—. Siempre sola.

Esparza se quedó en la puerta mirando cómo salía de la cama y se ponía a gatear en busca de las papelinas esparcidas por el suelo. Una a una las fue chupando todas, en busca de algún resto, por insignificante que fuera, que pudiera calmar el dolor que sentía. Ni siquiera Verónica escuchó el portazo; todavía podía intentar lamerlas de nuevo, quizá detrás del armario hubiera alguna más.

Seguro que su padre estaba en el Mesón Octavio. Le iba a tocar darse una buena caminata y tenía las fuerzas muy justas. Él también necesitaba fumarse un buen chino.

Después de media hora caminando —durante la cual intentó sin éxito conseguir algún billete entre los parroquianos de los bares por los que pasó— consiguió llegar a la puerta del restaurante. En cuanto el camarero lo vio, le dio el alto. Poco quedaba de aquel muchacho al que malcriaba en cada comida familiar dándole el mejor trozo de la paletilla de cordero. El hombre se apiadó de Jorge y no le echó a empujones del local, como hacían los otros; lo recogió en la puerta y lo acompañó hasta el exterior con la promesa de unos tápers con huevos rellenos y croquetas.

—Si tengo dinero para las croquetas, José. Por eso no te preocupes, ¡coño! Faltaría más. ¿Sabes una cosa? Todavía me acuerdo de cuando me guardabas el mejor plato de carne. Siempre era para mí. Y el flan.

—Con mucha nata.

—Con la hostia de nata. Era la envidia de mis primos.

—Espérame aquí fuera y te traigo la comida. Ya sé que tienes dinero, pero quiero invitarte.

—José, necesito hablar con mi padre, no unos huevos rellenos. Tengo que comentarle un negocio importante.

—Jorge, ya sabes que tu padre no quiere… Prefiere verte en otro sitio.

—No lo entiendes, joder. No entiendes nada. Solo tengo que decirle una cosa a mi padre, una puta cosa, sobre un asunto importante. Entro, se lo comento y me voy. No va a pasar nada.

—¿Cuánto?

—¿Cuánto qué?

—¿Cuánto necesitas?

Jorge se quedó pensando unos segundos.

—Cien.

—Espérame aquí.

—Y trae también los huevos rellenos. Y las croquetas.

Detrás de Jorge, un matrimonio mayor esperaba para poder entrar al local. Jorge se dio cuenta, se hizo a un lado y los dejó pasar.

—Pasen, señores, pasen. Un camarero de la hostia, José, y una gran persona. Una gran persona, no como la gente de esta ciudad de mierda.

El camarero salió con dos bolsas llenas de comida y le dio un billete de cincuenta.

—Esto es todo lo que te puedo dar.

—Muchas gracias, máquina. Y le das recuerdos al cabrón de mi padre. Recuerdos de su hijo. Que parece que se le ha olvidado que tiene uno.

Esparza tardó más de dos horas en volver al piso. En el trayecto de regreso paró a pillar, se tomó unas cuantas cervezas y un par de carajillos, se comió un par de croquetas y se fumó un chino.

Cuando llegó a casa, Verónica se le echó encima como una fiera. Le arrebató las bolsas y comenzó a buscar la droga.

—Pero ¡qué haces! Que la tengo aquí en el bolsillo.

Jorge tiró la papelina al suelo y Verónica se lanzó a por ella.

Después del pico, Verónica se quedó acurrucada en el colchón. Estaba sucia y desarreglada. En solo dos meses había envejecido veinte años. Cada día necesitaba un poco más, no podía estar sobria, despierta, no quería pensar en lo que había pasado el 15 de agosto. Qué poco les había durado el dinero del trabajo que habían

hecho por Tony. Ahora que las cosas se estaban poniendo feas, quizá era un buen momento para pedir un poco más.

Esparza se sentó en el suelo y comenzó a abrir los tápers: paletilla, cabrito, tacos de jamón… y flan. Un flan con un montón de nata. Con los dedos comenzó a rebañarla, como cuando era un niño, antes de que todo se torciera. «Esto va a cambiar. Voy a volver a ser el de antes», se dijo sin mucho convencimiento.

Verónica todavía tardó un tiempo en despertarse. Encendió un cigarro y se acercó hasta donde estaba Esparza.

—¿Por qué te haces esto? —le preguntó Jorge.

—Porque las cosas no pueden ser de otra manera. Me gustaría ser una chica divertida, alegre, pero no soy así. El día que nos conocimos te lo advertí: «Si vienes conmigo, te arrepentirás». Pero no me hiciste caso —le dijo Verónica entre susurros. Jugueteaba con el cigarro. Intentó levantarse del colchón, pero estaba tan colocada que no lo consiguió—. Te lo avisé y no quisiste escucharme. Todavía estás a tiempo de marcharte. Antes de convertirte en alguien tan horrible como yo, Jorge.

—No digas eso. Yo nunca me voy a marchar y tú no eres horrible —le dijo cogiéndole la cara entre sus manos con ternura—. Yo siempre estaré aquí contigo.

—Siempre no, Jorge, no te mientas. Llegará el día en que regresarás con los tuyos.

Verónica se dio la vuelta, encendió otro cigarro y subió el volumen de la televisión. Esparza fue hasta la silla donde había dejado la chaqueta. Metió la mano en el bolsillo para asegurarse de que allí estaba la pistola que le había dado Tony.

—¿Te has comido todo el flan?

—Ese era para mí, princesa. Tú tienes croquetas.
—Paso —dijo Verónica mientras se preparaba un nuevo chute.

Viernes, 26 de octubre de 2012

Por una vez, Lisandro había hecho caso a su parte racional y, pese a llevar varias horas levantado, no había entrado en internet, ni encendido la radio o el televisor, ni hojeado siquiera los periódicos que le había traído el servicio de habitaciones con su copioso y exquisito desayuno. Después de otro intenso programa, aislarse durante unos días, con la excepción de la llamada a su nuevo colaborador, había sido una inteligente opción.

Un buen polvo en la lujosa suite de uno de los hoteles más caros de Madrid, seguido de un relajante baño de espuma, ya sin su amante de pago, habían sido los regalos que se había hecho después de conseguir pulverizar las audiencias.

Pensó en llamar a Carmen, la madre de Mario, para disculparse, pero no tenía demasiadas ganas. Hasta él pensaba que la encerrona del pasado miércoles había sido demasiado cruel. Al final se decidió a pedirle perdón, pero el teléfono móvil de Carmen estaba apagado. Luego lo intentó en el fijo del domicilio familiar. Tuvo que dejar pasar varios tonos de llamada hasta que alguien descolgó el auricular, aunque no escuchó la voz que esperaba al otro lado de la línea. Quien contestó fue Sandra, la hija, que le respondió con voz apagada:

—Hola, Sandra… ¿No está tu madre en casa? —preguntó Lisandro.

—No.

—Soy Lisandro…

—Sé quién eres —respondió Sandra utilizando más palabras de las que el presentador esperaba, habituado a los monosílabos cuando le tocaba lidiar con adolescentes.

—Pensé que podía estar en casa; quería hablar con ella por el programa del miércoles.

—Está en la tele.

—¿En la tele? —preguntó sorprendido el periodista.

—Sí. En el programa ese de mierda que echan por las mañanas.

—Creo que sé a cuál te refieres. Si te oyese su directora, no creo que estuviera muy contenta.

—Me da igual.

—Pareces enfadada. ¿Estás molesta conmigo?

—No, contigo no. No me gusta cómo eres ni lo que haces, pero no estoy enfadada por la encerrona de antes de ayer. Ella se lo ha buscado. Parece que solo les importa salir en la televisión; a los dos, a mi madre y también a mi padre, y que Mario les da igual. Lo que no me moló fue lo que la vaca gorda dijo de mi hermano. Lo ha pasado muy mal con el divorcio.

—¿Tu padre tampoco está en casa? —preguntó Lisandro, cambiando de tema para evitar disculparse por el comportamiento de su colaboradora.

—No. Tenía que pasar a buscarme, pero acabo de verle en otra cadena, en tu competencia. Se habrá olvidado. Da igual, estoy acostumbrada a estar sola.

—¿No tienes a ningún familiar con quien quedarte hasta que vuelva alguno de los dos? —le interrogó Meneses; estaba viendo la posibilidad de profundizar en una vía que explorar, un personaje que podía dar mucho juego en esa ficción que él había creado.

—Sé estar sola. Me gusta.

—Hagamos una cosa. Ya que no puedo pedirle perdón a tu madre por las salidas de tono de alguno de mis colaboradores, lo voy a compensar invitándote a comer.

—Te he dicho que no me importa estar sola.

—No lo dudo. Pero es a mí al que no le gusta estar solo. ¿Qué tipo de comida prefieres? Tú eliges el sitio, yo no conozco restaurantes en Ciudad Real. —Lisandro estaba echando mano de todo su encanto para intentar resultarle lo más agradable posible.

—Me da igual, lo que tú veas. Tú invitas, yo no tengo dinero. ¿Sabes que tienes más de una hora en coche desde Madrid?

—Por eso no te preocupes —contestó Meneses entre risas—. Llegaré justo para la hora de comer. ¿Quieres que hable con tu madre para avisarla?

—No. Le dejaré una nota diciendo que estaré en casa de Claudia. De todas formas, volverá tarde y, si regresa antes, no creo que se preocupe mucho por saber dónde estoy.

Lisandro llamó a su secretaria para que le enviase un coche al hotel. Hoy su jornada laboral iba a dedicarla a estar con la hermana de Mario. Su propósito era fácil y a la vez complejo: conseguir que apareciese en el siguiente programa.

Los prolegómenos no hacían presagiar nada bueno, pero la situación cambió una vez se sentaron a la mesa. En poco menos de un cuarto de hora, Sandra consiguió dar buena cuenta de su ración de patatas

fritas y de los ciento sesenta gramos de su hamburguesa barbacoa. Lisandro estaba maravillado con la capacidad de esa joven de apenas cuarenta kilos para engullir esa ración de comida que le resultaba excesiva incluso a él mismo. Sandra se excusó diciendo que no había desayunado; Lisandro la animó a pedir algo más y así lo hizo, sin pensárselo demasiado. Una ración de patatas en gajos y un brownie con helado permitieron que a partir de entonces la joven huraña y esquiva de la llamada y el trayecto hasta el restaurante se convirtiera en una persona mucho más participativa e interesada por la conversación.

—Si quieres algo más, solo tienes que pedirlo. Aprovéchate, la productora corre con todos los gastos.

—Pero… tú eres la productora, ¿no?

—En cierta manera, sí.

—Entonces, eres tú quien me invita y quien también se gasta el dinero.

—En cierta manera. Si pienso que es la productora la que paga, se hace más llevadero. En el fondo soy bastante tacaño —comentó Lisandro consiguiendo arrancar la primera sonrisa de Sandra.

—Pues si paga la productora, soy capaz de comerme otro helado. Pero solo si paga la productora.

—Camarero, por favor. Un helado para la señorita a cargo de la productora.

—¿Perdón, señor?

—Disculpa, era una broma entre nosotros. Tráenos un helado, ¿de vainilla con caramelo? —preguntó Lisandro, a lo que Sandra reaccionó con otra sonrisa—. Y otro café para mí, por favor.

—Muchas gracias —dijo Sandra.

Lisandro le respondió con una reverencia.

La comida estaba yendo mucho mejor de lo esperado. El viaje había merecido la pena. Lisandro debía continuar ganándose su confianza.

—¿Sabes por qué te he invitado a comer? —le preguntó el presentador a la joven.

—Porque no te gusta comer solo; por lo menos eso es lo que me has dicho esta mañana.

—*Touché*.

—¿No tienes amigos?

—Amigos… Ese concepto es muy difuso. Conozco a mucha gente, a muchísima para ser más exactos; pero a pocos de ellos, por no decir ninguno, puedo considerarlos como amigos de verdad. En el mundo en el que yo me muevo, todo se hace por un interés concreto y solemos dejar a un lado los sentimientos. Es importante no involucrarte emocionalmente para no llevarte decepciones innecesarias.

—Sin embargo, siempre tienes que estar acompañado, incluso para comer.

—Exacto. Odio tener que comer solo. Ya te lo he dicho antes. Es algo que no puedo soportar. En algunas ocasiones he llegado a invitar a los de la mesa de al lado si me dejaban sentarme con ellos.

—A mí me puedes invitar todas las veces que quieras —comentó Sandra divertida—. Especialmente si el menú tiene unas hamburguesas tan buenas como estas y puedo repetir postre.

—Eso está hecho. Ahora en serio, ¿sabes por qué me he tomado la molestia de ir a buscarte a tu casa para llevarte a comer?

—No soy tonta. Porque quieres que salga en tu programa.

—¿Y?

—Que esa decisión no depende solo de mí. Soy menor.

—Yo podría hablar con tu madre.

—¿Y con mi padre? —inquirió Sandra al presentador.

—También. Lo importante es que tú estés convencida de hacerlo.

—Lo estoy.

—¿Puedo hacerte otra pregunta?

—Eso son demasiadas preguntas por una sola hamburguesa. Aunque me haya tomado dos postres.

—¿Cómo te está afectando todo esto? —preguntó Lisandro con el gesto serio.

—¿Y cómo me puede afectar? Mi hermano ha desaparecido. No sé si volveré a verlo; tampoco a Bruno. Yo lo he aceptado; mis padres, no. El psicólogo dice que estoy bloqueada por la intensidad emocional del caso, pero los que realmente están bloqueados son ellos. No han dejado de gritarse ni un solo momento durante todo este tiempo, culpándose mutuamente de su marcha. No se han parado a pensar ni un segundo en la posibilidad de que no volvamos a verlos… vivos.

—Eso que dices es muy duro.

—Pero es la verdad.

—Y tú, ¿estás preparada para eso?

—Sí. Desde el primer fin de semana de su desaparición. Sabía que Mario no estaba bien. Desde la separación de nuestros padres, estar con él era un infierno. Discutía con mi madre por todo, a todas horas. A mí ni siquiera me hablaba. Estaba enfadado con el mundo. Además, no se llevaba muy bien con Bruno últimamente. Y eso lo sé

por Bruno. Si solo faltase mi hermano sería diferente, pero los dos…; hay algo que no encaja.

—¿El qué?

—Algo les pasó esa noche. Desaparecer así no fue una decisión suya.

—Solo tienes catorce años. Deberías hablar con tus padres. Cargas un peso demasiado grande para tus espaldas. Aunque quieras aparentar que estás entera, te acabarás derrumbando.

—¿Quién ha dicho que esté entera? No estoy bloqueada, como dice el psicólogo, ni soy una niña, como creen en mi familia, pero tampoco soy la tía dura que aparento ser.

—Y, pese a todo eso, estás dispuesta a salir en televisión, en mi programa y con mis colaboradores…

Al llegar a la casa de Sandra, se despidieron hasta la siguiente semana. Fue entonces cuando ella le pidió la única condición que tenía para acudir al especial del siguiente miércoles a que la entrevistaran.

—Creo que nadie lo sabe, pero por si acaso no puedo permitir que se haga público.

—¿A qué te refieres, Sandra?

La joven se quedó callada durante unos segundos hasta que se vio con fuerzas para responder.

—Bruno. No quiero hablar de él.

—¿Es de Bruno de lo que no quieres hablar en el programa?

—Solo lo haré de mi hermano.

—Nadie te preguntará por tu relación con el amigo de tu hermano. ¿Lo sabe alguien más?

—Nadie, ni siquiera mis amigas, tampoco mi familia.

—¿Y Mario?

—Mario no tenía ni idea y a Bruno no se le habría ocurrido nunca hablar de ello. ¿Cómo has sabido que había algo entre nosotros?

—Quizá sea un sexto sentido o tal vez solo sea necesario mirarte la cara cuando pronuncias su nombre. Pero no te preocupes. Tu secreto está a salvo conmigo. Tú eres la que más está sufriendo con todo este asunto y no permitiré que te hagan daño.

—Muchas gracias —respondió Sandra entre sollozos, mientras Lisandro la arropaba entre sus brazos.

En el camino de vuelta a Madrid, Lisandro degustó lentamente la confidencia que le habían realizado. Tenía que empezar a pensar cómo y cuándo poder utilizarla.

Septiembre de 2012

Aunque sus compañeros le insistían todas las tardes, él siempre evitaba acompañarlos al bar. Le encantaba ver jugar al Barça, pero no le gustaba hacerlo en un sitio en el que la gente consumía alcohol y gritaba de aquella forma. Prefería acercarse a la casa de Omar, aunque hoy no podía ir. Era el cumpleaños de su hija pequeña.

Sin embargo, el partido de esa noche era muy importante y no quería perdérselo. Así que, al final, dio su brazo a torcer y se unió a sus compañeros al terminar la jornada de trabajo.

Pidió un refresco de naranja y se sentó en una de las primeras mesas. Todavía quedaba un rato para que empezase el encuentro, pero el televisor ya estaba emitiendo imágenes del campo. Messi y Xavi calentaban entre risas. El locutor pasó a publicidad. Hassan cogió el periódico que estaba encima de la mesa y lo hojeó sin demasiado interés —aunque hablaba bastante bien el español, todavía le costaba leer con agilidad— hasta que vio aquella foto. La sangre se le heló de repente. Un montón de recuerdos le vinieron a la cabeza. Todo el dolor que había conseguido hacer desaparecer en los últimos años salió a la superficie con violencia.

Aunque no llevaba el bigote, la mirada, esa mirada, era imposible de olvidar. Se acercó a la barra con el diario y le pidió a la muchacha de la cafetería si, por favor, podía leerle aquel artículo. Al principio, la muchacha se sorprendió por la petición, pero acabó recitando cada frase de aquel aburrido reportaje sobre un juicio por prevaricación

en el que estaban implicados altos cargos de un importante partido político.

Hassan le pidió un último favor: que le escribiera el nombre de uno de los que aparecía en la foto en un papel. La camarera hizo algo mejor: le dio el periódico. Hassan recortó la hoja del diario y se marchó a toda prisa del bar. Le daba igual lo que pasara en el Santiago Bernabéu. Él ahora tenía otras cosas en las que pensar. Gonzalo Mendoza Lara. Gonzalo. Así se llamaba. No solo había descubierto su nombre, ahora también sabía que era juez. Hassan sonrió por primera vez en mucho tiempo. Por fin tenía una misión a la que consagrar su vida.

Viernes, 26 de octubre de 2012

Como había ocurrido en la anterior ocasión, Severino ya estaba sentado a la misma mesa del domingo anterior, dando buena cuenta de una generosa ración de porras que estaba mojando en un copioso café con leche con auténtico deleite. Pese a lo ensimismado que el expolicía parecía estar en su banquete matinal, en cuanto vio a Javier le hizo un gesto para que se acercara hasta él.

Severino había pedido lo mismo para Javier. Esta vez, el periodista rebañó las porras hasta con el azúcar del plato. Después llegó el momento de hablar.

—¿Ves como sí que podías con ellas? Hay que desayunar en condiciones. Ya lo dicen esos médicos americanos que son tan listos, aunque luego ellos solo coman mierdas entre horas. Unas buenas porras y se acababa la diabetes y el colesterol ese de los cojones que nos tienen tan amargados. ¿Sabes qué nos dan en la residencia? Fruta, un yogur, dos galletas contadas y una taza de leche aguada con Cola Cao; la madre que los parió, con la pasta que soltamos cada mes. Se me llevan los demonios cada vez que lo pienso. Cualquier día de estos me marcho. Hago las maletas y me piro. Contrato a una chica para que me haga la casa y a desayunar de bar todos los días, como está mandado.

Javier estaba más relajado que en el primer encuentro y reía con ganas las ocurrencias de Severino. Con la tripa llena, el mundo se veía mucho mejor.

—Me gusta que te rías. Los jóvenes de hoy estáis todo el día enfadados. De aquí para allá con el estrés ese que no os deja vivir. Hoy te veo mejor. Solo han pasado unos días, pero te ha cambiado hasta la cara.

»Bueno, vamos a lo nuestro, hijo. ¿Dónde nos quedamos el otro día? Sí, ya me acuerdo. Te estaba contando lo que hacía en la brigada especial. Durante una buena pila de años me dediqué a rastrear todas las desapariciones que había en este país. Todo comenzó a raíz del horrible crimen de esas pobres niñas. Su caso estaba en todas las televisiones y cada emisión, más sensacionalista que la anterior, aumentaba la alarma social. Había que hacer algo. Así que, como te dije, se creó una división dedicada a buscar a esas personas: adolescentes que se fugaban después de una riña familiar, gente que se buscaba otra vida… La mayoría volvía, otros seguían adelante con su plan de fuga. Si eran mayores de edad, tampoco se podía hacer gran cosa. Porque también había una minoría que no regresaba nunca; se evaporaban. Veinte años después, sus familias siguen sin saber qué fue de ellos.

—¿Trabajabas solo?

—No, qué va. Al principio éramos cuatro. Luego, cuando la presión social disminuyó y en este país estábamos a otras cosas, nos quedamos solo dos. Hasta que nos jubilaron y trasladaron todos los expedientes a otra sección. Desde 1992, cada denuncia de desaparición llegaba a nosotros; abríamos un expediente, lo rellenábamos, clasificábamos y archivábamos. Teníamos tanto trabajo que, la mayoría de las veces, el caso se había resuelto antes de que lo diéramos de alta en nuestra base de datos.

—¿Y qué se hacía con esos expedientes?

—Se utilizaban para crear estadísticas, perfiles y zonas calientes que se incorporaban a una base de datos que usaba la policía judicial.

—¿Había sitios donde se producían más desapariciones?

—Sí que los había, aunque si solo cogías la información de los otros expedientes, no se veía tan claro cuáles eran.

—¿A qué te refieres? —preguntó Javier intrigado.

—A los otros expedientes, los que no tenían una denuncia oficial detrás. Esos no contaban para las estadísticas del departamento. Se archivaban en un lugar diferente como si fueran material clasificado. Tenían otro protocolo. Los llamábamos los «Expedientes X», por la serie de televisión.

La cosa empezaba a ponerse interesante, pensaba Javier mientras se ofrecía a invitar a una nueva ronda de cafés con leche. Severino declinó el ofrecimiento.

—A este país, en los noventa, comenzó a venir mucha gente de fuera. Si te acuerdas, en esa época, en los telediarios siempre se hablaba cinco minutos o más de esa pobre gente que se jugaba la vida en las pateras pensando que venían al paraíso. Como pasa ahora también, pero ya nos hemos acostumbrado. Algunos se morían, otros acababan vendiendo discos en el top manta o collares en las fiestas de los pueblos. También estaban los que desaparecían. Muchos usaban España como un país de paso a otros lugares. Además, no había registro de su llegada al ser ilegales. Pero en algunos lugares comenzaron a oírse rumores de misteriosas desapariciones. Algunos familiares y amigos acudían a la policía, pero no denunciaban nada porque ellos tampoco tenían papeles.

—¿Y vosotros os encargasteis de esta investigación?

—Sí, fue mi unidad. En realidad, fui yo quien la realizó. «Cayuco», así se llamó la operación. No sirvió para mucho, la verdad, pero me llevó casi dos años de viajes, interrogatorios y seguir pistas falsas sin muchos resultados. Cada vez que encontraba algo de luz, volvíamos a la casilla de inicio, como en el juego de la oca.

—Pero, entonces, ¿había inmigrantes que desaparecían?

Severino se incorporó ligeramente hasta que aproximó sus labios todo lo que pudo hasta la oreja de Javier, sin dejar de otear en busca de posibles espías de su conversación.

—Sí. Aunque nunca pude demostrar con pruebas concluyentes mis teorías —dijo el expolicía en un susurro apenas audible por su interlocutor.

—¿Y cuáles eran? —preguntó Javier con voz queda, imitando el sigilo de su confidente.

—Apaga la grabadora para que podamos seguir hablando —le ordenó Severino con gesto adusto.

—Ya está. Háblame ahora de esas teorías.

—Investigué más de trescientos casos de desapariciones. Prácticamente todos tenían una explicación casi lógica: algunos habían ido a Francia o Bélgica a probar fortuna; otros habían acabado dando tumbos: en la mendicidad, en la delincuencia de poca monta o de regreso a África; y luego estaban los otros.

—Los casos que no tenían explicación lógica.

—Exacto —asintió Severino con la cabeza.

El relato del policía jubilado prometía mucho más de las ya de por sí infladas esperanzas que Javier se había hecho antes de quedar con él por segunda vez. El inspector tenía razón. Aquí había material para un gran reportaje y para conseguir un triunfo importante en su

primera aparición en televisión. Se sentía como uno de esos afortunados que el día de la lotería de Navidad brinda con champán mientras asegura que solo había comprado un décimo y que ese había resultado ser el del Gordo.

—Al reunir toda la información salió a la luz un patrón inquietante: todos eran jóvenes, de no más de diecinueve o veinte años; todos varones; todos con buena presencia, como si alguien se hubiese esforzado en elegir a los más guapos; habían estado en Almería o la Comunidad Valenciana, también en Murcia. Y en todos los casos, el mismo denominador común: pocos días antes de la desaparición habían visto a un par de españoles hablando con ellos, justo antes de que se evaporaran.

—¿Estás diciendo que los secuestraron?

—Eso nunca pude demostrarlo. La operación se archivó justo en el momento en que estaba llegando a una pista sólida. Tuve que parar cuando creía haber descubierto la clave que me ayudaría a resolver el misterio.

—¿Por qué?

—No lo sé —respondió Severino encogiéndose de hombros—. Órdenes de arriba. Quizá ya no interesaba saber qué había pasado o puede que hubiese algo demasiado escabroso para que se hiciera público. —En ese preciso momento, Severino sacó una abultada carpeta de debajo de la mesa y se la tendió a Javier—. Léete esto y saca tus propias conclusiones. Yo tengo que marcharme. Es hora de regresar a mi cárcel. Ya me estarán echando de menos. Les he contado una milonga: que iba a pasar la mañana con mi sobrino, o sea, tú, Javier.

—¿Puedo utilizar esta documentación para el programa de televisión?

—Esto no lo puedes usar ni para limpiarte el culo. Si alguien te pilla con eso, negaré que te lo di y que te conozco. Nadie puede saber de su existencia. Eres un chico listo, saca titulares, coge algo de aquí y algo de allá, y crea un bonito relato que no necesite ser contrastado con pruebas. En el programa ese nadie te va a pedir informes, muéstrate seguro en lo que cuentas y en cómo lo cuentas; lo demás es puro teatro. La verdad le interesa a muy poca gente; créeme, Javier, sé de lo que hablo. —Severino arrastró estas últimas palabras mientras se levantaba de la mesa, antes de pagar y abandonar el bar.

Javier se quedó en silencio un rato largo, estrechando con fuerza el tesoro que el expolicía le acababa de entregar. De repente se levantó de su asiento y se dirigió hasta la puerta del bar con los documentos apretados contra el pecho. Enseguida divisó al fondo de la calle a Severino. Se acercó hasta él a paso vivo y le llamó varias veces hasta que consiguió que se detuviera.

—¿Qué clave era esa?

—Di mejor quién. Era un hombre. El misterioso hombre que aparecía en varios de los casos. La última persona con la que los vieron con vida.

—Por eso tuviste que dejarlo. Porque averiguaste quién era.

Severino reanudó su camino asintiendo con la cabeza.

Recuperado el aliento, Javier se sentó en un banco que había a pocos metros a leer la documentación que le había dado. No podía esperar hasta llegar a casa para descubrir lo importantes que eran las revelaciones que allí se hallaban.

Solo le llevó media hora devorar las hojas que le había proporcionado el expolicía. Siete archivos de siete muchachos desaparecidos. Todos ellos africanos con edades entre los quince y los dieciocho años.

Para el final, Severino le había reservado un jugoso postre. Después de los siete expedientes de muchachos desaparecidos había una hoja suelta. En ella, en poco más de media cara, se hablaba del hombre misterioso. Había un número de expediente y las palabras INFORMACIÓN RESERVADA al final del documento.

¿Qué clase de información reservada era esa? ¿Sabía Severino el nombre del hombre misterioso? ¿Por qué no le habían detenido? Muchas preguntas y ninguna respuesta que llevarse a la boca. De nuevo, Severino le había dejado con la miel en los labios.

Decidió volver a casa para organizar toda la documentación. Durante el trayecto en el metro pensó que sería buena idea hablar con el inspector Gómez, así que le llamó dos veces sin obtener respuesta. A la tercera, sí que le cogió el teléfono.

—¿Inspector Gómez? —preguntó Javier.

—No me vuelvas a llamar a este teléfono. Ya me encargaré yo de ponerme en contacto contigo. ¿Qué quieres?

—He estado con Severino…

—¿Y? Vamos, rápido. No tengo mucho tiempo.

—Me ha dado cierta información, pero no me deja utilizarla en el programa.

—…

—No cuelgue, inspector, por favor. Una última cosa.

—¿Sí? Me están esperando en una reunión.

—¿Sabe el nombre del hombre que aparece en los expedientes?

Gómez guardó silencio durante unos segundos hasta que al final respondió:

—Eso lo sabrás a su debido tiempo si eres capaz de mantener la boca cerrada.

Sábado 27 de octubre de 2012

Javier se pasó toda la tarde haciendo algo impropio de él: combinar la ropa intentando conseguir el mejor resultado posible para su cena de esa misma noche. Estaba más nervioso que antes de ir a su primera entrevista de trabajo. La tarea le llevó varias horas y al final tuvo que claudicar y reconocer que no tenía una ropa adecuada para ir a un lugar tan caro y moderno como el japonés al que le habían invitado. La desesperación por conseguir el atuendo apropiado había aparcado el segundo de sus problemas: el estómago del periodista no toleraba el pescado crudo. Las dos veces que había comido sushi había estado a punto de vomitar.

Eso le hizo acordarse de Lucía. A ella le encantaba probar cosas nuevas. Era una persona que realmente disfrutaba con la comida. Él, sin embargo, no le daba más importancia que la que tenía el mero hecho de alimentarse. Durante los primeros años de relación, ella se esforzaba por cocinar cosas diferentes y proponer alternativas gastronómicas.

Lo de la comida ya vería cómo lo solucionaba más tarde, pero ahora debía buscar un conjunto apropiado para esa noche. No es que tuviera mucho dinero para gastar, pero si los números de los que le había hablado la secretaria de Lisandro eran ciertos, podía darse un lujo textil en la tienda que se le antojase.

Cogió el metro dirección Gran Vía y se aventuró en la famosa tienda de la que Lucía tanto le había hablado y que él hábilmente había conseguido evitar. Entró y enseguida lo abordó un joven con

un look muy moderno —o al menos eso le pareció a Javier—, exactamente el mismo que a él le gustaría mostrar esa noche. Le preguntó por un traje y el dependiente le encaminó a la planta de abajo. Se probó varios modelos que este le había seleccionado y acabó decidiéndose por un traje azul marino con ribetes rojos en las mangas y la solapa que le quedaba realmente bien. Pese a los últimos kilos acumulados en sitios peligrosos, conseguía lucir con bastante distinción la americana entallada y el pantalón de tiro corto. Hasta parecía más delgado de lo que realmente era con esa ropa. El joven de la tienda le animó a comprarse también una camisa y una corbata, y Javier aceptó la propuesta.

Llegó diez minutos antes de lo previsto al local —en realidad, ya llevaba otros veinte dando vueltas por la zona— y, aunque el jefe de sala le animó a esperar al resto de los comensales en la mesa, prefirió quedarse de pie junto a la puerta. Lisandro llegó acompañado de dos de sus colaboradoras, Esther Campillo y Concha Arnedo. El presentador se preguntó al ver al nuevo colaborador por qué se habría llevado aquella carpeta llena de papeles a la cena.

—Te dije que no hacía falta que trajeras ningún documento. Hoy solo vamos a charlar y conocernos todos un poco —dijo Lisandro, confiando en que Javier dejase de abrazar contra su pecho aquel mugroso cartón.

—Ya, ya lo sé…, pero… pero pensé que…, lo siento. Bueno…, la dejo por aquí.

Javier no conseguía superar los nervios y se fue al baño para intentar calmarse.

Concha y Esther no dejaron de criticarle durante el rato que estuvo en el servicio. Lisandro les pidió a las dos mujeres que pararan y tratasen de integrar al periodista en la conversación para ver si así se tranquilizaba.

A su vuelta, Javier se mostró un poco más tranquilo. Lisandro tomó entonces las riendas de la conversación.

—Bueno, Javier, como bien sabes… Me imagino que habrás visto los dos programas, ¿no?

—Sí. Sí, por supuesto. Varias veces.

—Era broma, tranquilo. Tampoco te pierdes nada —le dijo Esther, mientras le depositaba una mano tranquilizadora encima de la suya.

—Sí, gracias. Pero sí que los he visto, de verdad.

—El primero fue un poco diferente. Pero el segundo —continuó explicándole Esther— puede servirte de referencia. Es muy parecido al formato de nuestros programas de los viernes. Un pequeño monólogo de Lisandro, publicidad, un vídeo contando las novedades del caso, publicidad, y luego entramos los colaboradores. En principio, cada uno de nosotros cuenta algo. No es necesario que descubras todas tus cartas entonces, guárdate algo para después, para el momento más importante del programa, que es cuando empezamos a polemizar entre nosotros. Concha y yo siempre solemos mostrar posturas diferentes. —Esta asintió mientras sorbía su cóctel con una pajita—. Luego está Moncho, que, por cierto, ya tendría que estar aquí.

—Me acaba de enviar un wasap. Está en no sé qué estreno. Dice que en cinco minutos llega; pon entonces media hora —apuntó Concha.

—Como iba diciendo, luego entra en escena Moncho. Normalmente, suele ser un poco el rival de Concha y el contrapunto de Lolo. Como supongo que ya sabes, Lolo Fuentes ya no está en el programa. Tú ocuparás su lugar y también su papel. No te asustes si Moncho empieza a atacarte. Es todo una especie de juego para crear debate.

—Sí, sí, entiendo, entiendo —dijo Javier asintiendo.

En realidad no entendía nada. Él estaba acostumbrado a otro tipo de periodismo, basado en buscar información, contrastarla, elaborarla y publicarla. Aquello era diferente, aunque parecía que empezaba a gustarle.

—Y si pasa algo…

—Y si pasa algo y las cosas se ponen feas, siempre estaré yo para ayudarte —puntualizó Lisandro.

Justo en ese momento llegó Moncho, con cara de pocos amigos y protestando por algún problema con su agente. Saludó de pasada y con poco entusiasmo a Javier, y continuó charlando con Concha y Esther, como si él no estuviera presente. Lisandro aprovechó ese momento para pedir la cena.

—Aquí hacen un sashimi realmente delicioso. Como es lógico, he pedido también sushi y otro par de platos para compartir. No sé si quieres ver la carta, por si te apetece pedir otra cosa —le dijo Lisandro.

—No, sin problema. Tiene todo una pinta estupenda —mintió desviando la mirada a las mesas colindantes, donde rebosaban amenazantes bandejas llenas de makis y nigiris.

Durante la siguiente hora, la cena transcurrió de una forma más que agradable, contando anécdotas de gente famosa que Javier no

conocía, además de secretos de alcoba y cotilleos de futbolistas y concursantes de la televisión de los que tampoco el periodista sabía de su existencia. Moncho se dedicó a dar buena cuenta de tres colmados whiskies, sin probar alimento alguno. Concha, que puso como excusa su régimen, solo mordisqueó un par de piezas de sushi. Así pues, quedaba para Lisandro, Esther —que, pese a tener un cuerpecito digno de una gimnasta de la antigua Alemania Oriental, se reveló como una gran devoradora de comida japonesa— y el propio Javier la ardua tarea de dar buena cuenta de la ingente cantidad de platos que fueron desfilando delante de sus ojos. El periodista se sorprendió disfrutando del festín; a esto último ayudaron las cervezas y el sake ingerido. Todo fue bastante bien, hasta que abandonó cualquier precaución y decidió impregnar un nigiri con una cantidad a todas luces excesiva de wasabi.

—Joder, Javier. Te untas el wasabi como si fuera mayonesa —le soltó Moncho.

—Es que no estoy muy acostumbrado y, además, llevo toda la semana un poco mal —dijo a modo de excusa sin dejar de toser.

—Ya te acostumbrarás. A tu jefe —dijo Moncho señalando con el dedo a Lisandro— le gustan los restaurantes caros y exóticos. Es normal, en las redacciones de los periódicos no coméis pescado crudo; sois más de bocata de sardinas y cosas por el estilo, ¿a que sí?

—Bueno, yo… —Javier intentó decir algo, pero su voz quedó ahogada por las risotadas de Concha y Moncho.

—Pues tú esta noche, Moncho, parece que ni lo uno ni lo otro, ni pescado crudo ni bocata de sardinas. Lo único que has cenado ha sido licor —intervino Lisandro en tono amenazante.

—Ya os he dicho que he estado en la chorrada esa del estreno de la película de la amiga de Esther y que he picado algo allí —contestó Moncho a modo de disculpa—. Además, ya sabes que yo por la noche soy más de beber que de comer. Y el alcohol lo aguanto bien.

—Hasta que dejas de aguantarlo. Fíjate en tu querido Lolo. Es muy sencillo acabar como él. Más de lo que te piensas.

Después del breve silencio que se produjo tras el roce entre Lisandro y su colaborador, la conversación volvió a ser distendida durante el resto de la velada. A eso de las doce, todos pusieron una excusa para darla por finalizada, aunque a Javier le pareció que todos ellos, juntos o por separado, tenían algún plan al cual no le iban a hacer partícipe. En realidad, se felicitó por ello. Ya había sido bastante difícil todo como para seguir tentando a la suerte. Después de todo, no había ido tan mal. Se despidieron con la promesa de verse el lunes en la productora para empezar a preparar el tercer especial. A Javier le sorprendió tanta elaboración; la sensación que tenía como espectador ocasional de ese tipo de programas era que todo parecía muy espontáneo e improvisado.

Siguió dándole vueltas a lo ocurrido en la cena mientras volvía de regreso a su casa. Fue al subir las escaleras del metro cuando se dio cuenta de que se había dejado la carpeta en el restaurante. Se dirigió a la carrera al andén contrario para coger otro metro. Los minutos de espera —hasta ese momento no había sido consciente de lo mucho que tardaban los últimos meses los trenes a ciertas horas— se le hicieron eternos. Casi media hora más tarde consiguió llegar al local donde habían estado cenando, pero, para su sorpresa, estaba ya cerrado. Era casi la una y tenía las persianas bajadas.

Tampoco se veía ninguna luz. Y si había alguien dentro, no hizo nada por contestar a sus golpes contra la puerta de entrada.

Javier cruzó la acera sin mirar y casi se llevó por delante a un joven que iba corriendo. Del impacto, al hombre se le cayó la gorra que llevaba al suelo. Javier la recogió y se disculpó. Era una gorra con el escudo de un equipo de la NBA, seguramente oficial, como las que él siempre había querido comprarse y nunca lo había hecho. Había tantas cosas que había aplazado en su vida, tantos deseos frustrados…

Desesperado y derrotado por la situación, se sentó en un banco cercano y se puso a llorar como no lo había hecho en mucho tiempo. Una multitud de sucesos se le vinieron encima, como un tsunami de sentimientos que le arrolló sin contemplaciones. La sensación de ser un desastre absoluto le recorría todo el cuerpo, de la cabeza a los pies, impidiéndole hacer otra cosa que lamentarse por ser así. Después de varios minutos de flagelación emocional, decidió encender un cigarro para aclararse las ideas.

No todo estaba perdido. Tenía un trabajo y, aunque no veía muy claro cómo poder llevarlo a cabo, de momento era suyo, aunque si seguía haciendo el ridículo como había ocurrido aquella noche, no lo sería por mucho tiempo.

Dejó a un lado sus cuitas profesionales y se centró en él mismo como persona: se sentía incompleto desde que Lucía se había marchado. Habían pasado ya diez días y todavía no habían hablado. Ambos habían hecho llamadas sin respuesta, pero no las habían devuelto al momento. Quizá aquella no era la mejor hora para llamar. Era muy tarde, pero marcó el número del teléfono de Lucía.

No tenía la esperanza de que ella descolgara, pero al cuarto tono la voz de ella le resonó en el oído.

—¿Sí? ¿Javier? ¿Estás bien?

—Sí.

—Pensé que había pasado algo.

—Perdona. ¿Estabas dormida? No quería despertarte… Solo quería hablar contigo.

—No, todavía estaba despierta. Me has asustado.

—Lo siento.

—Está bien.

—Te llamaba para decirte que lo siento. Que… me gustaría que las cosas hubiesen sido de otra forma. —La voz le empezaba a fallar a Javier y tuvo que parar un momento—. Que todo esto que ha pasado ha sido por mi culpa.

—También ha sido culpa mía. Marcharme sin decirte nada no estuvo bien.

—Tampoco te dejé muchas más opciones.

—Eso es cierto. Yo lo intenté, pero nunca tenías tiempo para hablar. —En ese momento, Javier ya no pudo aguantar más y las lágrimas volvieron a correr por su cara sin remisión—. ¿Estás bien? —preguntó Lucía al oír el llanto de la que había sido su pareja.

—Sí. He tenido una noche muy complicada.

—¿Hay algo que me quieras contar?

—No —respondió Javier enjugándose las lágrimas con la manga de la americana—. En realidad, debería estar contento. Parece que las cosas empiezan a salirme bien. He encontrado un nuevo trabajo.

—¿Un nuevo trabajo? —preguntó Lucía sorprendida.

—Sí. No te lo dije, pero hace más de un mes que ya no trabajo en el periódico. No pude salvar el último ERE. Sé que tenía que habértelo contado, pero…

—Sí. Tenías que habérmelo contado. Vivíamos juntos. Se supone que éramos una pareja —le recriminó Lucía.

—Hay muchas cosas que no he hecho bien últimamente. ¿Estás enfadada por no habértelo dicho? —preguntó Javier, intentando romper el silencio que se había instaurado entre ellos.

—¿Tú qué crees?

—Que sí —respondió cabizbajo.

—Esa es la razón por la que me marché. Porque ya no contabas conmigo. No hablabas. No nos comunicábamos. Éramos dos extraños viviendo bajo el mismo techo.

—Lo sé. Y nunca quise que llegásemos a ese punto.

—…

—Y tú, ¿estás bien? —preguntó Javier, consciente de que, por mucho que lo intentara, todavía tardaría un buen rato hasta que Lucía olvidase su enfado.

—Sí.

—¿Dónde estás?

—En Burgos.

—Eso me imaginaba. ¿Estás en casa de tu hermano?

—Sí —mintió Lucía.

—Bueno. Si quieres, podemos hablar esta tarde con más calma, o cuando a ti te venga bien.

Javier decidió poner punto final a ese primer acercamiento. No había por qué forzar la situación. Lucía necesitaría su tiempo para asumir la nueva información. No era como si le hubiese confesado

una infidelidad, pero para ella aquello era también una falta grave de confianza.

Cuando Lucía colgó el teléfono, se arrepintió al instante de haber sonado tan seca y distante. Al fin y al cabo, Javier había hecho el esfuerzo de contactar con ella. Y es que por mucho que se hubiese enfadado al descubrir que le habían despedido y que él no le había dicho nada, lo único que ella quería en ese preciso momento era abrazarle y estar junto a él. Después de la emoción de los primeros días de sentirse liberada y hasta feliz por haberle abandonado, ahora entraba en una fase en la que no podía dejar de pensar en él. ¿Cómo se sentía Javier? ¿A él también le estaba pasando lo mismo? Lucía intentó buscar respuesta a esta y a otras muchas preguntas durante las horas que pasaron hasta que logró conciliar el sueño.

Domingo, 28 de octubre de 2012

Todavía estaba en la academia cuando se lo propusieron. Pero no lo dudó ni por un momento. Claro que estaba dispuesto a infiltrarse en ETA.

El plan parecía perfecto, sin fisuras: a partir de ese momento, Ricardo González era un insumiso, pendiente de un consejo de guerra, que tenía que huir a Francia. En Bayona entró en contacto con las organizaciones independentistas y los círculos de etarras. Su incorporación a la banda debía haber sido más lenta, pero el asesinato de Miguel Ángel Blanco lo aceleró todo.

Los meses en Bilbao fueron mucho más duros de lo esperado. Le tocaron años complicados: atentados a políticos y periodistas, treguas rotas, ilegalizaciones de los partidos abertzales, enfrentamientos en la cúpula de ETA… Y justo cuando el final del terrorismo estaba más cerca, tuvo que desaparecer. Alguien le había descubierto.

De su primera infiltración no salió bien. Cuando volvió del País Vasco, su vida estaba patas arriba. Escondido con una nueva identidad, no sabía qué creer ni en quién hacerlo. Sus valores morales se habían erosionado tanto que le costaba volver a tomar el rumbo. Después de aquellos años de bombas, tiros en la nuca y secuestros, Ricardo ya no volvió a ser él mismo. La asistencia psicológica no le sirvió de nada; caía en picado sin siquiera querer evitarlo. Justo el día que iba a presentar la baja, recibió una llamada que volvería a cambiar su vida otra vez. De nuevo solo, con la misión

de engañar a unas personas para que confiaran en él, dispuesto a investigar esta vez no a unos terroristas, sino a sus propios compañeros. Un expediente policial reescrito para la ocasión, un pasado borrado, las mismas suspicacias, el miedo a ser descubierto, la imposibilidad de desarrollar una relación profunda con nadie, el regreso al alambre, con la mentira como única compañera de viaje.

Le habían dicho que se trataba de un caso de corrupción: policías, políticos, matones de discoteca, un banquero y hasta un juez. Pero pronto descubrió que todo aquello era más escabroso de lo que le habían contado. Desde el primer día infiltrado en la unidad del inspector Gómez, tuvo claro que ese policía de mirada turbia tenía las claves de todo lo oscuro que pasaba en esa comisaría, y también fuera de ella.

Ricardo se puso la ropa de correr, las gafas de sol y la gorra de los Chicago Bulls. Hoy tocaba misión de vigilancia. Al hacer los ejercicios de estiramiento, notó que todavía le dolía la rodilla del tropiezo del día anterior con Javier Redondo. ¡Cómo había podido cometer aquel error de principiante! Pensaba que lo había perdido y corrió desde la parada del metro hasta el restaurante. Por lo menos estaba convencido de que el periodista no sabía quién era; seguramente ni se acordaba ya del encontronazo. Lo fundamental era que Javier estaba bien; esa era una parte importante de su misión.

Lunes, 13 de agosto de 2012

Mario había dormido fatal. Se despertó a las cuatro de la mañana y desde entonces no había pegado ojo. No podía quitarse de la cabeza lo que había pasado ese fin de semana. Su primera vez había sido por partida doble, con dos chicas diferentes y en menos de veinticuatro horas. Nunca se imaginó que aquel momento fuera a producirse de aquella manera.

No le apetecía nada tener que ir a clases de recuperación y encontrarse con Susana. Intentó hacer un ejercicio de terapia mental: eliminó todo lo que había pasado en el chalet de la fiesta a la que le habían llevado Bruno, Nicolae y Chucky, y quedarse solo con aquel momento a solas con Susana. Funcionó a medias.

Intentó buscar alguna excusa para no ir a clase, pero al final decidió que lo mejor era pasar el mal trago cuanto antes: en su fiesta de cumpleaños del miércoles iban a estar sus amigos y Susana; eso sería aún peor.

Lo que no se podía imaginar al llegar al instituto fue que se encontraría a Verónica; estaba peor que nunca, aunque seguía conservando ese encanto que lo había vuelto loco cuando coincidieron en clase al principio de la ESO.

—Hola, Mario. ¿Qué tal estás? Te veo muy bien —le dijo Verónica, mientras se aproximaba a darle un beso en la mejilla.

Mario no supo qué contestarle y solo pudo encogerse de hombros. Estaba rojo como un tomate, y todavía se puso un poco más cuando

vio llegar a lo lejos a Susana, que, cuando lo reconoció, aceleró el paso para entrar en el instituto.

Verónica se dio cuenta enseguida de la situación.

—¿Esa es tu novia? ¿Sí? ¿Mi pequeño Mario se ha echado novia?

—Es solo una amiga.

—Espero que no sepa nada de lo que pasó ayer en esa fiesta…

—Tengo que entrar en clase —dijo Mario, molesto por el comentario.

—Tranquilo, amor. Conmigo tu pequeño secreto está a salvo. Te lo juro —aseguró, llevándose la mano al corazón.

—Gracias, Verónica. Tengo que irme…

—Necesito que me hagas un favor: déjame algo de pasta. Cien euros me vendrían de lujo.

—Ahora no llevo nada encima.

—Te acompaño al cajero, no te preocupes.

—Pero…

—Lo hacemos en un momento y luego puedes ir a clase. Mira, ahí hay uno.

Mario suspiró. Su tío le había ingresado el dinero de su cumpleaños el fin de semana pasado y su plan no era gastarlo en los vicios de una yonqui, pero no veía muchas más opciones. El joven maldijo de nuevo haberle hecho caso a Bruno. «¿En qué maldita hora decidí ir a esa fiesta?», farfulló para sí.

Verónica le cogió del brazo y lo llevó hasta el cajero. Cuando estaban a punto de llegar al banco, apareció de repente Esparza. Mario no tuvo tiempo de reaccionar: de un empujón lo tiró al suelo y luego le dio varias patadas. Sin embargo, la peor parte se la llevó

Verónica. La chica le insistía en que no era lo que parecía, pero él no se daba por aludido y seguía a lo suyo.

—¡Eres un imbécil! ¡Deja al chico! Mario iba a ayudarnos. ¿Por qué no te metes en tus asuntos?

Esparza cogió a Verónica del pelo y la llevó a rastras hasta el final de la calle. Mario vio cómo la agarraba del cuello, pero ya había tenido suficiente y decidió volver sobre sus pasos y dirigirse al instituto. Una vez dentro, se metió en el baño. Se aseó y comprobó los daños: la cara no tenía magulladuras, los golpes habían sido todos en la espalda, lo peor era cómo había quedado la camiseta. Por tercera vez aquella mañana volvió a maldecir el momento en que había decidido ir a aquella fiesta.

Esparza le dejó claro a Verónica que no quería verla con ningún hombre a solas. Le daba igual que fuera un chiquillo como ese. El tal Mario le estaba molestando demasiado, tanto que iba a tener que darle un buen escarmiento. Sacó el teléfono del pantalón para llamar a Gómez.

—Creo que ya tengo un buen par de peces para nuestros amigos —le dijo Esparza.

—Entonces queda con Tony y con los otros dos para prepararlo todo. Tenemos poco tiempo, pero seguro que les encanta la sorpresa —le dijo el inspector y colgó.

Verónica le esperaba un poco más adelante. No dejaba de llorar y cada vez estaba peor: tenía que meterse algo.

—Yo solo quería ayudar, Jorge. De verdad —le suplicó.

—¡Calla, hostia! De la pasta ya me encargo yo. El miércoles nos va a tocar la lotería y tú vas a tener que ayudarme a conseguirlo.

Jorge se llevó a casa a Verónica y luego telefoneó a Tony para que pasara a buscarlo.

—¿Qué pasa, chaval? —le preguntó Tony a Nicolae, que acababa de subirse a su coche.

Nicolae le devolvió el saludo con la cabeza, sin demasiado entusiasmo. Se colocó en el centro de los asientos traseros para tenerlos controlados a los dos, a Tony, que conducía, y a Esparza, que iba sentado en el sitio del copiloto.

—Bueno, bueno. ¿No le dices nada a tu amigo, Esparza? Ya lo siento, muchacho, él tampoco está muy hablador. Lleva así desde que se ha subido al coche. A mí todavía no me ha dirigido la palabra. ¡Con lo que me gusta hablar!

Tony miró a los dos a través de sus gafas de espejo con gesto serio y actitud desafiante.

—Nos ha dicho un pajarito que te van muy bien las cosas —le dijo a Nicolae—. ¿A que sí, Jorge?

Esparza asintió con la cabeza.

—No me puedo quejar.

—Eso me gusta. A Tony le encanta que a sus amigos les vayan muy bien las cosas. Lo que no me gustan tanto son esos negocios que haces a nuestras espaldas, sin contar con nosotros.

—No sé de qué…

—Tranquilo, tranquilo —le interrumpió—, el día que a tu amigo Tony le molesten esas cosas de verdad, te enterarás. Vaya que si te

enterarás. Y no seré yo quien te lo recriminará. Ya conoces cómo se las gastan mis chicos. Y hay unos cuantos que te tienen ganas.

—No entiendo cómo no le revientas a hostias —intervino Esparza por primera vez en la conversación.

—No hay que ser tan violento, Jorge. Vas a asustar al chico. Nicolae es muy listo y sabe que no tiene que volver a hacerlo más. ¿No es así, Nicolae? —le preguntó Tony mientras le palmeaba la cara con decisión—. ¿A que no nos vas a volver a dejar fuera de tus negocios?

—No —contestó entre dientes el rumano.

—¿Ves? Ya te lo dije, Jorge, es un chico muy listo. Sabe lo que se hace. Aclarado ese tema, vayamos a lo nuestro. Tenemos un encargo para ti.

—No sé cómo te fías de este subnormal.

Nicolae hizo ademán de levantar la mano, pero Tony, atento, evitó que hiciera ningún movimiento con un rápido gesto con su brazo izquierdo.

—Tengamos la fiesta en paz. Todos. Tú también, Jorge. ¿Entendido, chicos? Acordaos siempre, somos familia.

Ninguno contestó, pero ambos asintieron con la cabeza.

—El tema es el siguiente. Nuestros clientes querían carne fresca y Jorge se la ha conseguido. Pero tenéis que ayudarnos con este tema.

—¿Quiénes son? —preguntó Nicolae.

—A su debido tiempo. No tengas tanta prisa. Seguro que te llevas una sorpresa —dijo Tony.

Lunes, 29 de octubre de 2012

Nicolae miraba inquieto la televisión. En los diez días que llevaba ingresado en prisión, no había podido dejar de darle vueltas a la cabeza. Su situación no era la mejor del mundo, eso era evidente. Pero era consciente de que tenía muchas cartas que podía utilizar. Su hermano se la había jugado otra vez, eso no le pillaba de nuevas, pero con lo que no contaba era con que el resto de los acontecimientos se hubieran precipitado de golpe en apenas cuarenta y ocho horas.

Cuando los policías se presentaron en su casa, se temió lo peor. Había seguido con especial atención el programa del día anterior en la televisión. Tenía la certeza de que si las cosas se torcían, y esa era la sensación que daba con la gran repercusión que estaba suscitando el caso, él tenía todas las papeletas para convertirse en el perfecto chivo expiatorio. En cierto modo, eso estaba incluido en el sueldo.

Cuando le dijeron de qué se le acusaba, sintió un gran alivio. Y aunque dentro de prisión su margen de maniobra se reducía mucho, era mejor eso que no convertirse en primera plana de todos los periódicos españoles y de parte de Europa.

La semejanza física entre ambos hermanos era una baza que Florian había explotado desde que llegó a España. De esa forma, había usado la identidad de su hermano en varias ocasiones para evitar los juzgados. Así fue como Nicolae se convirtió en prófugo de la justicia antes de pisar incluso suelo español, con dos causas

pendientes por citaciones a las que su hermano no se había presentado. Los delitos habían ido a más, y la policía española estaba convencida de que el líder de la banda que aterrorizaba a las empresas del polígono de Toledo y otras localidades de Castilla-La Mancha se llamaba Nicolae Illiescu y no Florian.

El tema era serio, le había dicho su abogado. Su hermano sumaba ya diez acusaciones que ahora pesaban sobre su cabeza. Dos de ellas con heridos de bala, uno muy grave: un guardia jurado que se encontró en el peor momento en el lugar equivocado y que recibió cuatro tiros, uno de los cuales le reventó la médula espinal a la altura de las cervicales, dejándolo tetrapléjico de por vida.

Nicolae pasaba de la euforia al desaliento en un escaso margen de tiempo. Podía empezar el día confiado en que nadie conseguiría relacionarle con las desapariciones, pero antes del almuerzo ya se había destrozado las uñas, víctima de la ansiedad, mientras se maldecía por haber dicho que sí a aquello sin pensar las consecuencias. Todo había sido muy sencillo: le habían explicado el trabajo, le habían comentado de forma cordial las consecuencias que conllevaría una posible falta de confidencialidad y le habían pagado religiosamente la cantidad pactada en los plazos acordados. Pero y ahora, ¿dónde estaban ellos? ¿Por qué nadie se había puesto en contacto con él? ¿Acaso no se habían enterado de que llevaba más de una semana en la cárcel?

El tiempo libre es el peor enemigo de alguien cuando está lleno de miedos y temores, y si algo tenía Nicolae ahora mismo era precisamente eso: todo el tiempo libre del mundo.

No conseguía concentrarse en nada que no fuera su defensa. En los últimos días, desde su ingreso en prisión, ni siquiera había hecho

un minuto de ejercicio. Algo inaudito en él, que dedicaba más de cinco horas diarias a las pesas y las artes marciales. Ni la televisión ni la conversación con otros reclusos conseguían distraer su mente por un momento de sus problemas.

Para aumentar aún más si cabe su grado de nerviosismo, acababa de recibir hacía unas horas la visita de Adrian, uno de los lugartenientes de su hermano. El mensaje era claro: si hablaba, saldría de prisión en una caja de madera; si cumplía y se quedaba callado, lo haría por la puerta y con un buen número de euros en el bolsillo. Nicolae sabía que Florian no bromeaba. Para él sería fácil, gracias a sus contactos con las mafias, pagar a un sicario para que acabara con su vida en un abrir y cerrar de ojos.

Nicolae tenía sus buenas razones para estar tan preocupado. Por muchas jugadas que intentara fabricar en su cabeza, cualquier movimiento de piezas le llevaba a un inexorable jaque mate.

De quien tampoco se fiaba era de su abogado. Quizá había llegado la hora de cambiar de letrado. Aunque ¿qué otras opciones tenía? ¿Acudir directamente a la policía? Eso sería su sentencia de muerte. Quedaban solo tres días para la vista y para entonces debía tener definida una estrategia que le sirviese para permanecer con vida los próximos meses.

Estaba atrapado. Por un lado, le podían caer un montón de años a la sombra por culpa de los líos de su hermano; y por otro, si descubrían su implicación en aquel trabajo…, bueno, eso sí que sería un problemón.

Sentado en el patio, estaba empezando a tomar conciencia de los muchos errores que había cometido. El primero y más importante: no cortar con el juego de su hermano. Siempre había sabido que

más tarde o más temprano acabaría pagando esa factura pendiente, y la hora de liquidarla había llegado en el momento más inoportuno. El segundo fallo había sido fiarse de Tony. Estaba convencido de que había sido él quien le había traicionado.

Esa era su realidad. Dos identidades, dos criminales con delitos de sangre, pero solo una persona para pagar por ellos: Nicolae. Su tercera y última equivocación había sido seguirle el juego a Verónica. Desde el primer momento supo que aquello era una trampa, que ella, además del fajo de billetes que le habían prometido, era el cebo que le habían preparado para que aceptara el encargo sin muchos miramientos. Y eso era verdad: Nicolae daría la vida por esa chiquilla, que —eso era algo que tenía muy claro— nunca sería suya. Pero de lo que no dudaba ni lo más mínimo era que dejarse engañar por ella había sido uno de los momentos más dulces y excitantes de su vida. Aunque lo maravilloso de aquel momento no enmascaró de ninguna manera lo poco que le gustaba aquel encargo, cuya procedencia intuía con claridad. Si Vero había ido a hablar con él había sido por orden de aquel viejo baboso con el que estaba liada, de aquel político corrupto que tanto presumía de cerrar todos los burdeles de la provincia, pero no con un mandato judicial, sino porque él era siempre el último cliente en salir por la puerta del establecimiento. Si salía de ahí, juraba que acabaría con ese Esparza del demonio.

Dar marcha atrás ahora era imposible. Pero lamentarse era legítimo. De repente le vinieron a la cabeza los horribles recuerdos de los días pasados en el orfanato; su tío —con quien vivían él y su hermano después de que su madre muriera— le había denunciado por robarle una vaca, la única que tenían en su familia. En realidad,

toda la trama era obra de uno de los agentes de policía destinados en el puesto del pueblo en que vivían. Su tío había tenido que tirar de sus escasos ahorros para recuperar al animal y firmar la denuncia contra su sobrino, quien, a sus escasos ocho años, había cometido muchas fechorías, pero esa en concreto no. En su pueblo era habitual que ladrones y policías llevaran el mismo uniforme. Cuando los campesinos acudían a denunciar algún robo, se les informaba de la cantidad que debían pagar para recuperar la mercancía a la vez que se negociaba a quién se señalaba como posible culpable del delito.

Duchas de agua fría, palizas, hambre, mucha hambre, frío en los huesos y aquellos horribles llantos de los niños del pabellón psiquiátrico, unos gritos que aún hoy seguían atormentándole. Allí fue donde a Nicolae le pilló el final de la época más oscura de su país, la caída de los Ceausescu y su imperio de oro y alabastro, enfangado en la mierda y la podredumbre de un reformatorio que hacía las veces de manicomio y orfanato, un siniestro edificio donde convivían los chicos a los que nadie quería. Esos dos meses acabaron, pero nunca habían terminado de pasar para él.

Estos eran los pensamientos en los que andaba enredado poco antes de recibir la visita de su abogado. En un principio había pensado en despedirle aquella misma mañana, pero luego recapacitó.

Nada había cambiado en la apariencia física del abogado: llevaba el mismo traje pasado de moda, con una horrible corbata de tonos chillones imposibles. Buscó y encontró, como siempre, las habituales manchas de comida que solían decorar su camisa. Su cuerpo rechoncho y el abundante sudor que perlaba siempre su frente —

como si hubiese hecho un esfuerzo titánico y sobrehumano para acercarse a la prisión— le conferían ese aspecto tan patético que tanto le desagradaba. Como siempre, se excusó por su tardanza, aunque esta vez no empezó su tibio discurso con el acostumbrado «Pues no tengo mucho que contarte». Para sorpresa de Nicolae, por primera vez, venía a contarle algo interesante.

—Vamos a ver cómo te lo explico, Nicolae —le comentó secándose el sudor con un pañuelo de dudoso color—. La cuestión es la siguiente: tal vez tengas acceso a ciertas informaciones que puede que sean interesantes para una investigación muy importante.

—Pero ¿qué me estás contando, joder? —le interrumpió furioso su defendido.

—Deja el teatro para la policía, Nicolae. No hace falta que me cuentes milongas. Tienen todos los datos y las pruebas para que cargues también con eso y te pudras en la cárcel. Están hablando de ayudarte.

El tono del letrado empezaba a volverse inquisitorio al notar que iba ganando terreno frente a un perplejo Nicolae.

—No es momento para mentiras —continuó el abogado—. Ahora es el tiempo de contar la verdad, y cuantas más cosas sepas, mejor, porque antes saldrás de aquí y en mejores condiciones. Aquí está todo preparado para que cumplas la pena por los delitos de tu hermano; le interesa a él y también a la policía, que no ve la forma de echarle el guante y necesita un culpable para que la opinión pública se ensañe con él. Se ha hecho mucho ruido en los periódicos con la historia esa de la banda de Florian y no ven la ocasión para quitarse el problema de encima. A tu hermano le han tomado la matrícula, y de una forma u otra acabará cayendo. Todavía quedan

pendientes unos cuantos robos y muertes por los que acabará en prisión un día de estos.

Nicolae no se esperaba nada de aquello. Y a cada nueva palabra de su interlocutor se iba sintiendo más y más pequeño; con el ánimo totalmente desinflado, veía cómo eran los demás los que manejaban y dirigían sus acciones y no él, que solo podía limitarse a asentir y dar por bueno cualquier acuerdo que le pusiera en libertad. Pero, y una vez en la calle, ¿dónde podría esconderse? ¿Cómo iba a ganarse la vida? ¿Quién iba a evitar que Florian o los otros le metieran un par de tiros en la cabeza? Un intenso sudor frío le recorría el espinazo, mientras se apoderaba de él una sensación de abatimiento y temor que le atenazaba por completo. En las anteriores entrevistas había sido él quien con amenazas y gritos había intimidado al abogado; ahora, este no había necesitado alzar la voz para dejarle aterrorizado por el futuro que se vislumbraba ante él.

—Pero no me mires con esa cara, hombre. Estás blanco como la pared. Sí, no te voy a negar que la situación está muy jodida. No es mi intención engañarte. Pero si sabes jugar tus cartas, tú vas a ser el que salga mejor parado en esta historia. Lo de los robos que te han colgado tiene difícil arreglo. La idea es quitarte lo del guardia jurado; ese se lo reservan para tu hermano cuando le cacen. Él ya no va a poder seguir utilizando tu identidad y, además, por lo que cuentan, anda por ahí escondido, muerto de miedo, preparando la vuelta a vuestro país. Si te declaras culpable de todos los cargos, no te caerán más de doce años a lo sumo. —Nicolae hizo ademán de levantarse de la silla—. ¡Tranquilo! En este país nadie cumple las condenas íntegras. Con las reducciones y demás, en cuatro años estarías en la calle. Pero, de todas maneras, ese no es el plan. El

juez está dispuesto a concederte cosas si le cuentas cuál fue tu participación en el otro asunto, el gordo.

El abogado se volvió a secar el sudor que le corría por la ancha frente, le echó una mirada burlona y se acercó lo más que pudo a Nicolae para susurrarle en voz baja al oído:

—Si eres buen chico y largas en condiciones, podrás conseguir un bonito adosado donde vivirías como un rey. Hasta te han buscado un trabajo. En serio, un señor trabajo. Serías una especie de colaborador de la policía. Pero no un chivato. Esto que proponen es otra cosa. Estamos hablando de altas esferas. Serías un asesor para grupos especiales. Tu perfil les ha gustado mucho. Quieren que les ayudes con todo el rollo ese de las bandas del Este y las mafias. Conocí a un muchacho al que le ofrecieron algo como lo tuyo y le ha ido de puta madre, créeme. Ahora, varios años después, sigue ahí, colaborando con la poli y viviendo como un marqués, y del asesinato que cometió ya no se acuerda nadie, y aunque se acuerden, les va a dar igual. Nada se puede demostrar. Entonces ¿qué me dices? Y deja ya esa cara de mustio. Cuando estabas jodido era antes. Ahora tienes un futuro por delante —le aseguró en tono rotundo el abogado, mientras le apuntaba con el dedo índice.

—Si cuento lo que sé, soy hombre muerto. ¿Por qué iban a dejarme con vida después de haberlos traicionado? Además, yo no los conozco. Solo hice lo que me pidieron, cobré el dinero y ya está —dijo Nicolae con voz temblorosa.

—A ver, chaval, déjate de hostias. O coges esto o entonces sí que date por muerto. Si la policía cuenta por ahí que te has ido de la lengua, no llegas al desayuno de mañana. El que debe darte miedo es Florian, tu hermano tiene aquí dentro muchos amigos, tanto en

uno como en otro bando. Aunque no hace falta que te lo cuente, ¿verdad?

—Yo solo digo que no sé una mierda y que si me convierto en un confidente, ellos… son gente poderosa.

—Yo ya te he dicho lo que hay —le comentó el abogado adoptando en ese instante un tono paternalista—. Ahora eres tú el que debe tomar una decisión. Dale las vueltas que quieras, pero te acabarás dando cuenta de que esta es la mejor salida; la única, más bien. Mañana por la mañana vendrán a buscarte para llevarte al juzgado. Estate preparado y cuéntales todo lo que sepas, por tu bien. De los delitos de tu hermano y también de lo de los chicos esos.

El abogado se levantó de la silla y se despidió de su cliente con un ligero movimiento de su mano izquierda, mientras con la derecha terminaba por secarse los últimos restos del sudor que todavía le quedaban en el rostro. El pez había mordido el anzuelo. Nicolae le siguió con la mirada. El shock había sido tan fuerte para él que, en vez de pensar en lo jodido de su situación, lo único que hacía era observar cómo se desplazaba aquella mole humana hacia la salida, preguntándose cómo era posible que alguien que no llegaba al metro y medio pudiera pesar más de cien kilos.

Martes, 30 de octubre de 2012

¿Cómo se conseguía esconder unas pérdidas que ascendían a varios millones de euros? Esa era la pregunta que Rodrigo Carrascosa se había formulado hacía ya cinco años y que logró resolver gracias a un astuto ejercicio de ingeniería contable. De momento, su apaño había conseguido pasar como bueno gracias al tsunami financiero causado por la quiebra de Lehman Brothers y todo el delirante proceso que le siguió: países en bancarrota, familias desahuciadas, una generación perdida de jóvenes europeos… Rodrigo estaba convencido de que bajo ese contexto sería fácil esconder toda la ropa sucia que había acumulado en su desastrosa gestión.

Pero, primero la fusión y creación del nuevo banco, y después la intervención del gobierno para evitar el colapso de una de las entidades financieras más importantes del país, habían vuelto más vulnerables sus mentiras. El miedo al *default* de uno de los bancos más grandes de España había hecho correr a los políticos a su rescate sin preguntar cómo podía haber sucedido algo así. El pánico y el axioma «O nuestra solución o el caos», tantas veces enarbolado como eslogan para justificarlo todo durante esa crisis, habían evitado que se descubrieran las causas reales de aquella situación.

Desgraciadamente para él, había asociaciones de izquierdas, periodistas tenaces e incluso compañeros de partido de su amigo Rufino dispuestos a medrar en esas aguas turbulentas que habían decidido sacar a la luz por qué un banco que había acumulado montañas de ingresos durante décadas había necesitado todos esos

millones para sanearse y evitar dejar a un montón de familias sin los ahorros de toda su vida. En realidad, la explicación de la mayoría de las pérdidas no era diferente de lo que les había sucedido a otras entidades bancarias de España y el resto de Europa: activos tóxicos y *subprimes* que habían servido como aval para pagar a los clientes intereses al 10 por ciento o más. Todos habían jugado en el mismo casino con idénticas avaricia e inconsciencia. Y cuando se derrumbó la estructura piramidal, todos se vieron abocados a la misma suerte.

Hasta ahora, la situación de la caja de ahorros que Rodrigo había presidido había quedado englobada dentro de la pésima situación del nuevo banco resultante de la fusión. Sin embargo, era cuestión de tiempo que saliese a la luz que había sido su entidad la que había llevado al desastre a todas las demás. Él tenía asumido que la opinión pública llegaría a conocer eso. La cuestión era cómo maquillarlo para que no fueran mil, sino trescientos, y cómo hacer ver que su participación en el desastre no era tan fundamental como en realidad lo había sido. Debía idear un plan para repartir las culpas y conseguir desviar la atención. Si todo lo que habían hecho él y su consejo de administración saltaba a la primera plana de los periódicos, se convertiría en un escándalo difícilmente asumible.

Bien pensado, esa crisis era toda una bendición para él. La coartada perfecta para poder meter todo en el mismo saco, blanquear las irregularidades en la misma cuenta de pérdidas incobrables. Al fin y al cabo, como bien comentaba uno de sus colegas en las tertulias del club: esa situación se solucionaba de la misma forma que las anteriores, tirando de entropía, encomendándose a la termodinámica. Para que la clase adinerada pudiera seguir siéndolo los próximos años, la clase media debía

empobrecerse las siguientes décadas y la clase baja, pudrirse en la miseria hasta el final de los tiempos.

Rodrigo apuró el tercer whisky de la mañana mientras sopesaba las posibles salidas. Obviamente, sabía demasiadas cosas que no debían llegar al conocimiento de los medios de comunicación y las redes sociales, tan sensibles en esos momentos a cualquier posible escándalo de índole económica, y no digamos ya a uno con orígenes bancarios. No había nada que temer por esa parte. El futuro solo podía depararle cosas buenas: una jugosa indemnización por su despido, un buen puesto en una gran empresa, varios sillones en diferentes consejos de administración. Un plan perfecto, mejor de los que él podía haber diseñado para evitar la cárcel por fraude y estafa. Además, de esta forma, mataría dos pájaros de un tiro: no solo encubriría las apropiaciones indebidas de capital, sino que también se serviría de la coyuntura para poder explicarle a Maruja, con el debido tacto, la difícil situación económica en la que se encontraban, con una segunda hipoteca sobre todas sus propiedades. El dinero que iba a recibir como compensación por su despido era una cifra privada que ni siquiera su mujer debía conocer. Él procuraría dejar el montante a buen recaudo en algún banco de Andorra o las Caimán. Listo y dispuesto para poder costear sus pequeños excesos, como a él le gustaba llamarlos.

Así son los hombres que triunfan en los negocios, los que consiguen convertir una situación adversa en una ventajosa. Se preparó una cuarta copa, esta vez sin hielo y sin soda. Necesitaba notar la quemazón del licor corriendo por la garganta, esa bendita sensación de ebriedad que le hacía sentirse tan vivo.

Como hoy no podían estar todos juntos por cuestiones de agenda, había quedado para tomar un vermut rápido con Rufino en San Jerónimo y luego con Gonzalo para comer en el restaurante ese que se había puesto tan de moda. Aunque no estaba del todo convencido de que su amigo el juez se sintiera a gusto en un local tan heterodoxo, sí estaba seguro de que acabaría agradeciéndole que les comunicara las novedades que habían llegado a su conocimiento. Tenía que poner a ambos al tanto de la conversación entre Gómez y Esparza.

Martes, 30 de octubre de 2012

Hablar con Esparza era algo que al inspector Gómez siempre se le hacía bola. Estaba bien pagado, muy bien pagado, pero a él le gustaba la gente cautelosa y reservada para los negocios, sobre todo para esa clase de negocios. Y Esparza era de todo menos discreto. La cosa se estaba complicando, tal y como él le había advertido a Rodrigo Carrascosa. Aunque, después de todo, quizá fuese una oportunidad estupenda para sacarse un pellizco extra por toda la mierda que iba a tener que limpiar en los próximos días, meses y tal vez años.

El policía volvió a reunirse con Esparza en el mismo tugurio de las otras ocasiones: un rancio bar de carretera perdido de la mano de Dios. Cuando Gómez llegó, Esparza, como en el resto de las ocasiones, estaba sentado a la mesa del fondo apurando un vaso de tubo lleno de anís. Para un alcohólico como él, era un alivio ver a alguien que estaba peor y que tenía tan poco estilo para emborracharse. Los vicios, pensaba, hay que saber llevarlos con dignidad y hasta con cierto glamour. Eso era algo que le había enseñado tiempo atrás Carrascosa, otro miembro destacado del club.

Esparza estaba más nervioso, colocado y borracho, si cabe, que en anteriores ocasiones. Los programas de Lisandro le habían puesto al borde del infarto, aunque lo peor había sido enterarse del encarcelamiento de Nicolae. A pesar de que Tony le había asegurado que el motivo de su detención no tenía nada que ver con sus turbios

negocios en común, no había habido manera de quitarle el miedo del cuerpo. Su rostro, ya de por sí enjuto y macilento, estaba hoy más demacrado que nunca. Sentado con los hombros hacia delante como era su costumbre, mostraba una prominente joroba, acentuada por su escuálido torso. Nadie diría que hacía solo dos años aquel hombre era la gran esperanza de su partido para hacerse con una de las comunidades autónomas más importantes de nuestro país. El político más deseado por las españolas. Él esgrimía que todo había sido cuestión de mala suerte y… del Opus Dei. Según contaba a quien le quería escuchar, la Obra le había echado el ojo y no se había detenido hasta conseguir verle apartado a un segundo plano. Aunque no había que restar toda credibilidad a sus teorías, había sido él solito quien había conseguido hundir una prometedora carrera política por sus excesos; más que por ellos, por su afán de hacerlos públicos y su impúdica ostentación.

En una capital como Madrid, esto último no está muy bien visto. Pero, en una ciudad de provincias, pasearse de la mano de una yonqui de diecisiete años por las calles del centro no es algo muy recomendable. Sobre todo para alguien con aspiraciones políticas. Un gran error en un país como España, en el que las apariencias lo son todo.

—Te iba a preguntar qué tal estás, pero por lo que veo no hace falta. Estás hecho unos zorros. Cualquier día nos das un disgusto, Jorge —le dijo el inspector llamándole por su nombre de pila, algo que hacía pocas veces, antes de sentarse.

—¿Y a quién le va a importar? Esto —Esparza bajó la voz, aunque ninguno de los parroquianos podía oírle y menos aún interpretar su críptica conversación—, esto va a reventar. Os avisé, os lo avisé.

Pero a mí nadie me hace caso. Al tonto de Esparza nadie le hace caso. Ahora —le espetó cogiéndole con violencia de la pechera, pero sin levantar la voz—, si yo caigo, caemos todos. Eso que lo tengáis muy claro.

—Como no me sueltes, Jorge, el que se va a caer vas a ser tú, pero de la silla, de la hostia que te voy a dar. A mí tú no me hablas de esa manera.

—Lo siento —dijo Esparza retirando la mano—, pero es que todo esto es una mierda muy grande y no me la voy a comer yo solo.

—Tranquilízate y actúa con normalidad. Aquí nadie sabe nada. Por lo del rumano, ya te ha dicho Tony que no tienes que preocuparte. Ni siquiera se le puede relacionar contigo y menos aún con los otros. Quizá tengas razón y hayamos corrido un riesgo demasiado grande, pero teníamos previsto lo que está pasando.

—Lo que tú digas —contestó el expolítico mirando para otro lado.

—Esparza, o te pones tú solito las pilas o te las pongo yo a hostias. Esto no es ningún juego. Me conoces bien y sabes que no me gusta amenazar a nadie. Pero, como no cambies esa actitud, un día de estos —fue entonces el policía el que bajó la voz—, cuando llegues a casa pedo perdido con la golfa esa, vas a tener un disgusto muy gordo, quizá el último —le advirtió Gómez mientras le quitaba el vaso y lo apuraba de un trago.

Esparza recordaba con nitidez el momento en el que toda su vida se fue al garete. Un chico ejemplar, doctorado con las mejores calificaciones y con un montón de másteres en las escuelas más prestigiosas, abogado con una brillante carrera, el presidente más joven de la organización juvenil de su partido; un caballo ganador. Todo perdido. Una carrera, cincelada con precisión y mimo durante

las últimas tres décadas por su ilustre familia, tirada a la basura de aquella manera. Ni las amenazas de los suyos ni las advertencias de sus compañeros de partido lograron evitar la catástrofe. Se adentró en el torbellino de Verónica y no hizo el menor esfuerzo por intentar salir a flote.

Perder las elecciones era algo que entraba dentro de lo previsible; todos sabían de la fortaleza de su oponente político. Pero solo había que esperar otros cuatro años para lograrlo. Los resultados habían sido muy buenos y, además, había conseguido la promesa de un puesto de senador y un cargo de confianza en la organización del partido. Pero, entonces, Verónica se cruzó en su vida y su carrera política se esfumó. Sus rivales, que los había y muchos —a nadie le gustan los lumbreras y menos cuando ocupan el puesto que piensas que debía ser para ti—, se frotaron las manos y aprovecharon para derribar el árbol con prestancia, hacerlo cachitos y tirar los restos a la hoguera. Quizá sus teorías conspiranoicas no estaban exentas de cierta verdad, pero había sido ese amor salvaje por una adolescente el que le había hundido en la miseria.

Y ese fue el momento aprovechado por Gómez, un par de años atrás, para tirarse a su yugular. En plena exploración de nuevos mercados para surtir a sus retorcidos clientes, vio un buen proveedor de material en Esparza. A través de Verónica, el expolítico había tenido acceso a lo más granado de los bajos fondos de los alrededores de la capital. Y pese a que durante un tiempo había conseguido vivir a todo tren con la parte que le correspondía de la herencia de su abuela, los movimientos legales de la familia le habían asfixiado monetariamente hasta tal punto que le habían convertido en una presa fácil para el policía corrupto.

—Bueno, Jorge —empezó a decir Gómez de regreso a la mesa con dos pelotazos de licor—, aquí se trata de estar preparados para lo que pueda pasar y de no ponernos nerviosos.

La primera fase del plan ya estaba completada: Esparza estaba muerto de miedo, sabedor de que su compañero de mesa no se andaba con tonterías. Ahora debía tranquilizarle y ofrecerle un dulce para asegurarse su silencio.

—Del rumano, olvídate. Eso tiene una solución sencilla. Las ha liado muy gordas y tiene mucha gente detrás de él, incluso a su propio hermano. A nadie le va a extrañar si un día tiene un resbalón en las duchas de la prisión y se abre la cabeza. Ese asunto déjamelo a mí.

»El que me preocupa es el Chucky ese de los cojones. Te dije que no lo quería dentro del asunto. Llevo toda la semana detrás de él y no consigo dar con su pista. Tienes que encontrarle y asegurarte de que no habla con nadie. Me da igual cómo lo hagas, pero eso es trabajo tuyo. Mañana llamas a Tony y os recorréis todo Madrid si hace falta, pero me lo traéis. No podemos correr ningún riesgo. Tú sabes por dónde suele moverse y Tony sabe cómo tratar con ese tipo de gente.

—…

Gómez levantó la mano para hacerle callar en el momento en que Esparza intentaba emitir una leve protesta.

—Pero, como bien te imaginas, encontrar a ese camello cabrón no es el único trabajo que te voy a encargar —le dijo el inspector acercándose a su oído mientras le cogía del cuello con la mano derecha—. También quiero a Verónica, pero a esa la quiero muerta.

En un primer momento, las lágrimas acudieron con fuerza a sus ojos. Se vio tentado de gritar un «no» para acallar las amenazas, pero enseguida se dio cuenta de que no había una tercera vía: era o ella o él. El instinto de supervivencia le proporcionó las fuerzas suficientes para reponerse en un breve espacio de tiempo y coger impulso para lo que se le venía encima.

—¿Y eso no puedes hacerlo tú? Todos sabemos que se te da muy bien.

—No. Esos dos son asunto tuyo. Ella nunca debería haber entrado en tu vida y ahora tiene que salir cagando leches para que no te arrastre en la caída.

—Me hablas como si yo te importase, cuando lo único que quieres es salvar tu culo y el de tus amigos. Esos cabrones se merecerían que todo esto se supiera. Verónica me contó lo que pasó esa noche. Son auténticos animales.

—Si haces bien tu trabajo, vas a tener a mucha gente agradecida. Quién sabe, hasta puede que saques algo de todo esto.

—¿Algo? ¿Qué es lo que me van a dar por convertirme en un asesino?

Gómez apuró su tubo de anís de un trago y le hizo un gesto a Esparza para que saliesen juntos de aquel local. Una vez fuera, se detuvieron enfrente del coche del inspector.

—De momento, haz que ocurra. Ya. Aquí tienes algo de dinero —le dijo Gómez mientras se sacaba de la gabardina un sobre con varios miles de euros—, tómalo como un préstamo para poder solucionar tus problemas.

—Mis problemas, dice el cabrón.

Casi no llegó a terminar la frase cuando sintió un rodillazo en los testículos que le hizo doblarse en dos del dolor.

—Esta es tu última oportunidad. Quiero a esos dos drogatas mañana. Tienes veinticuatro horas. A él lo quiero vivo, acuérdate. Que Tony no se pase. Que ese animal, cuando se pone a ello, se le va la mano.

Gómez se metió en su vehículo y, justo en el momento en el que iba a arrancarlo, se detuvo y decidió volver sobre sus pasos. Recogió a Esparza del suelo y lo puso en pie.

—Te lo digo como amigo. Y puede que sea el único que tienes a estas alturas. Aprovecha esta oportunidad. Quizá puedas volver a ser una persona normal.

A Esparza todavía le costó un buen rato recuperarse del golpe recibido. Tuvieron que pasar más de diez minutos hasta que se vio con fuerzas suficientes para ir a su coche. Tras entrar, encendió la llave de contacto del destartalado Opel Corsa decidido a acabar con todo esto. Después de todo, podía ser que el policía tuviese razón y que aquella fuera su gran oportunidad para dar un vuelco a su vida, aunque fuese a costa de la de Verónica.

Partía con cierta ventaja para poder culminar su misión: sabía dónde estaban los dos fugados. Dirigió el vehículo hacia el sucio poblado de las afueras de Madrid donde estaban escondidos. Cuanto antes se hiciese todo, mejor. Tan pronto como llegase allí, llamaría a Tony. Una cosa tenía clara: no iba a esperar a mañana para cumplir su encargo; si volvía a ver a Verónica a la luz del día, más sereno, estaba seguro de que se echaría atrás.

Martes, 30 de octubre de 2012

Sandra no conseguía encontrar la manera de decirle a su madre que iba a participar en el siguiente programa especial, titulado ahora *Queremos que vuelvan*. Una parte de ella quería pensar que su madre se negaría para preservar su intimidad. Al fin y al cabo era una menor, y el papel de un tutor era evitar exponerle a situaciones emocionales tan intensas como aquella.

La hermana de Mario estaba harta de todo aquel circo. Y por eso mismo iba a entrar a formar parte de aquel juego de forma activa: quería conseguir un enfoque diferente de los acontecimientos, pues la mayor parte del tiempo tenía la sensación de que lo verdaderamente importante de toda esa historia, la desaparición de Bruno y Mario, solo le interesaba a ella.

Cuando se descubría llorando por la ausencia de Bruno, se sentía aún peor. ¿Cómo podía explicarle a alguien que estaba sufriendo más por su ausencia que por la de su propio hermano? ¿Acaso era un monstruo por llorar a la persona que amaba? A la familia no la elegimos, nos elige. La consanguineidad no es un aval para el amor. Y no es que tuviera una mala relación con Mario. Era peor que eso, era tan tibia, frágil y fingida que todavía le hacía sentirse peor consigo misma.

Hasta el divorcio, Mario siempre había sido su héroe. El príncipe que la protegía. Pero, a partir de la separación, todo había cambiado. Mario había convertido la casa en un infierno y ella se

había visto obligada a tomar partido por su madre, aunque tampoco se sintiese identificada con ella.

Además, estaba el tema de Bruno. Sandra no entendía por qué Mario ya no quería verse con él. Aunque era verdad que gracias a eso por fin había podido pasar tiempo con Bruno. Todas esas tardes en las que Mario se quedaba en Madrid y en las que su amigo venía una y otra vez a buscarles, a sabiendas de que él no estaba allí y que solo se encontraría con ella.

Esa angustia era la que le estaba destrozando. No era que no le preocupase lo que le pudiese haber pasado a su hermano, pero la realidad era que lo que la estaba volviendo loca, lo que la consumía, era pensar en la posibilidad de no volver a ver a Bruno nunca más.

Ella no era ninguna tonta. Bruno era mayor y sabía que andaba con otra gente muy diferente a ella y a sus amigas. No tenía novia, o por lo menos una novia fija, al menos no que se supiese. Pero seguro que en esas fiestas a las que él iba había un montón de chicas deseando estar con él. Había intentado fumar para demostrarle que era mayor, pero no le gustaba. Y por esa misma razón también se había hecho el piercing que solo él y su amiga Claudia habían visto. El suyo era un amor imposible, casi prohibido. Si Mario se enteraba, no quería pensar en lo que podía pasar. Y sería peor aún si era su madre la que lo descubría.

Si lo pensaba bien, tampoco podía decir que fuesen novios o que estuviesen saliendo juntos ni nada parecido. De hecho, salir no salían a ningún sitio, solo estaban allí, en su habitación. Y hasta poco antes de su desaparición, tampoco había habido nada más que un breve beso. Quién le iba a decir a Sandra que la noche más feliz de su vida iba a tener el despertar más amargo posible.

Sandra no tenía muy claro cómo iniciar la conversación con su madre ni qué decirle, pero estaba segura de que algo se le ocurriría. Lo más difícil había sido conseguir un poco de tiempo para hablar con ella.

—Mamá, ¿tienes un momento? —preguntó.

—Por supuesto, hija. Ya siento no haberte hecho mucho caso hoy, pero ya sabes cómo son estas mujeres, no quieren dejarme a solas ni un minuto. Me están llamando todo el tiempo al móvil. Pensaba que a lo mejor te ibas a casa de Claudia a pasar la tarde.

—No. Tenía que hablar contigo.

—¿Qué es lo que pasa, hija? —preguntó Carmen cogiéndole las manos a su hija con delicadeza y luego apretándoselas con dulzura.

—Quería hablar del programa de televisión…

—Ya lo sé, cariño, ya lo sé —la interrumpió su madre—. Sé que paso demasiado tiempo en la radio y en la televisión, y que en el programa ese a veces las cosas no son fáciles para ti, pero es necesario. No podemos permitir que dejen de hablar de ellos.

—Sí, lo entiendo, por eso quería decirte…

—Estamos en un momento clave —Carmen siguió hablando sin hacer caso de lo que quería decirle su hija—, eso es lo que me ha dicho la policía. Te lo iba a contar esta noche durante la cena. Están siguiendo una pista importante y puede que tengamos noticias en breve. Además, no puedo dejar que tu padre o los hermanos del padre de Bruno…

—¡Mamá! —gritó Sandra—. Déjame hablar de una puta vez.

—Pero, hija, yo…

—¡Déjame hablar! —volvió a gritar mientras las lágrimas le saltaban a borbotones—. Dé-ja-me-ha-blar.

—Ven aquí, cariño —le dijo Carmen levantándose para ir a abrazarla.

—No quiero tus abrazos, lo que quiero es que me escuches —replicó enfadada.

Sandra se secó las lágrimas y cogió aire antes de empezar con su argumentación.

—Ya sé que es importante que no dejen de hablar de ellos. Pero también lo es que deje de hablar de ellos gente que no tiene nada que ver con nosotros. No quiero que esto se convierta en un circo. Ni tampoco que te utilicen. —Por un momento le tembló la voz, pero consiguió recuperarse y continuar hablando—: No te lo mereces. Tú solo tienes la visión de tus amigas y de las vecinas cotillas que vienen a casa a decirte que lo estás haciendo muy bien, pero eso no es verdad, mamá. No es cosa solo de papá o de los tíos de Bruno. Hay mucha gente que piensa que la semana pasada hiciste el ridículo. Y que lo único a lo que te dedicas es a salir en las radios y en las televisiones para hablar de ti, por puro protagonismo.

—Pero ¿cómo puedes pensar eso de mí? ¡Mi propia hija! ¡Mi hija!

Ahora era Carmen la que subía la voz y estallaba en llanto.

—Yo no pienso eso, mamá, pero la gente, sí. Todas esas zorras que vienen aquí a darte ánimos y a consolarte luego te ponen verde en cuanto salen del portal.

Sandra había vuelto a levantar el tono, hasta convertir el diálogo en una escena de mucha tensión.

—¿De verdad me estás diciendo esto? Te pasas todo el día metida en tu habitación sin hablar con nadie y ahora sales para soltarme todas esas mentiras. Pues que sepas que esas zorras, como tú las llamas, son las únicas que se preocupan por mí. Hace tres días que

tu tía, tu querida tía, mi maravillosa hermana, no se digna a dar señales de vida. Y de tu padre mejor ni hablamos. No solo no quiere saber nada de mí, tampoco le importa lo más mínimo lo que le haya podido sucederle a su hijo.

—¡Basta ya! —gritó Sandra, lanzando el cenicero de cristal de la mesita del salón contra la pared y haciéndolo trizas.

Durante unos segundos, Carmen dudó si aquel artefacto volador que había estallado en mil pedazos no iba dirigido contra ella. A lo largo de un rato muy largo, el único ruido que se oyó en la casa fue el eco del estruendo causado por el golpe. Ambas decidieron entonces volver a sentarse y esperar a ver cuál de las dos decidía romper el hielo.

—Lo siento. No quería hacer eso —se disculpó Sandra.

—Quizá tengas razón y la culpa de todo sea mía —dijo su madre, recostándose contra el sofá.

—No. Yo no he dicho eso ni tampoco creo que la culpa sea tuya.

—Sí, todo es culpa mía. Y también lo que le ha pasado a tu hermano.

Carmen volvía a refugiarse en el tipo de discurso en el que se sentía tan cómoda. El mismo que había utilizado desde que se había separado. Compadecerse era algo que se le daba muy bien.

—Deja de decir bobadas. De lo único que tienes culpa es de no escuchar a nadie. Tu hermana está harta de ver que no le haces caso. Y sí que le importas, por si te quedaba alguna duda. Me llama todos los días y lo primero que hace es preguntarme por ti. El problema es que no quieres hablar con ella porque sabes que no es como tus amigas. Ella te dice lo que piensa, no lo que tú quieres escuchar.

—Tu tía siempre ha sido mejor que yo en todo. Quizá deberías irte a vivir con ella.

—Déjalo ya, mamá. Con quien quiero estar yo es contigo. ¿Por qué siempre lo has dudado? Pero también quiero ver a mi padre y a mi tía. Así que resuelve tus problemas con papá y no nos utilices como arma arrojadiza. Yo te quiero, pero es muy complicado estar con alguien como tú. Trazas una línea y quien no quiera cruzarla contigo se convierte en tu enemigo. Y no voy a permitirte que vuelvas a hacerlo nunca más. Mario también estaba harto de eso. Por eso estaba todo el día enfadado y buscando bronca contigo. Los dos te queremos y sabemos todo lo que has sufrido. Pero tienes que dejar de chantajearnos.

—No me esperaba eso de ti —acertó a balbucear Carmen mientras negaba con la cabeza de forma nerviosa.

Todavía permanecieron en silencio durante un buen rato hasta que Sandra se decidió a levantarse del sofá.

—Lo que quería decirte es que Lisandro me va a entrevistar en su próximo programa. Creo que es necesario otro testimonio.

Sandra se fue hacia su habitación para coger la chamarra y el móvil. Durante el rato que transcurrió hasta que se marchó de la casa tuvo la esperanza de que su madre le pidiese que no se fuese, pero Carmen siguió impasible en el salón. La joven salió de casa sin rumbo fijo. Solo quería olvidarse de todo por unas horas. Acabó sentada en un banco del parque de la urbanización que estaba al lado del centro comercial. Allí, sola, consiguió relajarse, pensando en Bruno, no en su ausencia, sino en los buenos momentos que había pasado con él.

Martes, 30 de octubre de 2012

A pesar de que, durante la época de la universidad, con quien más tiempo pasaba era con Gonzalo, en los últimos años su compañía le resultaba intimidante, por momentos incluso desagradable.

A Rodrigo le hubiese gustado que el plan para ese mediodía hubiera sido al revés: habría preferido tomarse el vermut rápido con el juez y comer —con su extensa sobremesa— con Rufino.

Llevaba ya más de diez minutos en la cafetería cuando vio entrar por la puerta al diputado. Rufino era un hombre muy ocupado, especialmente esas últimas semanas, en las que tenía que hacer todo el rato de fontanero del Titanic. Otros compañeros eran los que salían en las fotos luciendo tipo y a los que se mencionaba en las columnas de opinión. Pero era a él a quien le tocaba hacer el trabajo sucio; y de ese había mucho, muchísimo, ahora.

Rufino hizo un gesto al camarero para que le sirviese a él su acostumbrado tinto de Ribera y otro a su amigo para que fuesen a sentarse a la única mesa libre que quedaba en el local.

—¿Qué haces ahí? ¿Qué quieres? ¿Que hablemos en la barra? Si quieres pedimos un puto altavoz y se lo contamos a todos los del bar.

—Joder, Rufino. Solo estaba tomando algo mientras venías.

—Déjalo —dijo el político, secándose el sudor de la frente con un pañuelo—. Llevo un día de perros y no hay quien me aguante.

En ese momento llegó el camarero, que dejó el vino y la acostumbrada ración de olivas.

—Tranquilo, no pasa nada —dijo Rodrigo después de que se marchase el hombre.

—Solo puedo quedarme quince minutos. Tengo otra bomba de relojería en el trabajo a punto de estallarme en las pelotas.

—Ayer contactamos con Esparza —dijo el banquero apurando el gin-tonic que estaba bebiendo.

—¿Y? ¿Qué dice el señor marqués de los cojones?

—Costó un poco, pero está todo arreglado. Eso sí: tú vas a tener que dar el do de pecho.

—Como siempre, Rufino es el tonto que pone su bigote para que todos salvemos el culo. ¡Y una mierda! Aquí tenemos que contribuir todos. Los tres somos igual de culpables.

—Y lo haremos. Pero ya sabes lo que va a querer y eso solo se lo puedes dar tú. De todo lo demás nos ocuparemos Gonzalo y yo. Aquí todos ponemos el bigote, como tú dices. Aunque los dos sepamos a quién se le va siempre la mano en esas fiestas.

—Esto es una mierda. —Le hizo un gesto al camarero para que le trajese otro vino—. Una puta mierda. Y como bien dices: todos somos conscientes de quién es el que nos lleva a estas situaciones. Estoy muy harto, Rodrigo.

—Tranquilo, Rufino, está todo controlado. No hay de qué preocuparse. Gómez… —empezó a decir el banquero bajando la voz de forma notable—, quiero decir, nuestro hombre lo tiene todo controlado. Lo del rumano va por buen camino. En un par de días estará solucionado. Y lo de los otros dos, también. Ya tenemos nuestro chivo expiatorio. Esparza va a dar la cara. No le queda otra. Le ha entrado el miedo. Sabe que solo nosotros le podemos ayudar. Ha tocado fondo.

—Eso es lo que me preocupa: que está de mierda hasta arriba.

—A Esparza déjamelo a mí. Tú solo tienes que preocuparte de allanarle el camino dentro de tu partido.

—¿Ha pedido ya algo?

—No. Todavía no hemos hablado de eso. Pero algo pedirá. Es lógico. Solo he hablado un momento con Gómez esta mañana y, por lo visto, ayer se portó como un hombre.

Justo en ese momento apareció en la pantalla del televisor la cara de Lisandro. Aunque el aparato no tenía sonido, Rufino era muy consciente de lo que estaba hablando.

—Ya está ahí ese cabrón —dijo el político señalándole con un dedo acusador.

—Eso también está arreglado —aseguró Rodrigo volviéndose para ver las imágenes de la pantalla.

—Eso espero. Porque el revuelo que ha montado está siendo cojonudo.

—Gómez lo tiene todo bien pensado. Le ha colado un troyano al argentino para que se cargue la credibilidad del programa, si es que en algún momento la ha tenido. Y, de paso, desacreditar todas esas teorías conspiranoicas que empiezan a surgir en ciertos medios de comunicación.

—¿Y eso cómo lo va a lograr?

—Buscas a un loco para que diga la verdad y en vez de negar sus teorías, lo desacreditas a él. Solo a él. En media hora ya le habrán sacado los ojos en Twitter. No te preocupes por eso. Además, así matamos dos pájaros de un tiro: nos cubrimos las espaldas y le damos al argentino detrás de las orejas.

—Me parece bien.

—Van a ser dos meses jodidos, pero esto va a terminar bien. Además, todavía podemos ganar muchas cosas, e incluso dinero, mucho dinero.

—…

—Nuestro hombre dice que tiene un montón de ofertas para nuestra bonita película. Aunque me ha comentado que es mejor esperar hasta el próximo verano para la venta. Cuando haya pasado todo este temporal.

—Pues le haremos caso —dijo Rufino haciendo ademán de levantarse.

—Una última cosa: me ha dicho también que es mejor que dejemos la pesca para otra ocasión.

—Por mí, perfecto —afirmó el político dando por concluida la conversación.

—Pero Gonzalo…

—Con Gonzalito te entiendes tú ahora cuando vayas a comer con él. Que vaya a misa y vea porno en internet para aliviarse.

Rodrigo miró el reloj y comprobó que todavía podía tomarse otro gin-tonic antes de su cita con el juez. Aunque no tenía hambre, entendió que era el momento de comer algo para empapar todo el alcohol que se había infligido esa mañana. El ágape sería generoso en licores y debía estar sobrio para lidiar con su amigo.

El almuerzo con Gonzalo fue mucho más largo de lo que Rodrigo había pensado. También más entretenido y divertido. Su amigo se mostró elocuente y afable, como hacía tiempo que no estaba. Parecía inmune a la tormenta que se cernía sobre su cabeza.

Rodrigo tenía la teoría de que cuando algo cargaba con todas las previsiones para salir mal, acababa saliendo bien. Y eso era lo que había pasado con esa comida.

Durante casi cuatro horas hablaron, rieron y disfrutaron recordando los viejos tiempos. El juez quedó entusiasmado por la excelente comida y lo sorprendente de la propuesta, rendido ante el nuevo restaurante de moda de Madrid.

Y, contrariamente a lo que había pensado el banquero, su amigo aceptó aplazar *sine die* la pesca. Como bien había dicho Rufino, en los próximos meses, tal vez años, su vida privada debía tener una apariencia inmaculada. También aceptó de buena gana la propuesta que le hizo Rodrigo. Ambos pagarían los honorarios de Gómez, mientras que Rufino se ocuparía de rehabilitar la maltrecha carrera de Esparza.

Martes, 30 de octubre de 2012

Madrid le superaba. En cuanto consiguiese su objetivo, se iría de allí. Aunque las posibilidades de lograr salir con vida, si su misión tenía éxito, eran escasas.

Todo había sido más sencillo de lo que pensaba. Los primos de su amigo Omar le habían facilitado enormemente las cosas. Aunque, ahora que los conocía, le daban todavía más miedo que antes. Hassan encajaba a la perfección en el perfil de excluido social que acababa dentro de uno de sus grupos, pero él se resistía a dejarse embelesar por aquellas historias de paraísos para muyahidines. Él no quería encontrar la redención en Irak, Afganistán o Siria. Hassan solo quería venganza, una revancha muy terrenal contra quienes le habían destrozado la vida.

Desde que había entrado en contacto con ellos, todo había sido sencillo. Le dieron alojamiento, comida, tecnología y, lo más importante, un arma de fuego. A cambio de su hospitalidad debía ayudar en la captación de nuevos fieles para la causa. El tiempo que le quedaba libre lo empleaba en buscar a su verdugo. Sabía que el diablo estaba allí, pero Madrid era una ciudad muy grande y él, demasiado insignificante. Todo lo que tenía para encontrarlo era un papel que se había traído de Lleida con su nombre y dos apellidos: Gonzalo Mendoza Lara.

Para dar con su paradero contaba con la inestimable ayuda del chico que trabajaba en el locutorio donde había ido a hacer sus averiguaciones. Emmanuel no solo le había enseñado a navegar en

internet; también había puesto su pericia al servicio de la investigación.

Una vez que consiguió averiguar el domicilio del juez, comenzó la caza, y empezó a seguirle del juzgado a casa, de casa al juzgado, de casa a la iglesia. Todos esos trayectos los hacía a pie. El problema venía cuando cogía el coche. Pero, desde ayer, Hassan había conseguido hacerse con una motocicleta gracias a sus anfitriones; una nueva deuda que saldar. Aunque ahora todo sería más fácil.

El cuchillo que le clavaría en el corazón lo tenía desde hacía tiempo guardado debajo de su cama.

Miércoles, 31 de octubre de 2012

Las cosas empezaban a cambiar para Javier. Después de la accidentada cena del japonés, consiguió enderezar la situación de modo notable. Había podido recuperar los papeles olvidados en la mesa del restaurante. Con la ayuda de Lisandro y Esther había adquirido la confianza necesaria para estar preparado por la noche. Y lo más importante: la llamada telefónica con Lucía había tenido continuidad. En los últimos días, habían hablado dos veces más. No habían sido grandes conversaciones, pero habían conseguido recuperar el diálogo. Suficiente por el momento. No había promesas ni planes de futuro, pero ambos habían dejado la puerta abierta a seguir hablando. Había preferido no comentarle nada de su participación en el especial. Sí que le había dicho que tenía un nuevo trabajo —aunque en realidad eran dos desde hacía unas horas: el director de su antiguo periódico (con el que solo había cruzado unas pocas palabras en casi cuatro años en la redacción) le había llamado para ofrecerle regresar en unas condiciones muy ventajosas para él — y que se sorprendería mucho cuando se enterase. La animó a ver el programa de ese miércoles con la premisa de que su nueva ocupación tenía que ver con la productora.

Así las cosas, Javier se presentó en los estudios con tiempo suficiente para repasar sus notas por décima vez. También para acudir al baño cinco veces antes de entrar en el aire. Poco antes de empezar, descubrió de soslayo a la que Lisandro había definido como «la estrella del programa de hoy»: Sandra, la hermana de Mario. De

repente le vino a la memoria la entrevista que él le había hecho a su madre hacía unos meses en Ciudad Real, cuando nadie hablaba de la historia de los dos chicos desaparecidos. Toda la hora que Javier pasó en su salón haciéndole preguntas a Carmen, la joven estuvo mirándole con esa misma expresión que mostraba ahora: de desaprobación.

El programa comenzó con la impuntualidad acostumbrada. Eso no impidió que millones de espectadores estuviesen ya frente a su televisor ansiosos por devorar otro trozo de carne cruda. Con el dedo preparado para disparar en sus smartphones y tabletas. Conectados desde hacía rato a su red social favorita.

—Voy a empezar este programa diciendo, de verdad, con la mano en el corazón, lo que me gustaría haber podido hacer hoy: nada. Estar donde están ustedes, enredando con el mando a distancia para decidir con qué película o con qué serie perder las pocas horas que le quedan a esta noche de miércoles. Desgraciadamente, no ha podido ser así. Mario y Bruno no han regresado aún a sus casas. Y esa era la premisa indispensable para que hoy yo no estuviese aquí hablándoles ahora. Porque mientras ellos no estén de vuelta con sus seres queridos, nosotros seguiremos aquí luchando por averiguar su paradero.

Lisandro hizo un alto en su discurso para recibir el merecido reconocimiento del público.

—Sé que este camino que hemos emprendido no es nada fácil —prosiguió—. Pero los que me conocen ya saben que yo no soy de los que se rinden. Durante toda esta tarde se han escrito y se han dicho muchas cosas sobre la presencia de nuestra invitada de esta noche en el programa. Se ha iniciado, incluso, una recogida de firmas para

impedirlo. Lo que yo pretendo ahora es que quede bien claro que si ella está aquí esta noche es porque entendemos que su discurso puede hacernos comprender mejor este caso. Y, sobre todo, porque tenemos la esperanza ciega de que su testimonio servirá para que estos dos chicos puedan estar muy pronto junto a sus familias. —Una nueva salva de aplausos volvió a interrumpirle—. Y para los que dudan de mi profesionalidad, de la de todo este equipo, aquí tengo el documento por el que tanto su padre como su madre autorizan su presencia esta noche con nosotros.

Otra andanada de vítores jaleó al presentador, que, orgulloso, mostraba el papel del consentimiento de los tutores a la cámara.

Después de los aplausos, Lisandro se dirigió parsimonioso a la silla vacía situada enfrente de Sandra.

—Buenas noches, Sandra.

—Buenas noches —respondió la joven con voz decidida.

Aunque por dentro era un manojo de nervios, su tono seguro y confiado denotaba una tranquilidad que no tenía. Sandra había evitado ponerse «arreglada», como le había insistido su madre. Tampoco había dejado que la embadurnasen con más maquillaje del estrictamente necesario. Sandra podía pasar por cualquiera de las adolescentes españolas que llenan las clases de los institutos todos los días desde primera hora de la mañana.

—En primer lugar, me gustaría que fueras tú misma, Sandra, quien dejase bien clara tu decisión de venir a este programa de forma voluntaria. Que confirmases que no ha habido presiones y que siempre ha sido elección tuya estar sentada ahora en esa silla.

—Cuando decidí… —El nudo que sentía ahora en la garganta le impedía hablar de forma natural. Tomó un poco de aire y consiguió

seguir adelante con aplomo y firmeza—. Perdón. Cuando decidí venir a este programa, lo hice de forma totalmente voluntaria. Entiendo que haya gente que tenga sus dudas y que haya criticado que yo haya acudido a hablar contigo. Pero quiero hacerles ver a esas personas que nadie me ha obligado a nada que yo no haya querido hacer. Si estoy aquí es porque creo que puedo ser de ayuda. Ni a mi madre ni a mi padre ni a mí, ni tampoco a la familia de Bruno, nos gusta el papel que estamos teniendo que interpretar. Pero creemos que debemos seguir luchando para que la policía y toda la gente que nos está ayudando a buscarlos sigan haciéndolo.

—Eso es lo que nosotros pensamos también y por este motivo hemos querido que vengas a visitarnos. Empecemos por el principio. Sé que hemos hablado mucho de ello y que tú también habrás recordado ese fatídico momento en múltiples ocasiones, pero ¿cómo viviste tú ese 15 de agosto, el día de la desaparición de tu hermano y su amigo?

—Al principio no le di más importancia. Pensé que, al ser su cumpleaños, la fiesta habría sido grande. El verano pasado, Mario no estaba saliendo demasiado, pero el último fin de semana no había parado por casa. Además, el día anterior estaba muy contento y parecía que se volvía a llevar bien con Bruno.

—Perdona que te interrumpa, Sandra. Has dicho que se volvían a llevar bien. ¿Acaso había algún problema entre ellos?

—No, no es que hubiese ningún problema, pero desde que empezó el verano se habían distanciado. Mario estaba estudiando para la recuperación y poder pasar de curso. Bruno había dejado el instituto. Me daba la impresión de que salían menos que antes —dijo Sandra frunciendo el ceño.

Empezaba a no gustarle mucho la situación. Se estaba dando cuenta de la estrategia de Lisandro y eso la estaba irritando.

—Por lo que vemos, tú eras una de las personas que mejor los conocía. Luego hablaremos de nuevo sobre esas desavenencias. Pero ahora volvamos al día de su desaparición. ¿Cuándo eres consciente de que les puede haber pasado algo malo?

—Entonces yo no sabía que algo malo les hubiese podido pasar, como tampoco lo sé ahora —dijo Sandra con el rostro cada vez más serio.

La adolescente se había puesto en guardia.

—Lo que quería preguntarte —se explicó Lisandro con su mejor sonrisa— era cuándo te das cuenta de que hay un problema real y de que puedes tardar en volver a verlos de nuevo —dijo el presentador con tono conciliador.

—A la hora de comer. Desde la separación de mis padres la vida en casa había sido… complicada para todos. Pero quien peor lo estaba llevando era Mario.

—¿Pensaste que quizá se había escapado de casa a causa de esos problemas? —la interrumpió Lisandro.

—No. Si hubiese sucedido unos meses atrás, sí que lo habría pensado. Pero desde el principio del verano su actitud había cambiado. Estaba más hablador, se llevaba mejor con mi madre y, sobre todo, la última semana estaba muy ilusionado porque íbamos a estar todos juntos en su cumpleaños. Desde el divorcio no nos habíamos juntado los cuatro por ningún motivo, y menos aún para celebrar algo.

—Como muy bien has dicho, Sandra —empezó Lisandro, recuperando la química con la chica al rebajar su discurso y evitar

los caminos pedregosos—, nada malo ha pasado todavía, que sepamos, pero lo que sí hay es una gran preocupación por conocer qué ha sido de ellos. ¿Tú qué crees que puede haber sucedido?

—Tengo la impresión de que ellos no se han marchado por su propia voluntad. —La joven tuvo que hacer un pequeño receso para evitar que las lágrimas que se agolpaban en sus ojos saliesen afuera de forma estruendosa—. Hay alguien que los tiene retenidos, no sé por qué ni para qué.

—Tranquila, Sandra. Tómate el tiempo que necesites. —Lisandro le cogió la mano en un tierno gesto de consuelo—. ¿Ya estás más tranquila?

—Sí —dijo resuelta la joven, retirando su mano de la del presentador y limpiándose las mejillas—. Ya estoy mejor. Lo siento. No estoy acostumbrada a este tipo de cosas.

—Lo estás haciendo muy bien, Sandra. —Claro que lo estaba haciendo muy bien, pensó el presentador. Los datos de audiencia prometían ser espectaculares gracias a su aparición—. Si ahora te estuvieran viendo las personas que están impidiendo a vuestros seres queridos regresar con vosotros, ¿qué les dirías? —preguntó Lisandro, preparado para el minuto de oro de la televisión de los últimos años.

—Que no les hagan daño. —El primer plano de la muchacha estaba resultando espectacular; hasta el director de la cadena se había acercado a la cabina de realización para disfrutar con el espectáculo—. Que los dejen libres. Nos da igual por qué los han retenido; sea lo que sea lo que haya pasado, pueden arreglarlo si los dejan volver a sus casas.

—¿Y a tu hermano? ¿Qué le dirías a Mario si él te estuviera viendo?

—Que le estamos esperando…, que le queremos mucho y que tengo muchas ganas de abrazarle —dijo Sandra entre sollozos.

—Ya terminamos. Has sido muy valiente viniendo a visitarnos esta noche. Estoy convencido de que tu testimonio va a servir para que los chicos regresen pronto a vuestros hogares. Una última pregunta —la cobra aprovechó para soltar su veneno cuando más indefensa se encontraba la presa—, ¿y qué le dirías a tu amigo Bruno? El amigo de tu hermano con el que tú también tenías una estrecha relación de amistad.

Así terminó la entrevista. Sandra no acertó a articular palabra, sorprendida por la pregunta y dolida al sentirse traicionada por Lisandro. Un movimiento de cabeza mientras lloraba desconsolada fue toda su respuesta. Sabía que, al no decir nada, se estaba condenando a convertirse en el objeto de múltiples especulaciones, pero una presión en el pecho le impedía contestar.

El siguiente bloque de publicidad fue uno de los mejor pagados desde la crisis de anunciantes que había bajado los precios en los últimos tiempos. Las campañas en change.org (tanto la montada para pedir la supresión del programa como la iniciada el martes para solicitar que Sandra no participase en el especial) habían fracasado estrepitosamente. Las compañías que se anunciaban, al contrario de lo que había pasado en otras acciones de este tipo, no se planteaban huir del programa más visto de la televisión ese 2012.

A la vuelta de los anuncios, llegó el turno para el debut de Javier y el coloquio con sus compañeros: Concha Arnedo, Moncho Rivera y Esther Campillo. Lisandro se encargó de la introducción del nuevo

colaborador, al que presentó como uno de los mejores periodistas de investigación del país y uno de los hombres que había seguido el caso desde el primer minuto. Lo primero era muy cuestionable; lo segundo era irrefutable. Después de la intervención del moderador, llegó el turno de un resuelto Javier. Durante un cuarto de hora, el periodista hizo un glosario del caso y dejó para el último tramo de su discurso la teoría del posible secuestro como la razón que explicaba la desaparición de Bruno y Mario. La polémica estalló cuando empezó a esbozar la idea de una red dedicada a raptar adolescentes. Aunque fue cauteloso en su argumentación y procuró no adentrarse demasiado en terrenos pantanosos, su teoría conspiratoria explotó como una bomba que convirtió el debate en un cruce de recriminaciones entre Javier, Concha y Moncho. Sobre todo con este último, que le acusaba de sensacionalismo y de no respaldar sus afirmaciones con pruebas.

Acorralado por sus compañeros, decidió terminar su intervención de forma misteriosa, emplazando a la audiencia al próximo programa, en el que revelaría todos los datos relativos a la supuesta red que podía estar detrás de la desaparición de los dos muchachos. Javier seguía jugando de farol. Lo que no sabía era que las cartas estaban marcadas desde el principio de la partida.

Miércoles, 31 de octubre de 2012

Lucía, sentada frente al televisor, se disponía a tragarse la tercera entrega del especial sobre la desaparición de Mario y Bruno. La insistencia de Javier para que viese el programa la liberaba del sentimiento de culpa que la embargaba cuando se descubría consumiendo ese tipo de televisión. Sabía que iba a verlo de todas maneras, pero de esa forma no tenía que justificarse. Además, tenía que confesar que se sentía realmente intrigada por descubrir de qué manera participaba su ex —todavía le costaba mucho verlo así, pensar en Javier como pasado— en el circo mediático de Lisandro.

Se le hizo muy extraño que, después de una hora de programa, apareciese en pantalla el rostro de Javier, la persona con la que había compartido los últimos años de su vida. Le emocionó verlo en la televisión, pero, como al resto de la audiencia, no le quedó muy clara la historia que contó de la red de pederastas.

En cuanto empezaron los ataques a Javier, Lucía desenfundó su iPhone para comenzar a criticar a los colaboradores del programa en Twitter. Sin embargo, la tragedia que estaba a punto de producirse en otro punto de la capital hizo que, pese a la gran repercusión que había tenido el especial, enseguida se viese desplazado por las espeluznantes noticias que empezaban a conocerse. La triste noche de Halloween de ese año en Madrid hizo que las revelaciones de Javier se diluyeran en la inmensidad de internet en unas pocas horas. El Madrid Arena estaba lleno de jóvenes que querían bailar al ritmo de Steve Aoki; lo que no sabían era que el aforo de la fiesta se

superaba en miles de personas y que no había medida de seguridad alguna para evacuar el recinto y trasladar a los heridos que se iban a producir durante la avalancha. Tres chicas murieron esa noche y otras dos lo hicieron en las semanas siguientes. La gente dejó de buscar en Twitter a Javier Redondo y comenzó a teclear el nombre de Miguel Ángel Flores, el empresario que había organizado aquella macabra fiesta.

Lucía apagó el televisor y decidió retirarse a descansar de la dura jornada. Hay días en que no pasa nada y otros en los que ocurre todo. El de hoy había sido uno de los últimos. Si la noche había estado llena de revelaciones para Lucía, la tarde no lo había sido menos. Contra pronóstico, la reunión con su hermano y su cuñada había sido más fructífera de lo esperado. Sobre la mesa había muchos temas que tratar y muy pocos en los que estuviesen de acuerdo. Ambos habían llevado a sus respectivos abogados.

Cuando su hermano la avisó de que le acompañaría el suyo, ella decidió que no podía acudir en desventaja. De repente recordó que Estefanía, una de sus mejores amigas del instituto —por no decir la única—, había estudiado Derecho. Aunque no habían conservado el contacto de una forma continuada, Lucía sabía que trabajaba en un despacho de abogados en Burgos.

Así, ese lunes habían quedado para comer. Estefanía era una de esas personas que hacían fáciles los reencuentros. Aunque hubiera pasado mucho tiempo desde el último café y el paso de los años hubiese socavado la confianza de antaño.

Después de evaluar los papeles de la herencia y repasar el estado de las cuentas de la empresa familiar, Estefanía le aconsejó llegar un acuerdo. Un trato que la alejase lo máximo posible de la ruinosa Muebles Gutiérrez y le permitiese sacar el máximo beneficio de las posesiones que quedaban por repartir.

A Lucía aquello le pareció bien. Al fin y al cabo, ella seguía manteniendo su plaza de funcionaria, y tenía la posibilidad de pedir un traslado para poder emprender una nueva vida en Burgos, y hacerlo en una posición económica muy ventajosa. A la espera de que se produjera todo eso, solicitaría una excedencia de un año. Un plazo de tiempo estupendo para realizar todas aquellas cosas que anhelaba y siempre había dejado en el camino: sacarse el cinturón negro de taekwondo, recorrer Asia, hacer un curso de fotografía, aprender a tocar la guitarra eléctrica…

El futuro se presentaba ilusionante. Pocos días después de haberse asomado al abismo, las cosas empezaban a cobrar sentido. Además, las últimas conversaciones con Javier la habían ayudado a quitar dramatismo a la ruptura.

Una vez en el despacho del abogado de su hermano, descubrió con alegría que ambos tenían las mismas ideas sobre la liquidación de las propiedades que compartían. En cuanto atisbó el rostro agriado de su cuñada —más aún que de costumbre—, comprendió quién había perdido en la negociación. En tan solo un par de horas decidieron terminar con la participación de Lucía en la sociedad.

Por su parte, Carlos tenía claro que en enero vendería dos de las tiendas, la de Gamonal y la de la calle Madrid, y se quedaría tan solo con la de la avenida Cantabria, la única que seguía dando beneficios. No podía permitirse un tercer año de pérdidas sin hacer nada por

evitarlo. El dontancredismo debía finalizar. Con el ahorro en personal y la posible venta o alquiler de ambos locales, conseguiría tomar el oxígeno suficiente para una larga temporada. Además, la suerte se le había presentado en forma de unos empresarios chinos —aunque esto último no se lo había comentado ni a su hermana ni a su mujer — que estaban interesados en comprar las naves de la fábrica original, que llevaba varios años cerrada, para montar un bazar de considerables dimensiones.

El 50 por ciento del piso de Castro Urdiales fue el precio a pagar por Carlos para poder llevar a cabo su plan de reconversión y conseguir liquidar las deudas personales y de la empresa que le estaban quitando el sueño durante los últimos meses. Por supuesto, su mujer no pensaba lo mismo. Ella se hubiese dejado cortar un brazo para no tener que pasar por la humillación de contarles a sus amigas y conocidas que ya no tenían casa en la playa, aparte de ver cómo cerraban dos de las tiendas de la empresa. ¿De qué servía no deber dinero si se habían quedado sin chalet en Santander y el negocio familiar quedaba reducido a una tienda y una fábrica en ruinas?

Se despidieron con un par de besos, emplazándose a la comida familiar del próximo domingo. Lucía los había invitado a casa para que conociesen su nuevo hogar.

Por la tarde, mientras preparaba las cosas para ir al gimnasio, intentó hablar de nuevo con Javier, esta vez sin éxito. Por la mañana solo habían podido cruzar unas pocas frases antes de que su expareja entrase en antena en uno de los programas más populares de la radio matinal.

Se sintió contenta por Javier. Había trabajado duro muchos años y, aunque ese no fuera el tipo de programa con el que ella le identificaba, se merecía esa nueva popularidad. Estaba convencida de que sabría aprovechar la oportunidad. Realmente se lo merecía, se dijo para sí Lucía.

Era su segunda semana en el gimnasio y ya se empezaba a encontrar mejor. Por cómo le quedaba la ropa, le daba la sensación de haber perdido algo del peso que le sobraba. Ese jueves aguantó mejor el trabajo físico y además comprobó que su elasticidad iba en aumento. Aunque el maestro le había insistido en que llevara su cinturón marrón, a Lucía le avergonzaba tenerlo puesto cuando todavía no era capaz de ejecutar más allá del segundo *pumse* y sus *dollyo-chagi* no asustaban ni a un alumno de diez años.

Nada más terminar la ducha, comprobó que sonaba su teléfono móvil. Se puso a toda prisa unas bragas y una camiseta y salió corriendo al cuarto donde guardaban las equipaciones para poder hablar con más intimidad.

—¿Sí? ¿Javier? —preguntó nerviosa.

—Hola, Lucía. No sé si te pillo bien ahora.

—No, digo, sí. Perdona. Ahora me viene bien.

—Lo siento. Es que llevo un día de locos y luego no sé si te podré llamar, porque tengo una cena con el equipo del programa. ¿En serio que te viene bien hablar ahora? —preguntó Javier, desconcertado por los jadeos de Lucía.

—Sí, estupendamente. Es que justo ahora acabo de salir de ducharme. Estoy en el gimnasio.

—Eso está bien. Yo también tendría que ir al gimnasio. Siempre me lo decías. Con tanta comida y tanta cena en restaurantes finolis, mi figura está aumentando a pasos agigantados. Me das envidia que tengas tanta fuerza de voluntad.

—Está siendo muy duro, pero gratificante.

—¿Estás haciendo taekwondo?

—Sí, llevo ya dos semanas entrenando.

—Eso es estupendo. Sé que yo no te apoyé demasiado para que volvieses a practicarlo. No fui un gran estímulo para el deporte… ni para muchas otras cosas, la verdad.

—No fue culpa tuya. Era yo quien tenía que haber tomado la decisión de no dejar de hacer las cosas que me gustaban. Cuando llevas a cabo un cambio tan fuerte como este, te das cuenta de todo el tiempo que has desperdiciado.

—Tienes toda la razón.

—Pero, bueno, no hablemos de mí. Tú eres el gran protagonista. ¿Qué tal te ha ido?

—Bien. He dado un montón de entrevistas. Tampoco he podido decir gran cosa. El equipo no quiere que suelte prenda de lo que voy a contar el próximo programa.

—¿Tan importante es?

—Todavía me falta parte de la información. La que me tiene que suministrar mi fuente. Pero aunque no tuviese una relación directa con la desaparición de Bruno y Mario, igualmente sería todo un bombazo.

—En el periódico se estarán tirando de los pelos.

—De hecho, me llamaron ayer. No había tenido tiempo para contártelo hasta ahora: me han ofrecido reincorporarme con más

sueldo que el que tenía y total libertad para publicar lo que quiera.

—Estás en racha.

—Ya te digo.

Ambos rieron a la vez.

—Me alegro mucho. Te lo mereces, Javier.

—Siento todo lo que ha pasado este último año…

—No ha sido solo el último año —le interrumpió Lucía—. Esto viene de más atrás. La vida es así: las parejas fracasan.

—Sí. Pero yo tuve mucho que ver en ello.

—Y yo. Cuando una pareja termina, ambos son culpables en mayor o menor medida —dijo Lucía, intentando contener las lágrimas como podía.

—Cuando todo esto se tranquilice, tenemos que hablar.

—Me parece bien. Pero, antes de eso, creo que es justo que te pida perdón por haberme marchado de aquella manera. Creo que fue lo mejor para todos, pero tenía que haber hecho las cosas de otra forma.

—No fue culpa tuya. Y yo tampoco te di elección.

—Bueno, cuando tengas un hueco en tu apretada agenda, me dices y concertamos una cita —bromeó Lucía, cambiando el tono de la conversación, aunque las lágrimas empezaran a correr por sus mejillas—. Para que me invites a uno de esos restaurantes finolis…

—Eso está hecho. Tendrás que venir a Madrid dentro de poco, ¿no?

—No. He pedido una excedencia. Acabo de terminar todo el papeleo con mi hermano, pero me voy a quedar una temporada aquí en Burgos.

—Pues entonces puedo acercarme yo allí —dijo Javier, triste al comprobar lo definitivo de su ausencia— o, mejor todavía, quedamos a medio camino —concluyó intentando fingir la misma jovialidad de su ex.

—Me parece una gran idea. No te entretengo más. Llámame o envíame un mail, eso sí que lo puedes hacer, ¿no?

—Te puedo pasar hasta un wasap. Acabo de recoger mi nuevo teléfono en la tienda. Luego haré alguna prueba, pero creo que mañana tendrás que darme un curso avanzado de cómo se usa.

—Eso está hecho. Que te vaya bien, Javier.

—También a ti. Hasta mañana, Lucía.

Lucía iba a entrar para ver de nuevo el programa en la página web de la cadena de Lisandro, pero ahora era casi imposible encontrar el vídeo. Todas las noticias hablaban del mismo tema. Lo que más le impactó a Lucía no fue que hubieran muerto tres jóvenes en la macrofiesta del Madrid Arena, sino que el resto de las dieciséis mil personas que había allí siguieran bailando hasta las seis y media de la mañana, como si nada hubiera pasado, como si nada hubiera ocurrido. Los responsables de la seguridad decidieron que era mejor prolongar la fiesta para evitar más problemas. Nada más ridículo, nada más atroz, nuestra acostumbrada escenografía de cada día: danzar y danzar mientras los muertos caen, girar y girar hasta que somos nosotros los que nos desvanecemos. Lucía quiso entender un poco más en ese momento a Javier; quizá no era solo una obsesión, puede que a él sí que le importasen de verdad esos dos muchachos.

Jueves, 1 de noviembre de 2012

Nicolae se había pasado toda la noche en vela. Estaba muy jodido. Pero tenía claro que si no colaboraba, lo estaría aún más.

Después de darle muchas vueltas, y tras una noche sin dormir, solo podía haber una conclusión: debía aceptar el trato e intentar que este fuera el mejor para sus intereses.

Durante la vigilia volvieron a asaltarle sus recuerdos de infancia. Una vez, un español le había preguntado si a los rumanos les compensaba venir aquí a pasar miserias, y él le había contestado que aquí no se pasaban miserias, que el rumano más pobre de España vivía como uno rico en Rumanía. Además, en su caso, todo lo que tuviera que ver con su antiguo país le producía una especial repulsión. Al desarraigo y la falta de nostalgia por una nación en ruinas se unían sus dramáticas infancia y adolescencia. Los dos horribles meses vividos en el orfanato. Las palizas de los policías, que lo habían detenido hasta en cuatro ocasiones. El reformatorio en el que había pasado un año y todo el clima de violencia en el que se crio hasta que cumplió los veinte y se vino a España hacía más de una década. Aquí, ser un delincuente era algo de lo más divertido y satisfactorio; allí, era una continua guerra contra todos: la policía, las bandas rivales y sus propios compañeros de fechorías. En cualquier esquina te esperaba una buena tanda de puñetazos, un golpe en la cabeza con una porra o un navajazo en la espalda.

Por primera vez desde que había ingresado en prisión, se puso a realizar sus ejercicios. Todavía quedaba hora y media para el

desayuno y, para él, esa era la mejor manera de dejar pasar el tiempo hasta entonces, además de la mejor medicina para ahuyentar sus demonios y tener la mente ágil para lo que iba a venir.

Justo después de terminar la última tanda de flexiones, se abrió la puerta de su celda. Era uno de los funcionarios, que venía a comunicarle que en media hora pasarían a buscarle.

Nicolae subió a la furgoneta, en la que le esperaba su abogado.

—Hola, chaval —le saludó el hombre.

Pese a que estaban a las puertas del invierno, el sudor, aunque no de forma tan copiosa, estaba tan presente en su rostro como en las otras ocasiones.

—Hola —respondió de forma escueta Nicolae mientras subía al vehículo.

—Al juez le ha salido otra cosa y quiere verte antes de lo previsto. Esta gente no descansa. La jodida crisis va a acabar con nosotros. Tienes que hacer el doble que antes, pero cobrando la mitad.

Fueron apenas cuarenta y cinco minutos de trayecto en los que, después de las primeras palabras, no hubo más conversación hasta que llegaron a su destino. Nicolae no tenía muy claro dónde se encontraban ahora. En algún momento había estado tentado de comentar adónde iban exactamente, pero se guardó la pregunta para sí mismo. En definitiva, a él qué más le daba. Lo único que le importaba era que el trato fuera bueno y que pudiera estar de vuelta en la prisión para la hora del almuerzo. Tenía que empezar a actuar

con el pragmatismo que tan buenos resultados le había dado en esos últimos años.

Recorrió los escasos veinte metros hasta el acceso al ascensor, flanqueado por los dos policías que le custodiaban y precedido por su abogado, que hacía lo que podía para ir delante de ellos entre jadeos. Definitivamente, aquella bola de grasa era todo un candidato a una muerte por infarto. Ni siquiera su tío, que pesaba lo suyo, estaba en unas condiciones de movilidad tan penosas. Las sospechas de Nicolae empezaron a confirmarse: no estaban en ningún juzgado. Debía jugar bien sus cartas para salir de allí vivo.

Le metieron en una sala oscura con una mesa y dos sillas como todo mobiliario. Le sentaron en una y le dejaron allí solo, esposado al respaldo, durante media hora. Nicolae intentó concentrarse en cosas bonitas, en pensar en todo lo que haría cuando saliese de nuevo a la calle: comerse un buen filete, beberse una cerveza helada y, por supuesto, pasarse un día entero follando en el club en el que acababa siempre sus noches los fines de semana.

Por fin, la puerta se abrió: por el momento no había ni rastro de su abogado. Confirmado: aquello no era el juzgado. No sabía qué estaba pasando, pero aquello no pintaba nada bien. Dos hombres que no podían negar su profesión entraron en la estancia. Enseguida, Nicolae creyó adivinar quién haría de poli bueno: el mayor, un afable y rechoncho agente con pinta de estar cercano a la jubilación. Y también quién se encargaría de apretarle las tuercas: el oficial más joven, aunque estuviese más cerca de los cincuenta que de los cuarenta, con cara de malas pulgas y que no podía disimular bajo ninguna máscara su enfado con el mundo, y en particular con Nicolae.

Como era previsible, fue este último el que empezó a hablar:

—Parecías más listo en las fotos. Así, al natural, no eres más que otro rumano paleto que se ha pasado la vida entre cabras. —El policía se acercó a Nicolae para olisquearle la cabeza—. Sí, joder, a eso es a lo que hueles: a mierda de cabra —dijo mientras soltaba una gran risotada.

El otro, el que se suponía que era el bueno, guardó silencio. Los miraba con aire despreocupado sin haber cambiado la expresión del rostro desde que se había sentado al otro extremo de la mesa, atusándose su abundante bigote canoso. De forma pausada sacó un cigarro del bolsillo. Nada le podía apetecer más a Nicolae en aquel momento que fumarse uno para relajar toda la tensión que se estaba generando en torno a él.

—¿Qué? ¿Al señorito le apetece un pitillo? Pues claro, aquí estamos para servirte, paleto. —Le pidió tabaco con un gesto a su compañero, y en el mismo momento en que Nicolae acercaba la cara para recogerlo con los labios, de un rápido movimiento le estampó la cabeza contra la superficie de la mesa y luego le frotó el cigarro por la cara hasta que este quedó reducido a un montón de briznas y pedacitos de papel—. Pero ¿qué hostias te has creído? Aquí ni fumas, ni bebes ni cagas sin que lo diga yo. ¿Entendido? —le espetó mientras le sujetaba con fuerza del cuello—. ¿Me has entendido, paleto?

Nicolae aguantaba como podía para no abalanzarse sobre él y sacar a relucir toda su furia. Pese a estar atado a la silla, si se acercaba lo suficiente podía derribarle de un cabezazo. Estaba convencido de que podía tumbarlo de un solo golpe, pero algo en su interior le decía que aquel gesto no era lo más inteligente que podía

hacer; debía esperar, de momento le estaban probando. Nunca había tenido tantas ganas de volver a ver la enorme figura de su abogado.

—Sí. Entendido —respondió como pudo, intentando liberar los labios de la fría formica.

—No se te oye una puta mierda.

—¡Sí! —gritó con fuerza esta vez Nicolae—. ¡Lo he entendido!

El inspector Gómez se echó entonces para atrás mientras se remangaba la camisa y se subía los puños hasta los codos. Severino seguía observando la escena sin decir palabra, aspirando humo de forma indolente.

—Bueno. Pues ahora que ya nos conocemos todos, vas a empezar a cantar. Porque tú estás aquí para eso, para cantar y contarnos todas las cositas que sabes: las del cabrón de tu hermano y las de los que te contrataron para darles una vuelta a los chicos.

Severino sacó su paquete de tabaco y se lo acercó junto con el mechero.

—Ahora ya puedes fumar. ¿Ves como es sencillo?, solo tienes que hacer lo que te decimos y todo irá rodado. —El policía más joven, que seguía ejerciendo de portavoz, le puso el pitillo en los labios y se lo encendió—. Sabemos que lo de tu hermano es un marrón que te vas a comer porque sí, porque le tienes miedo y porque no te quedan más cojones. Lo que tienes que comprender es que no le debes nada. Si no fuera por él, ahora estarías por ahí tan tranquilamente dedicándote a tus asuntillos de poca monta, cosas que a nosotros no nos molestan demasiado. Si estás aquí es por su culpa. No le debes nada. Créeme.

Nicolae le miraba fijamente sin pestañear, apurando las caladas, degustándolas como si fuera el mejor cigarro que hubiese fumado en su vida. Ahora era él quien tenía que ponerlos a prueba.

—Quiero ver a mi abogado. Y al juez. Esto no es lo que me prometieron —dijo tratando de poner la expresión más seria y adusta posible.

—Como sigas tocándome los cojones, te voy a dar una santa hostia que te voy a dejar la cara del revés. Aquí mando yo, y tú —le dijo mientras le golpeaba repetidas veces con su dedo índice en el pecho— vas a contarnos ahora todo lo que sabes: tanto de las historias de tu querido hermano como también de lo que pasó aquella noche, que de eso me han asegurado que tú sabes más de lo que dices. Pero vayamos por partes, campeón, y deja ya ese gesto de tío duro —le ordenó a Nicolae mientras le apretaba con fuerza la mandíbula con la mano.

—Deja al chico, que lo estás poniendo nervioso —dijo su compañero.

—¡Joder! Has hecho hablar a mi compañero y todo. Él, que es un tipo silencioso al que solo le gusta mirar —comentó mientras apartaba la mano de la cara de Nicolae.

—Aquí solo estamos nosotros. Luego vendrá tu abogado, y con un poco de suerte te llevarán en un rato a ver al juez, pero primero debes contárnoslo todo a nosotros. No tenemos prisa, tómate tu tiempo, fúmate los cigarrillos que quieras, pero tienes que hablar, chaval. Si no colaboras, tu futuro puede ser muy negro. Ya sabes cómo se las gasta Florian, y el otro asunto…, para qué nos vamos a engañar: eso es un tema muy jodido, hijo —le comentó Severino.

—Pero yo no he hecho nada, se lo juro. Yo no he hecho nada. ¡No tenía que estar allí! —gritó Nicolae intentando ponerse en pie.

Sin embargo, le resultó imposible: estaba esposado y, como había podido comprobar, la silla en la que se sentaba estaba anclada al suelo.

—Joder. Eso no lo había oído nunca. Pero no es lo que tú hayas hecho, es lo que tú sabes. Ahora estate tranquilito y comienza a hablar de una puta vez, que yo también me estoy empezando a cansar de tanta tontería, chaval. Y aunque me veas más tranquilo, a lo mejor tengo menos paciencia que él.

—Tienes suerte de que seamos unos policías tan educados —le dijo Gómez.

—Y tú cállate la boca y deja que se explique. Empecemos. Primero, cuéntanos lo de tu hermano. ¿Desde cuándo lleva usando tu identidad en España?

—Desde que llegó aquí.

—¿Cuándo fue eso?

—En el 99 o así. Él vino primero y yo llegué al poco tiempo, en el verano de 2001. En Rumanía ya la había usado para librarse de un intento de asesinato y por eso tuve que marcharme de allí. Físicamente, nos parecemos bastante y solo nos llevamos año y medio. Además, él consiguió que le hicieran un pasaporte a mi nombre para poder salir de Rumanía y venir a España. Y aquí lo utilizó para conseguir la residencia. Somos dos personas utilizando la misma documentación. Sería gracioso si no fuera porque ahora yo estoy acusado de un montón de crímenes, y él está fuera, en la calle.

—Joder con la familia —dijo el inspector entre risas—. Pero, entonces, hay una cosa que no entiendo, ¿por qué te detuvimos a ti y no a él?

—Cada vez que le arrestaban, él daba mi identidad. Al día siguiente salía de la comisaría y no se presentaba al juicio: más problemas para mí. En los últimos años consiguió que se olvidara su asunto de Rumanía y pudo hacerse un pasaporte con su verdadera identidad y, a partir de ahí, la residencia. Para robar es Nicolae y para la buena vida que lleva es el respetable Florian. Un empresario extranjero de éxito, vecino ejemplar de una urbanización de lujo y colaborador habitual de varias asociaciones benéficas que trabajan con inmigrantes.

—Pero vamos a ver, chaval, y sabiendo tú todo eso, ¿por qué no te cubriste las espaldas de alguna forma?

—Aquí la policía no es como la de mi país. Nunca he tenido miedo de que me pillaran. Sabía lo que hacía Florian, pero no me preocupaba en exceso. Mientras no matase a nadie, nunca iban a ir a por mí. El problema fue con el vigilante ese. Su mujer salió en muchos programas de televisión. Así que hablé con mi hermano, pero él me aseguró que no pasaría nada. Había hablado con su abogado y no podían hacerme nada.

—Pues ya ves dónde estás. Si al final no sois tan listos como os creéis…

—Vamos a ver cómo arreglamos esto. Según pone aquí —dijo el policía más viejo esgrimiendo un informe policial—, estás acusado de diez robos, dos de ellos con fuerza e intimidación, una agresión y un intento de asesinato. Resumiendo: solo te han pillado con las manos en la masa dos veces; bueno, a tu hermano, que se identificó como

Nicolae Illiescu. Del resto no se puede probar nada: no hay huellas, lo cual te beneficiaría si las hubiésemos conseguido; solo un testigo que está en una silla de ruedas y apenas puede decir un par de palabras coherentes; y una serie de pruebas muy circunstanciales. Eso es lo bueno de todo esto. Pero lo malo, lo malo es muy jodido, chaval. Tienes a los políticos pidiendo cabezas. Están hasta los huevos de leer en los periódicos lo de todos esos robos, y el caso del vigilante ha sido la gota que ha colmado el vaso.

—Resumiendo: lo tienes muy jodido, Nicolae. Pero aquí estamos nosotros para ayudarte —le dijo el inspector Gómez—. Te voy a explicar lo que vamos a hacer. En una hora estarás en los juzgados, te declararás culpable de los dos robos que te van a cargar, el juez fijará una fianza que se pagará y todos tan contentos.

—Pero ¿y lo del guardia jurado…? ¿Qué va a pasar con eso?

—Cuando pregunten por ese tema, tú estarás ya fuera. A partir de ahí se encargará de ti mi compañero. No te despegues ni un centímetro de él en las próximas veinticuatro horas. Nosotros cuidaremos de ti.

—¿Y quién va a pagar esa fianza?

—Esa información a ti no te interesa. Ya hablaremos de eso y de lo que pasó con esos dos chicos. Pero no pongas esa cara: todo tiene solución, paleto.

Jueves, 1 de noviembre de 2012

Las cosas deberían haber sucedido de otra forma, pero Esparza no tuvo valor para hacerlo él mismo. Pero lo importante es que había cumplido con su parte del trato. El «cómo» a Gómez le tenía que dar igual. Así que tomó aire y siguió adelante con el resto del plan, sin permitirse pensar en Verónica. Antes de esto, creía que estaría triste, hundido, arrepentido; sin embargo, ahora solo sentía un gran alivio. Y eso, en el fondo, le preocupaba. Se subió al coche y condujo hasta casa de sus padres. Había llegado la hora de pedir perdón.

—Soy yo —dijo Esparza con voz titubeante respondiendo a su madre en el portero automático.

Se hizo entonces un silencio de varios segundos que le dieron la impresión de horas. Después, el sonido agudo del timbre se convirtió en una invitación a regresar a su hogar.

El antiguo político salió del ascensor con cara compungida y con alguna lágrima cruzándole el rostro. Comprobó que la puerta del servicio estaba abierta. Timorato, se encaminó al interior de la que había sido su casa. La cocina estaba a oscuras, pero consiguió divisar la cara seria de su madre, que estaba sentada en un taburete. Hacía solo un par de años que no la veía, pero por lo ajado de su rostro le dio la impresión de que hubiesen pasado muchos más desde su último encuentro. Aquella fatídica noche en que, a empujones y puñetazos, su padre y su hermano le echaron del piso.

Se sentó en la silla que estaba libre, a un metro escaso de ella. Un nudo en la garganta le impedía hablar. Tampoco tenía muy claro qué

decir en esa situación, así que empezó con lo único que se le ocurría que debía hacer: disculparse.

—Lo… siento… —dijo con voz ahogada.

Su madre permaneció en silencio, un silencio que él volvió a romper un par de minutos después.

—Lo siento mucho, mamá. Sé que no os merecíais todo lo que os hice pasar. Fue horrible —argumentó un renacido Esparza, que hablaba ahora con tono firme y decidido.

Se sentía espoleado por la idea de una posible reconciliación. Si su madre le había abierto la puerta, pese a mostrarse ahora distante y callada, eso significaba que había una oportunidad para que las cosas volviesen a ser como antes.

—Sé que os he hecho mucho daño —continuó hablando Esparza con voz confiada—. Por eso estoy aquí, para disculparme y para deciros que todo eso va a cambiar. La pesadilla ha terminado para todos. He tocado fondo. Ahora lo único que quiero es que me dejéis estar en casa.

—¿De verdad piensas que queremos que vuelvas a nuestra casa? —le interrumpió su madre en un tono cortante.

—Soy consciente de que no va a ser fácil que me perdonéis, pero las drogas se han acabado y… —al hablar de ella le volvió a fallar la voz, como al principio de la conversación— Verónica, también. Hace semanas que no la veo. Todo ha terminado entre nosotros.

—Así que la zorra esa decide dejarte y vienes directo aquí arrepentido a pedirnos clemencia. ¡Tan poco te quieres, Jorge! ¿No te queda un ápice de dignidad?

—Mamá…

—No me llames «mamá». Si vuelves a hacerlo, te marchas por la misma puerta por la que has entrado.

—Es cierto. Ya no estoy con ella —casi gritó Esparza—. Fui yo el que decidió terminar la relación. Quiero curarme. Soy un enfermo y necesito ayuda. Por eso estoy aquí: para pedírsela a mi familia.

—Cuando estabas con esa zorra, tu familia te importaba una mierda. ¿Por qué ahora tengo que creer que va a ser distinto? Y si mañana vuelve a llamarte, ¿quién me dice que no saldrás corriendo tras ella como un perrito faldero? ¿Te importará entonces tu familia?

—Mamá…, créeme: ha terminado para siempre. Verónica está muerta.

La madre salió de la penumbra en la que estaba protegida y aproximó el rostro al de su hijo. Su rictus cambió al oír las noticias de boca de su vástago. Si eso era verdad, si esa chica estaba muerta, todas sus plegarias habían sido escuchadas por fin. Todas sus noches de desvelo deseándole un amargo final habían tenido sentido.

—¿Es eso cierto? —le preguntó con lágrimas en los ojos.

Esparza asintió con la cabeza. Ambos se fundieron en un abrazo.

—¿Puedo quedarme aquí esta noche?

—Esta es tu casa —le contestó su madre entre lágrimas.

—¿Y mi padre? ¿Qué dirá de esto tu marido? ¿Qué dirá de esto?

—Cuando sepa que esa zorra está muerta, se echará a tus brazos como lo he hecho yo. Yo hablaré con él, no te preocupes por nada. Pero… —la madre suspiró levemente y continuó con voz seria— con eso no basta. Sabes que has hecho mucho daño a mucha gente. Al primero de todos, a ti mismo. Sé que sigues drogándote, eso no me lo puedes negar; y también que estás alcoholizado. Tu misión es

estar limpio, y yo me encargaré del resto: tu familia, tus amigos, incluso puede que se arregle lo de tu carrera política.

—Por eso último no te preocupes. Me deben muchos favores y ha llegado la hora de empezar a cobrarlos.

—Pero si no dejas las drogas, su muerte no habrá servido para nada. Te necesitamos bien, cariño —le dijo su madre mientras le acariciaba el pelo, como cuando solo era un niño en busca de refugio.

—Lo tengo todo pensado. Hace seis meses estuve a punto de dar el paso, pero al final… me faltó el valor. Hay una clínica en Suiza. He visto su web y tiene una pinta estupenda. Además, conozco la zona. No está lejos de Zúrich. A treinta kilómetros de la escuela donde hice aquel máster. Pero…

—Por el dinero no te preocupes, Jorge. Lo que quiero es que vuelvas limpio.

—Solo me hará falta una parte, el resto lo pongo yo. Y luego… en unos meses o así podré devolvéroslo. Bastante habéis sufrido ya por mi culpa.

—Te he dicho que no te preocupes por el dinero. Eso sí, hijo mío. Si vuelves a caer, será la última vez. Porque, entonces, seré yo la que apriete el gatillo.

Jorge sabía que su madre no bromeaba.

—¿Y lo de Verónica no te va a traer problemas?

Su hijo negó con la cabeza.

—Una yonqui muerta de sobredosis. No hay nada que investigar.

Esparza había pensado en un primer momento encargarse él mismo del asunto, tal como le había ordenado Gómez, pero no tuvo agallas suficientes para hacerlo. Lo que sí hizo fue quedarse dentro

de la caseta mientras le clavaban la aguja. Todo fue sencillo, mucho más fácil de lo que había imaginado. Verónica necesitaba un pico y no puso ningún problema para subirse al coche de aquel camello. Solo necesitaba otro chute más, qué más daba dónde conseguirlo. Jorge ayudó a calentar la cucharilla y preparó la jeringuilla, pero no se atrevió a pinchársela a Verónica. Con las dosis que se había metido ella en el coche, estaba medio adormilada y habría sido sencillo, pero no quería tener aquello en su conciencia. Así que les dejó hacer a Paco y a su novia. Solo tuvo que pagarles mil euros a cambio. Y hasta se encargaron de dejar su cuerpo en la cuneta. Ni siquiera sintió nada cuando comenzó a convulsionar. Para poder vivir él, Verónica debía morir.

Domingo, 4 de noviembre de 2012

Habían sido demasiadas emociones juntas esos últimos días. A las cuatro de la mañana se había acordado de que en cinco horas tenía una cita con Severino. El fulgor de los acontecimientos le había impedido preparar su entrevista con el policía retirado, y la de hoy era la más importante de todas. Severino debía darle toda la información que le había ido insinuando hasta ahora: Javier necesitaba material de primera calidad para acudir al siguiente programa.

Sin apenas tiempo más que para una ducha rápida y un afeitado a toda velocidad, Javier tuvo que preparar sus notas durante el viaje en metro. Las tripas le rugían, pero decidió esperar hasta llegar a la cafetería para dar buena cuenta de unas porras como las de la última vez. Cuando llegó hasta el bar vio su gozo en un pozo: Severino le estaba esperando fuera esta vez. Su rostro era más serio que de costumbre y con un gesto le invitó a que le siguiera en dirección al parque que se encontraba en la otra acera.

—Hablemos mejor allí —dijo con tono seco.

Durante diez minutos, que a Javier le parecieron diez horas, caminaron hasta el interior del parque, donde finalmente se sentaron en uno de los bancos. Pasó un buen rato hasta que Severino se decidió a hablar:

—Pensé que podía confiar en ti, hijo —dijo, desvelando así el motivo de su esquivo comportamiento de esa mañana.

—Perdona… No te entiendo —le respondió Javier.

—Te dije bien clarito que ese material no se podía utilizar. Y tú lo has hecho delante de toda España.

—Pero no he dado ningún dato concreto; no hay nada que te comprometa…

—Y un cojón, hijo. A la media hora de montar tu numerito, ya me estaban llamando para saber qué te había contado. El inspector Gómez está que se sube por las paredes.

—Pero… no entiendo nada. Fue él quien me animó a hablar contigo. De hecho, me dijo que tú me prepararías para el programa —dijo un Javier estupefacto.

—Pues no lo debí de hacer muy bien, porque tú vas ahí y te pones a largar como si estuvieses hablando de las amantes de un torero. Pensaba que sabrías administrar la información. Te lo dejé claro: unos titulares, un poco de aquí y de allí, pero sin decir nada concreto. Y vas tú, con tus santos huevos, y te pones a contar lo de la red de secuestradores de menores. Y no lo haces una vez, sino quince. En todas las putas televisiones y radios de este país.

El tono de voz de Severino cada vez era más amenazante, nada que ver con el empleado por el policía retirado en las anteriores ocasiones.

—Lo siento… Yo pensaba que… —replicó Javier hecho un manojo de nervios.

Hasta el hambre se le había pasado del susto que tenía ahora en el cuerpo. Él, que se esperaba una efusiva felicitación por su intervención, veía cómo a su fuente se le llevaban los demonios por haber confiado en él.

—Tú no tenías que pensar nada. Eso era material clasificado. Te lo dije, coño. Te lo dije.

Pasaron varios minutos sin que ninguno de los dos articulara palabra. Severino, en su lado del banco, tenía la mirada perdida en la dirección opuesta a Javier, que se sujetaba la cabeza con las dos manos en un claro gesto de lamentación.

—Sé que no lo hiciste a mala leche, hijo. Pero entiéndeme: me has dejado con el culo al aire. A mí y al inspector Gómez.

—Lo siento —fue lo único que acertó a balbucear Javier.

—¿Por lo menos no habrás dado a ninguno de esos cabrones del programa nuestros nombres?

—No. Claro que no. Nadie sabe quién eres. Y del inspector Gómez tampoco he hablado, aunque Lisandro sí que le conoce, claro.

—Lo de Lisandro está controlado. Gómez y él son viejos conocidos. Lo que me preocupa es que alguien de su equipo sepa de dónde sacaste la información. Esa gente no tiene escrúpulos. Son como ratas. Venderían a su madre por un buen reportaje.

—Puedes estar tranquilo. Te juro que no se lo he contado a nadie. De hecho, ni siquiera le he hablado de ti a Lisandro.

—Eso está bien —dijo el expolicía apoyando la palma de la mano en la rodilla de Javier.

Su tono áspero del principio iba derivando a la acostumbrada jovialidad de las otras reuniones.

Severino le hizo ademán para que se levantasen. Javier le siguió sin preguntar su destino.

—¿Has desayunado? No me lo digas. Lo intuyo con esa mala cara que tienes. Vamos a acercarnos a por unos bocadillos al quiosco que hay un poco más adelante. Lo que tenemos que hablar prefiero que lo hagamos aquí, al aire libre. Pero tampoco es cuestión de que te me desmayes.

Después de comprar su almuerzo se dirigieron de nuevo al centro del parque a sentarse en un banco cerca del que habían estado al principio. No habían podido volver al mismo porque estaba ahora ocupado por un corredor, un joven moreno con una gorra de los Chicago Bulls. El periodista estuvo a punto de comentarle a Severino lo mucho que le sonaba la cara de ese joven, pero tenía demasiada sed. El bocadillo de Javier no llegó intacto hasta su nueva ubicación. En cuanto se sentó, abrió la lata de Mahou y la apuró en dos tragos. Su gesto le recordó a los yonquis que andaban siempre junto a la boca del metro de su barrio. Los mismos que solía encontrarse en el Carrefour Express gastando parte de la colecta del día en varias latas de la cerveza más barata del supermercado.

—Si llego a saber que estabas así de hambriento y de sediento, te habría pedido ración doble, hijo.

—Así está bien, no te preocupes. Es que estos días me están matando. No he juntado diez horas de sueño en toda la semana. Me paso todo el día en restaurantes de postín, comiendo a todas horas. Cada dos horas hay alguien de catering que trae una caja llena de fritos, embutidos y canapés variados para que piquemos. Además, creo que he bebido más de lo que estoy acostumbrado y esto también me está pasando factura.

—Bueno, tú eres joven. Si no puedes hacer excesos ahora… Aprovéchate. Mírame a mí: tomándome una cerveza a escondidas como si fuera un colegial. Si se enteran las monjas de la residencia, me excomulgan. —Rio Severino con ganas.

—No creo que sea para tanto —dijo alegre Javier, sumándose a las carcajadas de su compañero.

—Bueno, al lío. Hay que solucionar este fregado que has montado. Lo más importante es que nadie sepa de nosotros, ni de Gómez ni de mí.

—Entendido.

—El próximo miércoles, todo el mundo estará pendiente de ti y de lo que vayas a contar. El problema es que si no sigues adelante con tu historia de la red de pederastas, perderás todo el crédito que has conseguido. Nadie espera otra cosa que no sea un relato detallado de lo que han hecho. Da igual si tiene o no relación con la desaparición de esos dos niños: tu historia ha eclipsado la suya.

—¿Y qué voy a hacer?

—Contar la verdad.

—Pero si tú has dicho que eso no se podía saber.

—No se podía, pero ahora sí. En cierta manera, me alegro de lo que hiciste. Siempre quise que esto saliese a la luz algún día.

—Pues entonces con los papeles que me diste no es suficiente.

—No, no lo es, Javier. Pero ya no va a haber más papeles. Todo lo que vas a tener es lo que te voy a contar en la próxima hora. A partir de ahora estarás solo. Nadie te va a apoyar. Ni yo, ni mucho menos Gómez. Y esta vez no puedes fallar. Debes ser hábil manejando la información. Si eres inteligente, serás más importante por lo que calles que por lo que digas. No podrás mencionar fuente alguna, ninguno de los datos que aportes podrá ser contrastado porque es información reservada.

—En otras palabras, tengo que saltar sin red.

—Yo no lo habría dicho mejor, hijo.

—¿Y si la cosa se tuerce? ¿Si la policía me interroga y me pide saber de dónde he sacado toda esa información?

—Pues calladito. Aunque más que a la policía, a quien tienes que temer es a los abogados de la productora. Ellos te apretarán más las tuercas si la cosa se pone fea. Te echarán a los leones sin contemplaciones. ¿Te acuerdas de todos esos papeles que has firmado? Eres su esclavo. Y si la cosa se tuerce, como dices, y piden una cabeza, no dudes que será la tuya la que entreguen.

Un sudor frío empezó a recorrer el espinazo de Javier. El enfado de Severino de hacía una hora era un asunto baladí comparado con el cariz que estaban tomando los acontecimientos. Y pensar que unas horas antes se creía el rey del mundo. Solo con pensar en el próximo miércoles se le revolvía el estómago.

Durante más de cuarenta minutos, Severino le fue desgranando todo lo que conocía de los secuestros en las últimas décadas de adolescentes magrebíes, subsaharianos y de los que no eran ni una cosa ni la otra. Le informó del misterioso hombre que aparecía mencionado en todos los expedientes. Javier se quedó helado cuando Severino le reveló la información censurada sobre el misterioso sujeto en el expediente que le había dado la semana pasada. Javier intentó tomar notas de todo en su Moleskine y comenzó a elaborar el guion de lo que contaría el próximo miércoles en la televisión.

Ya fuera del parque, sin Severino, volvió a ver al joven de la gorra del equipo de baloncesto del mítico Michael Jordan. Había algo en él que le había llamado la atención. Entre tanta conspiración y expediente secreto, empezaba a ver fantasmas por todas partes. Estaba como loco por volver a casa para dar forma al relato del policía jubilado. Minutos más tarde, estuvo a punto de recordar de

qué le sonaba aquel chico, pero, una vez más, su rostro volvió a sumergirse en los recuerdos perdidos de su subconsciente.

Domingo, 4 de noviembre de 2012

Segundo error en la misión, y ese era más grave que el primero. Era importante que Javier Redondo no hiciera contacto visual con él, pero el que no podía verle bajo ninguna circunstancia era Severino, y lo había hecho. Ricardo estaba cabreado. ¿Por qué estaba siendo tan poco precavido? En el País Vasco, un error como ese le habría supuesto un tiro en la nuca.

Ricardo había coincidido con Severino en la comisaría. Gómez lo llamó un día a su despacho para darle unos papeles y allí estaba él, con su pinta de abuelo bonachón. Pero, tras esa fachada, el policía infiltrado sabía que había muchos secretos oscuros, historias macabras en las que Severino y Gómez habían participado en esos últimos años.

Cada vez tenía más claro que aquello no iba a acabar bien. Ricardo tenía información suficiente para liquidar la red de corrupción de Gómez y, de paso, apuntar más alto y destapar la verdad sobre la desaparición de Bruno y Mario. Pero sus superiores no lo veían claro y preferían esperar. Sin embargo, si algo no tenía Ricardo era paciencia. A su habitual paranoia de que le descubrieran sus antiguos compañeros de ETA —aunque el cese de su actividad terrorista parecía definitivo—, se sumaba ahora que Severino lo reconociera. No había un solo día en el que no pensara cuando lo llamó su padre para pedirle perdón, para decirle que la había fastidiado. Ahora todo dependía de él mismo, pero no lo estaba haciendo demasiado bien.

En esos últimos días había sumado una nueva preocupación: Lucía, la expareja de Javier Redondo. Por lo que había descubierto, el grupo del inspector Gómez la estaba investigando. Gómez seguía sin confiar en él, pero desde su puesto tenía acceso a la documentación necesaria para anticiparse a sus jugadas. Ahora solo debía poner un poco más de atención. «Como cuando estabas en Iparralde, Ricardo, como en Iparralde», se repitió el agente varias veces para adquirir la confianza que necesitaba.

Domingo, 4 de noviembre de 2012

En cuanto lo vio al final de la barra, Tony se acercó hasta él para llevárselo a su despacho. Una vez allí, intentó animarle como mejor supo o pudo.

—Aquí estás bien. Tómate lo que quieras y, si te apetece una chica, no tienes más que decírmelo. De lo otro, ni hablar. Gómez te lo tiene prohibido.

Esparza seguía mirando para otro lado, más serio aún que de costumbre. Eso no impidió que Tony le cogiera la cara con las manos.

—Lo has hecho de puta madre. Eres un tío grande, joder. Les has demostrado que los tienes bien puestos —le dijo al oído.

—¡Tú qué hostias sabrás lo que he hecho! —respondió Esparza quitándoselo de encima—. ¿Sabes lo que he hecho? Matar a una puta chiquilla. Eso es lo que he hecho.

—Te has salvado, Jorge, te has salvado. ¿Qué te crees que te habría pasado si no le hubieses echado huevos? Ahora serías tú el muerto. Verónica tenía escrito en la cara que no iba a llegar a los veinte. Mejor así. Que no te haya llevado a ti por delante.

—¿Has matado a alguien alguna vez? —le preguntó Esparza entre sollozos—. Yo sí. A la única persona a la que he querido en este mundo.

Esparza hundió la cabeza en sus rodillas y así permaneció durante un buen rato. Tony intentó consolarlo como pudo. El nuevo trabajo que le habían encargado (cuidar del político hasta que estuviese

limpio) iba a ser ciertamente complicado, pero estaba seguro de que lo conseguiría. Esparza siempre le había parecido un caballo ganador y estaba convencido de que los esfuerzos de esos días valdrían la pena en un futuro cercano.

Miércoles, 7 de noviembre de 2012

Javier llevaba los últimos días montado en una montaña rusa de la que parecía no poder bajarse. Preparar el programa de la noche le había llevado más tiempo y le había costado más quebraderos de los imaginados. Aunque el equipo de Lisandro le había dado carta blanca para preparar la historia que iba a contar hoy, él se había convertido en su mayor censor, evaluando con el máximo rigor cada línea de su intervención. La primera persona de la que iba a ver la reacción ante su investigación iba a ser Lisandro, que le había emplazado a una comida en uno de esos maravillosos restaurantes que el periodista televisivo tan bien conocía. En esa ocasión tocó probar las bondades de la cocina peruana. En las últimas dos semanas, Javier había dejado en el olvido todos sus prejuicios gastronómicos. Lucía no se lo iba a creer cuando su ex le relatase los lugares en los que había comido y los platos que había cenado. Como ella solía decirle muy bien, Javier era capaz de sobrevivir alimentándose exclusivamente de pan y embutido. Sin embargo, parecía que ahora le estaba cogiendo el gusto al sashimi y al ceviche.

Pasó un buen rato, durante el cual desfilaron bandejas de diferentes platos típicos andinos (rocotos rellenos, ají de gallina, picante de cuy…) emplatados con un gusto exquisito y cuyo sabor le resultó sencillamente maravilloso, hasta que dejaron a un lado las vaguedades y Lisandro decidió que se dedicasen a los temas que los habían llevado allí.

A Javier le costó situarse, abstraído como estaba con su nueva afición de gourmet internacional. Había traído un informe, por si acaso Lisandro quería leerlo, pese a que se imaginaba que con hacer un breve esbozo de él sería suficiente. Sin embargo, su actual jefe se mostró muy interesado en leerlo y dedicó más de quince minutos al texto que le había preparado.

—Muy interesante, Javier. Muy interesante. Como comprenderás, esto es lo suficientemente importante como para que lo revise.

—Por supuesto —respondió el periodista mientras apuraba los últimos restos de comida que aún quedaban esparcidos por las bandejas.

—Confío en ti y en tu criterio, pero ya sabes cómo es el mundo en el que nos movemos: contenciosos legales, acusaciones… No queremos meternos en ningún lío. Esto que has preparado está muy bien. Si te parece bien, voy a llevármelo para discutirlo con el departamento jurídico.

—Sí, claro. He intentado no resultar demasiado sensacionalista, pero es que el material que me han pasado es tremendamente bueno.

—Tienes razón. Por eso quiero que esta tarde repases con Esther y Concha todo lo que pones aquí.

—Me parece bien —dijo un exultante Javier, contento por el trabajo realizado y complacido en esos momentos por los manjares ingeridos y los licores bebidos.

El periodista no cayó en la cuenta de que al final su libertad iba a ser más exigua de lo que parecía inicialmente.

Después, la conversación volvió a los derroteros intrascendentes del principio. Terminados los postres —en plural—, abandonaron el

restaurante para dirigirse a la productora. Ya no había posibilidad de descanso hasta que saliesen al aire. Javier lo sabía y, aunque se sentía pletórico, le incomodaba el hecho de estar un poco achispado. En el beber no podía seguir el ritmo de su compañero de mesa.

La expectación generada auguraba otro gran festín de audiencia. Como cada día, el programa, después de la breve introducción de Lisandro —quien ya desde el primer minuto se encargó de anunciar que Javier iba a ser el gran protagonista de la noche—, se dio paso a una pequeña película de diez minutos. Fue ahí cuando empezaron las sorpresas para Javier. El reportaje se hacía eco de las teorías que Severino le había contado, pero presentadas de una forma tan sensacionalista que en ocasiones rayaba en lo ridículo.

Después de la publicidad, Lisandro retomó la palabra para dirigirse hacia el lugar que ocupaba Javier. El periodista respiraba a duras penas, como si una piedra de una tonelada le oprimiese el pecho; sus intestinos le reclamaban evacuar con urgencia toda la comida ingerida con tanto deleite en la sobremesa; y su corazón amenazaba con explotar, incapaz de poder controlar la velocidad de las pulsaciones.

—Buenas noches, Javier. Mentiría si dijese que no me he quedado helado con el reportaje que nos has preparado. He de reconocer que, cuando lo vi por primera vez, me asaltó la incredulidad; sin embargo, tú te has mostrado muy convencido con el material que nos has presentado.

—Yo… —Javier no sabía qué decir o qué hacer. Su cuerpo le pedía salir corriendo y su cabeza no conseguía asimilar la situación que

estaba viviendo. Ante las distintas posibilidades que se le presentaban decidió quedarse con la que le parecía más fácil: seguirle la corriente al argentino—. Yo pienso que estamos ante una pista importante que puede llevarnos a conocer el paradero de Bruno y Mario y a conseguir desenmascarar a esta red de indeseables y sus crímenes.

La bomba había sido lanzada. A partir de ese momento, no había vuelta atrás para él.

—Javier, ¿eres consciente de que el contenido de esta información es muy fuerte? —preguntó Lisandro, que no dejó que su interlocutor contestara a su requerimiento—. Vayamos por partes para que la audiencia pueda seguirnos. Lo que desvelas en tu investigación es la existencia de una red dedicada al secuestro de adolescentes, principalmente de origen extranjero, ¿es así?

—Sí.

—¿Desde cuándo se estarían produciendo estos secuestros?

—Desde hace más de una década.

—¿Quién y por qué motivo ha llevado a cabo esos secuestros?

—Todo tenía un carácter sexual. Esta red los secuestraba para que participasen en una especie de ritos donde se violaba, torturaba y, finalmente, asesinaba a las víctimas.

—Javier, no dejas de sorprendernos. Esta noche queremos saber más, conocer a los que estaban detrás de esta red, pero antes vamos a tomar un poco de aire y esperar a que nos contestes después de la publicidad.

En esta ocasión, Lisandro sí se acercó a Javier para animarle y asegurarle que lo estaba haciendo muy bien. Javier quería

preguntarle por el reportaje, pero decidió dejarlo para más adelante. Después de todo, la cosa parecía que estaba funcionando.

—Antes de marcharnos a los anuncios, dejamos en el aire una pregunta decisiva para poder comprender y entender los hechos que nos plantea nuestro colaborador, Javier Redondo: ¿quiénes cometieron esos horribles crímenes de los que nos has hablado?

—La participación en esas fiestas, esos ritos, no está al alcance de cualquiera. Hay que tener mucho dinero y muchas influencias. Estamos hablando de gente muy importante y con muchas relaciones en el mundo de la política y de los negocios, incluso de la justicia.

Javier continuaba su salto al vacío sin paracaídas.

—Esas acusaciones son muy graves.

—Sí. Pero solo describen lo que ha pasado y puede que siga pasando si no hacemos nada para evitarlo.

—¿Esas personas de las que hablas tienen nombres y apellidos?

—Sí. Y cuando sea el momento, se harán públicos —continuó el periodista, espoleado por la promesa de Severino de entregarle una relación de todos los implicados en la trama: los que participaban en los secuestros, los que acudían a las fiestas y los que se encargaban de evitar que todo se supiera—. Los nombres de todos los que han tenido alguna relación con estos crímenes.

—Javier, ¿cómo es que nunca se ha sabido nada de esto hasta que tú lo has sacado a la luz?

—Porque no ha interesado. Como te he comentado, hay gente muy poderosa implicada.

—Una última pregunta antes de dar paso al resto de los colaboradores: ¿qué pruebas tienes para afirmar que Bruno y Mario

pueden haber caído en las manos de esta red?

—Pruebas no tengo ninguna, pero estoy seguro de que ha sido así.

Desde ese momento y hasta el final del programa, hora y media después, Javier tuvo que aguantar los reproches de Esther, los insultos de Concha y las mofas de Moncho. Todas y cada una de sus palabras fueron refutadas y sometidas a un examen exhaustivo. Cuando terminó el especial, la conclusión a la que había llegado la audiencia era clara y unánime: Javier era un fraude.

Martes, 14 de agosto de 2012

Todo estaba saliendo mejor de lo esperado. Bruno había hecho caso a Mario y por el bar donde habían estado celebrando su cumpleaños no se habían pasado ni Nicolae ni Chucky, aunque este último sí que apareció luego en la discoteca. La única presencia extraña había sido la de Verónica, quien se había mostrado todo el tiempo muy cariñosa, demasiado. Ella también se había apuntado a la fiesta. Eran las tres de la mañana y, aunque acababan de llegar a la discoteca, Mario estaba deseando salir de allí para poder rematar la noche con Susana, si es que conseguía quitarse a Verónica de encima.

La siguiente hora transcurrió en un suspiro. No conseguía estar más de dos minutos seguidos con Susana. A cada rato, Bruno se acercaba para presentarle un nuevo amigo o amiga, invitarle a otro cubata o llevárselo al servicio para comerse otra pastilla. Tambaleante y eufórico por la gran cantidad de alcohol y drogas que había tomado, a duras penas consiguió acercarse hasta el lugar donde se encontraba Susana. Pero justo unos metros antes de llegar allí, Verónica se interpuso en su camino. A partir de ese momento, todo era una nebulosa en la cabeza de Mario. Solo tres recuerdos: la sonrisa pícara de Bruno cuando abandonaba la discoteca, la mirada de hielo de Susana y la cara de Verónica, arrodillada en el aparcamiento, mientras le bajaba los calzoncillos.

Parece mentira cómo puede cambiar nuestra vida en apenas unos minutos por haber tomado una decisión equivocada. Eso era lo que pensaba ahora Mario. Intentaba comprender por qué estaba él allí, por qué estaba también su amigo Bruno y, sobre todo, por qué estaban siendo tan salvajes con ellos. Después de dos horas de vejaciones, golpes, humillaciones y toda clase de castigos inimaginables, empezaba a perder la esperanza de salir de allí con vida. Lo que sí hacía era renegar de sí mismo. Llamarse idiota una y mil veces por no haber sabido parar a tiempo. Tenía la experiencia de lo que había pasado el domingo y, sin embargo, no había sabido decir que no a Bruno y al resto de sus amigos, que le espoleaban para que bebiese más y esnifase más cocaína. Era su cumpleaños y no podía renunciar a sus lisérgicos regalos.

Pero ahora no podía retroceder en el tiempo. Se preguntaba durante cuánto más tendría que aguantar aquel tormento y cuándo acabaría. Parecía contradictorio, pero junto con el sentimiento de culpa por no haber dedicado la noche a Susana, lo que además seguramente le habría evitado estar en esos momentos en aquel macabro lugar, le venía a la cabeza el intenso y satisfactorio recuerdo de Verónica arrodillada ante él.

Todo lo que vino después no fue en absoluto tan agradable. Conmocionado por el exceso de sustancias tóxicas, su cabeza seguía sin poder ordenar el relato cronológico adecuadamente. Verónica se había marchado en cuanto había terminado con su parte. Mario había estado todavía durante unos minutos ausente apoyado en el coche, en el mismo lugar en el que la antigua reina del instituto le había hecho algo por lo que muchos de sus compañeros hubiesen matado. Unos minutos después, vio llegar a Nicolae. Pero lo que

nunca imaginó es que el rumano le fuese a soltar semejante puñetazo. De un solo golpe le derribó como a un muñeco de trapo. Lo agarró del suelo y lo levantó sin ningún esfuerzo y pasó a golpearlo repetidamente contra la carrocería del Kia. Una vez noqueado, Nicolae metió a Mario en el maletero. Después notó un pinchazo, y luego todo acabó fundido a negro.

Varios minutos más tarde, fue Bruno el que apareció en esa parte oscura del aparcamiento, acompañado de Chucky. Tampoco él podía imaginarse la paliza que iba a recibir en unos instantes. Bruno no se dio cuenta de que, mientras caminaban riendo, contando cómo habían liado a Mario para que se diese el lote con Verónica, el que creía que era su fiel compinche se estaba ajustando un puño americano en la mano izquierda, y había cogido con la derecha una mini porra extensible con la que empezó a propinarle golpes hasta dejarlo inconsciente. Nicolae salió veloz del coche para recoger a un ensangrentado Bruno del suelo y hacerle un hueco junto a su amigo en el maletero.

Bruno no consiguió recuperar el conocimiento hasta que llegó a la nave y le empezaron a baldear con cubos de agua helada. Mario había despertado varios minutos antes de llegar allí, aunque se encontraba tan aturdido que era incapaz de discernir si aquella situación era real o formaba parte de un sueño que pronto iba a convertirse en la peor de sus pesadillas.

Nicolae y Chucky se quedaron fuera de la nave, dentro del coche. Durante un buen rato, ninguno se atrevió a articular palabra. Fue el rumano quien rompió el silencio:

—¿Por qué estás tan serio? Vamos a ganarnos un buen dinero. Y, además, te vas a vengar del imbécil ese de Mario.

—¿Los van a matar?

—No. Pero no lo van a pasar bien esta noche.

—A lo mejor nos hemos equivocado —dijo Chucky—. ¿Y Bruno…?

—Que le den por culo a Bruno. Que les den por culo a los dos. Piensa solo en ti. Si quieres sobrevivir en este mundo, no puedes albergar sentimientos por los demás.

Al poco rato llegó Tony. En la pechera de la chaqueta del chándal podían apreciarse varias manchas de sangre.

—Preparaos un chiflo —les dijo después de cerrar la puerta del coche—. Yo ya no pinto nada ahí dentro.

—¿Qué les están haciendo? —preguntó Chucky.

—Mejor no quieras saberlo. Ha llegado la hora de los monstruos.

Jueves, 8 de noviembre de 2012, por la madrugada

Por fin, después de muchos intentos, Javier consiguió un taxi. Llevaba más de una hora andando por el polígono industrial donde estaban los estudios de la cadena. Pese a que había pasado ya el tiempo suficiente desde el final de aquel programa de nefasto recuerdo para él, no conseguía ver lo que había ocurrido con claridad; todavía estaba demasiado alterado. Solo tenía una cosa clara: le habían traicionado; ahora le quedaba averiguar lo más importante: saber por qué.

Tan obsesionado estaba con encontrar solución a sus respuestas que ni siquiera oyó los gritos del taxista informándole de que no había recogido el cambio de su billete de cincuenta euros. Ya dentro de la residencia, tuvo que esforzarse para intentar hablar de manera coherente.

—Severino, se llama Severino. Está aquí ingresado, en esta residencia. Ya sé que es muy tarde, pero tengo que hablar con él, es muy importante. Su hermano ha muerto —dijo Javier.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó el vigilante, todavía con el gesto de incredulidad en el rostro.

—Soy… soy un amigo de su sobrino. Compartimos piso, pero ahora él está de viaje. Me acaba de llamar su madre, la cuñada de Severino, para decírmelo —contestó el periodista con bastante soltura.

—¿Conoces tú a ese Severino? A mí no me suena nada —le preguntó el guarda de seguridad al recepcionista.

—Ni idea, pero es que yo no conozco a casi nadie. Vamos para dentro y le preguntamos a Primi, que es la que está de guardia hoy.

Javier estaba consiguiendo dominar sus nervios, pese a que no podía quitarse de encima la mirada escrutadora del vigilante. Solo fueron necesarios unos minutos, unos escasos minutos, para que hiciese acto de presencia la tal Primi. Javier intentó explicarle cómo era Severino, se lo describió físicamente, le informó de su pasado laboral como policía, le habló de sus citas con él, de su enfermedad; pero la respuesta a todas sus explicaciones fue siempre la misma: allí no había ningún Severino, ninguno de los internados había trabajado en las fuerzas de seguridad y, por supuesto —le dijo bastante enojada—, nunca dejarían salir por su propio pie sin el acompañamiento de algún miembro del personal del centro a un enfermo de alzhéimer, aunque sea en un estadio inicial.

La actitud cada vez más violenta de Javier ante las explicaciones de la enfermera proporcionó la justificación necesaria al guardia de seguridad para echarle a patadas de allí.

Derrotado y apaleado, se sentó en un banco a pocos metros del lugar donde había tenido su último enfrentamiento. Por segunda vez aquella noche, le habían echado de un sitio a patadas. Allí se quedó sentado la siguiente hora pensando qué hacer.

Intentó tomar conciencia de su situación para decidir hacia dónde encaminar sus pasos futuros y cómo. Miró su reloj y comprobó que eran las cinco y cuarto de la mañana. Echó mano de su teléfono para comprobar que se había quedado sin batería. Hizo recuento de sus pertenencias: llevaba encima catorce euros y treinta y cinco céntimos después de su generosa propina en el taxi, un smartphone inutilizable en aquellos momentos, un cable para devolverlo a la vida

y las llaves de una casa a la que de momento no tenía intención de regresar. Se lamentó al comprobar que la cartera con la documentación y las tarjetas se había quedado en los estudios de grabación.

Decidió que lo primero que debía hacer era encontrar un bar abierto donde poder cargar el teléfono y tomarse un café bien cargado para continuar con sus pesquisas. El metro estaba cerrado a esas horas y no tenía suficiente capital como para invertirlo en otro taxi. Se dio cuenta de que si andaba rápido, podía llegar a la estación de Nuevos Ministerios en menos de cuarenta minutos. Además, un buen paseo tal vez fuera el mejor bálsamo para sus padecimientos.

Cuando llegó a su destino, se dirigió a la única cafetería abierta. Lo primero que hizo en ella fue enchufar el teléfono. Saltaron varios mensajes, entre ellos el de Lucía, el más importante: «He comprado un billete para ir mañana a Madrid. Llámame cuando puedas».

Pasó media hora recargando la batería del móvil, bebiendo cafés negros y comiendo un abominable bocadillo de pan gomoso y salchichón con sabor a plástico. Para su desgracia, comprobó que el tempranero desayuno había acabado con más de la mitad de su presupuesto. Sin la tarjeta de transporte, se hacía difícil calcular sus próximos pasos sin la inevitable visita a su domicilio para buscar más dinero.

Aunque el teléfono no había terminado de cargarse completamente, fue suficiente para leer con calma los múltiples wasaps, llamadas de teléfono y SMS que había recibido de Lucía. Aparte de todos los intentos de su ex para saber de su paradero, el periodista descubrió dos mails de la productora: en uno le

informaban de que no contarían con él para próximas colaboraciones, y en otro, del departamento jurídico, le avisaban de las posibles consecuencias legales de sus declaraciones en caso de que se interpusiese alguna denuncia contra la cadena. También había un tercero, esta vez de su periódico, anunciándole que «su contrato quedaba suspendido». Entre las llamadas perdidas encontró varias de sus padres y hasta un par de su hermano, con el que no hablaba desde hacía meses.

El desastre planeaba por encima de su cabeza.

El hombre que ocupaba la mesa de al lado se levantó y se acercó para dejarle el ejemplar de *El País* del día, que despuntaba abierto en las páginas centrales, donde aparecía Javier con cara de loco gesticulando debajo de un titular que decía: «Un espectáculo bochornoso, ¿dónde están los límites en la televisión actual?». En media página de periódico se condensaban más descalificaciones hacia su persona de las que había recibido en toda su vida hasta entonces. Adjetivos como «mentiroso» y «farsante» se repetían dentro del texto. Lo más curioso era que todos los ataques se focalizaban en él, mientras que el autor del artículo llegaba a exculpar a Lisandro. En el último párrafo, el plumilla alababa el buen juicio de las colaboradoras de Lisandro, especialmente de Esther Campillo, para descalificar las «estrafalarias teorías conspiranoicas del infame periodista Javier Redondo».

Peor incluso era la columna de opinión de la página siguiente. Allí, la pluma más afilada y transgresora del periódico se encargaba de hacer trizas a Javier. Con leer la mitad le resultó suficiente para hacerse una idea de la clase de lindezas que debía de estar diciéndose de él.

Hizo recuento del dinero que le quedaba y desechó la idea de gastar sus pocos recursos en conseguir más prensa. De repente se acordó de que en su nueva adquisición también podía leer las noticias. Aunque seguía siendo un clásico de la tinta y el papel, no le había desagradado descubrir que podía echar un vistazo a los titulares desde la cama gracias a su iPhone. Abrió la aplicación de *El Mundo* y encontró su foto en la portada. El titular que acompañaba la noticia era escueto, pero bastante descriptivo: «Suficiente». En el mismo se hablaba de la necesidad de limitar ciertos contenidos —los relacionados con casos de desapariciones y asesinatos— y de regularlos para evitar casos como el de ayer. En tono editorialista, el artículo denunciaba el circo mediático —en el que también participaban ellos con seis noticias en la edición digital— que se había montado con el caso de Mario y Bruno, y en otros como el de Marta del Castillo o los niños de Córdoba. Javier tembló al comprobar que habían reservado un lugar preferencial en la página web al artículo de su columnista estrella. Solo le hizo falta ver el titular, «El imbécil», y leer el primer párrafo, para intuir cómo sería el resto del panegírico.

Desolado, Javier decidió guardarse el teléfono de nuevo en el bolsillo. Era curioso comprobar cómo en menos de veinticuatro horas todo había dado un vuelco tan espectacular. Los ojos de los camareros y el resto de los clientes que empezaban a llegar estaban clavados en él gracias al propietario del periódico, que se encargaba de revelar su identidad a cada persona que entraba en el establecimiento.

Ya en la calle, emprendió el camino en dirección a la Castellana con parsimonia. Todavía era pronto y se imaginaba que sería

complicado poder hablar con el inspector Gómez hasta un par de horas después. Estuvo tentado de llamar a Lucía, pero decidió que antes de hacerlo debía aclarar su situación. No se trataba solo de hablar con ella para desahogarse, para explicarle que todo había sido una trampa; Javier iba a necesitar a Lucía para cubrirse las espaldas ante lo que pudiese pasar a partir de ahora, y para ello le había enviado algo. Porque si una cosa tenía clara el periodista era que llegaría hasta el final con todo aquello. Estaba dispuesto a desenmascarar a los que le habían expuesto de un modo tan salvaje a la lapidación mediática.

Descubrir dónde estaba Severino, si es que realmente se llamaba así, y saber a qué demonios estaba jugando, eran en aquellos momentos sus dos objetivos primordiales. Para encontrar respuestas a sus preguntas, necesitaba hablar con Gómez. Este sí que era real. Lo había visto en la comisaría, en su despacho.

Aunque no hiciese otra cosa ese día, debía intentar contactar con ellos. Se merecía que le explicasen por qué le habían mentido. Tenía que llegar hasta la cabeza que había ideado ese plan.

El policía de la entrada le comunicó que el inspector Gómez no había llegado todavía y que posiblemente no apareciese por allí en todo el día. A Javier le dio la impresión de que aquel discurso estaba preparado y que si se ponía a esperarlo, no conseguiría demasiado. Decidió darse un paseo y volver en un rato. Quizá fuese una buena opción aguardar apostado desde la otra acera para ver a Gómez entrar o salir de la comisaría. Revisó el teléfono y vio el mensaje de

Lucía de hacía una hora: «Este fin de semana voy a Madrid. Llámame en cuanto puedas».

Cuando se encontraba en el paso de peatones esperando su turno para cruzar, empezaron a pitarle con insistencia desde un todoterreno. Javier alcanzó a ver quién le llamaba con tanta premura. De la ventanilla del conductor salió la cabeza de Tony, el dueño de la discoteca a la que solía ir con Lisandro y los del equipo. Se lo habían presentado el primer día que fueron allí, y no había podido quitárselo de encima las otras cuatro o cinco veces que habían acabado allí la noche. A Javier no le resultaba demasiado agradable su presencia: por las confianzas que se tomaba, una excesiva afición a darle palmaditas en la espalda y, sobre todo, por la obsesión con buscarle chicas jóvenes con las que pasar la noche.

Javier intentó ignorarle, pero fue imposible. Tony dio un brusco volantazo y se puso a su altura entre los pitidos y los insultos del resto de los conductores, que le reprobaban la maniobra.

—Hombre, Javier. Pero ¿qué haces por aquí? Menuda la que liaste anoche en la tele. Entra en el coche —le invitó Tony abriendo la portezuela del copiloto.

Ahora, además de los automovilistas, también le chillaban los peatones, que se veían obligados a rodear el 4×4 para poder pasar al otro lado.

—No… Tengo que hacer un recado —contestó Javier dubitativo.

—Anda, no me jodas. Como no subas, me van a matar. Vamos. Entra en el coche.

Al final, Javier hizo lo que le decía Tony y se montó en el automóvil de cristales tintados. Peor ya no podían ir las cosas, pensó el periodista. Además, tal vez Tony podía servirle de ayuda. No solo

conocía a Lisandro; también le había visto hablando una de las noches con el inspector Gómez. Después de todo, quizá su suerte podía empezar a cambiar.

Justo en el momento en el que cerraba la puerta, vio cómo se acercaba un joven corriendo desde el final de la calle. Agitaba su gorra, reclamando su atención, pero Tony aceleró y su imagen se perdió en apenas unos segundos. Su rostro le resultaba familiar. Estaba seguro de haberlo visto en alguna parte antes.

De repente recordó de qué lo conocía: era el corredor con el que había chocado al salir del restaurante de sushi. Y lo había vuelto a ver el día que estuvo hablando con Severino en el parque. Y todavía hubo una tercera ocasión. Acababa de recordar también la primera vez que le había visto: había sido en la comisaría, a las pocas semanas de la desaparición de Bruno y Mario. El mismo día que conoció al maldito inspector Gómez. ¡Cómo no podía haberse dado cuenta de que era la misma persona!

Aquel policía era su última oportunidad y la había perdido. Ahora solo le quedaba una misión: que se supiese toda la verdad. El día anterior había enviado a Lucía todas sus notas. No había pruebas concluyentes que condujesen a los verdaderos culpables, pero si ese material caía en las manos adecuadas, ese alguien podría tirar de la madeja y terminar su trabajo.

Se manejaron entre el tráfico de la Castellana como pudieron hasta que Tony giró en una de las rotondas en dirección a la M30. Al poco, un semáforo los obligó a detenerse. Fue allí donde alguien se subió en los asientos de atrás. Cuando Javier se giró para ver quién había entrado en el coche, se encontró a Severino apuntándole con una pistola en medio de los ojos.

—Tranquilo, hijo. Tú mira para adelante y no intentes ninguna bobada.

Atemorizado y paralizado por la posibilidad de que una bala le atravesara la cabeza, Javier no hizo movimiento alguno en todo el trayecto. Tampoco dijo palabra. Lo único que no pudo evitar fue mearse en los pantalones.

Tony y Severino tampoco hablaron hasta que llegaron a una urbanización. El periodista se imaginó que allí era donde vivía el primero, por la familiaridad con la que le trataba el guardia jurado de la entrada.

Ya dentro del chalet, Severino le puso unas esposas y le hizo bajar hasta el sótano de la casa. Le metieron en una habitación de poco más de cinco metros cuadrados sin ventanas, donde le dejaron durante un buen rato. Javier se dio cuenta de que su única esperanza ahora era que Lucía, cuando recibiese el sobre, prosiguiese con la investigación. Ella era tozuda y obstinada, y si a él le ocurría algo, seguiría adelante para saber la verdad; de eso estaba totalmente convencido. Intentó hacer un resumen rápido de sus opciones de huida, pero todas se iban desvaneciendo en el momento en que las pensaba. Tony fue el primero en bajar hasta la improvisada celda.

—Es mejor que ni siquiera lo intentes —le dijo a Javier, más como un consejo que como una amenaza, antes de sacar una naranja de la bolsa que había bajado—. No vas a poder salir de aquí por tus propios medios y no quiero hacerte daño. No me parece justo que cargues con las culpas de otros, pero esto es lo que hay. Tenías que haber parado a tiempo. De todas maneras, si te soy sincero, no me gusta nada todo lo que ha ocurrido. Me encantaría que esa gentuza

acabara en la cárcel, pero tú y yo sabemos que eso no va a ocurrir; tienen mucho dinero y demasiadas influencias. La justicia no es igual para todos, Javier; desengáñate. Eso es un cuento chino. Tú y yo somos hombres normales y corrientes, de los que obedecemos órdenes, y si no lo hacemos, acabamos como tú ahora.

—¿Por qué los ayudas?

Tony se pensó un rato su respuesta mientras pelaba la naranja.

—Es solo una cuestión de negocios. Les doy lo que quieren: drogas, chicos, chicas… Cubro todas sus necesidades, por asquerosas que sean.

—Pero la vida de esos dos chicos no es ningún negocio.

—Sí que lo es, aunque no lo creas. Todo es un gran negocio. En unos minutos estará aquí Severino para resolver este incidente. Además, ¿qué pensabas conseguir, Javier? El plan era sencillo. Tenías que ir a tu casa a remojar tus penas en alcohol. Piensa que hasta te habías sacado un pellizco con toda esta historia. Solo tenías que aguantar el tirón. Has quedado como un loco en la tele, pero antes no estabas mucho mejor. Si hubieses sido inteligente, hasta podías haber conseguido un poco más de dinero. Pero no, tú eres uno de esos que creen en la justicia. Lo has puesto todo patas arriba para nada. Has ido a buscar a Severino, a Gómez… Con lo fácil que hubiera sido que te fueras a tu casa.

Tony se comió el último gajo de naranja con parsimonia.

—Levántate —le ordenó a Javier.

Tony cerró la bolsa de naranjas, le dio varias vueltas a las asas para enganchársela en la mano y, sin que Javier llegara a poder reaccionar, le dio un par de golpes en la espalda que lo derribaron y lo dejaron sin respiración.

Mientras Javier se arrastraba por el suelo, Tony abrió la bolsa, cogió una segunda naranja y se puso a comerla.

—La fruta no es tan buena como dicen, ¿a que no? Seguro que nunca imaginaste que te iban a dar un par de hostias como estas así. Un método barato, sano y que no deja marcas, solo lesiones internas. Créeme: has tenido suerte de que me encargue yo de esto. Con los rumanos habría sido todo más doloroso.

Jueves, 8 de noviembre de 2012, por la tarde

Hacía frío, demasiado frío para ser otoño, así que Tony decidió quedarse allí de pie para sentir el calor del bidón ardiendo. Desde ese lugar podía ver todo el patio.

Hacía un buen rato que los gritos habían parado. Pero nadie bajaba. Tony no conseguía identificar dónde podían estar. El antiguo edificio en ruinas en el que se encontraba tenía toda la pinta de haber sido una antigua fábrica. Calculaba que había estado una hora en el coche, y eso le despistaba aún más. Porque debían de estar en las afueras de Madrid y, sin embargo, el sitio no le recordaba a nada conocido.

No había tenido un momento de respiro en todo el día. Primero tuvo que encargarse de Javier, luego llevarlo al chalet y hacerle entrar en razón. Y ahora esto, presenciar una ejecución. Hay días en los que no pasa nada, y otros, como este jueves, en los que pasa todo.

Un fuerte ruido interrumpió sus pesquisas. Habían tirado a Nicolae desde el primer piso. Tony, de forma mecánica, hizo el ademán de ir a ayudarle, pero al instante volvió sobre sus pasos hasta el bidón.

De repente, de una de las puertas que daban acceso al patio, apareció Florian con una moto. Empezó a dar trompos a toda velocidad, derrapando con violencia cerca de donde se encontraba su hermano. Luego se bajó de la motocicleta y cogió una cuerda que le había tirado uno de sus compañeros. La enrolló con precisión alrededor del cuello de Nicolae y la apretó de tal manera que parecía

que fuese a rompérselo. Su hermano intentó incorporarse, pero Florian se lo impidió con una patada.

Tony miró para otro lado. Eso no se parecía nada a lo que le habían comentado.

—¡Eh, tú! ¡*Pringao*! Mira aquí. Mira lo que voy a hacer. Luego tienes que contárselo a tus amigos.

Se subió de nuevo a la moto, después de enganchar el otro extremo de la cuerda, y aceleró con todas sus fuerzas.

No había ninguna duda: después de aquello, Nicolae estaría muerto. Y Tony ya había hecho su trabajo: comprobar que lo habían asesinado. Que no hubiese ningún truco. Ninguna sorpresa. Lo que no se esperaba era aquel ensañamiento. La escena le recordó a esa banda de mafiosos que había asesinado y después troceado a uno de sus compañeros para luego comérselo. Estos eran capaces de hacer lo mismo. Tony estaba convencido de ello.

Estuvieron más de media hora dando trompos con la motocicleta. A los pocos minutos, el cuerpo de Nicolae era una masa inerte de color rojo que solo se movía por el impulso de los vaivenes de la cuerda a la que estaba atado. Sin embargo, todavía estuvieron jugando un buen rato con el cadáver, cortándole las orejas y varios dedos, antes de echarlo al bidón.

Tony estaba a punto de vomitar cuando Florian se plantó delante de él.

—Ya has visto que yo hago bien mi trabajo. Díselo a tus jefes.

—Menos mal que era tu hermano.

—Por eso mismo ha sido así, porque era mi hermano.

Jueves, 8 de noviembre de 2012, por la noche

Aunque, en un principio, Rodrigo intentó despachar el asunto por teléfono, enseguida comprendió que el tema era lo suficientemente importante como para ir hasta allí en persona. Antes de acudir al chalet de Tony, habló con el juez y con el diputado; ambos le dieron plena potestad para resolver el asunto como creyera conveniente. Las opciones no eran muchas, aunque el banquero pensaba que empezaba a haber demasiados muertos en aquella historia. Y todavía le faltaba bastante información por digerir.

Cuando Rodrigo se presentó en la casa, Gómez, Severino y Tony estaban acabando con los últimos restos de una bandeja de pollo frito. El banquero se preguntó por qué se cumplía el tópico de las películas: los asesinos siempre tomaban comida basura antes de sus crímenes.

—Buenos días, Rodrigo —le saludó el dueño de la casa, quien se levantó para darle la bienvenida—. Si gustas, aquí todavía tenemos un montón de comida, y si prefieres otra cosa, puedo pedirle a alguno de mis chicos que vaya a buscártela.

—No, gracias, no quiero nada. Bueno, tal vez una copa no me vendría mal.

—Marchando un whiskito para el señor banquero.

—Hola, Rodrigo. Me imagino que estás al tanto de lo que ha pasado —le dijo Gómez con gesto serio.

—Sí, lo sé todo. Vais de cagada en cagada, Gómez, y así…

—Ni cagadas ni hostias, que iba a pasar esto ya te lo advertí —le cortó amenazante el policía.

—Chicos, chicos, tranquilos —intentó mediar Tony—. Aquí vamos todos en el mismo barco. No sirve de nada lamentarse.

—Esto se podía haber evitado. Desde el principio os advertí que esto no iba a ser como las otras veces. No eran unos muchachos africanos a quien nadie iba a reclamar. Esos dos tenían nombres y apellidos, familias, redes sociales y, además, habían nacido en Ciudad Real. Los conoce mucha gente y ahora más desde que están todo el día en la televisión. Hemos corrido demasiados riesgos. Matarlos no estaba en el plan.

—Se nos fue de las manos. Tienes razón.

—¿Se nos fue de las manos? Los matasteis, Rodrigo, los asesinasteis.

—Y tú eres cómplice de ello, inspector. Ahora no te pongas digno.

—Lo sé. ¿Por qué te crees que estoy tan preocupado? —dijo Gómez acercando la cara a la del banquero.

—Vamos a tranquilizarnos. Ya os dijimos que tenemos la voluntad de arreglar este desastre. Os pagaremos el doble que en las otras ocasiones. Ahora tenemos que tomar una serie de decisiones para acabar con esta pesadilla.

—En eso estamos de acuerdo. Tenemos que ver cómo solucionamos este marrón.

—¿Qué hay del rumano? —preguntó Rodrigo.

—Para la opinión pública está desaparecido. Como si se lo hubiese tragado la tierra. Esta mañana, el juez le ha puesto en libertad y desde hace dos horas no se sabe nada más de él. Y esa es la historia que contaremos a la prensa. Muchas conjeturas: ha vuelto a

Rumanía, trabaja de mercenario en un país africano, bla, bla, bla; la versión buena, la de verdad: asesinado por su propio clan mafioso. Tony se aseguró de que Florian cumplía su palabra. —Severino asintió con la cabeza—. Esos no se andan con hostias. Le arrancaron los dientes, le fueron troceando poco a poco, lo quemaron y disolvieron los restos en ácido.

—No hace falta que me deis tantos detalles.

—Querías toda la información y te la estoy dando, Rodrigo —dijo Gómez con expresión socarrona.

—¿Otro pelotazo, Rodrigo? —terció Tony para evitar que la cosa se torciese de nuevo.

—Pero esta vez con un poco de soda. Por lo que veo, todavía tenemos para un rato.

—Por Florian no hay que preocuparse. Ni se imagina que su hermano pudiese estar relacionado con el tema. Cuando todo esto salga a la luz, puede que se enfade, pero si es un chico listo, y Florian lo parece, no dará mucha guerra. Sabe que no le conviene.

—¿Y el resto?

—Verónica también ha pasado a mejor vida. Una yonqui muerta por una sobredosis. Eso es lo que se ha publicado en la prensa. Hacía tiempo que teníamos que habérnosla quitado de encima.

—Por lo que sé, Jorge ha comenzado una aproximación con su familia. Con la putita fuera de juego, todo será más fácil. Entiendo que todo se ha hecho de la manera correcta.

—Todo en orden —aseguró Tony.

—El asunto está resuelto y archivado.

—Dos de cuatro. ¿Y Chucky?

—En el sótano.

—Joder, esto parece Guantánamo —comentó el banquero apurando su copa.

—¿Te pongo otra?

—Pero pequeña, que tengo que conducir. Muchas gracias, Tony —dijo Rodrigo a su anfitrión mientras le rellenaba el vaso con un generoso trago de scotch.

—Chucky está ahí abajo. Se le ve tranquilo, es más duro de lo que parecía. Se ha llevado una buena somanta de hostias y todavía tira de orgullo.

—Tus muchachos, Tony, solo saben dar golpes. Ahora baja Severino para apretarle las tuercas —dijo Gómez.

—Eso lo dejo en vuestras manos.

—Cambiando de tema, todo esto está muy bien, Rodrigo, pero no es lo que hablamos en un principio —comentó Gómez.

—Nada es como hablamos en un principio. Y bastante culpa de ello la tienes tú, inspector. Aquí todos hemos de apechugar con lo que nos toca.

—No trates de hacerte el chulo. Sabes que esto no se paga igual. ¿Acaso te piensas que vamos a solucionaros todo este marrón sin una recompensa? He quemado buena parte de mis contactos para salvaros el culo. Y estoy de mierda hasta las orejas.

—Tú lo has dicho: estás igual de pringado con esto como nosotros. A ti también te conviene que no se sepa nada. Si se soluciona de manera satisfactoria, todos saldremos ganando y seguiremos haciendo negocios en un futuro.

—Me parece muy bien lo que dices. Pero ese no es el trato, Rodrigo. Si hay más trabajo, tenéis que pagarlo.

—Eso es complicado, Gómez. Los otros dos ya sabes cómo son: les das la vuelta y no cae ni un céntimo. Y yo estoy pelado. No tengo ni para trajes. Los becarios del banco visten mejor que yo.

—Menos cachondeo y habla con tus amigos. Si no hay más dinero, yo me planto y que salga el sol por donde quiera.

—A ver, vamos a entendernos todos. —Esta vez Tony le rellenó el vaso al banquero sin preguntarle antes—. Lo que dice el inspector es cierto. Yo no he abierto la boca y soy el primer damnificado con todo este asunto. Para empezar, tengo a dos personas atadas y amordazadas en mi casa. Todos estamos corriendo muchos riegos como para no vernos recompensados por ello. Habla con tus amigos y reconsiderad la situación. ¿Cuándo vas a verlos?

—Mañana.

—Hazles ver que Gómez… y también los demás nos merecemos una compensación por todos los esfuerzos extras que hemos tenido que hacer por esto.

—Veré lo que puedo hacer, pero no os prometo nada. Como os he dicho antes, este trabajo ya está pagado.

—Habla con ellos, Rodrigo. Todos somos buenos amigos y seguro que conseguimos entendernos.

Tambaleándose, el banquero se dirigió a la puerta sin despedirse de Gómez ni de Severino. Pero cuando iba a abandonar la estancia, se giró sobre sus talones para preguntarles de nuevo:

—Y con el otro, ¿qué vais a hacer?

—¿Que qué vamos a hacer? No es solo un problema nuestro —le corrigió el policía.

—¿Qué vamos a hacer? —rectificó Rodrigo.

—Eso depende.

—¿De qué?

—De si nos fiamos de que pueda estar calladito o si seguimos añadiendo muertos a la lista. Esto se está convirtiendo en una carnicería. Todavía no tenemos claro que Chucky vaya a aceptar y pasar por el aro.

—¿Cuánto sabe?

—Casi todo —contestó Tony por el inspector.

—¿Y se lo ha contado a alguien?

—Creemos que no, pero eso no se sabe.

—Que hable con él Severino y decidís. Yo ahí no me meto.

—¡No podemos seguir matando gente para cubriros las espaldas, joder! —gritó Gómez fuera de sí.

—Las espaldas nos las cubrimos todos. Y no te pongas dramático. La muerte de Verónica no tiene que ver con el caso y nunca van a encontrar la relación. En cuanto al rumano, tal como ocurrió hace veinte años, tenemos un delincuente que desaparece, un fantasma al que colgar todas las culpas. Chucky, si es inteligente, colaborará. Será el chivo expiatorio y se llevará una buena recompensa por ello. Además, nos puede servir de algo en un futuro. ¿El periodista? No me preocupa si aparece muerto. Por un accidente de coche tal vez. Cosas que pasan cuando un hombre está desquiciado y se ha convertido en el hazmerreír de este país. Se estampa contra un árbol y la autopsia revela el triple del alcohol permitido en sangre. ¿Cuál es el problema?

—Solo hay uno —fue Severino el que habló en esta ocasión—. Javier no tiene carnet de conducir.

—Algo se os ocurrirá. Sois gente imaginativa —dijo el banquero dando por concluida la conversación.

Tras esas palabras, Rodrigo Carrascosa abrió la puerta para marcharse. Por la cantidad de whisky que se le presumía en su cuerpo, bien podía ser él quien acabase estrellado contra un árbol.

—Menudo hijo de puta —dijo Gómez con rabia.

—No te preocupes. Estos apoquinarán como hay Dios —afirmó Tony.

—Severino, tú encárgate del periodista. Haz lo que consideres necesario. Lo dejo a tu elección. Tony, tú vienes conmigo a hablar con Chucky. En unas horas habremos acabado con toda esta mierda.

Viernes, 9 de noviembre de 2012

Javier estaba tumbado en el suelo del sótano de la casa de Tony, boca arriba, todavía visiblemente aturdido. Poco a poco fue desperezándose de su letargo sin tener conciencia aún del destino al que iba a tener que enfrentarse en breves momentos. A su lado, sentado en un sillón con las manos apoyadas en las rodillas, se encontraba Severino. Tranquilo y relajado, iba dejando pasar los minutos mientras Javier comenzaba a espabilar. Después de los golpes, lo último que recordaba el periodista era la imagen de Tony con una aguja en la mano.

Los efectos de las drogas estaban disipándose y Javier empezaba a cabecear torpemente, intentando levantarse sin mucho éxito, todavía víctima de las parálisis que le habían provocado los narcóticos. Se frotó los ojos y empezó a divisar como en una nebulosa una serie de imágenes que no le resultaban en absoluto familiares: el periodista se preguntaba cómo había ido a parar a aquel lugar decorado con trofeos de caza y pieles de animales salvajes en el que estaba seguro de que nunca había estado en toda su vida. Giró la cabeza a su izquierda y vio un rostro conocido; a cada rato conseguía ir viendo más claras sus facciones, hasta que por fin lo reconoció. La alegría inicial de encontrarse con una persona que le resultaba familiar se tornó poco a poco en angustia. Intentó incorporarse de nuevo, pero acabó en el suelo; no recordaba que estaba esposado. Un violento ataque de tos le dejó derrotado,

con la cara pegada a la alfombra, restregándose contra las mejillas los espumarajos que acababa de vomitar hacía unos segundos.

Javier respiró hondo y tomó conciencia de su situación: sabía que difícilmente habría vuelta atrás; el camino terminaba ahí, había cruzado demasiadas líneas y ahora tenía que rendir cuentas por su excesiva audacia y arrojo para intentar llegar al fondo de la cuestión, y sobre todo por su estupidez. Había llegado demasiado lejos él solo, sin ningún apoyo, sin calibrar en ningún momento al enemigo al que se enfrentaba. Él había sido una pieza más en esa partida, un peón marcado como sacrificable de antemano que había cumplido con creces, entregándose en cuerpo y alma en su papel; ahora había que dejar el tablero libre para que terminasen de competir los actores importantes de esa historia.

Severino se puso en pie lentamente mientras sacaba de su bolsillo una pistola, la amartilló y encañonó a Javier, que seguía en el suelo, sollozando, retorciéndose de forma espasmódica, implorando perdón una y otra vez. Por el dobladillo de su pantalón empezaba a correr un hilillo de orina.

—Javier, sabías perfectamente que esto iba a pasar. Compórtate, será rápido —le dijo Severino sin dejar de apuntarle a la cabeza.

—Perdón, perdón, perdón…, no me mates, no diré nada, lo juro, lo juro por Dios. —Javier imploraba desesperado mientras vomitaba los últimos restos de bilis que le quedaban dentro.

—Nadie te forzó a participar en esto. Lo tenías muy fácil. Pero tuviste que ir a buscarme a la residencia, y luego fuiste a meter las narices a la comisaría. Hijo, me lo has puesto muy difícil —le aseguró Severino.

—Pero ¿por qué yo? ¿Por qué no me puedo marchar? No diré nada, te lo juro, no diré nada. Puedo desaparecer y no volveréis a saber nada más de mí. Me han vuelto a despedir del periódico y Lisandro no me coge el teléfono; nadie quiere oír lo que pueda contar. —Javier suplicaba entre sollozos cada vez más ahogados.

Severino puso el seguro de su automática y se la guardó de nuevo en el bolsillo. Se atusó el poblado bigote y volvió a sentarse en el sillón, mientras Javier conseguía incorporarse a duras penas. El expolicía le señaló con la mano el sofá, invitándole a sentarse en aquel horrible tresillo de piel de cebra.

—¿Le has contado a alguien algo de todo esto? Y dime la verdad. No sirve de nada que me mientas. Me acabaré enterando igualmente, muchacho.

—No. A nadie. A nadie. Te lo juro —le imploró Javier.

—Será mejor que no me mientas. Esto solo se puede arreglar si eres sincero conmigo.

Javier sacó fuerzas de donde no tenía y decidió que salvaría a Lucía. Así, recobró la tranquilidad necesaria para afrontar sus dos últimas horas de vida con serenidad. Durante toda la partida había estado fuera de sitio y ahora iba a pagar por ello.

—Una última pregunta: a los condenados en las películas siempre les conceden una última gracia.

—Adelante.

—El hombre de los expedientes, ¿era Gómez?

Javier no tuvo que esperar a la respuesta de Severino; con ver la expresión de su cara ya lo supo.

—Me consta que quieres a Lucía. Para asegurarnos de que no le pasa nada necesito una cosa.

Severino le señaló el papel y el bolígrafo que había encima de la mesa.

Javier asintió y extendió las manos hacia el expolicía para que le quitara las esposas.

Viernes, 9 de noviembre de 2012

Un accidente de tráfico había colapsado la entrada por el norte de Madrid. Rodrigo lo había intentado con la ruta alternativa que le marcaba el GPS, pero había sido peor el remedio que la enfermedad. La M40 era una trampa en la que había quedado retenido. Llegó casi cuarenta minutos tarde a la cita con sus compadres. Para entonces, estos ya habían dado buena cuenta de unos suculentos aperitivos y varios gin-tonics. El banquero se percató de repente de que llevaba más de dos horas sin probar una gota de alcohol, así que le hizo un gesto al camarero para que le trajesen uno como el de sus amigos. Sin duda alguna, el combinado le ayudaría a despejarse. El atasco le había aturdido bastante y esa noche necesitaba tener la mente clara para poder dar carpetazo a una historia que a punto estaba de írseles de las manos.

De lo primero que se dio cuenta Hassan aquella tarde fue que las persecuciones no son como se ven en las series de policías. Había sudado tinta para no perder la pista del juez. Hasta tres veces tuvo la impresión de haberlo hecho.

Casi por casualidad consiguió divisar su coche saliendo de la circunvalación. Tuvo que hacer una maniobra bastante arriesgada para no acabar con sus huesos en el asfalto. Pero al final había conseguido equilibrar la motocicleta y llegar sano y salvo hasta el

aparcamiento del restaurante donde el juez había dejado su vehículo.

Hassan no llevaba ningún plan trazado. Solo tenía una vieja moto, un cuchillo de montaña y toneladas de odio en su interior. Solo faltaba la espoleta que hiciese estallar esa carga. Y todo parecía apuntar que aquello podía ocurrir aquella noche.

Rodrigo se acomodó en el reservado del restaurante, donde lo habían estado esperando sus amigos.

—Buenas noches, señores. Disculpad el retraso. Ha sido horrible. Hemos estado parados casi tres cuartos de hora; he tardado cuarenta y cinco minutos para recorrer tres putos kilómetros.

—Ya sabes cómo se pone Madrid a estas horas, Rodrigo —le dijo Rufino entre risas.

—Se os ve muy contentos. Y tú estás especialmente gracioso, Rufino —comentó el banquero después de apurar de un trago su bebida y encargar otra al camarero que se disponía a tomarles nota.

Fue el juez quien se encargó de pedir. Por la cantidad y la calidad de los platos daba la impresión de que se trataba de una celebración por todo lo alto. El abusivo precio de los caldos elegidos corroboraba esa impresión.

—¿Es que celebramos algo? Porque si es así, yo no me he enterado del motivo.

—Tranquilízate, Rodrigo, que estás muy tenso —apuntó el político.

—Los que estáis muy relajados sois vosotros. Aquí el que os ha tenido que limpiar la mierda ha sido el menda. Si no recuerdo mal, hace unos días el que estaba muy nervioso eras tú, Rufino.

—Que no sea yo el que tenga que poner paz —terció Gonzalo—. Me encanta cuando discutís vosotros. Me recuerda a nuestros tiempos en la facultad.

Hicieron un descanso en la conversación mientras les traían a probar la primera de las botellas de vino y les servían los entrantes. Rodrigo intentaba estar más distendido, pero pensar en lo abultado de la cuenta que se avecinaba y, sobre todo, en la manera de pagarla volvió a ponerle tenso.

—Rodrigo, sabes que apreciamos mucho lo que has estado haciendo hoy —comentó el juez—. Confiamos en ti y por eso te has encargado siempre de esos temas. Rufino y yo sabemos lo complicada que es tu situación en el banco y vamos a hacer todo lo que esté en nuestra mano para ayudarte. Igual que lo has hecho tú siempre con nosotros. Y ahora un brindis por el futuro.

—Por el futuro —apostilló Rufino levantando su copa.

—Estáis muy contentos. Algo no me habéis contado.

El político y el juez se miraron y rieron a la vez.

—Te vamos a contar una primicia, Rodrigo. Aquí, tu amigo se ha librado del marrón de la financiación de mi partido. Han aceptado su petición para retirarse de la causa. Gonzalito, encantado; y yo también, por supuesto. Ahora va a poder dedicarle más empeño al nuevo caso que le ha caído esta tarde: el de tu banco.

—¡¿No jodas?! —gritó Rodrigo, al borde de un ataque de nervios.

—Por lo visto, tu antiguo jefe va a comerse el marrón él solito —aseguró Rufino.

—¿Y los que estábamos en el consejo de administración?

—Estate tranquilo, que te has quedado más blanco que la servilleta. A ti no te va a pasar nada, nada malo. Además, habrá que

rellenar los puestos que quedarán vacíos desde tu despacho hacia arriba. ¿Quién sabe? A lo mejor, esta noche nos invita a cenar el nuevo vicepresidente del banco nacionalizado. O puede que el presidente…

—Bueno, bueno. Dejad que la justicia haga su trabajo. Que ahí me queda mucha tela que cortar —dijo el juez.

—Gonzalo siempre tan comedido —apostilló Rufino.

Un sudor frío recorría el cuerpo de Rodrigo Carrascosa desde las uñas de los pies hasta el último pelo de su canosa cabellera. Ni siquiera valoraba la perspectiva de medrar que Rufino le había comentado. El agujero que había en las cuentas del banco era de tal magnitud que veía muy complicado que no le salpicase de alguna manera. Sus amigos habían repartido las cartas para las próximas partidas, y las suyas llevaban todas las de perder. La única forma de salir del atolladero estaba en la mano de sus dos compañeros de mesa. Rodrigo no solo tendría que ocultar sus desvaríos en la antigua caja de ahorros y sus préstamos personales, ahora también iba a tener que estar dispuesto a realizar todos los favores que le sugiriesen. Ambos tenían unas importantes líneas de crédito concedidas en unas condiciones muy beneficiosas. ¿Cuánto tiempo tardarían, después de ayudarle con sus cuitas, en solicitarle que las cancelara? ¿Hasta dónde sabían de sus problemas?

—Esta noche toca relajarse. Ya sé que a ti ahora no te lo parece, pero el futuro se antoja fantástico. En los próximos dos años vamos a ver desaparecer a muchos de nuestros enemigos y nosotros solo podemos beneficiarnos de esa situación. Caerán un par de chivos expiatorios en el camino y nos cobraremos alguna cuenta pendiente.

—Eso suena muy bien para vosotros. Pero y yo, ¿en qué situación me quedo? Si Gonzalo pasa la tijera, como él dice, tiene que meter en la cárcel a todos los miembros del consejo de administración del banco, del nuevo y de los que se fusionaron para crearlo; y echar la llave al mar.

—No será para tanto, Rodrigo. Aquí Gonzalo es un hombre con mucho celo, pero es magnánimo y sabe perdonar. Durante unos meses saldrán cosas horribles en la prensa. Se filtrarán documentos y se contarán historias muy divertidas del marqués y sus excentricidades en diversos artículos de opinión. Pero todo eso no tendrá resultados prácticos. El problema no está ahí. El verdadero problema lo tenéis con las preferentes de los huevos. Es una historia con recorrido diferente. Por lo que yo sé, tú ahí no tienes mucho de lo que te puedan acusar, ¿me equivoco?

El banquero negó con la cabeza. Aunque él había aceptado llevar a cabo la venta de esos productos a sabiendas de que se trataba de un engaño manifiesto, no había sido su impulsor, y la única posible relación con el fraude era su puesto de director de la antigua caja quebrada. En esto tenía razón Rufino: había muchas cabezas que cortar en relación con ese tema antes que la suya.

—Tómatelo como una gran oportunidad para progresar en la nueva entidad. Y ya vale de caras serias. Cuéntale al juez cómo ha quedado la cosa para que nos dé su sabia opinión.

—En principio parece que está todo solucionado —dijo Rodrigo, tomando aire mientras apuraba la tercera copa de vino blanco—. Verónica está fuera de circulación —dijo bajando el tono de voz.

—Eso ya lo sabíamos. Es una noticia estupenda.

—Por lo que me han contado, la madre de Esparza le ha perdonado y ya duerme en la casa familiar —explicó Gonzalo.

—No hay nada que nos vincule a nosotros ni a Esparza, aunque, por lo visto, él se encargó de forma muy directa de la solución del problema.

—Al final va a resultar que el niñato tiene cojones —dijo Rufino.

—Ahora lo importante es cumplir con nuestra parte del trato.

—De eso me encargo yo. No os preocupéis. En breve hablaré con su padre. Iremos poco a poco: primero, volverá a trabajar en el bufete familiar; luego, una declaración pública hablando de sus problemas con la bebida, las drogas ni mencionarlas, que están muy mal vistas, arropado por algunos cargos importantes del partido; y finalmente, un puesto intermedio para calmar sus aspiraciones. Con su historial nunca podrá llegar a nada importante. Lo que debemos hacer es tenerlo contento.

—¿Y podemos confiar en que no vaya a abrir nunca la boca? —preguntó el juez.

—Por lo visto, a Esparza lo ayudaron un camello y su novia. Tengo sus contactos por si alguna vez hay que refrescarle la memoria.

—Estupendo. Problema solucionado. ¿Y qué hay del resto?

—El rumano tampoco está ya entre nosotros —dijo Rodrigo.

—Amén —comentó jocoso Rufino.

—Mañana sábado encontrarán los cuerpos de los dos chicos en la nave y a los pocos días le cargarán el cartel del delincuente más buscado de España. Múltiples conjeturas, diferentes tesis, pero nada en claro.

—¿Quién se encargó de él? ¿Gómez?

—No, qué va. Fue su propio hermano. Pensaba que lo había delatado.

—¿Y cuando se entere de que le buscan por el asesinato de dos adolescentes?

—Pues seguirá calladito. Digamos que hay muchos informes que incriminaban a Florian y que ahora tienen a Nicolae como sospechoso.

—No me gusta —dijo el juez—. Veo fallos en ese plan. Nos estamos fiando de un delincuente.

—Serán solo unos meses y Tony ya está trabajando en ello. Ya sabéis cómo se las gastan esas bandas de delincuentes extranjeros. A lo mejor el próximo verano se dedican a pegarse tiros entre ellos y el tal Florian acaba acompañando a su hermano en el infierno.

—¿Son necesarios tantos muertos? —inquirió el juez con rostro preocupado.

—Esos la iban a palmar igualmente. Cuando te metes en un mundo tan oscuro como el de Gómez y Tony, la muerte está a la orden del día. El rumano y Verónica eran carne de cañón. De una forma o de otra iban a estar criando malvas antes de los treinta. Solo hay una muerte con la que tendremos que cargar, aunque tampoco es culpa nuestra: la del puto periodista. ¿No es así, Rodrigo? —preguntó el político.

—Así es.

—Eso sí que es un problema —afirmó Rufino.

—Severino se ha encargado de resolverlo.

—¡Otra muerte más! —exclamó el juez, derramando parte del vino de su copa en el mantel.

—Tranquilo, Gonzalo. Se habían agotado todas las otras posibilidades —repuso Rodrigo bajando el tono de voz.

—Esto es una chapuza —dijo el juez con tono preocupado.

—Joder, Gonzalo, ¿es que no estás escuchando a Rodrigo? Lo tenemos todo controlado. Gómez se encarga de ello. En unos meses nadie se acordará de nada.

—No lo tengo claro —comentó el juez mientras se levantaba de la mesa para ir al baño.

—Rodrigo, debes reconocer que Gonzalo tiene su parte de razón. Hay demasiadas vías de agua.

—Joder, Rufino. Que el que está dando la cara para solucionar esto soy yo. Ya sé que la situación es jodida, pero todos éramos conscientes de lo que podía pasar. Ahora no me vengáis con historias.

—Baja el tono de voz y frena con el vino. Estamos en un lugar público.

Aprovecharon el minuto siguiente para intentar sosegarse.

—Se os oía desde el baño —dijo el juez a su regreso—; si queréis, podemos pedirle un altavoz al *maître*. Tengo el miedo en el cuerpo con tanta incompetencia, pero vamos a tratar de ser fríos. Confiemos en que la historia del rumano cuaje como dices, Rodrigo. Ahora mismo lo que más me preocupa es lo del periodista. Hay que hacerles ver que no puede haber ni un fallo con ese tema.

—Y no lo habrá, Gonzalo. Te he dicho que Severino se ha encargado de ello.

—Se me han quitado las ganas hasta de tomar postre. Me has estropeado la cena, Rodrigo.

—Tenéis muchos huevos…

—Vale ya. No quiero más discusiones —terció Rufino.

—Yo solo digo que…

—Vale, Rodrigo. Se acabó —dijo el político agarrando del brazo a su amigo con firmeza.

—Entendido —dijo el banquero.

—Por lo que veo, estas no son las únicas noticias que traes. ¿Qué más tienes que contarnos, Rodrigo?

—Hay un acuerdo con el otro chico para que vaya a la cárcel. Él dirá que todo fue cosa de Nicolae y que él no tuvo nada que ver. Tú eres el que entiendes, Gonzalo, y tienes que decirnos cómo plantearlo para que solo pase unos años en prisión. Eso es parte del trato.

—Sin las pruebas forenses, es complicado saber si hay algo que le incrimina directamente, pero se puede enfocar de la forma que dices. Aun así, la petición del fiscal va a ser considerable. Va a solicitar una pena ejemplar.

—Habrá mucha presión mediática y es lógico que se busque una condena larga.

—Pero eso no es todo.

—¿Me estás queriendo decir que hay algo más, Rodrigo? —dijo el juez mientras se limpiaba las gafas con la corbata.

—Gómez quiere más dinero.

—Que le den por culo a Gómez —respondió el magistrado.

—Rodrigo, como puedes comprender, nosotros dos ya hemos cumplido con nuestra parte. Eres listo y sabes muy bien lo que te conviene. Recuerda la conversación del principio. Arréglate con Gómez, pero no nos vuelvas a molestar al juez y a mí con temas económicos.

Después de su última frase, Rufino se levantó de la mesa, al igual que Gonzalo. Antes de marcharse se volvió a dirigir a Rodrigo:

—Será mejor que no nos veamos durante un buen tiempo. Como hemos comentado, nuestros intereses se van a cruzar en los próximos meses y no es muy recomendable que nos relacionen. Haz bien tu trabajo y las cosas pronto volverán a ser como antes; o mejores. Y gracias por invitarnos a cenar —le dijo el diputado, dándole una palmadita en la espalda a modo de despedida—. Intocables, somos intocables, Rodrigo.

El banquero todavía permaneció un rato sentado a la mesa. Si todo seguía hacia delante tal como había comentado Rufino, puede que su suerte empezase a cambiar. Ahora solo quedaba saber cómo iba a conseguir la pasta para pagar a Gómez y a sus amigos.

Llevaba más de dos horas al raso cuando divisó la rechoncha figura del juez saliendo del restaurante acompañado de otra persona. Hassan se preguntó si no sería algún otro de los diablos que le torturaron aquella noche. En cuanto llegaron al aparcamiento, se encaminaron hacia sus coches, que se encontraban en direcciones contrarias. Hassan siguió a su presa hasta donde estaba su vehículo. Apretaba el cuchillo con fuerza. Estaba empapado en sudor y los nervios le atenazaban el estómago. A duras penas consiguió reunir fuerzas para acercarse a unos pocos metros del juez.

Estaba tan absorto en lo que quería hacer que no se dio cuenta de que había otro coche a punto de salir. El impacto le desplazó varios metros. El conductor se bajó del coche y, cuando comprobó que el

atropellado era un magrebí con un cuchillo en la mano, se montó de nuevo y volvió a salir más veloz que antes si cabe.

El juez solo oyó el fuerte estruendo de un derrape y percibió el olor de la goma quemada. Desde su posición no podía ver a Hassan, así que se montó en su BMW y se dirigió ufano a su casa.

Quien sí vio a Hassan fue el guardia de seguridad del aparcamiento. Cuando se acercó hasta él, le sorprendió comprobar que seguía vivo, aunque no sabía durante cuánto tiempo. Su primer impulso fue el de llamar a la policía; por suerte para Hassan, su salvador cambió de idea.

Sábado, 10 de noviembre de 2012

Lucía volvió a intentarlo, pero Javier seguía sin contestar al teléfono. No sabía dónde ir a buscarlo. Intentó pensar con claridad, aunque llevara toda la noche sin pegar ojo. Salió del intercambiador en dirección a la parada de taxis. Su antigua casa era el único sitio al que se le ocurría ir en ese momento. De repente recordó que, cuando se marchó del piso, había dejado a propósito las llaves en el recibidor. No tenía pensado volver allí nunca más y ahora se arrepentía de haber sido tan arrogante.

Al llegar ante el edificio, llamó al portero automático, pero no obtuvo respuesta, así que aprovechó que un vecino sacaba a pasear a los perros para entrar en el portal. Arriba tampoco tuvo éxito. ¿Qué podía hacer ahora?, se preguntó Lucía. Buscó en su agenda el número de un compañero de Javier del periódico. No sabía nada de él. Lo único que podía decirle era que lo habían vuelto a despedir del diario después de su última aparición en el programa de Lisandro. Lo intentó también en la productora del programa, pero le fue imposible llegar más allá de la segunda operadora. Pensó luego en acudir a la policía, pero enseguida desistió de su idea; Javier era mayor de edad y, aunque su intuición le decía que le podía haber pasado algo malo, no tenía pruebas suficientes para poner una denuncia por desaparición.

También telefoneó a algunos amigos, suyos y de Javier, pero nadie le supo decir nada del paradero de su expareja. Estaba demasiado cansada como para que se le ocurriera alguna idea brillante, pero al

final la tuvo. Llamó a un cerrajero. Al fin y al cabo, el contrato de alquiler seguía estando a nombre de los dos.

Una vez dentro del apartamento, recorrió todas las estancias sin ningún resultado. Intentó llamarlo por última vez, pero el resultado fue el mismo. No había comido y le fallaban las fuerzas. Decidió echarse un rato. Tumbada en la cama que habían compartido tantas noches, se quedó dormida abrazada al pijama de Javier. Cuando se despertó de la improvisada siesta, se preparó un café bien cargado y volvió a intentarlo de nuevo. Nada. Encendió la radio: necesitaba una voz que la acompañara. Pero lo que escuchó al ponerla la estremeció: habían aparecido los cadáveres de Bruno y Mario. Decidió que no podía dejar pasar más tiempo: tenía que acudir a la comisaría. Dejó el transistor encendido mientras se vestía y, justo al final de las noticias, el locutor dijo una frase que le heló el corazón: «Tenemos una información de última hora: han encontrado muerto al periodista Javier Redondo, que había participado en los programas de Lisandro Meneses sobre la desaparición de Mario y Bruno».

APARECEN LOS CADÁVERES DE LOS DOS JÓVENES DE CIUDAD REAL

Nuba Press, Madrid, 10 de noviembre

La policía ha comunicado este sábado que los cuerpos hallados en una nave industrial, a las afueras de Madrid, pertenecen a los dos jóvenes desaparecidos.

El Ministerio del Interior ha confirmado el hallazgo de los cadáveres de los dos jóvenes de Ciudad Real, Mario Rodríguez Carmona y Bruno Sánchez Hernández, en una nave industrial a las afueras de Pinto.

El descubrimiento de los cuerpos sin vida de los adolescentes de Ciudad Real ha sido fruto de la casualidad. Ha sido un trabajador de una inmobiliaria quien los ha encontrado cuando se disponía a enseñar a un posible cliente el mencionado local, situado en el polígono Las Arenas. El intenso olor hizo pensar, en un principio, que podría tratarse de algún animal muerto. Al adentrarse en la nave fue cuando descubrieron los cuerpos de los chicos en un avanzado estado de descomposición.

Hasta ahora esto ha sido todo lo que ha transcendido de la investigación, al encontrarse el caso bajo secreto de sumario y a la espera de conocerse los primeros resultados de las pruebas forenses. El ministro ha confirmado que los jóvenes fueron asesinados y que actualmente se manejan varias hipótesis para detener a los culpables. A su vez, ha pedido cautela y corrección a los medios de comunicación para que no entorpezcan la labor policial.

Mario y Bruno desaparecieron hoy hace ochenta y ocho días. La última vez que se les vio con vida fue a la salida de una discoteca de las afueras de Ciudad Real. Varios testigos afirmaron haberlos visto subiendo a un coche de color rojo, aunque este último extremo nunca fue confirmado por la policía. Durante los últimos meses, su caso tuvo una gran repercusión pública por las apariciones de sus

familiares en el programa especial del polémico presentador de televisión Lisandro Meneses.

TELEDIARIO DE ANTENA 3

10 de noviembre de 2012, 15.00 h

«Se confirma la triste noticia que les adelantábamos hace una hora en el avance especial de este telediario. Los cuerpos encontrados a primera hora de esta mañana en una nave industrial de Pinto son los de los dos jóvenes desaparecidos de Ciudad Real, Mario Rodríguez y Bruno Sánchez.

»De momento, no son muchos los datos que podemos ofrecerles a la espera de la nueva rueda de prensa que el Ministerio del Interior ha convocado a las cinco de esta tarde, donde esperamos que podamos llegar a conocer todo lo relativo a este terrible suceso.

»Hasta el lugar de los hechos se ha desplazado una de nuestras reporteras para conocer de primera mano todo lo ocurrido en ese templo del horror en el que han sido encontrados los muchachos a escasos kilómetros de la discoteca en la que se les vio por última vez.

»Buenos días, Pilar. ¿Qué nos puedes contar desde el lugar de los hechos? ¿Hay alguna novedad en la investigación?».

«De momento, el secretismo en torno a la investigación es total, aunque ya empiezan a circular rumores que hablan de los detalles del asesinato. Lo que sí podemos asegurar es que todo apunta, y esta es la gran noticia que podemos anunciar, a una rápida resolución del caso. Y es que fuentes de la investigación nos han comentado la existencia de diversas pruebas periciales que confirmarían una de las líneas de trabajo que la policía estaba siguiendo en las últimas semanas».

«¿Sabemos si hablará de ello el ministro en la comparecencia de esta tarde?».

«Parece más difícil que se puedan confirmar datos en este sentido. Y, precisamente, para facilitar la captura de los culpables».

«Lo que sí ha confirmado el ministro esta mañana es la hipótesis del asesinato. Sé que este es un tema muy delicado, pero ¿se sabe algo de las circunstancias en las que murieron los dos jóvenes?».

«Esto es algo que se irá desvelando en los próximos días. Aunque por la violencia que supuestamente ambos habrían sufrido, la intención de la policía es que no lleguen a filtrarse a la prensa los detalles más escabrosos. Pero, por lo que sabemos en este momento, hubo un gran ensañamiento con los jóvenes».

«En algunos medios se ha hablado incluso de abusos sexuales. ¿Tenemos alguna confirmación de esto?».

«Sí. Este es un extremo que seguramente confirmará esta tarde el ministro del Interior en su rueda de prensa. Como te decía, según los rumores que circulan en torno a la investigación (insistimos, todavía sin confirmar), un primer reconocimiento de los cadáveres muestra que los sometieron a una violencia física extrema».

«Se nos hace un nudo en la garganta con todo esto que nos estás contando. ¿Qué sabemos de los familiares?».

«La aparición de los cuerpos de los dos jóvenes se comunicó a las familias a primera hora de la mañana. Varios psicólogos y personal del ministerio se desplazaron hasta sus domicilios para ayudarlos en estos duros momentos que están viviendo ahora. Por lo que nos han dicho, es cuestión de minutos que se produzca el traslado de los cuerpos hasta el instituto anatómico forense para su estudio. Muy probablemente, los familiares no podrán ver hasta mañana por la mañana a sus seres queridos en el tanatorio».

«Muchas gracias, Pilar, por tu testimonio. Tienes la línea abierta para cualquier novedad que surja durante el telediario».

«Así lo haremos».

MUERE EL PERIODISTA Y COLABORADOR TELEVISIVO JAVIER REDONDO

elmundo.es, Madrid, 10 de noviembre de 2012

El periodista Javier Redondo ha fallecido a la edad de 35 años. Ha sido el periódico para el que trabajó durante más de siete años el que ha confirmado la noticia de la muerte del periodista.

El cuerpo sin vida de Javier Redondo apareció en la Casa de Campo de Madrid. Todos los indicios apuntan a una ingestión masiva de alcohol y antidepresivos como la posible causa de su fallecimiento. Según fuentes policiales, entre sus pertenencias se ha descubierto una posible nota de suicidio.

Javier Redondo participó recientemente en varios especiales de Queremos que vuelvan, programa del que fue despedido por problemas de conducta, según informó la cadena de televisión.

Casualmente, su fallecimiento se ha conocido el mismo día que han aparecido los cuerpos sin vida de Bruno y Mario. Javier Redondo siguió el caso de su desaparición desde agosto en su periódico y fue un colaborador destacado y bastante polémico en dos de los especiales televisivos del controvertido presentador Lisandro Meneses.

Domingo, 11 de noviembre de 2012

Ya solo podía ayudar a Lucía. Gómez se había adelantado a todos y Ricardo había quedado en fuera de juego, sin posibilidad de hacer nada por Javier. Le había seguido hasta que subió en el coche de Tony, pero cuando regresaba a su automóvil para ir tras ellos, recibió una llamada del inspector. Tenía que acudir urgentemente a la comisaría: la operación contra las mafias kosovares en la que habían estado trabajando se adelantaba unas semanas. En unas horas tenía que viajar a Valencia y había tenido que estar allí hasta ayer por la noche. Se la había jugado al intentar contactar con su enlace para avisarle del peligro que corría Javier, pero no había servido de nada; Gómez había ganado la partida.

Sintió la misma frustración que cuando Koldo fue a visitar a su padre. Ricardo sabía que aquello podía suceder y había advertido a su padre sobre la posibilidad de que un etarra fuera en algún momento a su casa a visitarlos, quizá incluso a quedarse un par de días. Supuestamente, su padre estaba enterado de las actividades de su hijo y las apoyaba, así que debía de ser algo rutinario; una simple comprobación, pero no fue así. Koldo ya llevaba tiempo desconfiando de Ricardo. Cada vez estaba más claro, con cada nueva detención, que había un topo en la organización. El padre de Ricardo estaba convencido de haber cumplido a la perfección las órdenes de su hijo, por eso se sobresaltó cuando oyó un portazo a los dos días de la llegada del etarra. No entendía qué podía haber pasado, por qué se había marchado a la francesa. Enseguida

encontró la respuesta: encima de la cama había una foto de Ricardo con el uniforme de la policía. Era la única que guardaba de él vestido de oficial. No había podido desprenderse de ella: era la última que tenía de Ricardo con su madre, tomada unos meses antes de que ella muriera.

Y aunque sus superiores le felicitaron por su misión infiltrado en ETA, Ricardo siempre lo consideró un fracaso. Debía haber revisado la casa de su padre para que no quedara una sola foto, no tenía que haber dejado un rastro como ese. La situación ahora era incluso peor; a pesar de que su enlace le había felicitado por toda la información que había recopilado, Ricardo solo podía pensar que aquello era un desastre: muertos y más muertos, y ni un solo detenido que mereciera la pena.

Tomó aire; debía pensar con perspectiva. No podía fallar a Lucía. No solo tenía que protegerla de esos asesinos, sino que su salvación sería también la condena de Tony, Severino y el maldito inspector Gómez. Y de los monstruos, sobre todo de ellos.

TWITTER, 11 DE NOVIEMBRE DE 2012, 18.39 H

@lisandrom La @policia confirma la detención de uno de los sospechosos de la muerte de Bruno y Mario. #CrimenBrunoyMario #QueremosQueVuelvan #Justicia

@policia Esta tarde se ha procedido a la detención de S. M. S., antiguo compañero de instituto, como posible autor de la muerte de #BrunoyMario

@policia El Ministerio del Interior cursa a la Interpol una orden de búsqueda y captura de Nicolae Illiescu como autor material del #CrimenBrunoyMario

@elmundoes Un peligroso delincuente rumano, que contó con la ayuda de un conocido camello de Ciudad Real, es el asesino de Bruno y Mario #CrimenBrunoyMario

Lunes, 12 de noviembre de 2012

Lo peor para Lucía había sido tener que enterarse de la muerte de Javier a través de los medios de comunicación. Descubrir por casualidad que la persona más importante en su vida había fallecido y a la vez que nadie se había puesto en contacto con ella para contárselo. Aunque, bien pensado, ¿cómo podían haber contactado con ella? Solo había visto una vez a los padres de Javier durante una breve visita de estos a Madrid. Y en otra ocasión su hermano se había quedado a dormir un par de noches en su antiguo apartamento cuando había tenido que venir a la capital para unos exámenes de unas oposiciones. Lo recordaba como una persona afable, pero nunca más volvió a aparecer en sus vidas. Tanto ella como Javier habían decidido mantener a sus familias al margen de su relación. Ella solo había regresado a Burgos durante esos años para los entierros de sus padres. Y cuando él iba a pasar una semana en verano a Albacete, lo hacía solo.

La familia de Javier viajó hasta la capital el mismo día que los avisaron. Decidieron liquidar el asunto por la vía rápida y, una vez hecha la autopsia y dada su conformidad a la teoría del suicidio, decidieron regresar a la ciudad manchega con el cuerpo y las pertenencias que quisieron quedarse del apartamento.

Después de escuchar la noticia sobre la muerte de Javier, Lucía fue directa a la comisaría. Pasaron unas cuantas horas hasta que la atendieron. Un policía le informó de que el entierro se celebraría al día siguiente en Albacete, o que por lo menos esa era la intención de

la familia, por lo que habían comentado. Lucía le preguntó si no habían comentado nada sobre ella, pero la respuesta fue negativa. Aunque les habían consultado si había algún otro familiar o amigo al que avisar, ellos habían respondido que no, que había tenido una novia, pero que ya no estaban juntos. En realidad, por mucho que a Lucía le doliese, aquello era cierto.

Sin perder más tiempo ni cuestionarse lo acertado o no de su decisión, Lucía se dirigió a la estación de Alsa para intentar coger un autobús hasta Albacete. Y, pese a que consiguió llegar a su destino antes de la hora de comer, al abrir *La Verdad* por la sección de esquelas comprobó que el entierro de Javier había tenido lugar hacía ya un par de horas. Desolada, Lucía salió de la estación y se sentó en uno de los bancos de un parque cercano, donde lloró todo lo que no había llorado en esos últimos días. Por fin tomó conciencia de la situación: Javier estaba muerto. Ya no volvería a verlo jamás.

Lucía tardó más de una hora en reaccionar. Tenía claro que había ido hasta Albacete para ver a Javier, y eso era lo que iba a hacer. Sacó el papel con el teléfono que le había dado el policía y se decidió a llamar a aquel número.

—Hola. Soy Lucía, la… novia de Javier.

—Hola, Lucía. Soy Roberto. No sé si me recuerdas.

—Sí, claro —dijo Lucía mientras se secaba las lágrimas.

—¿Estás bien?

—Sí, creo que sí. Llegué hace un par de horas, pero he visto que ya ha sido el entierro. Pensé que me avisaríais.

—No tengo nada contra ti, Lucía, pero mis padres preferían que no asistieses. Para ellos todo esto ha sido muy duro. Lo de la televisión y lo que ha pasado en general. Sé que no es justo, pero

en cierto modo, mi madre cree que tú eres culpable de todo lo sucedido.

—¿Sabía que no estábamos juntos?

—Sí. Cuando mi hermano nos llamó para decirnos que iba a salir en el programa de televisión, también nos contó que ya no erais pareja. Que te habías marchado. Él no te echaba a ti la culpa de nada, pero ya sabes cómo son las madres. Ella pensaba que la relación de Javier sería más parecida a la mía: que se casaría, tendría hijos y vendríais por aquí para estar todos juntos en las fiestas y el verano.

—Te entiendo.

—En fin, creo que ha sido mejor para todos que no hayas venido.

—Querrás decir «para vosotros» —contestó Lucía.

—No voy a discutir contigo, entiendo que también es muy difícil para ti.

—Muchas gracias por tu comprensión —dijo sarcástica.

—A mí me habría gustado que las cosas hubiesen sido de otra forma, pero es mi familia.

—Lo siento. No te culpo de nada, pero me hubiera gustado despedirme de él —reconoció Lucía.

—Tranquila. Entiendo que estés enfadada. Todo esto ha sido muy duro. Nadie se lo esperaba.

—Solo una última cosa, Roberto: ¿puedes decirme dónde está enterrado?

—¿No lo sabías?

—¿El qué?

—No lo hemos enterrado. Javier ha sido incinerado.

—¿Y sus cenizas? —preguntó Lucía entre sollozos.

—Lucía, déjalo estar. Si quieres, podemos hablar en otro momento. Ahora tengo que colgar. Vuelve a Madrid. Es lo mejor para todos.

—Lo entiendo.

Aunque tuvo que esperar varias horas en Avenida de América, Lucía decidió que no quería hacer noche en Madrid y prefería volver, aunque fuese de madrugada, a Burgos. Quería dejar atrás toda esa pesadilla. Un par de Coca-Colas y un sándwich de máquina le sirvieron para hacer más llevadera la espera, aunque el trayecto hasta su ciudad se le hizo interminable. Era el cuarto autobús que cogía desde el viernes, pero le fue imposible conciliar el sueño. El recuerdo de la conversación con el hermano de Javier le venía todo el rato a la cabeza. ¿Cómo era posible que ella no supiera que Javier quería que le incinerasen? Lucía se esforzaba, pero no conseguía recordar si en algún momento habían hablado de esos temas. Quizá solo las parejas de verdad, las que tienen un auténtico plan de futuro, se hacen ese tipo de confesiones.

Una vez en Burgos, la idea de volver a casa se le hacía todo un mundo. Tampoco había ningún local abierto a las horas a las que había llegado, así que decidió dar un paseo. Hacer tiempo hasta que se le ocurriese una idea mejor con la que llenar ese día que se le antojaba larguísimo. Sus piernas la llevaron hasta la playa fluvial de Fuente Prior. Se dejó caer en la arena y allí, tumbada, vio amanecer.

A las ocho, aterida de frío, tomó la resolución de ir hasta el centro, pedir un buen desayuno y pensar cómo enfrentarse con la soledad de su piso, con la soledad de su vida. Las lágrimas volvieron a

aparecer en su rostro. Al sacar un paquete de clínex para secarse la cara, vio en el fondo de su bolso el resguardo de la empresa de mensajería que había recogido en el buzón antes de poner rumbo a Madrid. Se quedó helada al descubrir el nombre del remitente: Javier Redondo.

¿QUIÉN ES NICOLAE ILLIESCU?

eldiario.es, Madrid, 12 de noviembre de 2012

En apenas cuarenta y ocho horas se ha producido la aparición de los cuerpos sin vida de Mario y Bruno; hemos descubierto que fueron asesinados, violados y torturados, y además sabemos quiénes son sus asesinos. Pero solo uno de ellos ha podido ser detenido.

A tenor de las primeras informaciones, Sergio María Sedano, «Chucky», solo habría sido el cómplice y el colaborador del peligroso Nicolae Illiescu, autor material de todas las barbaridades sufridas por los dos jóvenes de Ciudad Real. Pero ¿quién es Nicolae Illiescu?

Esa es la pregunta que tratamos de responder desde los medios de comunicación.

Al parecer, Nicolae es un peligroso criminal con numerosos antecedentes por robo y agresión. Actualmente se encontraba en libertad bajo fianza a la espera de juicio por su participación en un atraco en el que un guardia jurado sufrió una brutal agresión que le dejó tetrapléjico.

Nicolae estuvo detenido en la prisión de Navalcarnero durante los meses de octubre y noviembre, y su liberación se produjo pocos días antes de la aparición de los dos cadáveres.

La policía todavía no ha confirmado las diversas teorías que circulan sobre su paradero. La que cobra más peso en estos momentos es la de una huida que le hubiese llevado hasta África. Hay testimonios que le sitúan hace solo dos días en un ferry rumbo a Ceuta.

Otras informaciones hablan de que podía haber regresado a su país, volado a Rusia o que todavía podría seguir en España, escondido por su banda.

La policía no descarta ninguna hipótesis, aunque, por el momento, la pista más firme sea la que nos lleva hasta el continente africano.

Martes, 13 de noviembre de 2012

Lucía no se creía lo que había dentro del paquete. La espera hasta que habían abierto la oficina de mensajería se le había hecho eterna. ¿Qué era lo que podía haberle mandado Javier el día de su muerte? Ella se esperaba una carta de despedida en la que explicaba los motivos que le habían llevado a tomar tan trágica decisión. Sin embargo, el sobre estaba lleno de folios que parecían sacados de una mala película de Hollywood. Si hubiese tratado de convencer a alguien de la credibilidad de esos papeles, le hubiesen llamado loco. Lucía pensó que con razón habían desacreditado a su expareja en los medios de comunicación.

Sentada en un banco enfrente de la empresa de mensajería, leyó y releyó varias veces el contenido de los documentos que tenía ante sí. A cada rato que pasaba, le parecían más descabelladas las historias que contaban aquellos folios. Pero si no eran ciertas, ¿por qué le iba a mandar aquello Javier? Quizá el problema era que se había vuelto loco de verdad y aquellas notas no eran más que el culmen de su chifladura.

Abstraída por las revelaciones, no cayó en la cuenta de que a su lado se había sentado un jubilado de rostro amable. Su primera reacción fue la de llevarse los papeles contra el pecho, a modo de defensa.

—Lo siento, no quería asustarte —le comentó el viejo.

—Nada. No se preocupe —contestó Lucía mientras guardaba los documentos en el sobre y se preparaba para ponerse en pie y

marcharse de allí.

—No hace falta que los guardes. Ya me imagino qué es lo que te cuenta Javier en esos papeles.

—¡¿Perdón?! —exclamó Lucía aturdida.

—Me imaginaba que Javier haría algo así, Lucía —le dijo el hombre.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—No solo tu nombre, lo sé casi todo de ti.

En ese momento, Lucía intentó levantarse, pero Severino la retuvo con un rápido movimiento.

—Como has podido comprobar, aunque ya sea un viejo, todavía conservo los reflejos, así que no me hagas volver a usarlos. Tenemos varias formas de resolver este… incidente, llamémoslo así. Tú nunca deberías haber recibido esos papeles. Las cosas están feas, no te voy a engañar. Pero todavía podemos arreglarlo de una forma pacífica.

—No hay nada que arreglar. Acudiré a la policía. Eso es lo que voy a hacer.

—A la policía no le interesa esta información.

—Entonces, ¿todo lo que cuenta Javier aquí es cierto?

—La verdad es un concepto muy relativo. Digamos que la gente que me paga prefiere que nadie se haga esa pregunta.

—Si esto es cierto —dijo Lucía señalando a los papeles—, voy a hacer todo lo que pueda para que se sepa.

—Lucía, no vas a hacer nada. Hazme caso.

—No le tengo miedo.

—Sí, sí que me tienes miedo. Lo veo en tus pupilas, y tu expresión corporal te delata. No intentes hacer nada de lo que luego te

arrepientas. Como te he dicho, sé muchas cosas de ti y puedo asegurarte que tus artes marciales no van a servirte de nada en este momento. Sé razonable —le dijo Severino, señalando con el índice de su mano izquierda el bolsillo derecho de su chaqueta.

—Qué más me da eso si va a matarme igual.

—Nadie ha hablado de matar. Eso que te escribió Javier no tiene ni pies ni cabeza, no hay forma de defenderlo. En ningún juzgado te van a hacer caso, ni en ninguna comisaría, ni siquiera en la más sensacionalista de las redacciones.

—Y, entonces, ¿por qué está aquí?

—Porque esa información puede hacer daño a cierta gente, gente importante que no quiere verse envuelta en los desvaríos de un periodista que había perdido el norte. Aunque sean falsas, esas noticias pueden ser peligrosas para ciertos intereses.

—Y qué es lo que tengo que hacer: ¿olvidarme de todo lo que he leído?

—En esencia, esa es la idea.

—¿Y cómo sabe que no voy a intentar buscar pruebas de todo lo que dice Javier en estas hojas?

—Digamos que tengo varios mecanismos para evitarlo.

—Por mucho que intente amedrentarme, le repito que si esto que cuenta Javier es cierto, voy a ir hasta el final —dijo Lucía.

—Te voy a contar una historia que te va a interesar. Dentro de media hora —dijo Severino mirando la esfera de su reloj de pulsera — se va a producir una de las redadas más importantes contra la pornografía infantil en España. Gente asquerosa. Pedófilos que compartían archivos de niños menores de diez años en plenos actos

sexuales. Adultos abusando de bebés. No puedes llegar a imaginarte toda la mierda que van a encontrar en sus discos duros.

—¿Y eso qué tiene que ver con Javier y conmigo? —le interrumpió Lucía.

—Veo que la paciencia no es una de tus virtudes. Como te comentaba, habrá detenidos en toda España: Sevilla, Bilbao, Madrid y también en Burgos. A menos de un kilómetro de donde nos encontramos, hay un ordenador compartiendo material pornográfico infantil desde el pasado fin de semana. Un respetable padre de familia, con dos hijos pequeños, que tiene el disco duro lleno de repugnantes vídeos que comparte con otros pedófilos. Su nombre clave es Xvnene913, pero tú le has conocido siempre como Carlos.

—¡¿Por qué implicas a mi hermano en esto?! —gritó Lucía abalanzándose contra Severino.

El expolicía la cogió de las muñecas mientras le recriminaba con tono autoritario.

—No montes ninguna escena, no tienes tiempo para eso. Si estás de acuerdo con el trato, dilo; si no, atente a las consecuencias. Tú eres la única que puede parar esto. Si no hago una llamada en cinco minutos, tu hermano dormirá esta noche en la cárcel y ya te imaginas lo bien que tratan en prisión a este tipo de delincuentes.

Lucía se desmoronó. Tendió el sobre a Severino y se echó a llorar de forma desconsolada. ¿Qué clase de pesadilla era esa que estaba viviendo? ¿Es que no era suficiente con la muerte de Javier?

Severino sacó el móvil del interior de su chaqueta.

—Arreglado —dijo a su interlocutor y colgó.

Después de varios minutos, Lucía logró reponerse.

—¿Y cómo sé que esto acaba aquí? ¿Que no habrá más chantajes?

—Eso no lo sabrás nunca. Ten muy presente lo que podemos hacerte a ti y a tu familia. Tómatelo como un buen arreglo. Sigues viva. Aprovéchalo. Olvídate de Javier. Él solito cavó su propia tumba. Yo traté de advertírselo, pero no me escuchó. Tú pareces una chica lista. No lo estropees. Si no lo haces por ti, por lo menos piensa en tu hermano y en tus sobrinos.

—Sois unos cerdos.

—Adiós, Lucía —se despidió Severino—, y recuerda que está en tu mano el que no tengamos que vernos nunca más.

Miércoles, 14 de noviembre de 2012

El objetivo se había alcanzado. Los números eran incontestables. Lisandro había conseguido el gran triunfo que ansiaba desde hacía tanto tiempo.

Ahora solo quedaba poner la guinda al pastel. Habían sido cuatro programas especiales para recordar. El de hoy, el quinto y último, tenía que ser memorable. Desde la aparición de los cuerpos el pasado sábado, habían trabajado sin descanso para prepararlo. El descubrimiento de los dos cadáveres había proporcionado un final apoteósico para su guion.

No había sido complicado conseguir que la madre de Mario estuviese esa noche en el plató. Más reticente se había mostrado el padre, aunque al final también iba a participar. La familia de Bruno había preferido redactar un comunicado para que se leyera durante la emisión y no acudir al programa. Además, no faltarían los colaboradores habituales y algún invitado especial como León Salas, uno de los periodistas más respetados de la profesión, experto en criminología y que daría una versión muy cercana a la de la policía, totalmente opuesta a la sensacionalista de hace quince días de Javier Redondo. Con respecto a este último, Lisandro no sabía muy bien cómo afrontar su muerte. En un principio tenía pensado no hablar de ella, pero, al final, había decidido que el hecho de que hubiera sido un suicidio le desacreditaba aún más, lo cual era positivo para él y para su programa.

Las primeras imágenes que se vieron fueron las del entierro de los dos jóvenes, los rostros de dolor de sus familiares llorando a sus seres queridos. Sin música. Sin voz en off. Cinco minutos de testimonio crudo y directo. Un puñetazo en el estómago de la audiencia. Acabada la dramática intro, primer plano de Lisandro. Silencio. Mirada de hielo. Comenzaba el gran espectáculo final:

—Si por mí fuera, podríamos prolongar este silencio sepulcral durante el resto del programa. Sinceramente, no se me ocurre nada que decir que pueda ser más elocuente, más claro que lo que acabamos de ver. Les dije hace varios programas que seguiríamos aquí hasta que Mario y Bruno pudiesen estar de vuelta. Lo deseé con todas mis fuerzas, igual que los cuarenta y cinco millones de españoles que han sufrido con este caso. Ahora es tiempo para el duelo, para arropar a estas familias con las que hemos compartido muchos momentos en este programa, para intentar hacerles más llevadero, si es posible, el dolor que los ha devastado. Pero también es el momento de hacernos preguntas y buscar respuestas. El sábado pasado conocíamos el terrible desenlace, y, desde entonces, todos queremos saber quiénes han sido los autores de este horrible crimen y por qué lo cometieron. La primera pregunta tiene respuesta gracias al magnífico trabajo de las fuerzas de seguridad del Estado. La policía ha conseguido identificar a los presuntos asesinos y detener a uno de ellos. Pero queda por resolver el enigma más terrible: ¿por qué les hicieron eso a unos jóvenes inocentes? ¿Por qué asesinaron de esa forma a Mario y a Bruno?

La cámara iba siguiendo a Lisandro por el plató, mientras el realizador intercalaba planos de los padres de Mario y los colaboradores del programa.

—El programa de hoy quiere servir de apoyo para estas familias que están sufriendo —continuó con su monólogo Lisandro—, pero también como vehículo para poder resolver esas incógnitas que nos invaden. Esta noche estarán con nosotros nuestros colaboradores habituales: Concha, Moncho y Esther, y también contaremos con la presencia de uno de los mayores expertos en criminología de nuestro país, el periodista y profesor León Salas. También se encuentran aquí dos personas que nos han acompañado desde que empezaron estos especiales, los padres de Mario, Carmen y Luis. No estarán los de Bruno. Sus familiares han agradecido nuestra invitación, pero han preferido no acudir. Nos han explicado sus razones en un comunicado que procederé a leer después de la publicidad.

Durante los diez minutos de anuncios, las redes sociales ardieron. Twitter se colapsó con tuits con el *hashtag* #QueremosQueVuelvan. Los muros de Facebook también se llenaron de comentarios, positivos y negativos, sobre los primeros veinte minutos del especial. En las redes sociales, la gente cambiaba su foto de perfil y se ponía la de Bruno y Mario. Una cosa estaba clara: todos los españoles, de una forma u otra, estaban pendientes de las palabras que salían por la boca de ese gran prestidigitador llamado Lisandro Meneses.

—Como les comentaba antes del bloque de publicidad: la familia de Bruno ha declinado la invitación para estar esta noche con nosotros. A continuación, les leeré íntegro el comunicado que nos han remitido:

»"Queremos empezar agradeciendo al programa, a su presentador y a la cadena de televisión, así como al resto de la prensa, el interés prestado al caso de la desaparición de nuestro hijo. Somos

conscientes de que sin su ayuda no habríamos conseguido el apoyo que hemos recibido durante la búsqueda de Bruno.

»”Una vez conocido el triste final al que nos enfrentamos, pedimos que se respete nuestra privacidad y nuestra decisión de no volver a aparecer en la televisión. Asimismo, rogamos a todos aquellos medios de comunicación que están publicando noticias sobre Bruno que lo hagan de una forma adecuada, valorando el dolor que puede causar una información no confirmada o equivocada.

»”También nos gustaría que las opiniones de la otra familia, con la que estamos unidos en el dolor de nuestra pérdida, se orienten solo a la desaparición de Mario y las consecuencias de la misma en su entorno familiar.

»”Agradecemos a todos los medios su comprensión y les rogamos que eviten intentar ponerse en contacto con nuestra familia. Esta es la última declaración pública que realizaremos sobre el caso.

»”Familia de Bruno Sánchez Hernández”.

»Como es lógico, nos gustaría haber tenido aquí a Rosa y a Fernando, y también a los familiares que les están ayudando en estos difíciles momentos. Nos gustaría que hubiesen estado aquí para transmitirles nuestra solidaridad y conocer de primera mano su reacción ante estos hechos tan dramáticos. Respetamos profundamente su decisión, igual que respetamos la de Carmen y la de Luis, que sí han querido estar con nosotros esta noche.

La intervención de los padres de Mario fue todo lo melodramática que se podía imaginar. Incluso Luis, que siempre se había mostrado como una roca, sucumbió a las lágrimas provocadas por la emoción del momento y el taimado interrogatorio de Meneses. «Una oda a la

telebasura», tituló su columna un conocido crítico cinematográfico y televisivo al día siguiente.

Terminada la entrevista a los padres de Mario, llegó otro bloque de anuncios carísimos: coches, bebidas energéticas, joyas, colonias…; todo se vende y se compra. Como en el circo romano, después de las vísceras y la sangre también hay tiempo para el negocio.

El programa se reanudó con la entrevista a León Salas. Lisandro lo presentó de nuevo como uno de los mayores expertos en criminología de la profesión periodística y también de la docente, colaborador habitual de la policía española y, en ocasiones, de la de otros países. «¿Por qué si este señor sabe tanto y es tan reconocido no vino antes al programa?», preguntó alguien en Twitter. De soslayo, y sin querer incidir demasiado en el tema, Lisandro recordó la muerte de su efímero colaborador. Aunque no volvió a ser mencionado el resto del especial, sí que lo fueron sus «descabelladas teorías conspiranoicas».

—Buenas noches, señor Salas.

—Llámame León, por favor, y tutéame, si no te importa.

—Buenas noches, León. Podríamos estar el resto de la noche hablando de tu currículo, de todos tus títulos y reconocimientos.

—Creo que no es necesario —contestó aséptico Salas, dejándole claro que no quería que siguiese por el camino de la adulación.

—Efectivamente, no es necesario. El motivo por el que te hemos llamado es para arrojar algo de luz sobre este caso.

—No creo que sea necesaria demasiada luz. El trabajo policial ha sido tan brillante que lo único que podemos hacer es relatar lo ocurrido.

—¿Cómo es posible que se consiguiese averiguar la identidad de los dos presuntos asesinos en un tiempo récord? —preguntó Lisandro, que había decidido pasar al estilo directo y evitar los adornos.

—Por dos motivos: primero, porque ya existía una línea de investigación clara y nítida que apuntaba a personas del entorno de Bruno como posibles implicados en su desaparición.

—De hecho, y perdona que te interrumpa, León, uno de los dos acusados, Sergio María Sedano, alias «Chucky», llegó a ser interrogado al principio de la investigación.

—En realidad, fue algo rutinario. Entre septiembre y octubre se habló con varios amigos y personas del entorno de los dos chicos y Sergio fue uno de ellos.

—Resulta chocante, sin embargo, que pese a haber fijado la atención en estos sospechosos no se les volviese a interrogar.

—En estos casos, un seguimiento puede resultar mucho más efectivo que un hostigamiento. Además, hay que tener en cuenta que Illiescu estuvo encarcelado desde mediados de octubre hasta principios de la semana pasada.

—¿Cómo pudo escapar?

—Illiescu dispuso de tres días para planear su huida. Hasta el viernes, el día antes de que se descubran los cadáveres, la policía judicial no tenía constancia de que hubiese sido puesto en libertad.

—Quizá deberíamos explicar a nuestros telespectadores por qué había ingresado en prisión.

—Estaba acusado de varios robos y su abogado consiguió una fianza.

—¿Cómo es posible que fuese puesto en libertad un delincuente acusado de un robo en el que un guardia de seguridad quedó paralítico?

—No soy juez ni policía. He empezado diciendo que la labor de las fuerzas del Estado había sido ejemplar a la hora de conseguir esclarecer el asesinato de los chicos casi un día después de la aparición de los cuerpos, pero los problemas que han llevado a que Nicolae Illiescu esté fugado son otra cuestión. Por desgracia, esto es algo que ocurre habitualmente con estas bandas criminales.

—León, acabas de decir que se consiguió identificar rápidamente a los culpables.

—Sí. A los dos sospechosos ya se les seguía la pista. De hecho, se llegó a pensar en un ajuste de cuentas por motivos de drogas que se les había ido de las manos. Además, en la nave donde se encontraron los cadáveres aparecieron diversos objetos personales de los agresores y también sus huellas dactilares.

—Podemos asegurar entonces que todo fue un poco chapucero.

—Podemos afirmar entonces que no eran unos profesionales.

—Sergio María ha confesado ser cómplice del secuestro, aunque ha negado su participación en la muerte de los dos muchachos.

—Así es. Por lo que sabemos, todas las pruebas recogidas apuntan a Illiescu como autor material de los abusos y de la muerte de ambos.

—¿Dónde puede estar en estos momentos?

—Es difícil de predecir. Sus conexiones con bandas internacionales pueden haberle facilitado la huida. Pero sería muy extraño que se implicasen en un caso como este.

—¿Por qué?

—Porque esa gente no quiere problemas. Y la desaparición y muerte de dos muchachos puede poner demasiados ojos sobre sus actividades. Ellos viven en la clandestinidad, y lo último que buscan es una repercusión mediática como la que puede suscitar este caso.

—¿Cuáles son las otras opciones que puede haber tenido Nicolae Illiescu para escapar?

—Es difícil saberlo. Sus actividades delictivas no le generaban tanto dinero como para poder costearse un plan de huida muy elaborado, pero sí lo suficiente para poder escapar a algún lugar donde iniciar una nueva vida sin demasiados apuros. Sin la ayuda de las mafias todo queda supeditado a su intuición y sus propios recursos.

—¿Crees, León, que Illiescu sigue en España?

—Lo dudo. Si algo tengo claro es que ya no está en nuestro país. El caso es ahora más de la Interpol que de la policía española.

—En relación con esta teoría, se ha hablado en las últimas horas de informaciones que apuntan a África Central, Sudamérica y varios países de la antigua Unión Soviética como posibles destinos.

—Es normal que ahora surjan tantas posibilidades. Eso es lo peor en estos casos, porque quiere decir que no hay una pista clara. Esta historia ya la vivimos hace años. Tengo claro que si no aparece en las próximas semanas, probablemente no lo haga nunca.

—Una última pregunta: ¿ha habido más gente implicada en este crimen?

—Rotundamente, no. Las pruebas son tan concluyentes que no dejan margen a la duda. Ha sido un crimen chapucero perpetrado por dos aficionados.

El último programa de *Queremos que vuelvan* se alargó hasta casi las dos de la madrugada y terminó con un polémico debate entre los colaboradores del programa, al que León Salas declinó unirse en el último momento.

AGENCIA EFE

Madrid, 15 de noviembre de 2012

Última hora: Identificadas como pertenecientes a Nicolae Illiescu las muestras de ADN encontradas en el camarote del ferry de Ceuta. La policía ha informado de que el sospechoso de los crímenes de Mario y Bruno pudo haberse lanzado al mar para intentar huir. Los buzos del Grupo Especial de Actividades Subacuáticas (GEAS) de la Guardia Civil están trabajando en la zona, sin resultados por el momento.

Julio de 2013

Katherine se había asegurado de bajar bien todas las ventanas. Se ponía muy nerviosa cuando tenía alguna de estas «sesiones especiales», como ella acostumbraba a llamarlas.

Bebió un trago de té helado y se puso el vaso contra su cuello para intentar rebajar la temperatura de su cuerpo. El verano en Londres estaba siendo especialmente caluroso.

Conectó el USB a la televisión y se recostó en el sofá. Con pudor se quitó la ropa interior.

Le había dicho a su mujer que hoy tampoco iría a dormir. Esta vez no se trataba de una juerga con sus compañeros del trabajo o de una visita a los bajos fondos de Tokio en busca de emociones fuertes. Ryu prefería ver sus películas en su despacho. No en el ordenador de la empresa, sino en su tablet.

Se aflojó el nudo de la corbata. Apuró otro trago de licor y acto seguido introdujo el pincho en el iPad.

Henry estaba de muy malhumor. Había tenido un día horrible. Nada parecía salir a derechas en el rancho esa semana.

Se había prometido a sí mismo que no abriría su regalo hasta el sábado, pero no había podido aguantar. El día antes había visto diez minutos y esa noche se disponía a verla entera. Esta vez le había

parecido que era más fuerte que las anteriores. Más fuerte que lo que hubiese visto o hecho nunca.

Julio de 2013

El agente Sanders se acomodó en su silla como pudo. Acababa de vomitar, pero otra vez le volvían las náuseas. Miró de reojo la papelera por si podía necesitarla de nuevo. Comprobó que sus compañeros le miraban. Justo en el momento que se levantaba para bajar las persianas del despacho, entró Johnson. Oportuno como siempre.

—¿A quién conoces en Tokio, vaquero?

—¿En Tokio? Si ni siquiera me acuerdo de lo que hice anoche —dijo masajeándose las sienes.

—Sí que tienes mala cara, Sanders. Deberías cuidarte un poco más. Ven esta noche a cenar a casa. Así la resaca no será tan fuerte mañana.

—Eres muy amable, pero me voy a pasar durmiendo quince horas seguidas en cuanto termine mi turno.

—Estos son los datos que ha mandado tu amigo japonés. Imaginé que debía de ser alguien que conociste cuando estuviste allí. Dijo que te enviaría toda la información esta mañana.

—Creo que sé quién debe de ser: el teniente Haroito. De lo que no tengo ni idea es para qué quiere hablar conmigo —comentó mientras encendía el ordenador.

—Creo que tiene algo que ver con el caso de las películas.

—¿Las *snuff movies*? No me extraña. Por lo que hemos descubierto, debe de haber copias por todo el mundo.

—¿Tú las has visto? —preguntó el agente Johnson.

—Sí. Y te puedo asegurar que preferiría no haberlo hecho.

Sanders leyó lo que le había mandado su colega nipón. Habían pillado a un ejecutivo de una conocida empresa automovilística con una *snuff movie* en el ordenador de la oficina. Al parecer, era la misma que habían confiscado en Texas. Los japoneses habían hecho mejor su trabajo y habían conseguido información a través de uno de los palés que salía en una de las tomas. Era de una empresa española.

—Busca información de desapariciones, secuestros y asesinatos de jóvenes en España en los últimos cinco años. Luego llama a tu mujer y dile que esta noche cenas aquí conmigo —ordenó Sanders a su ayudante.

A Hassan le costaba asimilar cómo había cambiado su vida en los dos últimos años: huir de África, ser un ilegal, trabajar como un esclavo, ser secuestrado y violado, verse obligado a escapar otra vez, regresar para tener una vida normal; hasta que los monstruos volvieron a aparecer. De no ser por su ángel de la guarda, aquel guardia de seguridad del aparcamiento, ahora estaría muerto o, en el mejor de los casos, habría acabado deportado por no tener papeles. Nunca supo por qué aquel hombre, al que no conocía de nada, decidió ayudarlo. Eso había ocurrido hacía solo unos meses, pero en la cabeza de Hassan habían pasado varios siglos. Él ya no era aquel muchacho herido y lleno de rabia; en los campos de entrenamiento de Jabhat al Nusra (JN), en Siria, se estaba convirtiendo en otra cosa, en alguien con una capacidad extrema para asesinar.

No podía dejar de pensar en el momento en el que se convertiría en un retornado, dispuesto a dar su vida por la yihad cuando regresara a España. Pero antes debía hacer méritos en su nueva patria, prepararse para participar en una guerra que no era la suya, pero que le serviría para lograr su objetivo.

Cada segundo que pasaba en Siria le acercaba a su propósito: la venganza.

Julio de 2013

Lucía volvió a despertarse empapada en sudor. No se imaginaba que su nuevo piso iba a ser un horno en verano. Acostumbrada a la intensidad de los meses estivales en Madrid, no se había planteado la necesidad de instalar aire acondicionado en una ciudad en la que los días de calor no son demasiados. Así que decidió que esa tarde se acercaría al centro comercial para comprar un ventilador que le hiciese más llevadero el resto del mes de julio.

Afortunadamente, los días de fiestas habían quedado atrás y Burgos empezaba a recobrar la normalidad. A Lucía le gustaba especialmente esa época del año, en la que la población de la capital castellana descendía y sus calles adquirían una solitaria presencia, sobre todo a ciertas horas de la mañana y la sobremesa, que le gustaba mucho.

Lucía seguía inmersa en la preparación de su nuevo viaje al Sudeste Asiático. Habían sido unos meses muy difíciles desde la muerte de Javier y ocuparse en ello le había permitido evadirse de la realidad. Quedaban solo seis semanas para emprender rumbo a Laos y la emoción de la aventura la embargaba conforme se acercaba la fecha.

La nueva relación con su familia le había servido de apoyo para sobrellevar el duro trago, sobre todo el tiempo pasado con sus sobrinos.

Sin embargo, la aparente felicidad se resquebrajaba a diario por el recuerdo de Javier. Y por la amargura que le producía su cobardía.

En cierta manera sabía que había hecho lo correcto: su hermano estaba vivo, a él podía protegerlo, mientras que a Javier no podía resucitarlo. Pero, aun así, pensaba que le debía algo a Javier. Se sentía avergonzada por su silencio, pero ¿qué podía hacer ella? ¿Serviría de algo que intentase sacar a la luz los papeles que él le había enviado? Todavía guardaba en el armario la segunda copia que le había llegado a través de otra empresa de mensajería dos semanas después de la muerte de su compañero. Cuando la recibió, tuvo dudas de si el misterioso hombre del bigote blanco también estaría atento de esa segunda remesa. Pero, por lo visto, Javier le había contado al tal Severino que había hecho un único envío. Sin embargo, ella estaba convencida de que le seguían la pista, aunque en todo ese tiempo nadie se había puesto en contacto con ella. Así que, al final, había decidido que aunque no pudiese o no quisiese utilizarlos, debía guardar aquellos papeles por si algún día eran su seguro de vida y el de su familia. También conservaba la nota con las últimas palabras de Javier: «Dios lo sabe, tiene que ser esta vez. Demasiado frágil para despertar esta vez». Solo él podía escribirle aquellos versos de su canción preferida. Desde que se murió no había podido volver a escucharla.

A pesar de todo, el tiempo iba restañando las heridas. Su vida en Burgos se prometía apacible y cómoda. En tres meses volvería a su trabajo y su desahogada posición económica le permitiría seguir descubriendo países maravillosos en un futuro. Ver crecer a sus sobrinos y asistir a sus futuros compromisos sociales (comuniones, graduaciones, bodas…) se antojaban como las pautas que marcarían su tiempo hasta la jubilación. Puede que incluso volviese a recuperar la confianza en el amor y que intentase tener ella hijos propios.

Pero todo ese mundo de ensoñación se desvaneció aquel martes de julio cuando sonó el inalámbrico del salón. Por un momento se quedó petrificada. Algo en su interior le decía que no debía cogerlo. Aun así, Lucía decidió descolgar el aparato.

—¿Sí?

—¿Lucía? Acércate a la ventana del salón.

Lucía hizo caso a su interlocutor, sin protestar, y se aproximó al cristal. El sol la deslumbraba y tuvo que hacerse visera con la mano. Abajo, al lado de la tienda de comida para llevar, alguien la saludaba.

—¿Me ves?

—Sí. ¿Quién eres?

—Tu único amigo.

—No sé quién eres, pero voy a colgar y a llamar a la policía.

—Yo soy la policía. Sabemos que tienes una segunda copia de los papeles que te mandó Javier.

—Yo no tengo nada. Se lo di todo a la persona que vino a hablar conmigo.

—Si ellos supiesen que guardas esa segunda copia, ahora estarías muerta. Yo estoy aquí para ayudarte.

—¡No necesito que nadie me ayude! —gritó Lucía, presa del pánico.

—Sí que te hace falta. Me llamo Ricardo González y soy la única persona en la que puedes confiar a partir de ahora. Nos vemos en un cuarto de hora en el banco donde sueles sentarte a ver jugar a tus sobrinos.

—¿Cómo te reconoceré? Desde aquí no consigo verte bien.

—Llevaré esta gorra negra y roja —le dijo Ricardo, agitándola.

—¿Y si no voy?
—Tienes que ir. Se lo debes a Javier.
—¿Y qué gano yo con esto?
—Ver en la cárcel a los que le mataron.

Agradecimientos

Esta historia surgió en mi cabeza a raíz de la desaparición de las niñas de Alcàsser. Leí mucho sobre el caso y vi todavía más programas de televisión. Me intrigó, sobre todo, la posibilidad —descartada durante la investigación— de la existencia de una red pedófila formada por gente influyente. Ese concepto de impunidad fue el motor de esta obra. Comencé a escribir la novela en la primavera de 2011, al comienzo de las protestas del 15-M, en una época de crisis económica que arrasó con las esperanzas de muchos jóvenes, una generación condenada a vivir peor que sus padres. Ese concepto metafórico de juventud robada he intentado que esté presente, como una bruma, en este relato de misterio. El lector decidirá si lo he conseguido.

La novela la terminé en 2016 y diez años más tarde llega a las librerías gracias al trabajo y al esfuerzo de muchas personas a las que quiero reconocérselo: a Gonzalo Eltesch, mi editor de no ficción en Ediciones B, que actuó de mediador a los dos segundos de hablarle de mi novela; a Clara Rasero, que recibió la propuesta con infinito cariño y ha guiado todo el proceso de edición con una gran ilusión; a Laura Fernández, que me propuso cambios acertados y me pidió un poco de esperanza para los personajes; y a Marta Esteve,

que terminó por encajar el puzle de fechas y afinó cada verbo y cada signo de puntuación.

Gracias, por último, a los que están siempre apoyándome. Necesito otras trescientas páginas para nombrarlos a todos, pero debo mencionar a mis dos chicas, Mónica y Julieta, a mi madre, a mi familia briviescana, a Leandro y a Samuel. Os quiero a todos.

Los verdaderos monstruos no se esconden.
No entienden de miedo.
Están entre nosotros.



Hace dos meses que Mario y Bruno, dos adolescentes de Ciudad Real, desaparecieron. Cuando un programa de máxima audiencia consigue datos que ni siquiera la policía conoce, el caso se convierte en un circo mediático repleto de detalles escabrosos

Consumido por la obsesión, el periodista Javier Redondo hará cualquier cosa con tal de destapar la verdad que se esconde tras este suceso. Pronto se verá envuelto en una peligrosa trama en la que descubrirá las atrocidades de las que es capaz el ser humano mientras pone en juego su propia vida.

Esta es una historia sobre los monstruos más terroríficos de nuestra sociedad: aquellos que se muestran a plena luz del día. Una investigación trepidante que nos lleva al fondo de la corrupción y de la depravación, en la que cada pista nos aproxima más al peligro y cada sospechoso está más cerca del poder.

El periodista Miguel Ángel Santamarina escribe una primera novela con una trama adictiva y un investigador que deberá mirar a los monstruos a los ojos sin convertirse en uno.

Miguel Ángel Santamarina ha desarrollado su carrera profesional en el mundo de la comunicación como programador y periodista cultural. Actualmente es editor y redactor de Zenda. Ha publicado dos libros de divulgación en Ediciones B, *La guerra que cambió el mundo* (2025) y *La guerra que cambió España* (2026). *La hora de los monstruos* es su primera novela.



Primera edición: septiembre de 2026

© 2026, Miguel Ángel Santamarina
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © Eren Sarigul

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-666-8518-4

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks

X: @penguinlibros
Instagram: @penguinlibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La hora de los monstruos
Miércoles, 17 de octubre de 2012
Miércoles, 17 de octubre de 2012
Viernes, 19 de octubre de 2012
Madrugada del viernes 19 de octubre de 2012 al sábado 20 de octubre de 2012
Sábado, 11 de agosto de 2012
Otoño de 2010
Domingo, 21 de octubre de 2012
Lunes, 22 de octubre de 2012
Domingo, 12 de agosto de 2012
Lunes, 22 de octubre de 2012
Lunes, 13 de agosto de 2012
Martes, 23 de octubre de 2012
Invierno de 2011
Martes, 23 de octubre de 2012
Martes, 23 de octubre de 2012
Miércoles, 24 de octubre de 2012
Jueves, 25 de octubre de 2012
Jueves, 25 de octubre de 2012
Viernes, 26 de octubre de 2012
Septiembre de 2012
Viernes, 26 de octubre de 2012
Sábado 27 de octubre de 2012
Domingo, 28 de octubre de 2012
Lunes, 13 de agosto de 2012
Lunes, 29 de octubre de 2012
Martes, 30 de octubre de 2012
Martes, 30 de octubre de 2012
Martes, 30 de octubre de 2012
Martes, 30 de octubre de 2012

Martes, 30 de octubre de 2012
Miércoles, 31 de octubre de 2012
Miércoles, 31 de octubre de 2012
Jueves, 1 de noviembre de 2012
Jueves, 1 de noviembre de 2012
Domingo, 4 de noviembre de 2012
Domingo, 4 de noviembre de 2012
Domingo, 4 de noviembre de 2012
Miércoles, 7 de noviembre de 2012
Martes, 14 de agosto de 2012
Jueves, 8 de noviembre de 2012, por la madrugada
Jueves, 8 de noviembre de 2012, por la tarde
Jueves, 8 de noviembre de 2012, por la noche
Viernes, 9 de noviembre de 2012
Viernes, 9 de noviembre de 2012
Sábado, 10 de noviembre de 2012
Aparecen los cadáveres de los dos jóvenes de Ciudad Real
Telediario de Antena 3
Muere el periodista y colaborador televisivo Javier Redondo
Domingo, 11 de noviembre de 2012
Twitter, 11 de noviembre de 2012, 18.39 h
Lunes, 12 de noviembre de 2012
¿Quién es Nicolae Illiescu?
Martes, 13 de noviembre de 2012
Miércoles, 14 de noviembre de 2012
Agencia Efe
Julio de 2013
Julio de 2013
Julio de 2013
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Miguel Ángel Santamarina
Créditos